Charlotte Nicole Davis

EL CLUB DE LAS CHICAS AFORTUNADAS

Necesitarán algo más que suerte para sobrevivir

Planeta

CHARLOTTE NICOLE DAVIS

EL CLUB DE LAS CHICAS AFORTUNADAS

Traducción de Ariadna Molinari Tato

Planeta

CONTENIDO

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Agradecimientos

Acerca del autor
Créditos

A mis padres, por apoyarme
en este sueño desde el comienzo.

PRÓLOGO

«Era más fácil», le dijeron, «si llevabas una tonada en la cabeza».

Clementine estaba sentada tan quieta como podía en el pequeño tocador, buscando en su memoria alguna de las canciones que había aprendido en el piano del salón. Pero su mente seguía en blanco desde la subasta, apenas con un inarticulado sollozo de miedo como el lamento fúnebre de los muertos. Detrás de ella, farfullando con pasadores en la boca, Madre Fleur alardeaba sobre el honor que era que Clementine hubiera conseguido una oferta tan elevada y lo orgullosa que estaba de ella. La matrona de la casa había pasado la última hora preparando a Clementine para su Noche de Suerte, vistiéndola con su ondulado vestido de encaje, ruborizándole las mejillas y sombreándole los párpados con hollín.

—Deberías estar orgullosa también —continuó la mujer mayor. Cepilló el lanudo cabello negro de Clementine para quitárselo de la cara y lo sujetó en un elegante nudo. Soltó un pesado suspiro que le cosquilleó en la nuca a la joven —. Dieciséis años, al fin una mujer hecha y derecha. Recuerdo cuando eras tan solo una pequeña saltamontes…, tú y tu hermana. Pero ella lo hizo bien, Clementine. Y tú también lo harás.

Sus palabras no la reconfortaron. Madre Fleur ya no estaba en edad de trabajar. Su favor, esa marca que distinguía a las mujeres de ahí, era un clavel, y había comenzado a marchitársele en la pálida y arrugada mejilla; hacía mucho que la tinta maldita se había tornado gris. Clementine se preguntó qué tanto recordaría de su propia Noche de Suerte. ¿Sintió tanto miedo como ella? ¿Lo había sentido alguien? A las Chicas del Ocaso se les advertía que no debían hablar del negocio con las del Amanecer. A Clementine solo le contaron lo más elemental. Nadie dijo nada sobre si aquellos minutos finales debían alargarse como la respiración contenida entre el relámpago y el trueno, o si se suponía que el estómago se le hundiera como si cayera por un barranco. Ni siquiera su

hermana, Aster, le compartió detalle alguno de su propia Noche de Suerte.

Sin embargo, sí fue sugerencia de Aster que mantuviera una tonada en la cabeza. «No tiene que ser tu canción favorita», dijo, «de hecho, mejor que no lo sea. Solo escoge una que conozcas hasta los huesos y no pienses en otra cosa».

Aster también insistió en que Clementine no tomara cardo dulce, la tintura calmante que todas las Chicas del Ocaso estaban obligadas a consumir para aplacar los nervios. Aster incluso llegó a decirle que le mintiera a Madre Fleur sobre haber ingerido su dosis. Clementine no preguntó por qué, a pesar de sentirse sorprendida. Confiaba en todo lo que Aster decía.

Pero ahora se preguntaba si no habría sido buena idea tomar al menos una gota de cardo dulce.

Madre Fleur dejó de juguetear con su cabello y puso el último pasador en su lugar.

—Casi listo —murmuró.

Clementine intentó relajarse y disfrutar que la consintieran. En los seis años que llevaba en la Casa de Bienvenida de Green Creek, Madre Fleur jamás había sido tan amable y afectuosa con ella. Nunca la habían arreglado así, lo cual era una agradable distracción de la labor que le esperaba.

Clementine se aclaró la garganta:

—Me encanta cómo se ve —dijo con torpeza.

—No es a *ti* a quien queremos impresionar hoy —dijo Madre Fleur con una risa seca—. Pero me da gusto que te agrade. Las chicas adquieren confianza cuando saben que se ven bien.

Madre Fleur tomó una botella de cristal de perfume. Clementine ofreció el costado izquierdo de su cuello, donde su propio favor negro resplandecía sobre la oscura piel morena: una clementina, como su nombre, sus pétalos en forma de estrella se agitaban de vez en vez como si soplara una suave brisa. Le sentaba bien, solía pensar. Lo obtuvo a los diez años. El tatuador preparó con cuidado la tinta, mezclándola con los inicuos ingredientes que le daban su poder. La sangre de un muerto. Huesos molidos. Veneno de un escinco de colmillos negros. Luego enterró la aguja en el hueco arriba de la clavícula de Clementine, filosa como la garra de un león de montaña. El favor marcaría a Clementine como propiedad de la Casa de Bienvenida por el resto de sus días.

En un principio, la clementina era solo un vástago: dos pequeñas hojas con forma de lágrima y un bucle del tallo. Pero creció paulatinamente con cada año que pasaba; la tinta se desenrolló a lo largo de su cuello hasta que aquella mañana, al fin, despertó para descubrir que había florecido encima de su mandíbula.

Su piel se estremeció con el beso frío del perfume. Madre Fleur volvió a

poner la botella en su lugar.

—Lista —dijo la matrona y colocó las manos en los hombros de la chica. Su voz decidida retumbó. El corazón de Clementine se le aceleró en el pecho. Sus ojos se encontraron con los de Madre Fleur en el espejo; las preguntas se acumularon en la cima de su garganta—. Ahora, recuerda —dijo Madre Fleur —: no solo te representas a ti misma esta noche, sino a toda la Casa de Bienvenida de Green Creek. —Un tono familiar de advertencia se asomaba entre sus palabras—. Pero todas sabemos lo especial que eres, y lo sabe también el brago. Por eso pagó tal fortuna. Tú demuéstrale que vales cada cobre y después celebraremos, ¿me oyes?

No hacía falta que dijera qué sucedería si Clementine fracasaba. Los rapiñeros, los matones de la Casa de Bienvenida, tenían formas de castigar a una chica sin dejar una sola marca en su cuerpo, de abrirse paso por su mente a arañazos y llevarla a un lugar de absoluto dolor o miedo. Clementine había sido víctima de sus hechizos en otras ocasiones. Todas lo habían sido al menos una vez. Cada chica debía ser condicionada al llegar a la Casa de Bienvenida, tenía que aprender a temer la furia de los rapiñeros. Algunas jamás se recuperaban de la experiencia y las lanzaban a la calle a morir, desquiciadas y desahuciadas.

La amenaza velada bastó para soltarle la lengua a Clementine.

—Madre Fleur —vaciló—. ¿Es…, es normal estar tan nerviosa? Mi estómago está un poco inquieto.

—Son solo mariposas lunares, Clementine. Todas las chicas las tienen. Son de emoción más que de cualquier otra cosa. ¿Y por qué no habrías de estar emocionada? —Le guiñó el ojo—. Y halagada también. No todas las chicas atraen la mirada de un joven tan respetable.

—Pero, ¿quién es? —Se atrevió a preguntar Clementine. Un político tal vez, un astuto hombre de negocios o un apostador de talla mundial con ganancias frescas en el bolsillo…

—Si te lo digo, solo vas a alterarte más —respondió Madre Fleur—. Será bueno contigo. Eso es lo único que necesitas saber.

Clementine cedió, temerosa de presionar más. Al final no importaba, ¿o sí? Toda su vida en Green Creek se había encaminado hacia ese momento. No habría más labor doméstica después de esa noche, no más tallar platos hasta que las manos le sangraran ni sudar sobre la estufa. Le emocionaba usar vestidos finos y pasearse por los salones con las demás Chicas del Ocaso, incluida Aster, a quien apenas había visto en el último año. Volver a pasar tiempo con su hermana… Clementine sabía que esa sería la mejor parte de todo.

Solo tenía que superar esa noche.

—¿Estás lista para que lo haga pasar? —preguntó Madre Fleur.

—Sí —contestó Clementine, y lo dijo en serio.

—Bien. —Le dio otro apretón en el hombro, enterrándole ligeramente las uñas en la piel—. No decepciones, Clementine.

Madre Fleur salió deslizándose y apagó el candelabro de gas al pasar. La habitación permaneció iluminada por el brillo rosáceo de una lámpara de vidrio pintado, como si se sonrojase. La puerta hizo clic al cerrarse a su espalda.

Durante varios latidos de su corazón, Clementine permaneció sentada frente al tocador; su reflejo, una exageración de sombras. El brago estaría ahí en cualquier momento. ¿Debería pararse para recibirlo? ¿Esperarlo recostada en la cama? Había tenido todo el día para planearlo. Había tenido varios años.

Entonces lo oyó: el pesado crujir de los pasos en la escalera.

«Piensa en una canción», se dijo, «Aster está abajo. Solo piensa en una canción».

La puerta se abrió.

El hombre que apareció al otro lado era más tosco de lo que Clementine esperaba: un toro de anchos hombros metido en un traje. El fino abrigo negro le llegaba hasta las rodillas, mientras que el bombín le caía sobre un rostro con forma de pala enmarcado por una barba rojiza. No había nada en su apariencia física que revelara su identidad, pero su fortuna era evidente gracias al destello del anillo de teomita en el pulgar. La oscura gema era suficientemente grande como para comprar la Casa de Bienvenida entera.

El brago hizo una pausa en el umbral para examinar la habitación: las paredes color ciruela y las pinturas de las montañas rojizas de Arketta, el ornado tapete debajo, el mullido sofá junto al muro, el decantador de vino en la mesa. Y, por supuesto, la cama real en el centro de la habitación, con muchas almohadas apiladas contra una cabecera dorada. Al fin, la mirada del brago se posó sobre Clementine, quien alzó la barbilla. El hombre se relamió los delgados labios y sonrió; Clementine flaqueó, y se recriminó por hacerlo. Aquella era una Casa de Bienvenida. Debía hacerlo sentir bienvenido.

El brago azotó la puerta; el pestillo sonó tan fuerte como el disparo de un arma. Lanzó el abrigo y el sombrero sobre el perchero. Sus gruesos hombros parecían luchar contra la tela de su camisa blanca, y Clementine se percató de que era más joven de lo que ella pensó en un principio. Diecinueve, tal vez veinte años; gélidos ojos azules. Ella dio un paso tentativo hacia el frente.

—Permítame encargarme de eso —dijo, acercándose más para desabotonarle el chaleco—. Debe alegrarle salir del camino.

Las ensayadas palabras le parecieron poco naturales, pero el brago extendió los brazos cooperativamente mientras ella retiraba el chaleco y le aflojaba la

corbata.

—¿Qué sabría una niña como tú del camino? ¿O de cualquier cosa fuera de este buen lugar? —Arrastró las palabras.

La memoria de Clementine parpadeó como luz del sol sobre el agua.

—Lo suficiente —respondió.

El hombre se relamió los labios de nuevo y se acercó para examinarla más de cerca. Le pasó un pulgar sobre el favor.

—Piel como seda —murmuró—. Hicieron un buen trabajo contigo.

A Clementine le sorprendió lo áspero de sus manos, lo cálido de su tacto. El único hombre fuera de su familia que la había tocado era el doctor de la Casa de Bienvenida, quien siempre usaba fríos guantes de hule. Tomó la mano del brago con la suya y entrelazó sus dedos.

—Me alegra que le guste lo que ve —dijo, armándose de valor—. Veamos qué más le gusta.

Debió haber dicho lo correcto o algo parecido, pues él levantó una ceja y la llevó a la cama, con la garra de oso aún sobre la mano de Clementine, a quien el estómago le dio otro vuelco. «Son solo mariposas», se dijo, y en cuestión de instantes se encontraron sentados a la orilla del colchón. El brago se inclinó para desabrocharse las botas. Clementine batalló para encontrar alguna forma de llenar el silencio. Las mejillas se le calentaron. No tenía permitido hablar de banalidades, no tenía permitido preguntarle su nombre ni su lugar de origen. Esos secretos eran un privilegio que el hombre podía entregar o conservar como mejor le pareciera.

Luego, él comenzó a desabotonarse la camisa. Clementine se aferró al edredón.

—Callada, ¿eh? —preguntó él.

Ella soltó una risa nerviosa.

—Podría decirse.

—Todas parecen calladas al principio —dijo con absoluta naturalidad—. Mejor así. Toda esa cháchara ensayada que algunas chicas sueltan solo hace perder tiempo. Prefiero desquitar cada segundo del brillo que pagué.

El corazón se le fue al piso a Clementine. La respiración se le aceleró y acortó.

—Usted me parece la clase de hombre que tiene brillo de sobra —respondió. Tenía que hacer que continuara hablando.

—Pues por ahora es el dinero de mi padre. —Se puso en pie y sacudió los hombros para quitarse la camisa, con lo que reveló un robusto pecho cubierto de vello rojizo—. ¿Sabes quién es mi padre? —Clementine negó con la cabeza —. Mejor así —dijo una vez más—. Yo estaré pronto a cargo de todo. Y cuando

lo esté, volveré algún día a traerte algo lindo, ¿me oyes? —Le inclinó la barbilla hacia arriba y se encontró con sus ojos por primera vez. Su sonrisa cortaba como un cuchillo—. Si me tratas bien, claro está.

Entonces, antes de que Clementine pudiera ganar más tiempo, la levantó y la depositó en el centro de la cama, gateó sobre ella y la atrapó entre sus brazos. Su aliento era amargo por el olor del whisky. Clementine sintió cómo el estómago le dio vueltas mientras la mirada de él seguía la «V» de su cuello. Ya no había forma de confundir las náuseas con unas cuantas e inofensivas mariposas. Iba a vomitar.

«Tengo que detener esto…».

El brago se acercó más y comenzó a besarle la garganta.

Clementine inhaló desesperada y contuvo la respiración. Tensa, cerró los ojos. Sus labios partidos le rasparon la piel. Sus dientes sin filo la recorrían con torpe necesidad. Pero, después de un momento, logró abrir los ojos, despacio. «Esto no está tan mal», se dijo. «Los besos podrán ser un poco torpes, pero no está tan mal».

Entonces él se relajó y dejó que todo su peso cayera sobre ella mientras comenzaba a bajar por su cuello, siguiendo las líneas de su favor. Clementine se retorció bajo la presión sofocante.

—Espere —alcanzó a decir. Él la ignoró. Ella comenzó a luchar y a levantar la voz—. Espere, por favor…

—Dijiste que estarías callada —dijo él con aspereza. Su mano subió por la pierna de Clementine, se deslizó por debajo del vestido y se posó sobre su rodilla expuesta. El corazón de ella latía como galope de caballo. «Piensa en una canción, piensa en una canción».

Subió más la mano.

—Espere, por favor. No estoy lista…

El hombre le puso el antebrazo sobre la garganta. Para silenciarla, estaba segura. Se tragó un nudo de dolor. Un mareo la inundó.

No podía respirar.

Eso fue suficiente para desatar el miedo que se había acumulado en su interior desde la mañana, y que saliera expulsado como pánico total. No lo quería, no estaba lista, no podía *respirar*…

—¡Alto! —gritó mientras empujaba el pecho del brago con todas sus fuerzas.

Fue la última palabra que logró pronunciar. Él solo presionó más el brazo sobre la garganta de Clementine, a quien se le extravió la mirada, los ojos se le llenaron de lágrimas y los pulmones se le comprimieron. La joven se estiró a ciegas hacia la mesa de noche en busca de algo, lo que fuera. Sus dedos

encontraron la lámpara. La tomó por el cuello.

Y lanzó la pesada base hacia la cabeza del brago.

El hombre rugió, se alejó para recuperarse y se llevó la mano al punto donde la lámpara lo golpeó.

—¡Maldita! —exclamó; los ojos le ardían de rabia—. Te mataré por eso…

Clementine lo golpeó de nuevo, con más fuerza. Esta vez el cuerpo del brago se aflojó y se le desplomó encima. Ella inhaló de forma trabajosa ante la repentina y aplastante presión: se liberó del peso y lo rodó hacia un lado. Se levantó de un brinco y reculó hasta la esquina de la oscura habitación, con la espalda contra la pared. Tosió tanto que temió vomitar, soltó las lágrimas que le picaban en los ojos. Lo había hecho. Ahora él estaría aún más furioso y la atacaría de nuevo, y…, y…

Pero él no se levantaba. Clementine se quedó quieta, atenta al sonido de su respiración o el más mínimo movimiento.

Nada.

Despacio, se arrastró de vuelta a la cama. Apenas podía distinguir la silueta del cuerpo en la oscuridad. Le colocó una mano sobre la cabeza y la retiró en cuanto sintió la sangrienta hendidura en el cráneo, cálida y húmeda.

La conmoción la abrumó, seguida de un alivio tan grande que le aflojó las rodillas. Una canción surgió entre sus recuerdos al fin, los últimos tres acordes timbrándole en los oídos:

Eliza Little, la del cabello tan rojo,
su primer marido se acostó con otra, para su enojo.
Lo descubrió y lo escuchó rogar,
luego tomó su rifle y disparó a matar.

UNO

Doce horas antes

La mano de Aster ansiaba un cuchillo, pero tuvo que conformarse con cerrarse en un puño.

Acechaba en la esquina de la habitación color ciruela, mirando cómo Madre Fleur le mostraba a Clementine su nueva y opulenta residencia, que contrastaba con el cuarto lleno de literas en el que dormían las Chicas del Amanecer. Se tragó el asco que le surgió en la boca mientras Clementine absorbía todo aquello. Como toda Chica Afortunada, Clem comenzaría su decimosexto cumpleaños con una bienvenida al mundo de las Chicas del Ocaso, y lo terminaría ahí, en esa habitación, con su Noche de Suerte.

Fue ese último pensamiento el que hizo a Aster desear un arma, la idea de su hermana atrapada ahí con la escoria que frecuentaba la Casa de Bienvenida. Pero no tenía ningún caso luchar contra lo que venía. No si una palabra mal dicha bastaba para que un rapiñero te hiciera añicos la cabeza. Una chica se roba la felicidad que puede cuando nadie la mira: así es como gana.

Madre Fleur se aclaró la garganta y notó el pétreo silencio de Aster.

—Me queda claro que esa mueca animal ya está fija en tu cara, Aster, pero no te vendría mal mostrar un poco más de entusiasmo por el gran día de tu hermana —le advirtió.

Clementine le lanzó una mirada a Aster.

—No le gustan las mañanas —explicó, nerviosa—. Nunca le han gustado. Anda, Aster, sonríe para Madre Fleur.

Aster volteó hacia Madre Fleur y le mostró los dientes. Madre Fleur apretó los labios en una delgada línea, una bien conocida señal de desaprobación. Aster sabía que nunca había sido una de las favoritas de la matrona. No porque se comportara mal de forma explícita —se negaba a darle a Madre Fleur el

placer de castigarla—, sino porque siempre había sido como el puño a su costado: tensa, hostil, a la espera del momento adecuado para golpear.

Esa ira que quemaba como una flama baja había subido de temperatura en los últimos días. Aster no dejaba de pensar en su propia Noche de Suerte, hacía poco más de un año, cuando Madre Fleur la vendió a un esquinco enclenque y con ojos de canica. Le prometió a Aster que sería la noche de más orgullo en su vida, la noche en que se convertiría en mujer.

No se convirtió en mujer. Se convirtió en una sombra con sed de sangre y un pozo de vergüenza en el corazón. Lo único que le impedía caer por ese pozo era saber que Clementine la necesitaba.

Aster no creía que fuera posible sentirse más impotente que cuando aquel primer hombre le puso las manos encima. Se equivocaba. Esto era peor.

—Yo diría que me debes una disculpa. ¿No lo crees, Aster? —continuó Madre Fleur, claramente insatisfecha—. ¿O deberíamos hablar con Dex?

El líder de los rapiñeros.

Aster aflojó los dedos.

—Le ruego me disculpe, Madre Fleur —murmuró—. Clem tiene razón. No había estado despierta tan temprano en mucho tiempo.

Madre Fleur le lanzó una mirada fría y suspicaz, pero dejó el tema por la paz.

—Pues las mañanas de ocio son uno de los muchos privilegios de ser una Chica del Ocaso que Clementine tiene por delante —dijo con falsa ligereza—. Bien. Debo bajar a abrir la casa. Pero confío en que ayudarás a tu hermana a terminar de acomodarse.

—Será un placer.

Madre Fleur le clavó la mirada amenazante un momento más, después volteó y le lanzó una brillante sonrisa a Clementine.

—Bueno, pues, feliz cumpleaños —dijo con grandilocuencia—. Las veré a las dos en el desayuno.

Las dejó.

En cuanto Madre Fleur estuvo fuera de su vista, Clementine soltó un *fiu* y cayó de espaldas a la cama; la falda de su vestido amarillo ondeó a su alrededor como una campana.

—¡Por el Velo! Esta habitación es digna de una princesa. Creo que es más grande que la tuya.

Aster sonrió a pesar de su recelo. Cruzó los brazos.

—Ah, ¿sí? No veo por aquí ninguna ventana, como en la mía. Pero sí, tienes razón. Esta es más grande. Consentida.

En realidad, Aster habría tomado la habitación más pequeña de todas si eso

hubiera implicado conservar su ventana. Amaba ver la salida del sol sobre las montañas en las mañanas, con la luz derramándose como oro líquido sobre el valle donde Green Creek languidecía. La Casa de Bienvenida estaba cerca del centro del pueblo, lo que le daba una vista de casi todo, desde las pulcras tiendas que abarrotaban la avenida principal hasta el muro muerto que rodeaba el pueblo, de mortero mezclado con teomita para alejar a los espíritus vengativos.

Esa vista era un escape, el único que tenía.

—¿Consentida? —continuó Clementine—. Me esforcé por esta habitación. Y esta cama. Mira, incluso las almohadas tienen almohadas.

—¿Es mejor que los catres de arriba, con peste a orina? —dijo Aster.

—Mucho mejor. —Clementine se sentó; una sombra cruzó su cara—. Pero supongo que así debía ser.

Una sensación fría y reptante apareció en las entrañas de Aster.

—No te preocupes por eso ahora —dijo, y jaló a Clementine para levantarla —. Vamos por tus cosas, para hacer que te sientas en casa.

La emoción de Clementine volvió.

—Sí. Si nos apresuramos, alcanzaremos a las otras antes de que tengan que ir a la cocina.

Las «otras» eran Tansy y Mallow, las dos mejores amigas de Clementine. Aún vivían en el ático con el resto de las chicas que todavía no cumplían dieciséis años. Hasta ese día, Clementine se había hecho cargo del trabajo de cocina con ellas.

—¿Se siente extraño no tener tareas de la casa? —preguntó Aster mientras caminaban por el pasillo.

—Pues no las voy a extrañar, si a eso te refieres. —Clementine resopló. Su sonrisa se desvaneció—. Pero sí extrañaré a Tansy y a Mal.

—Cumplen dieciséis en tres o cuatro meses, ¿no? Serán Chicas del Ocaso muy pronto —la reconfortó Aster.

—Claro. Y aún las veré a veces por aquí —añadió Clementine.

Aster hizo una pausa.

—Sí, eso también.

Pero, por supuesto, no sería igual. Las Chicas del Ocaso y las del Amanecer tenían vidas separadas, y si sus caminos se cruzaban, existía una barrera implícita entre ellas, como el Velo entre los vivos y los muertos. Clementine no tendría permitido hablar del trabajo con las Chicas del Amanecer; pero para las Chicas del Ocaso, el trabajo era todo lo que había.

A Aster se le dijo varias veces que debía estar agradecida por el trabajo. Las Chicas Afortunadas nunca pasaban hambre, siempre tenían un hogar y veían al

doctor y al dentista dos veces al año. Recibir a los bragos implicaba también que podían vestir ropa con la que otras chicas solo soñaban y tener una dotación inagotable de cardo dulce.

Era más de lo que la mayoría en Arketta podía esperar, sobre todo en la Canalla, la desprolija cordillera que atravesaba el centro del país. Su ventosa y salvaje extensión era el lugar donde, en los días del Imperio, cualquiera que este considerara un criminal era enviado a trabajar en las minas. Algunos fueron capturados en Arketta, en los campos de batalla donde lucharon contra la embestida del Imperio. Otros fueron enviados a Arketta en malolientes transportes de prisioneros desde las colonias. Sangresucias, les llamaron. Tenían una apariencia idéntica a la de las personas ordinarias, sangrepuras, salvo porque no proyectaban sombras. A los primeros sangresucias les arrancaron las sombras como parte de su castigo, y sus hijos nacieron sin ellas. La deuda de un sangresucia nunca podía ser pagada en realidad. Si en un principio debías diez águilas por robar, para el fin de año deberías diez mil por todo: desde el pan rancio que se te racionaba hasta el techo agujerado sobre tu cabeza.

Ahora, casi dos siglos después de la caída del Imperio, había más sangresucias en la Canalla que nunca. Hombres de negocios compraron la tierra y absorbieron la deuda de los sangresucias a cambio de su trabajo, un arreglo conocido como la Conciliación. La Conciliación les prometía a los sangrepuras la oportunidad de convertirse en ricos terratenientes y vivir entre las élites de Arketta, mientras que a los sangresucias les ofrecía la oportunidad de trabajar durante generaciones para deshacerse de su deuda y, al fin, obtener su libertad de la Canalla. Y funcionó bastante bien para los terratenientes, pero los mineros no terminaron con más que cuerpos destrozados y estómagos vacíos. Las enfermedades se los llevaron, desaparecieron por la garganta de una montaña, o un vengante los despedazó con sus garras invisibles. No había forma de escapar a la Conciliación, la ley se había asegurado de eso: la frontera de Arketta con el vecino industrial del norte, Ferron, estaba protegida por sus soldados más imponentes, y nadie sin sombra podía atravesarla.

Así fue como las Casas de Bienvenida consiguieron que las chicas trabajaran ahí. Los visores encontraban familias desesperadas con hijas jóvenes y ofrecían llevárselas por una modesta compensación. Las chicas trabajaban como ayuda doméstica hasta cumplir dieciséis años, y después prestaban sus servicios a los huéspedes hasta cumplir los cuarenta. No tenían que pagar por nada, pero tampoco recibían un salario. Era un arreglo amargo, y todo el mundo lo sabía. Pero había demasiadas bocas por alimentar en casa, y si un accidente subterráneo incapacitaba a los padres, si la alternativa para una niña

era una vida de sufrimiento dramáticamente corta, la Casa de Bienvenida se volvía la única opción. Al menos su barriga estaría llena por las noches. Al menos sus necesidades médicas serían atendidas. De hecho, los terratenientes sostenían que esas chicas eran afortunadas de llevar vidas tan mimadas.

El único problema era que Aster nunca eligió esa vida.

Ninguna de ellas lo hizo. Y ninguna podría dejarla. No cuando sus favores las señalaban como lo que eran incluso después de que pasaran de edad. Por más que a los bragos les gustara hablar de lo buena que era la vida de las Chicas Afortunadas, jamás parecían mencionar que la mayoría moría en las calles, como mendigas. En casos increíblemente inusuales, un brago adinerado compraba a una chica de las casas para su uso exclusivo. Pero aquello no era en absoluto preferible: una vez comprada, la chica nunca pasaba de edad, era propiedad del brago de por vida.

La mano de Aster se desplazó hasta su cuello, donde una cadena de flores de delgados pétalos teñía su piel como brillantes explosiones negras. Había pensado en escapar, era imposible no hacerlo. Pero un favor no solo marcaba a alguien como propiedad de una Casa de Bienvenida; también estaba embrujado. Si alguna chica intentaba cubrirlo, ya fuera con maquillaje o un paliacate o cualquier otra cosa, la tinta se calentaba y brillaba como hierro entre las llamas: roja primero, luego anaranjada, amarilla y después blanca. El dolor era tolerable durante algunos minutos, pero siempre terminaba por doblegar hasta a las más fuertes, y tardaba horas en pasar.

No podían ocultar sus favores; no podían deshacerse de ellos. Ni siquiera podían cruzar la puerta. Dex montaba guardia en el recibidor, mirando todos los movimientos de la casa con sus ojos del color del óxido. Se suponía que estaba ahí para protegerlas, pero todas sabían que cualquier chica que intentara escabullírsele sería cazada y llevada de vuelta a rastras para una ejecución prolongada.

Aster solía pensar que con el tiempo se acostumbraría a la Casa de Bienvenida, que incluso aprendería a ver el glamur de la situación, como hacían varias de las chicas. Ese autoengaño tal vez lo hacía todo más tolerable para ellas, pero para Aster no había suficiente tiempo que pudiera convertir ese tonel de orina en vino. La única buena suerte que veía era que ella y Clementine aún se tenían una a la otra. La mayoría de las chicas no volvía a ver a su familia jamás.

Delante de ella, Clementine llegó a las escaleras y subió los escalones de dos en dos, ágil y silenciosa. Aster la siguió, guiada por la memoria muscular para sortear las grietas bajo la alfombra. Dieron vuelta a la esquina y pasaron el tercer piso, lugar de la residencia privada de Madre Fleur, y continuaron

subiendo hacia el ático inacabado.

—¡Feliz Noche de Suerte, Clementine! —trinó una chica más pequeña al pasar junto a ellas en las escaleras. Dos chicas más la siguieron y casi tiraron a Aster por su prisa.

—Ay…, disculpe, señorita Aster —tartamudeó una de ellas. Seguramente no esperaba encontrarse con una chica mayor ahí arriba. Aster hizo una mueca al oír la reverencia en su voz, como si ella misma no hubiera sido una más hacía apenas un año.

—Está bien —farfulló. «Y no me digas "señorita"», quiso agregar. Pero, por supuesto, ellas solo hacían lo que les habían ordenado. Aster pasó junto a ellas.

El ático funcionaba como una recámara improvisada y no tenía ninguno de los lujos del resto de la Casa de Bienvenida: los pisos estaban desnudos, repletos de clavos salidos, y el frío aire de la mañana se colaba entre las paredes. Una fila de linternas ofrecía una luz enfermiza e intermitente. Un alacrán muerto yacía en el pretil de la ventana. En las noches, cuando todo estaba callado, se podía oír el crujido de las vigas donde una chica se había colgado con sus sábanas hacía treinta años, y si eras lo suficientemente tonta como para abrir los ojos, podías ver su pálido aferrante también.

Pero era de mañana, ruidosa y llena de vida, y unas dos docenas de Chicas del Amanecer corrían de un lado a otro, preparándose para comenzar a trabajar. Apresuraban a sus amigas, tendían sus camas y se ponían los vestidos de mucamas, de tieso lino verde debajo de un crujiente delantal blanco. A pesar de que todas usaban los mismos uniformes, sus cuerpos eran de todas las tallas, figuras y colores. Era por todos sabido que una Casa de Bienvenida que ofreciese variedad tendría más clientes.

Aster sintió una oleada de pena al pasar entre los catres. La mayoría de las Chicas Afortunadas eran sangresucias como ella y Clem, y llegaban a la Casa de Bienvenida vacías y hambrientas, sin su sombra siquiera para hacerles compañía. Las más jóvenes, de apenas diez años, aún tenían ese aspecto magro, pero conforme crecían se volvían corpulentas y sanas. Sin embargo, solo eran ganado en engorda de camino al matadero, y la mayoría ni siquiera lo sabía todavía.

«No pienses en eso», se recordó Aster. «Sonríe. Por Clementine». Exhaló y se relajó. Volvió la mirada hacia el único espejo de la habitación, donde Clementine les presumía su atuendo a Tansy y Mallow. El inseparable par siempre había estado formado por polos opuestos: Tansy, con su alocado cabello rubio y piel blanca y pecosa; y Mallow, de piel cálida y morena, y cabello oscuro lacio y corto. A sus quince años, estaban entre las más grandes del ático; sus favores casi florecían por completo. Pequeños grupos de flores

redondas punteaban el cuello de Tansy como copos de algodón. El favor de Mallow era tan delicado como ella hosca, y cada flor se desplegaba en cinco pétalos con forma de corazón.

—Esto no es lo que usaré en la noche, por supuesto —decía Clementine cuando Aster se acercó—. Me cambiaré después de la subasta. Pero mi armario ya está lleno de delicias como esta.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Tansy mientras jugueteaba con la punta de su deshecha cola de caballo.

Clementine vaciló. Tenía la respuesta dibujada en el rostro, pero Mallow le dio un empujoncito de ánimo.

—Claro que no lo está. Está a punto de salir de este agujero para siempre —dijo mientras miraba alrededor del ático.

Clementine le dirigió una rápida mirada de alivio.

—Sí, pase lo que pase hoy, supongo que valdrá la pena para comenzar a vivir como una Chica del Ocaso —dijo.

Aster se quedó atrás, mirándolas con un hueco en el pecho. A diferencia de Clementine, nunca hizo amistad con ninguna de las otras chicas. Era mejor así. No podía perder a quien nunca tuvo.

«Claro que un par de caras amigables después de mi Noche de Suerte no me habrían venido mal», pensó. Clementine y las otras parecían creer que las cosas serían mejores cuando llegaran a su edad. Aster no tenía corazón para decirles que todo sería mucho peor.

En cambio, conjuró una sonrisa y se les unió.

—Vamos, Clem. Tenemos que estar abajo para tu banquete de desayuno en unos minutos.

—Ay, qué gusto verla también, *señorita* Aster —dijo Mallow, sin el más mínimo rastro de reverencia de las chicas en las escaleras.

Tansy soltó una risita.

—Prométeme que no te vas a volver demasiado buena como para saludarnos, Clem.

—*Señorita* Clem —dijo Clementine, juguetona.

Aster resopló.

—Escuchen. Yo solo vine a decirles que crecer no significa que Madre Fleur dejará de torturarlas si no hacen lo que ella ordena. Y lo que ordenó fue que te instalaras en tu nueva habitación antes del desayuno. Ahora, ¿dónde están tus cosas?

Clementine suspiró de manera dramática, pero las guio hasta su catre. Un sencillo baúl se encontraba al pie. Ya no necesitaría su ropa vieja, por lo que solo rescataron sus posesiones más preciadas. Notas y dibujos de otras chicas

que había coleccionado a lo largo de los años, un frasco de dulces sobrantes del Día de la Conciliación y una pluma de un rojo profundo que encontró al barrer una chimenea.

—¿Y qué hay de…? —preguntó Tansy al fin, con la muñeca de trapo de Clementine en las manos.

Aster miró a Clementine, cuya expresión se cayó por un breve instante. Pero luego recompuso la boca y negó con la cabeza.

—Qué bien me vería teniéndole que explicar esa cosa a un brago —dijo Clementine—. La última chica que estuvo en este catre me la dejó. Yo haré lo mismo y dejaré que la próxima niña la tenga.

«La próxima niña», pensó Aster sombríamente.

«Siempre hay una próxima niña».

DOS

El comedor era uno de los espacios más opulentos de la Casa de Bienvenida, desde sus resplandecientes pisos de mármol hasta sus techos con paneles dorados. Cada plato rebosaba de comida: pan de elote con crema batida y mermelada, salchicha picante de jabalí, huevos revueltos y papas a la parrilla, fruta fresca tallada como flores. Mientras las Chicas del Amanecer comían las sobras del día anterior en la cocina, las Chicas del Ocaso, junto con cualquier brago que hubiera permanecido ahí hasta el desayuno, disfrutaban de una comida digna de un leñador. El cuchicheo ocioso fluía entre las mesas como el borboteo de un arroyo.

Aster se sentó con Clementine y otras cuatro Chicas del Ocaso, ninguna mayor de veinte años. Lily, Marigold y Sage eran conocidas, y Clem les recordaba a su infancia; las Chicas Afortunadas tendían a acercarse a la gente de su misma edad. Para disgusto de Aster, eso significaba que su grupo también incluía a Violet, la aprendiz de Madre Fleur y su mascota favorita. Contrario a las demás, Violet había *nacido* en la Casa de Bienvenida, hija de una Chica del Ocaso, lo que parecía hacerla creer que era una maldita princesa. Incluso ahora, de alguna forma, había logrado ponerse a la cabeza de la mesa, aunque fuera circular.

—Los bragos tienen hasta el mediodía para salir de aquí —le decía a Clementine. Violet era la única sangrepura en la Casa de Bienvenida; su sombra la seguía como la cola de un vestido. Siempre hablaba con un tono de superioridad que a Aster le taladraba los oídos—. La mayoría de los hombres no puede pagar más de una o dos horas con nosotras —continuó—, pero si consigues a un huésped de toda la noche, es tu deber hacerle compañía en la mañana. Luego, de las doce a las cuatro, deberás bañarte, arreglarte, limpiar tu cuarto y demás. Tengo una lista de las tareas que se esperan de ti y que, si bien son mucho más amables que las de las mucamas, no son menos importantes.

Green Creek representa lo máximo en limpieza y profesionalismo. *Luego*, a las cuatro, abrimos la casa de nuevo para la siguiente tanda de huéspedes…

Aster torció la boca.

—Por los muertos, Violet. ¿No puedes dejarla disfrutar el desayuno?

Violet volteó hacia ella, entrecerró los fríos ojos azules y se colocó una hebra de cabello negro detrás de la oreja. Su favor, con sus elegantes pétalos en forma de lágrima, tenía el oscuro fulgor del ala de un cuervo.

—Solo quiero que tu hermana sea exitosa, Aster —dijo—. ¿Tú no?

—Yo solo quiero que termine su maldita comida antes de que se enfríe.

—El lenguaje soez está estrictamente prohibido durante las horas de trabajo —complementó Violet sus instrucciones para Clementine.

Aster apretó la mandíbula. Solía ser mejor para contenerse, pero no sabía cuánto más soportaría la «celebración» de lo que sucedería esa noche. Le recordaba cómo se había sentido durante el Día de la Conciliación, la festividad de Arketta en la que se suponía que los sangresucias debían celebrar su «buena suerte», y a los terratenientes se les celebraba por su presunta generosidad. Los días festivos siempre le causaban repugnancia. Hoy era incluso peor.

«Respira. Sonríe».

Junto a ella, Clementine había comenzado a beber leche diligentemente para evitar hablar con cualquiera de las dos.

Lily rio.

—Ya, Violet. Aster tiene razón. Es demasiado para procesar de golpe. ¿Qué preguntas quieres hacernos, Clementine?

Clementine por fin asentó el vaso sobre la mesa y se lamió el bigote de leche. Miró a Aster.

—Pues…, eh…, supongo que… ¿Cómo es la subasta? ¿En verdad solo tengo que estar ahí parada?

Aster apretó su tenedor con más fuerza.

—Ay, no te preocupes por eso —intervino Marigold—. Es rápido y silencioso. Los bragos no tienen permitido hablar. Como Violet dijo, Green Creek es un buen lugar. No hay nada de esas cosas horribles que encuentras en otras Casas de Bienvenida.

—Tendrás una venda en los ojos también —explicó Lily—. Es la tradición. Es de mala suerte ver al brago antes de que se ponga el sol. Así que solo tienes que estar ahí y lucir linda. Nada más.

Aster no tuvo la seguridad para mirar a Clementine, temerosa de que su hermana descubriera la verdad en sus ojos. Green Creek no era un «buen lugar». Sus «tradiciones» existían para mantenerlas a todas bajo control. Pero sabía que Lily y Marigold se comportaban alegres por el bien de su hermana,

una consideración que Aster les permitió. De cualquier manera, la subasta sería la menor de las preocupaciones de Clem.

Clementine hizo unas cuantas preguntas más, pero todas las respuestas eran igual de ambiguas y llenas de falso glamur. Aster notó con aspereza que era una introducción perfecta al mundo de las Chicas del Ocaso: brillante por fuera, con la promesa de dulzura, mientras que el interior estaba podrido.

Aster jugó con sus alimentos. Incluso después de siete años en la Casa de Bienvenida, seguía sin dar por sentada una sola comida, pero esa mañana no tenía apetito.

Por fin, algunas de las Chicas del Amanecer se acercaron y se llevaron sus platos. Una de ellas dejó que un vaso se le escapara de la mano. Se destrozó estrepitosamente al golpear el suelo.

—Mis disculpas —dijo la chica a toda prisa, con la mirada clavada en el piso mientras se apresuraba a limpiar el desastre, pero Violet la tomó por la muñeca antes de que pudiera comenzar.

—Tonta. Déjalo ya —ordenó con los dientes expuestos—. Solo lo empeorarás. Ten por seguro que Madre Fleur se enterará de esto.

—Pero…

Violet arqueó una ceja.

—También dada a responder, ¿eh?

La chica corrió antes de meterse en más problemas. Violet volteó de nuevo hacia Clementine, toda sonrisas otra vez.

—Bien, Clementine, a final de cuentas hoy es tu cumpleaños, así que las chicas y yo te tenemos un pequeño regalo. Aster, ¿por qué no le das el tuyo primero? —dijo en tono negociador.

Aster arrancó la mirada del vidrio roto a sus pies. Esa era la única parte de la mañana que esperaba con ansias. Pasó toda la semana trabajando en un brazalete para su hermana; utilizó hilos sobrantes de su costurero y un pasador de cabello para hacer el broche. El brazalete tenía el mismo patrón blanco, negro y marrón de una serpiente de cascabel.

—¿Te recuerda algo? —preguntó Aster tras sacar el brazalete de su bolsillo. Por primera vez en el día, su sonrisa se sintió real.

Los ojos de Clementine se iluminaron al reconocerlo.

—¡Sabes que sí! Mientras viva, jamás olvidaré esos colores.

—Espera —comenzó a decir Sage, insegura—. Recuerdo que alguna vez nos dijiste que una serpiente te mordió cuando eras pequeña, Clementine, ¿cierto? ¿De eso se trata?

Aster asintió. Había ocurrido hacía diez años, mucho antes de que llegaran a la Casa de Bienvenida, cuando aún vivían en el campamento de mineros. La

muerte acechaba de un sitio a otro, como un coyote de cacería, y algunas noches el hambre de Aster era tan salvaje que tenía que morder el cuello de su camisón para sentir algún alivio. Pero al menos, en ese entonces ella y Clementine eran libres.

Una tarde, mientras estaban sentadas afuera y su madre barría el pórtico, Clementine, que había caminado hacia el césped para jugar, perturbó a una serpiente de cascabel en la maleza. Esta le hundió los colmillos en el tobillo. Pero de alguna manera, gracias a los muertos, Clem sobrevivió.

—No se suponía que sobrevivieras a eso —dijo Aster—. Pero lo hiciste, y aquí estás… —Pasó saliva. No había planeado esto—. Y eso es todo para mí. —Le cerró el brazalete en la muñeca a Clementine, con manos temblorosas, y le besó la frente—. Si sobrevives a algo así, puedes sobrevivir lo que sea, ¿me oyes?

Violet se aclaró la garganta. Probablemente estaba molesta porque Aster no se había ceñido al guion.

«Pues mal por ti», pensó Aster. Alguien debía ser honesta con Clementine. El trabajo no era para disfrutarse; era para soportarse.

Sage se retorció en su asiento, incómoda.

—Bueno, yo logré que una de mis amigas en la cocina horneara unas galletas de camote —dijo—. Sé que son tus favoritas, así que…

Le entregó un pequeño bulto irregular envuelto en periódico viejo. Después fue el turno de Marigold y Lily. Marigold le ofreció un dibujo de ella con Aster y Lily le dio un reloj de bolsillo descompuesto que un brago había olvidado en la casa. Clementine les agradeció a todas, con el rostro invadido por una enorme sonrisa. Nunca había recibido tanto en su cumpleaños. Pero cada tanto miraba el brazalete y la sonrisa se atenuaba, y Aster se preguntaba si había sido un error no seguir el juego como las demás.

Luego fue el turno de Violet.

—Mi regalo es de parte de Madre Fleur —dijo, y le entregó a Clementine un pequeño frasco café—. Cardo dulce.

Ahora todas las chicas sonreían.

—Ese es el *verdadero* regalo —murmuró Marigold.

—Oro líquido —dijo Lily mientras asentía a la par.

Aster no dijo nada, pero el cuello le hervía.

—Estoy segura de que nos has oído hablar del cardo dulce, Clementine —continuó Violet—, pero las palabras no le hacen justicia a la sensación que provoca. Es como dejar que tu mente se dé un baño caliente. Afuera de la Casa de Bienvenida hay personas que se matan entre sí por un poco, pero ahora que eres una Chica del Ocaso, lo tendrás cada noche. La tapa es un gotero, ¿ves? Una gota bajo la lengua es suficiente. Madre Fleur te dará más cada semana.

Aster solo había tomado el cardo dulce una vez, en su Noche de Suerte. Podía entender por qué les gustaba a algunas chicas, pero a ella le produjo una sensación de pesadez en las extremidades y una bruma mental que solo la hizo sentir más impotente, y el abrumador vacío que le dejó a la mañana siguiente fue peor que cualquier hambre natural. Otra dosis la habría saciado, pero Aster sabía que, si cedía a la tentación, se perdería en el cardo dulce para siempre. Incluso las chicas como Violet, que solo llevaban un año tomándolo, se tornaban olvidadizas y fatigadas por su influencia, y algunas de las chicas mayores habían perdido la mente casi por completo.

Aster odiaba pensar que Clementine podría terminar así.

—Gracias, Violet —dijo Clementine en voz muy baja—. De verdad… gracias a todas. Hoy ha sido mi mejor día en Green Creek, y si todos los días de mi vida como Chica del Ocaso son así…, *afortunada* es sin duda la palabra correcta.

Desenroscó la tapa del frasco y se lo pasó por la nariz.

—Oh, todavía no —dijo Violet—. Guárdalo para esta noche.

—Ah…, perdón.

—No te disculpes. Todas estamos felices por ti. ¿No es así, Aster? —preguntó Violet.

Aster exhaló con los dientes apretados.

—Encantadas —dijo.

Después del desayuno, Aster y su hermana llevaron los regalos a la nueva habitación de Clementine. Clem colocó las galletas y el dibujo con cuidado sobre el buró, y puso el reloj de bolsillo en su joyero junto a los resplandecientes aretes y collares que Madre Fleur le había dado. Ahora que estaban solas, fue como si Clementine hubiese dejado caer su máscara. Su sonrisa era genuina, pero cansada. Pasó un dedo sobre el brazalete que Aster le regaló.

—Gracias otra vez —dijo—. ¿Sabes? Para mí también significa todo tenerte aquí. —Hizo una pausa—. ¿Qué debería esperar de esta noche? De verdad. Sé que no tienes permitido hablar de eso, y no tienes que hacerlo, pero solo… quiero saber.

Aster miró por encima de su hombro, asegurándose de que la puerta estuviera cerrada detrás. De todas formas vaciló. Nunca creyó que sirviera de algo sembrarle miedo en la cabeza a su hermana, sobre todo si no podía hacer nada por ayudarla. Aster se preguntó de nuevo si Violet estaba en lo correcto.

«Pero Violet mintió. Madre Fleur mintió».

Todos mentían. Así era como las niñas terminaban en las Casas de

Bienvenida en primer lugar, enviadas por padres lo suficientemente desesperados para creer que eso sería mejor que la vida que ellos pudieran darles.

Aster por fin se encontró con los ojos de Clementine.

—Ninguna de nosotras puede saber en realidad qué esperar cada noche —dijo—. Eso para mí es tan cierto hoy como cuando cumplí dieciséis. Pero, escúchame, lo que te dije era en serio, Clem. Siempre has sido más fuerte que cualquier cosa a la que nos hemos enfrentado. Más fuerte que yo también, porque siempre encuentras la forma de ser tú misma, alegre a pesar de todo. —Aster logró sonreír a pesar de sentirse mucho más cerca de las lágrimas—. Así que, si llegas a sentir miedo…, solo piensa en una canción, ¿me oyes? No tiene que ser tu canción favorita. De hecho, es mejor que no lo sea. Solo escoge una que conozcas hasta los huesos, y no pienses en nada más. Eso es lo que hago yo.

Clementine asintió.

—Está bien. Sí, está bien. —Exhaló y envolvió a Aster en un abrazo—. Gracias.

Aster la apretó con fuerza.

—Voy a estar abajo todo el tiempo.

—Está bien.

Clementine la soltó, entre risas cohibidas.

—En fin. Más me vale bajar a la recepción para la subasta. Buen camino.

—Buen camino —respondió Aster con solemnidad. Siguió a su hermana afuera de la recámara y hacia el pasillo, donde se separarían. Aster debía volver a su propia habitación y prepararla para el siguiente brago. La próxima vez que viera a Clementine, lo peor de la noche habría pasado.

«Y entonces estaremos del mismo lado de las cosas otra vez», pensó Aster.

No tendría que ocultarle más secretos a su hermana; no estaría separada de ella. Podrían hablar como lo hacían antes. Encontrarían cosas de que reír. Robarían felicidad de donde pudieran. Así era como ganaban.

«A no ser que…».

Aster volteó.

—¿Clem? —la llamó, helada tras la repentina imagen de Clementine con los ojos tan vacíos como los de las Chicas Afortunadas mayores, las chicas cuya única felicidad venía de un pequeño frasco café.

Clementine volteó.

—¿Sí?

—No…, no tomes el cardo dulce, ¿sí? —le rogó Aster—. Miéntele a Madre Fleur si te pregunta al respecto. Tu cuerpo puede pertenecerles, pero tu mente no tiene por qué hacerlo. Nos podemos mantener valientes una a la otra. Como

siempre.

Las cejas de Clementine se juntaron, confundidas.

—Pero, Violet…

—Prométemelo, Clem.

—Te lo prometo —dijo, asintiendo, y pasó saliva.

TRES

La tarde había caído sobre la Casa de Bienvenida de Green Creek y las Chicas del Ocaso, haciendo honor a su nombre, cobraron vida mientras recibían al público nocturno.

Aster estaba demasiado preocupada por Clementine como para esforzarse en halagar a los inflados hombres a su alrededor. En lugar de ello, se aferró a las sombras del recibidor, mirando mientras las demás se desparramaban sobre los muebles del salón y coqueteaban con facilidad ensayada. Las paredes cubiertas de espejos reflejaban la luz del candelabro hasta el infinito, creando la ilusión de estrellas en el cielo, mientras que los gruesos tapetes del piso ahogaban todo el sonido hasta reducirlo a un íntimo rumor. Iris, una de las mujeres de más edad en la Casa de Bienvenida, se inclinó sobre el piano de cola que dominaba la esquina suroeste de la estancia y comenzó a tocar una sigilosa melodía. Aster recordó cuando recién llegaron a la Casa de Bienvenida y a la Clementine de nueve años que atraparon escapándose de la cama para intentar tocar una canción de cuna en las teclas color crema. Los rapiñeros le batieron la mente con tal malicia que no habló en tres días. Pero entonces, amablemente, Iris la acogió como su aprendiz. «Ya era hora de que comenzara a entrenar a alguna de ustedes para hacerse cargo de esta bestia por mí», dijo. «Sé que parece tener dientes, pero te prometo que no muerde».

Justo en ese momento, Clementine estaría recibiendo a quienquiera que fuera el brago que la había comprado en la subasta.

Aster sintió una nueva oleada de náuseas. El aire en la habitación era sofocante, lo que agregaba temperatura a su humor. Los hombres debían sentirlo, pues por primera vez la dejaron en paz. Algunos eran conocedores del negocio, visitaban para comprobar que Green Creek estaba a la altura de su reputación. Otros eran viajeros adinerados pero desgastados que solo buscaban un cuerpo cálido para pasar la noche. Y casi todos llegaban a la Canalla desde

una de las infladas ciudades fronterizas de Arketta, adonde pertenecían. La Canalla tenía la capacidad de hacer que hasta los hombres más grandes se sintieran pequeños, con sus gigantescas montañas y sus muertos sin descanso. Las Chicas Afortunadas los hacían sentir grandes otra vez.

O al menos eso se suponía que hacían.

Aster continuó deambulando por el extremo de la habitación, jalando el frente de su corsé. Su vestido, azul cobalto con encaje negro, apenas le cubría la mitad del muslo, lo que le dejaba descubiertas las piernas sudorosas debajo de medias de red demasiado ajustadas. El cabello se le alborotaba alrededor de la banda de seda como una nube llena de electricidad. Madre Fleur frunció el ceño al verla desde su silla favorita, pero por fortuna, decidió no confrontarla esa noche en particular.

Un acorde especialmente alto sonó desde el piano, y Aster se sobresaltó; los nervios, de tan tensos, podían rompérsele en cualquier momento. Violet, sentada en el sofá más cercano, le arqueó una ceja al brago en cuyo regazo estaba sentada.

—Te ves tensa, Aster —dijo, parsimoniosa—. No tienes de qué preocuparte. Tu hermana está bien.

—¿Y cómo lo sabrías tú? —preguntó Aster.

—Pude ver bien al brago que está con ella. Es del tamaño de una casa. Sospecho que tendrá una noche con más suerte que la mayoría.

—¿Perdón? —Aster dio un paso hacia ella con el puño apretado. La sonrisa de Violet se borró por completo. Pero antes de que Aster pudiera decir algo más, alguien la tomó de la muñeca por detrás con una fuerza mortal. Un escalofrío febril le recorrió el brazo y se extendió por todo su cuerpo, seguido de un temor repentino y abrumador.

«Rapiñero».

—Suficiente —dijo, y su voz recorrió la nuca de Aster como agua fría.

La joven volteó y se encontró de frente con un hombre delgado y elegantemente vestido, cuyo chaleco verde oscuro lo identificaba como trabajador de la Casa de Bienvenida. Aster lo reconoció como Amos. Al igual que todos los rapiñeros, tenía en el duro rostro ojos profundos, anaranjados como brasas. Mirarlo a la cara solo aumentaba los efectos de su embrujo. Las rodillas de Aster flaquearon. El dolor floreció en su pecho. Y el miedo rugió en su cráneo y se tornó en un grito…

Amos soltó su mente. Un momento después, también le soltó la muñeca. Solo la había atrapado unos segundos, pero que rapiñaran tu mente era como tener la mano sobre una flama: unos segundos bastaban.

—No quiero volver a verte vagando por ahí —le siseó Amos al oído—.

Encuentra a un brago o las cosas se pondrán peor.

Cuando terminó su trabajo volvió a su puesto en una orilla del salón. Había otros como él desperdigados por la casa. Los rapiñeros obtenían su poder de más allá del Velo, y eso los hacía medio muertos: indiferentes al frío o al hambre, al cansancio o al dolor. Se decía que todos los hombres que se convertían en rapiñeros perdían su alma con el tiempo, aunque Aster sospechaba que cualquiera que se sintiera atraído a trabajar como rapiñero no tenía demasiada alma, en primer lugar. «Son necesarios para mantener la paz», habría dicho Violet.

La pequeña lamebotas le sonreía maliciosamente a Aster de nuevo. Tal vez pensaba que se había ganado aquello; Aster torció la boca y se alejó. Seguía temblorosa y sudaba. Necesitaba aclarar su mente.

El recibidor tenía a los costados salones más pequeños: un salón de apuestas y una cantina que fungía también como salón de baile. Aster hizo sus rondas en ambos, cuidadosa de no llamar más la atención. La caminata no sirvió de mucho para tranquilizarla. Amos debía haberle sacado a la superficie un miedo antiguo y animal, aunque se encontraba apenas por debajo de su fachada. Se había estado acumulando toda la noche.

Siempre supo que era su responsabilidad proteger a Clementine, y que eso implicaba seguir las reglas tan bien como pudiera para evitar el temperamento mortal de Madre Fleur.

¿Por qué sentía entonces que le había fallado por completo a Clementine?

Pronto volvió a la estancia principal, que ahora estaba más animada que nunca. Se dirigió hacia una de las ventanas, donde todo estaba más callado. No pudo ver nada en la oscuridad de la noche, pero agradeció la pequeña corriente de aire fresco. La peor parte de la rapiña comenzaba a disiparse.

Entonces, justo cuando estaba por arrastrarse de vuelta entre la gente, lo vio: en la siguiente ventana, al pie de la escalera, las cortinas de terciopelo saltaron.

El movimiento fue demasiado brusco para haber sido causado por una corriente.

Aster entrecerró los ojos. La Casa de Bienvenida tenía sus muertos, por supuesto. El Velo siempre era más delgado en los lugares de mayor sufrimiento. Pero el santificador acudía una vez al mes para alejar tantos espíritus como fuera posible; no había habido una perturbación seria en años.

Otro movimiento, más exagerado esta vez. Nadie más parecía darse cuenta. Aster se armó de valor y se aventuró a investigar, al menos para distraerse de la interminable noche. Cuando jaló las cortinas, el aliento la abandonó.

«Clementine».

Tenía el peinado deshecho y sus ojos estaban muy abiertos por el pánico. Parecía enloquecida. La sorpresa de Aster le robó las palabras. Clementine cerró las cortinas antes de que alguien más pudiera verla. Aster volteó a toda prisa para dar la impresión de que solo estaba recargada contra la pared.

—¿Qué te pasó? —susurró Aster por un costado de la boca, mirando ansiosa alrededor. Ni siquiera vio a Clem bajar las escaleras, pero alguien más podría haberlo hecho. Sin duda, algunas de las Chicas del Amanecer que trabajaban en el piso eran espías y delataban a las demás a cambio de la complacencia de Madre Fleur. Y un rapiñero podía sentir el miedo tan bien como podía controlarlo.

—Aster, el brago con el que estaba…, eh…, está… —Aster apenas alcanzaba a distinguir la voz de Clem—. Creo que lo… —La voz se desvaneció por completo.

—¿Qué?

—Dije que… creo que lo maté.

«¿Matar?». No. Clementine no era capaz de algo así. El brago debía haberse desmayado por beber. Podría despertar en cualquier momento e ir a buscarla.

Aster comenzó a decírselo, pero las palabras salieron disparadas de la boca de Clementine.

—No quise hacerlo, Aster, te lo juro. Lo golpeé en la cabeza con la lámpara. Me estaba ahorcando y yo no podía pensar. Solo quería que parara, pero ahora hay mucha sangre…

«Por el Velo».

—Bien —dijo Aster—. Shhh, Clem, todo va a estar bien. Por ahora, solo guarda silencio.

En realidad, el corazón le había comenzado a martillar en el pecho a ella también. Miró alrededor de nuevo entre la humareda de los puros. Madre Fleur no le prestaba atención, pero Violet la miraba con evidente suspicacia. Aster ya la había retado dos veces en el día. Violet debía estar salivando por tener un motivo para acusarla.

«Mira a otro lado», rogó Aster. «Por una vez, Violet, por favor, ocúpate de tus asuntos».

El brago de Violet la tomó por la barbilla y la jaló para besarla. Violet cerró los ojos.

—Tenemos que irnos —susurró Aster de inmediato—. Ahora.

Dejaron la ventana y se escabulleron por las escaleras, Clementine oculta en las sombras de la pared. Aster se obligó a permanecer calmada y mantener un paso mesurado, apretando la mano de Clementine para aplacar su miedo también. Cuando llegaron al pasillo, las dos comenzaron a correr.

Clementine se detuvo a un par de metros de su puerta, reacia a dar un paso más. Rezando por que su hermana hubiese interpretado mal la situación, Aster abrió la puerta.

La habitación estaba oscura salvo por el rectángulo de luz que entraba desde el pasillo. Pero incluso así, Aster alcanzó a ver el cuerpo sobre la cama. El hombre era enorme y estaba desnudo de la cintura para arriba, desparramado bocabajo con las gruesas extremidades en una «X». Su cráneo resplandecía por la sangre, como un melón podrido abierto a patadas. El vidrio roto de la lámpara brillaba en el piso.

Aster lo miró como si esperara a que se pusiera de pie.

—Fue un accidente —susurró Clementine otra vez, casi en un ruego—. Eso es lo que diremos, ¿verdad? ¿Que fue un accidente?

Aster jaló a Clementine a la habitación, cerró la puerta, se recargó en ella y tomó un instante para pensar. No importaría que hubiera sido un accidente. No habría perdón por ello.

—Clementine… —La boca se le había secado—. No podemos decirle a nadie. Si Madre Fleur se entera…

Dejó de hablar. Clementine había encendido la lámpara de gas sobre ellas, y giró la manivela hasta el máximo. El horror invadió el vientre de Aster ante la imagen frente a ella: el brillo vacío de los ojos del brago y el grito silencioso en su boca caída. No había una sola noche en que no fantaseara con matar a los hombres que entraban en su cama. Una pistola contra sus sienes. Sus manos alrededor del cuello. Pero eran solo eso: fantasías. La realidad la dejó anonadada y asqueada.

De cualquier forma, preferiría que Clementine matara a ese hombre mil veces antes de dejar que él la matara a ella. No sería la primera vez que una Chica Afortunada moría en el trabajo porque un brago era demasiado agresivo.

«Gracias a los muertos le dije que no tomara el cardo dulce», pensó Aster de pronto. Clementine nunca habría tenido la fuerza para defenderse estando drogada.

Durante el más breve instante, estuvo casi orgullosa. Su hermana había mostrado la clase de valentía que ella misma no estaba muy segura de tener aún.

—Lo siento tanto —dijo Clementine al fin, limpiándose las lágrimas.

—No —dijo Aster—. No te disculpes, Clem. Mejor él que tú.

Clementine inhaló profundo.

—¿Qué hacemos?

Aster repasó sus opciones en silencio. Si cualquiera se enteraba de esto, Clementine estaría muerta. Eso era un hecho. A los asesinos en la Canalla se les

colgaba en lo más alto de una horca y se les dejaba a merced de los vengantes, los espíritus más despiadados de este lado del Velo. Un hombre podía languidecer en la horca durante días antes de que los vengantes se vieran atraídos inevitablemente a su sufrimiento, pero tarde o temprano se apoderaban de él, le abrían el vientre con sus garras invisibles y le destrozaban la garganta con fauces intangibles. Los cuervos picoteaban los restos hasta que los huesos caían al suelo.

Aster moriría antes de dejar que eso le ocurriera a Clementine.

—Bien —dijo, enderezándose—. Bien, primero tenemos que ocultar el cuerpo. A Madre Fleur le gusta vigilar a las chicas nuevas, asegurarse de que traten bien a sus hombres. No podemos dejar que entre y vea al tuyo así.

—¿Y después qué?

—¡No lo sé! —estalló Aster. Le lanzó a Clementine una mirada de arrepentimiento—. Perdón, solo… lo estoy pensando. Pero lo único que sé a ciencia cierta es que tenemos que deshacernos de este cadáver. —Examinó la habitación—. El ropero —dijo. Era el mejor lugar disponible para ocultar algo.

Después de abrir las puertas y hacer los vestidos a un lado para tener espacio, actuaron deprisa: Clementine tomó al brago por los tobillos y Aster por las muñecas. Pero cuando comenzaron a arrastrarlo, se volvió evidente que era demasiado pesado. Incluso si lograban bajarlo del colchón, jamás podrían levantarlo. Su cuerpo azotaría en el piso y provocaría que alguien subiera corriendo. Clementine sugirió que llevaran a Tansy y a Mallow a ayudar; Aster no sabía si podían confiarles el secreto. Clementine insistió en que sí. Aster cedió al fin, consciente del tiempo que perdían al discutir.

Con tanta compostura como pudo reunir, Aster se apresuró a subir al ático. Clementine permaneció en la habitación, hablando como si el brago siguiera vivo en caso de que Madre Fleur estuviese oyendo detrás de la puerta, como solía hacer.

El ático estaba relativamente vacío; era la hora de más actividad, y en el piso se requería a la mayoría de las Chicas del Amanecer. Pero Tansy y Mallow habían terminado su último turno después de la cena. Las dos estaban relajándose en el catre de Mallow, aún con sus uniformes de trabajo. Mallow estaba recostada con la cabeza sobre las rodillas de Tansy. Tansy soltó una risita por algo que Mallow dijo.

Aster marchó hacia ellas.

—¡Tansy! ¡Mallow! —ladró—. Las necesitan abajo.

—¿Y para qué demonios? —exigió Mallow.

—Solo vengan conmigo —ordenó Aster. Luego se acercó y dijo con suavidad—: Clem está en problemas.

Tansy y Mallow se espabilaron de inmediato. Se levantaron de la cama y siguieron a Aster por las escaleras y a través de los pasillos mal iluminados. Aster les explicó la situación con susurros apresurados, deteniéndose y forzándose a sonreír cada vez que se cruzaban con otra chica.

Antes de abrir la puerta de la habitación de Clementine, se detuvo un momento y miró a ambos lados para asegurarse de que nadie se acercara.

—Escuchen —dijo—. Si quieren regresar, ahora es cuando. —Las miró a los ojos, primero a una y después a la otra—. Si no quieren ser parte de esto, lo entiendo. Y Clem lo entenderá también.

Ambas intercambiaron una mirada.

—No vamos a ir a ningún lado —dijo Mallow primero, volteando hacia Aster—. No podemos dejarlas solas con esto.

Tansy asintió.

—Ella lo haría por nosotras.

Aster asintió rápidamente en señal de agradecimiento. Luego abrió la puerta.

—Ay —exclamó Tansy y se llevó la mano a la boca.

—Vaya, Clem, mierda —dijo Mallow en un susurro, aunque sonaba más impresionada que otra cosa—. Recuérdame nunca hacerte enojar.

—Fue un accidente… —comenzó a decir Clementine.

—No importa qué haya sido —interrumpió Aster antes de que su hermana se lanzara de nuevo a dar explicaciones y cerró la puerta a su espalda—. Cada una tome una extremidad. Lo vamos a meter al ropero.

Mallow se remangó y dejó expuestos sus fuertes antebrazos, mientras que Tansy se estiró las mangas sobre las manos, probablemente para mantenerlas limpias. Ellas tomaron las piernas; Aster y Clementine, los brazos. Incluso con el esfuerzo conjunto de las cuatro, el cuerpo seguía siendo pesado y difícil de manejar. Arrastraron los pies hacia el ropero. Por fortuna, el mueble cubría la pared principal y no se alcanzaba a ver desde la puerta. Así que, cuando ocurriera lo inevitable y Madre Fleur abriera…

—¿Cuál es el plan después de esto? —susurró Mallow, como si leyera la mente de Aster—. No hay forma de que no se den cuenta cuando él no baje las escaleras.

Aster no había podido pensar en nada más. No tenía idea. Clem no podía quedarse ahí, no si quería seguir con vida, pero tampoco había forma de sacarla de la Casa de Bienvenida, no con Dex en la puerta. Las únicas personas que podían entrar y salir por ahí eran los clientes.

Los bragos.

Como el que estaba ahí tendido.

—¿Entonces? —insistió Mallow con la voz constreñida por el esfuerzo.

La adrenalina recorrió el cuerpo de Aster mientras una idea se iluminaba en su mente.

—Espera. Estoy pensando —dijo—. Dejémoslo ahí un momento.

Las chicas pusieron el cuerpo sobre el suelo con suavidad. Aster miró la mano del brago, que salía por debajo de la manga de donde ella lo había tomado. Como a todos los huéspedes, le habían puesto un favor temporal en el dorso al entrar: el emblema de la Casa de Bienvenida, un cráneo con rosas que crecían a través de él. Tendría que mostrárselo a Dex al salir, como prueba de que había pagado por su placer. Luego podría irse.

—Vamos a correr —dijo Aster con más confianza de la que en realidad sentía—. Clem y yo. Nos vamos a largar de aquí.

El favor del brago desaparecería una vez que terminara el tiempo por el que había pagado. Y, hasta donde Aster sabía, podría desvanecerse en cualquier momento ahora que estaba muerto. Pero si se apresuraban…

Clem la miró con los ojos bien abiertos.

—¿Nos vamos?

—No puedes decirlo en serio —dijo Tansy—. No puedes escapar de Dex.

Aster aún no había afinado los detalles. Pero sabía que tenían lo más importante que necesitaban.

—Sí, sí podemos. Dame un minuto para pensarlo bien. Clem, toma tus cosas. Vamos a huir. No hay forma de que sobrevivamos si no lo hacemos.

—¿Cómo? —dijo Clementine—. ¿Adónde?

—Fuera de esta maldita casa —ladró Aster, dejando los susurros. Pasó saliva con fuerza—. Por ahora, solo prepárate.

Tras un momento de sorpresa, Clem se apresuró hacia su baúl.

Aster no dejaba de mirar al brago; intentaba desesperadamente cuadrar el resto de su plan. Mallow tomó un cuchillo que encontró escondido en la bota del brago e hizo una floritura con él.

—Espero que no lo necesiten, pero me sentiría mejor si lo tuvieran —murmuró—. Aunque todavía no entiendo qué estás pensando.

—Y no hay duda de que necesitarán algo de brillo —añadió Tansy mientras le quitaba el anillo de teomita del pulgar—. Esto debería conseguirles bastante.

—¿Cómo podemos…? —comenzó a decir Clementine.

Pero antes de que alguien pudiera decir algo más, la manija de la puerta giró con un suave traqueteo.

Las habían descubierto.

CUATRO

Violet estaba cruzada de brazos en el umbral de la puerta.

—Juro que sabía que traías algo entre manos, Aster —dijo—. ¿Qué demonios sucede aquí?

Aster maldijo por lo bajo: «De todas las personas». Violet, la única que sin duda las delataría.

Tenían que deshacerse de ella.

—Nada que sea de tu incumbencia —dijo Aster—. Te veo abajo en un minuto.

—¿Mallow? ¿Tansy? —continuó Violet, ignorando a Aster. La cara se le enrojeció—. Más les vale responderme. ¿Dónde está tu brago, Clementine?

Clementine miró a Aster; la desesperación era obvia en su rostro.

—Se fue temprano —dijo Aster sin inmutarse. Todas se acercaron lo suficiente a la puerta para que Violet no pudiese ver el cuerpo. Aster no podía darle motivos para que pasara entre ellas y se metiera al cuarto—. Fue a Clooney's —añadió.

Clooney's era el salón de apuestas al otro lado de la calle. Era una explicación plausible; no todos los hombres pasaban la noche en la Casa de Bienvenida.

—Así es —intervino Clementine—. Y después de que se fue, decidí que tal vez podía ir por mis amigas…, ya sabes…, para tener alguien con quien hablar…

Violet frunció el ceño.

—¿Quieres decirme que tu brago pagó por una Noche de Suerte y se fue después de veinte minutos? ¿Tan insatisfecho estaba? —Dio un paso hacia Clementine—. Si por tu culpa perdimos ese cliente, Madre Fleur te desollará…

—Oye, tranquila —dijo Mallow con un ligero tono de advertencia.

—Y tú, más te vale volver arriba antes de que le haga saber a Madre Fleur

que andas vagando sin permiso —añadió Violet, acercándose a ella—. Tú también —le dijo a Tansy—. Mírense, están hechas un desastre. ¿Así es como se presentan? —Algo le llamó la atención—. Tansy, ¿qué tienes en la manga? —Dio un paso al frente.

Aster alcanzó a ver la mancha rojo carmesí en el puño de la blusa de Tansy.

—Nada —dijo Tansy y se apresuró a esconder las manos detrás de la espalda.

—En nombre de Madre Fleur, te ordeno… —Violet se acercó aún más mientras hablaba. Con el corazón galopando, Aster se adelantó para bloquearle el camino, pero era demasiado tarde. El rostro de Violet se transformó al ver la sangre sobre la cama con los ojos bien abiertos y rastrearla hasta su fuente—. ¿Qué demonios…?

La mano de Aster salió disparada antes de que pudiera siquiera cuestionarse. Tomó a Violet por la muñeca, la jaló hacia adentro y cerró la puerta con una patada. Violet soltó un gemido corto y agudo mientas Aster la empujaba contra la puerta.

—¿Qué le hicieron a ese brago? —chirrió Violet—. ¡Suéltame!

—¡Silencio! —dijo Aster, mirando atrás al tiempo que empujaba el brazo de Violet contra la puerta—. Mallow, el cuchillo. —Extendió la mano libre para recibir el arma.

—Aster —comenzó a decir Clementine.

—El cuchillo.

Mallow lo entregó sin decir palabra.

«Así es como se siente», pensó Aster al tomar el cuchillo. El cuero se sentía suave bajo sus dedos, la cuchilla pesada en su mano. Algo en él tranquilizó de inmediato su mente enfebrecida.

Por primera vez no era impotente.

Violet dejó de luchar y guardó silencio al ver el arma. Desesperada, examinó la habitación.

—¿Qué ocurrió? —preguntó de nuevo, con más suavidad.

No había marcha atrás.

Aster llevó el cuchillo al cuello de Violet y presionó la hoja plana sobre su piel.

—El brago está muerto —dijo Aster, despacio y en voz baja. Su voz flaqueó, pero su mano se mantuvo firme—. Lo maté. Fue un accidente. Clem y yo vamos a escapar.

Clementine comenzó a hablar, pero Aster le lanzó una mirada de advertencia. «Déjame encargarme de esto». Si todo lo demás fallaba, al menos Aster asumiría la culpa.

—¿Esperas que crea eso? —dijo Violet con voz ahogada—. Clementine fue quien estuvo con él todo este tiempo. Y, maldita sea, se ve mucho más alterada que tú.

—Cree lo que quieras. No tengo tiempo para convencerte. Pero si tú no puedes convencerme a mí de que vas a quedarte callada, te cortaré la lengua antes de que nos vayamos.

Aster sintió que las demás se retorcían, incómodas. Violet se encontró con la oscura mirada de Aster. Sopesó sus palabras. Cuando respondió, su voz era apenas más que un susurro.

—No te atreverías.

—¿No? —Aster gruñó y presionó más con el cuchillo. Habló con aspereza, con la esperanza de ocultar el hecho de que, en efecto, no estaba segura de tener las agallas para cumplir su amenaza.

Pero tenía que hacerlo. O Clementine moriría.

Una gota de sangre como una joya brotó justo debajo del favor de Violet.

—¡Bien! ¡Basta, basta! —siseó Violet.

—Silencio —le recordó Aster.

—¿En serio piensan huir?

—Tan serias como los muertos.

—¿Me toman por tonta? Si hubiera una forma de hacerlo, ¿no creen que yo lo sabría? ¿No escaparían chicas todo el tiempo?

—Las otras chicas no tienen lo que tenemos.

—¿Deseos de morir? —Incluso entonces, contra la pared y con un cuchillo al cuello, el tono condescendiente no desaparecía de la voz de Violet.

Aster vaciló. No parecía correcto decirle nada a Violet sobre su plan. Pero en ese momento, no importaba.

—La mano del brago. Podemos cortársela y usarla para pasar por Dex.

El cadáver era la única solución al problema que él mismo les había causado.

—Demonios —farfulló Mallow tras un momento—. Tienes razón.

Violet frunció las cejas.

—Eso… podría funcionar…

Aster inhaló profundo y retrocedió un paso.

—Ve a sentarte en la cama —le dijo a Violet con un movimiento del cuchillo—. Creo que entiendes que no saldrás de esta habitación hasta que nos convenzas de que podemos confiar en ti.

Violet caminó hacia la cama, tan erguida y elegante como siempre. Se sentó en la orilla.

—Sigo pensando en los detalles —dijo Aster mirando a Clementine,

Mallow y Tansy, quienes la miraban a ella—. Pero esa es la idea básica: Clem y yo usaremos la mano para salir.

Mallow miró a Tansy. Una pregunta sin palabras fluyó entre ellas. Tansy asintió sutilmente a Mallow y luego miró a Aster.

—Llévennos con ustedes.

—De ninguna manera —intervino Clementine antes de que Aster pudiera responder—. No haré que las maten por nuestra culpa. Suficiente ha sido que les pidamos hacer esto.

—Tiene razón —agregó Aster, aliviada de sentir lo mismo que su hermana —. No sabemos qué esperar allá afuera, y la ley estará detrás de nosotras todo el tiempo. Solo vamos a huir porque tenemos que hacerlo. Pero nadie más sabe que ustedes están involucradas; todavía pueden librarse.

Mallow hizo una mueca.

—Entonces, ¿qué? ¿Tans y yo nos quedamos aquí y perdemos nuestra única oportunidad de salir de este lugar? —preguntó—. No lo creo. Prefiero morir mañana allá afuera que pasar el resto de mis días aquí.

—Opino lo mismo —dijo Tansy en voz baja.

Violet se movió. Aster alzó el cuchillo de inmediato, pero Violet alzó las manos en señal de rendición.

—Llévenme con ustedes —exhaló—. Yo también quiero huir.

Aster rio.

—Sí, claro.

—¡Llévenme con ustedes! —repitió Violet con desesperación.

—¿Por qué demonios lo haríamos después de años de soportar tus estupideces?

—Por favor.

Violet nunca le había pedido nada «por favor» a ninguna de ellas. «¿A qué juega?». Aster miró a las demás, pero Clementine, Tansy y Mallow también parecían desconfiadas.

—Es una trampa —murmuró Tansy.

—¡No lo es! —insistió Violet—. Quiero irme. —Apretó los labios—. O me llevan con ustedes o le digo todo a Madre Fleur.

—O te corto el cuello —le recordó Aster.

—Mejor que vivir así.

Aster sintió una pulsación de duda. De ser cualquier otra persona, le habría creído, sin pensarlo. Pero ¿Violet? ¿La chica que nunca se abstenía de decir cuánto amaba Green Creek? No, algo no estaba bien.

«Por el Velo, no tenemos tiempo para esto…».

—Además, me necesitan —continuó Violet.

—¿Como para qué? —preguntó Clementine, tan escéptica como las demás.

—*Sé* cosas, cosas que Madre Fleur no les dice a ustedes.

—Solo nos retrasarías —escupió Mallow—. Princesita malcriada…

Violet mostró los dientes.

—Basura sangresucia…

—Cállense. Todas —interrumpió Aster. Confiaba en Violet tan poco como las demás, pero no podían seguir discutiendo; Madre Fleur podría entrar en cualquier momento. Y aunque degollar a Violet era la única forma segura de mantenerla callada, le asqueaba siquiera pensarlo. En oposición al brago, Violet era inocente; era una musaraña insufrible, sí, pero inocente.

Tenía que tomar una decisión.

Bajó el tono de voz hasta volverla amenazante y alzó el cuchillo una vez más.

—Si haces algo para intentar sabotearnos, me encargaré de que te arrepientas.

Aster circuló por el recibidor de nuevo. Pero esta vez ella era la cazadora y no la presa. Necesitaba encontrar a un huésped que no estuviera atendido, y debía hacerlo pronto, antes de que Violet bajara las escaleras disfrazada como el brago de Clementine.

La idea era que Violet saliera, encontrara una carreta de heno en el establo y la colocara bajo la ventana de la habitación de Aster para que las demás saltaran a ella. Pero para poder pasar por Dex, Violet tendría que extender la mano cercenada por la manga del abrigo como si fuera la suya. Aster odiaba la idea de confiarle la parte más importante del plan, pero era la única suficientemente alta para usar la enorme ropa del brago.

Mallow y Tansy aceptaron encargarse del espeluznante asunto de cortarle la mano al brago con su cuchillo. La tarea de Aster era crear una distracción en el recibidor para que Dex no le pusiera tanta atención a Violet cuando intentara salir.

El cuello le picaba a Aster por la desesperación mientras continuaba examinando a la gente, y cada una de sus palpitaciones era como el tic tac de un reloj. No sabían cuánto duraría el favor del brago. ¿Y si desaparecía antes de que Violet saliera? Estaban muertas.

Un brago delgado con un largo abrigo café estaba solo en la barra, mirando una bebida intacta. Era uno de los hombres más jóvenes ahí. Aster estaba a punto de acercarse a él cuando otra chica se le adelantó, recargándose sobre la barra con agilidad.

«Rayos».

Aster volteó y buscó desesperada a alguien más a quien arrinconar. Entonces lo vio: un hombre que rondaba solo el piano, suficientemente cerca de la puerta principal como para que Dex corriera hasta ellos tras la distracción de Aster. El brago vestía el uniforme gris deslavado de las fuerzas armadas de Arketta. GLORIA A LA CONCILIACIÓN, decían las palabras debajo de sus insignias, el lema nacional. Como los oficiales, los soldados obtenían precios especiales en las Casas de Bienvenida. Siempre estaban ansiosos por encontrar a alguien que escuchara sus historias sobre los sangresucias rebeldes que habían ayudado a capturar.

Aster comenzó a caminar hacia él, abriéndose paso entre la multitud.

—Parece que te vendría bien un poco de compañía —dijo deslizándose a su lado y pasando los dedos por su brazo. Aster no solía ser tan frontal, y por primera vez deseó tener la habilidad de Violet para coquetear sin esfuerzo.

El soldado se enderezó; tenía la mirada cristalina y vagabunda por haber bebido demasiado.

—¿Y cuál es su nombre, señorita? —preguntó con voz densa.

—Me llamo Aster. ¿Ves? —lo tentó, volteando para mostrarle su favor. Al hacerlo logró ver toda la habitación, pero no había señales de Violet. Se tragó el nudo en la garganta.

—Teniente Carney, a tus órdenes, Aster —se presentó el hombre haciendo un torpe gesto con la gorra. La miró despacio de arriba abajo mientras se le dibujaba en la cara media sonrisa. Una Chica del Amanecer pasó con una bandeja llena de cocteles. El hombre tomó dos.

—¿Un trago dulce para una niña dulce? —preguntó.

Aster le agradeció con recato y tomó la copa. Miró por encima del hombro de él, hacia las escaleras. ¿Dónde estaba Violet?

Y entonces la vio, bajando las escaleras con una confianza sorprendente. Su largo cabello había quedado escondido dentro del sombrero del brago, su femenina figura oculta bajo el largo abrigo. Tenía el paliacate de seda anudado alrededor de la mitad inferior del rostro. Pero no eran esas cosas las que la hacían perfecta para el papel: era la forma en que se conducía, la autoridad natural y el obvio aire de arrogancia y superioridad. No mostraba nada del miedo que sin duda sentía.

La sangre de Aster se aceleró. Se relamió los labios.

—Buen camino —le dijo Carney alegremente, y alzó su copa para brindar.

Aster volteó hacia el soldado, luchando por mantener la calma.

—Buen camino —respondió con una sonrisa falsa, y se terminó el coctel en tres tragos rápidos.

El alcohol le encendió la garganta, la empalagosa dulzura le quemó la lengua. Tosió violentamente. Se aferró al hombro de Carney mientas la cabeza le daba vueltas.

Carney le frotó la espalda, riendo. La piel se le erizó al sentir su contacto.

—¡Calma! —dijo él con incredulidad—. Ustedes las sangresucias son más duras que el pasto seco.

—Siempre intentamos impresionar, teniente —respondió ella alegremente —. Pero debo confesar que estoy un poco mareada. —Se enderezó, pero se permitió tambalearse un poco en su lugar.

—Nada que un segundo trago no arregle —dijo él con demasiado entusiasmo.

Aster miró de nuevo por encima de su hombro. Violet había llegado al vestíbulo. Era la siguiente en salir.

Carney insistió.

—Ven, te llevaré a la barra…

—No te molestes —dijo Aster deprisa—. Solo necesito sentarme un segundo. —Dio unos cuantos pasos tambaleantes, soltó un quejido dramático y se desplomó en el piso. La música del piano se detuvo. La habitación completa perdió el aliento.

Aster permaneció en el piso, con los ojos cerrados, mientras el caos estallaba a su alrededor. Un revoltijo de voces llenó el aire: chicas que gritaban su nombre, un hombre que pedía ayuda. El piso vibraba bajo su mejilla por las pisadas de la gente que se abarrotaba a su alrededor. Podía oír a Madre Fleur abrirse paso entre la concurrencia y disculparse por las molestias. El olor a puro del tapete le provocó náuseas.

—Atrás. Está conmigo —ordenó Carney.

Aster parpadeó y abrió los ojos. Una maraña de piernas se interponía entre ella y la puerta, pero logró ver a Violet apresurarse a salir. Dex se acercaba hacia el creciente grupo, imponiéndoles calma con su influencia mental. El alivio de Aster, sin embargo, era solo suyo.

Violet había logrado salir.

Luego, una helada revelación recorrió la espalda de Aster y enfrió su breve sensación de triunfo: ¿y si Violet escapaba sola? ¿Y si no llevaba la carreta para las demás y solo usaba la mano del brago para huír y las dejaba morir a ellas? Tal vez solo había querido usarlas, tal vez ese había sido su plan desde el principio.

«No tengo más opción que seguir con esto hasta el final».

Aster miró a Dex, quien torció la boca y reveló sus dientes amarillentos, y a Madre Fleur, quien sonreía, pero cuyos ojos destellaban con furia. El

descuidado comportamiento de Aster daría una mala imagen a la Casa de Bienvenida. En circunstancias normales, eso significaba que pasaría el día siguiente a merced de un rapiñero.

Pero para esa hora al día siguiente, ella estaría libre o muerta.

—¿Estás bien, Aster? —preguntó Madre Fleur, su voz rebosando de falsa preocupación.

Aster tomó la mano de Carney y se levantó de a poco.

—Lo estoy ya, señora. Solo me mareé un poco. Discúlpeme por causar revuelo. —No tuvo que fingir el temblor en su voz—. Sin embargo, creo que será mejor que me retire por esta noche, con su permiso.

—Por supuesto —respondió Madre Fleur—. Y al teniente le encantaría acompañarte y asegurarse de que estés bien… y pasar un poco de tiempo contigo. —Volteó hacia el brago y sonrió—. La habitación de Aster está al final del corredor a la derecha.

Carney se acercó más mientras el resto de la multitud comenzaba a disiparse. El pánico de Aster se multiplicó.

—En realidad, no estoy segura… —comenzó a decir.

—No te preocupes. Yo te cuido —le prometió el brago. Le puso un brazo alrededor y la guio hacia la escalera.

El corazón de Aster martillaba contra su pecho. Esto no era parte del plan. No podía llevarlo a su habitación. Clementine y las demás probablemente estaban a punto de saltar por la ventana en ese momento. O, si Violet las había abandonado, estarían atrapadas sin salida.

Tropezó a propósito en el primer escalón.

—Con cuidado —dijo Carney—. No queremos que vuelvas a caer.

—Parece que aún no tengo fuerza para subir las escaleras —objetó Aster. Esperaba detenerlo un momento, lo suficiente para que todas lograran salir, pero Carney simplemente la cargó y comenzó a subir de nuevo.

—No es problema —dijo él, galante.

Aster maldijo para sus adentros. Por supuesto que si se mostraba indefensa solo lo envalentonaría más.

Carney le sonrió mientras seguía hablando, y Aster comenzó a sentirse realmente enferma. Y estaba también el miedo habitual, el que se apoderaba de ella cada vez que subía esas escaleras con un brago. Un terror helado en los huesos que surgía para ahogarla. No importaba que Carney pareciera caballeroso. El resultado final siempre era el mismo.

Llegaron al final de la escalera. Carney la depositó en el piso. Aster caminó como condenada a muerte hacia el final del pasillo. Inhaló profundo al colocar la mano sobre la manija de la puerta.

«Por favor, por el Velo, que no encuentre a nadie adentro. Que hayan escapado. Por favor».

Giró la manija.

Y exhaló. La habitación estaba vacía, la ventana abierta. Caminó hacia ella, fingiendo ir solo a cerrar las cortinas. Miró hacia abajo y vio la carreta, esperándola.

Clementine había salido. Todas habían salido.

Entonces Carney cerró de golpe la puerta a su espalda, lo que mandó el corazón de Aster al piso. No podía saltar con él justo detrás.

«Vas a tener que pelear con él. Noquearlo».

¿Un soldado entrenado? Las posibilidades no eran buenas.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —preguntó Carney, arrastrando un poco las palabras. Se paró detrás de ella y le tomó la cintura con sus enormes manos.

El cuello de Aster se ensanchó. Los ojos le ardieron. Podía sentir que su cuerpo caía a aquel lugar de desapego entumecido al que iba todas las noches; su mente se alejaba más y más y dejaba que su cuerpo se defendiera solo. La respiración del hombre retumbaba en sus oídos y las extremidades le pesaban como si hubiera tomado la dosis de toda una semana de cardo dulce.

«Cardo dulce».

«Eso es».

—Vamos a quitarte ese vestido. Vas a respirar mejor —dijo Carney.

Aster, aún entre las manos del brago, volteó para quedar frente a él.

—Hay algo que he querido probar desde hace tiempo —le susurró al oído —. Pero no estoy segura de que estés dispuesto.

—¿Qué?

—Voy a buscarlo.

Aster se liberó y fue a su tocador, donde guardaba el frasco de cardo dulce entre su joyería y cepillos.

Se relamió los labios; una llamarada de rabia incendió la niebla que le saturaba la mente. Cada semana, Madre Fleur esperaba que Aster estuviera agradecida por el cardo dulce. Sus padres esperaban que estuviera agradecida por ese hogar. Probablemente, el teniente Carney esperaba que estuviera agradecida por su compostura. Como si cualquiera de esas cosas cambiara lo que ese lugar era, lo que estuvo cerca de hacerle a Clementine. Lo que ya le había hecho a Aster.

—Eres hermosa, ¿sabes? —dijo Carney vagamente—. La mayoría de las sangresucias… —Solo meneó la cabeza—. Pero ¿qué más se puede esperar de la Canalla? Me alegra haber encontrado algo de suerte aquí.

«Debería partirle un espejo en la cabeza».

«Cortarle el cuello con un pedazo de vidrio».

«Dejar que sangre como un cerdo».

Pero no, no podía. Tenía que controlar su ira de la misma forma en que controlaba su miedo. Era la única manera de salir viva.

—¿Qué tienes ahí? —continuó Carney. Se había colocado detrás de ella otra vez, con una sorprendente ligereza de pies.

Aster pasó saliva y le mostró el frasco de cardo dulce.

—Un pequeño tónico estimulante que dejó un huésped pasado —dijo Aster con tono alegre—. ¿Interesado?

Carney levantó una ceja.

—¿Y qué es exactamente lo que hace ese tónico?

—Es el extracto de una flor de lo alto de las montañas —mintió—. Se dice que abre la mente y los sentidos y libera el máximo potencial para el placer.

—¿De verdad?

Ella asintió.

—Solo una gota bajo la lengua. Mientras más se consume, más poderoso es el efecto. Pero no todos los hombres lo toleran. La mayoría no puede con más de una dosis o dos. Sin embargo, un soldado como tú…

—Dámelo ya —dijo Carney con aspereza.

Aster obedeció. Lo miró, tensa, mientras le quitaba la tapa al frasco y lo pasaba por debajo de su nariz. Si reconocía el aroma del cardo dulce, sabría que Aster lo estaba engañando. Pero tan solo llenó la pipeta hasta el tope, abrió la boca y vació el líquido bajo su lengua.

—¿Ves? No hay problema —dijo Carney, arrastrando más las palabras conforme la droga comenzaba a hacer su magia—. Ahora ven aquí, y podemos…, podemos…

Se sentó pesadamente sobre la cama, farfulló una maldición por lo bajo y cayó de espaldas. Aster se acercó a toda prisa. Carney tenía los ojos abiertos a medias, pero no podía ver; sus palabras eran vagas e incomprensibles. Si no estaba dormido ya, lo estaría pronto.

Aster entró en acción a toda velocidad.

Corrió de vuelta a la ventana. La carreta, por fortuna, seguía ahí. Y la pesadumbre que se había apoderado de sus brazos y piernas desapareció por completo. Se llenó de energía, en partes iguales por el miedo y la expectación. ¿Cuántas veces había imaginado su escape? Al fin estaba por suceder.

Pero no pasaría si no se apresuraba. Cada segundo que desperdiciaba era un segundo en el que podían descubrir a las chicas en los establos.

Pasó una pierna por la ventana, después la otra; el metal del marco le mordía las palmas. Estaba segura de que si se quedaba ahí, aunque fuera por un

momento, alguien o algo la detendría. Un latido después, estaba sentada en el alféizar de la ventana con las piernas colgando en el aire. La distancia entre sus pies y el heno pareció crecer ahora que era el momento de saltar. «Hazlo», se dijo, «salta».

En cambio, volteó y miró sobre su hombro: a la habitación que fue su prisión por tanto tiempo, al hombre que la habría usado como tantos otros lo hicieron antes. Solo la muerte de un brago le había dado la oportunidad de escapar, y sabía que era una oportunidad que únicamente se presentaría una vez.

Tomó una decisión en ese momento. Aunque le costara la vida, jamás volvería a ese lugar ni a ningún otro como ese.

Jamás volvería a ser una Chica Afortunada.

CINCO

Aster se impulsó desde el alféizar y por un momento, por un brevísimo instante, sintió que volaba.

Cuando tenía siete años, saltó desde la rama más alta de una siempreviva medio muerta detrás de su desvencijada casa en el campamento. Pensaba que si subía y saltaba lo suficiente, el viento la levantaría por encima de las montañas y la sacaría de la Canalla.

En cambio, se estrelló en el suelo y se torció el tobillo, que se le inflamó al tamaño de una manzana. Pero había valido la pena por ese breve instante de vuelo y la promesa de libertad.

Esta vez. Aster sabía que el viento no la llevaría a ninguna parte. Pero mientras caía, con el aire nocturno susurrándole alrededor, todo parecía posible.

Aterrizó sobre la carreta con los pies. Una punzada de dolor se disparó por sus espinillas a pesar del colchón de heno. No pudo evitar un grito sobresaltado. El crujir de la madera le pareció tan ruidoso como el disparo de una escopeta. Se sacudió el dolor tan bien como pudo, trepó por las planchas de madera de un costado y se adentró en la oscuridad de la noche a tropezones, antes de que algún rapiñero saliese a investigar.

Se abrazó de la valla de madera blanca de la Casa de Bienvenida, abriéndose paso entre los arbustos que se prendían de sus medias, agachándose cada vez que pasaba junto al brillo de una ventana. Una parte de ella quería correr, pero otra sabía que debía permanecer cuidadosa y silenciosa. Había demasiadas personas rodeando la veranda afuera de la Casa de Bienvenida. Los establos estaban justo a un costado de la casa, pero la distancia parecía infinita.

Aster no podía siquiera recordar la última vez que estuvo afuera después de la puesta del sol. Madre Fleur hacía que las chicas menores cuidaran el exterior de la Casa de Bienvenida, lavando las ventanas y barriendo el pórtico, pero eso

siempre era durante el abrasador calor del día. En comparación, la noche tenía una frescura vigorizante, como una compresa fría sobre una frente febril. Aster respiró profundo, incapaz incluso en su desesperación de evitar saborear la dulzura del aire, de saborear las montañas en la lengua.

Por fin llegó al final del edificio. Hizo una pausa; se asomó por la esquina para asegurarse de que no hubiera nadie acechando en el patio lateral entre la Casa de Bienvenida y los establos, luego corrió por el espacio abierto y se agachó a la entrada de los establos. El denso y herboso olor a estiércol y heno le llenó la nariz.

Se mantuvo por lo bajo y buscó en la oscuridad cualquier señal de Augie, el mozo nocturno. Era bien sabido que, entre semana, en noches poco concurridas como esa, normalmente se encontraba al otro lado de la calle, en Clooney's, apostando sus pocas ganancias para poder costear la compañía de alguna de las chicas. Le gustaba bromear con que su trabajo era cuidar de ellas, como de los caballos. Sus hábitos, en ese momento, eran más que bienvenidos; no había señal de él.

De todos modos, al menos un mozo se habría quedado solo para vigilar a los caballos y limpiar las caballerizas. Someterlo de forma discreta era tarea de Violet; sería joven y estaría desarmado, le aseguró Aster, pero lo mismo podía decirse de Violet.

Aster se adentró más para buscar a las otras. La mayoría de los caballos dormían donde estaban parados, pero algunos relincharon suavemente mientras Aster revisaba sus caballerizas. Sus ojos eran negros y brillantes como tinta; el aire, denso como su olor. El establo estaba abierto en los dos extremos, y la entrada del lado contrario daba hacia la calle principal, donde grupos de hombres deambulaban de cantina en cantina, sus siluetas resaltadas por las lámparas. Sus risas partían la oscuridad. Aster sabía que habría cada vez más conforme la noche avanzara.

Tenía que encontrar a su hermana, ya.

Se acercó al final del pasillo. El temor la carcomía por dentro. «Tal vez ya se fueron».

O tal vez las habían descubierto.

Entonces escuchó susurros no mucho más adelante. Los siguió mientras rezaba en silencio.

Y ahí estaban: Clementine, Mallow, Tansy y Violet, agazapadas en la oscura esquina de una caballeriza vacía. El mozo de cabello alborotado estaba junto a ellas, atado y amordazado a las prisas.

Aster exhaló de forma entrecortada. La inundó un alivio tan potente que la hizo sentirse mareada de nuevo. Apoyó una mano sobre la áspera pared de

madera de la caballeriza para mantener el equilibrio, y se dejó caer sobre la dura tierra.

—Lo lograste —dijo Tansy entre susurros exaltados.

Clementine gateó hasta donde estaba y la envolvió en un feroz abrazo.

—¿Qué rayos te tomó tanto tiempo? —le reclamó Violet.

Aster suspiró y soltó a Clementine.

—Me encontré con unos pequeños problemas —resumió—. Me hice cargo, pero alguien no tardará en notar la carreta. ¿Cómo te encargaste del mozo?

—Entré fingiendo ser un cliente y lo golpeé con el palo de un rastrillo en la cabeza en cuanto volteó.

—¿Qué? Te dije que fueras *discreta* —siseó Aster—. Lo último que necesitamos es otro cuerpo que esconder…

—Tranquilízate. No lo golpeé tan fuerte. No todas somos asesinas como tu querida hermana.

El rostro de Aster hirvió.

—Escúchame…

Clem tomó a Aster por la muñeca y meneó la cabeza para señalar hacia la entrada del establo. Dos hombres estaban parados en la amplia abertura.

Era Augie. Tenía la linterna en alto y un arma le colgaba de la cadera.

El corazón de Aster le martilleó el pecho mientras se agazapaba un poco más en el heno. Ella y Clem comenzaron a gatear, tan silenciosamente como podían, hacia la esquina donde estaban las demás, con la inquietud dibujada con claridad en el rostro.

—¿Alguna vez te he mentido, Rich? —preguntó Augie—. Por los muertos, Baxter McClennon estaba en las mesas conmigo y le gané veinte águilas.

—Como si McClennon fuera a sentar su mimado trasero en una mesa que tú estabas apestando.

—Oye, un hombre que no apesta al final del día no es un hombre de verdad —arguyó Augie.

Aster se pegó a la pared de la caballeriza. Contuvo la respiración mientras las voces de los hombres se acercaban. La luz de la linterna barrió el suelo.

Clementine tomó del brazo a Aster; sus uñas se hundieron en la piel de su hermana.

—Considérate afortunado de que no era Derrick con quien jugabas —continuó Rich—. Todos saben que él es el hermano inteligente. Se fue a un internado elegante en otro país…

Más cerca, más cerca…, tal vez a cuatro pasos ya. Tres, dos. Aster se tensó. Empuñó la mano, lista para atacar.

—… demasiado ocupado con sus estudios como para arrastrarte como

mereces —concluyó Rich, y pasaron junto a la caballeriza sin detenerse.

Las voces se alejaron. Rich encontró su caballo un momento después, y Augie lo condujo a la salida. Las chicas miraron al mozo cruzar la calle deprisa para volver a Clooney's.

Aster exhaló.

—Eso estuvo demasiado cerca —susurró Clementine.

—Y podría volver en cualquier momento —concordó Aster—. Tenemos que irnos de aquí.

—Tenemos que hacer lo que yo diga —interrumpió Violet—. Tengo un plan.

Aster volteó a verla, conteniendo su frustración.

—Sea lo que sea, estoy segura de que puede esperar a que dejemos Green Creek atrás.

—Ni siquiera sabes hacia dónde vas. Apenas pudiste salir de la casa. Pero, si me siguen, podemos deshacernos de estos favores para siempre.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó Aster, perpleja. Los favores eran imposibles de ocultar e imposibles de quitar. Todo el mundo lo sabía. Miró a las demás y preguntó de nuevo—: ¿De qué demonios habla?

—Nos lo explicó todo mientras te esperábamos —dijo Clementine—. Creo que puede valer la pena escucharla. Podría funcionar.

—¿Ves? —escupió Violet—. Te lo dije. Sé cosas.

Aster había olvidado por completo las enloquecidas promesas de información privilegiada de Violet. En ese momento creyó que eran una treta, una forma de lograr que le permitieran acompañarlas.

Ahora era evidente que solo era la tonta más grande del mundo. Pero Aster la escucharía nada más porque Clementine insistía.

Aster apretó los dientes.

—Muy bien, pues. ¿Cómo nos deshacemos de nuestros favores?

Violet hizo una pausa.

—Vamos a buscar a la Dama *Fantasma* —dijo—. Sé dónde vive.

Por un momento, todas guardaron silencio. Aster sintió que algo en su interior hervía. Una risa. Se le escapó de la boca, punzante y aguda.

—¿La Dama Fantasma? —exigió Aster con un gruñido bajo—. ¿Esa es tu gran idea?

Las demás guardaron silencio.

—Es real —dijo Violet con frialdad.

—Es un cuento de hadas. Si quisiera mierda, Violet, podría quedarme en el establo.

La Dama Fantasma era solo una fantasía que las Chicas Afortunadas se

contaban, una misteriosa matrona con el poder mágico de borrar los favores. Algunas aseguraban que la llamaban Fantasma porque hacía que los tatuajes desaparecieran; otras que porque era muy difícil de encontrar.

Nadie mayor de doce años creía en ella. Aster nunca lo hizo.

—No puede hacernos daño intentarlo, ¿o sí? —preguntó Tansy—. No tenemos adónde más ir. Si intentamos encontrar a nuestras familias, las pondríamos en peligro también.

Tansy, tal vez la más inteligente de todas, y ahí estaba, tragándose esa falsa esperanza. Aster fijó la mirada en Violet.

—Escucha, entiendo que pudiste llegar a creer que la Dama Fantasma anda por ahí —dijo despacio—. Has pasado toda tu vida en este mundo. Pero ahora estamos en el mundo real. Así que vas a tener que confiar en mí, ¿me oyes? No existe.

Violet torció la boca.

—Ya no voy a explicarme más. Ya les dije. Sé cosas.

—¿Dónde está la Dama Fantasma, entonces? —preguntó Aster.

—No nací ayer. Sé que si lo digo me abandonarán aquí. Tienen que quedarse conmigo porque no saben adónde van, y yo tengo que quedarme con ustedes porque me queda claro que no puedo viajar sola por Arketta. Y no me vengas con eso de cortarme el cuello. Si fueras a lastimarme, ya lo habrías hecho.

Aster se puso de pie y comenzó a dar vueltas por la caballeriza. Deseó por los muertos que Violet nunca las hubiera descubierto. Pero no había forma de discutir con ella ahora, y Aster no quería darle ninguna razón para que las traicionara más tarde. Y si había la más mínima esperanza… Pero no. Por supuesto que no la había.

«Pero, si acaso…».

Se dirigió a las otras.

—¿En verdad le creen? ¿Creen en lo que dice?

—Es posible, ¿no te parece? —preguntó Clementine. Su voz era un ruego. Aster no sabía qué responder, pero sí que las demás tenían razón en una cosa: no había adónde ir. No había forma de saber dónde vivían sus familias ahora; los terratenientes intercambiaban sangresucias entre ellos como si fueran objetos coleccionables, y ciertamente sus padres no podían protegerlas.

De cualquier manera, Aster jamás regresaría arrastrándose con quienes la abandonaron en primer lugar. No podía ir a casa.

Violet pareció tomar el silencio de Aster como una rendición. Mostró una sonrisa de autocomplacencia.

—Bien, acordado. Lo único que necesitan saber es que vamos hacia

Killbank. Solo hagan lo que digo.

Killbank. Un pueblo de buen tamaño que estaba a un día de distancia, hacia el norte. La mera idea de atravesar la Canalla hacía que a Aster se le erizara la piel. Nadie se alejaba demasiado sin emplear a un viajante. No solo por las cosas vivas que cazaban en el bosque sino también por las muertas, los depredadores invisibles e inaudibles.

Los vengantes.

«Pero no tenemos alternativa. Debemos salir de Green Creek».

—A no ser que haya una mejor opción —dijo Violet; su tono altanero era desafiante.

Mallow y Tansy miraban a Aster.

—Tenemos que ir en alguna dirección —dijo Mallow—. ¿Qué más da que sea esa?

Aster volteó a ver a Clementine. «¿Sí?», le preguntó con la mirada.

Clementine asintió una sola vez. Y mientras sus ojos seguían encontrados, se acercó, pasó una mano por encima de su favor y dijo:

—Aster, quiero intentarlo.

Aster se dirigió a Tansy y después a Mallow. Ya estaban ayudándose a levantarse, asegurándose de que no hubiera moros en la costa. Como Aster, probablemente querían salir de ahí lo más pronto posible.

Estaba decidido.

Aster volteó hacia Violet.

—Está bien —dijo—. Pero recuerda lo que dije, Violet. No tendrás una segunda oportunidad.

—No voy a necesitarla —dijo Violet con una expresión de certeza en el rostro.

No perdieron más tiempo. Recorrieron el establo en busca de tantas provisiones como pudieran encontrar: cobijas, un poco de comida y una cantimplora, ropa de hombre de la habitación de Augie. A toda prisa se pusieron las camisas y los pantalones, y ocultaron sus vestidos debajo de fardos de heno. Tomaron tres caballos y los ensillaron: un bayo para Aster y Clementine, uno pinto para Tansy y Mallow, y una yegua negra para Violet. Había pasado una vida entera desde la última vez que Aster ensilló un caballo, pero sus manos recordaban cómo hacerlo, y el ritual la reconfortó. Tomó las riendas y Clementine se sentó detrás, con los brazos alrededor del torso de su hermana. Y con el restallido de las riendas, comenzaron a cabalgar.

Aster las condujo por los desgastados caminos de terracería de Green Creek

con dirección al norte. El corazón del pueblo palpitaba con energía salvaje: marejadas de hombres salían de las cantinas y se gritaban unos a otros desde los extremos de la calle. Cerca del límite del pueblo, la mayoría de las tiendas estaba a oscuras al nivel de la calle mientras la luz de las lámparas iluminaba los pisos superiores, adonde los tenderos se habían retirado. Pasaron frente a la tienda de vestidos a la que llevaban a todas las chicas de la Casa de Bienvenida, supervisadas por rapiñeros, para que les tomaran medidas para sus nuevos guardarropas cuando se convertían en Chicas del Ocaso. Aster dirigió la mirada hacia las montañas que se erigían negras contra el cielo nocturno. Una chica podía perder el camino en esas montañas. Pero podía perderlo también quien la siguiera.

Solo tenía que llegar allá.

Ninguna de ellas hablaba, pero la tensión zumbaba en el aire. Se habían atado paliacates alrededor de la cara para cubrir sus favores. Eso en sí no despertaría sospechas, esperaba Aster; bastante gente se cubría la cara en la Canalla, por todo el polvo de las minas en el aire. Pero pasarían pocos minutos antes de que sus favores comenzaran a brillar y las delataran. Y ni hablar del dolor.

Aun así, se movieron a un paso tortuoso para no llamar la atención. Aster se mantuvo atenta a cualquier sonido, cercano o lejano, que indicara que el cuerpo del brago había sido encontrado, que la alarma se había esparcido o que los rapiñeros de la Casa de Bienvenida estaban tras su rastro. Pero lo único que oyó fue el jolgorio que dejaban atrás, cada vez más tenue. Llegaron a las andrajosas afueras del pueblo; era lo más lejos que Aster había estado de la Casa de Bienvenida desde que se convirtió en Chica Afortunada.

Pero no fue sino hasta que cruzaron el umbral del muro muerto y se adentraron en el bosque cuando algo en Aster se liberó, una soltura de la sangre en sus venas.

—¡Vamos! —les gritó a las otras, sorprendiéndose a sí misma con una risa. Se quitaron los paliacates y Aster vio su propia sonrisa dibujada en todas; incluso la máscara de arrogante indiferencia de Violet se había perdido. Aster comenzó a galopar, alejándose de Green Creek a toda velocidad y hacia las faldas de las montañas. No se había sentido tan veloz desde que tenía diez años. La forma en la que el aire se estrellaba contra sus mejillas, la manera en que su corazón se aceleraba de felicidad, no de miedo… Había algo en el ritmo del caballo, el crujir de la silla de cuero, el almizcle terroso y animal, que le pareció tan *adecuado* como indescriptible. Otra risa escapó de su cuerpo. Clementine alzó las manos hacia el cielo.

Aster no sabía si Madre Fleur ya había encontrado el cuerpo. No sabía si

Violet mentía hasta por los ojos. No sabía dónde dormirían esa noche o dónde encontraría su siguiente comida, ni si el hierro en las herraduras de los caballos bastaría para mantener a los muertos a raya.

Pero la Casa de Bienvenida se encogía a la distancia; su luz no era ya más grande que la de una vela, y en ese instante eso era suficiente. Saboreó la poco familiar sensación de libertad. Se llenó de ella. Hasta que…

—Gracias, Aster —dijo Clementine detrás de ella. Su alivio era casi material —. Gracias por sacarnos de ahí.

Con eso, la felicidad de Aster se fracturó y dejó entrar un hilillo de miedo acerca de lo que se avecinaba. En la Casa de Bienvenida había aprendido qué peligros debía esperar. Ahí afuera, solo podía imaginárselos. ¿Y si había sacado a Clementine de un infierno solo para hundirla en otro?

Nada podía ser peor que lo que habían dejado atrás, se dijo. Sin embargo, aun mientras apretaba la mano de su hermana para darle ánimos, lo único en lo que podía pensar era: «No me lo agradezcas todavía».

SEIS

Pasó poco tiempo antes de que la oscuridad del bosque las devorara por completo. Aster entrecerró los ojos e instó a su caballo a continuar por el escarpado y rocoso camino de los ciervos mientras mantenía la cabeza agachada para evitar las ramas de los árboles. Clementine y ella iban a la cabeza, Tansy y Mallow las seguían y Violet iba a la retaguardia, se quedó un poco atrás del resto del grupo; parecía batallar con su yegua, pero Aster no lograba descifrar si se debía a que el animal era tan necio como ella o a lo traicionero del camino.

Aster consideró evitarles las dificultades al tomar el camino principal, relativamente más parejo, que atravesaba la Canalla. El Camino de Huesos, lo llamaba la gente, dada la cantidad de tumbas sin marcar que brotaban en sus orillas. La mayoría de los viajeros moría por golpe de calor o por las inclemencias del tiempo; algunos a manos de bandidos errantes. Otros tan solo habían tenido la mala fortuna de molestar a un alacrán. Pero, por mortal que fuera, el Camino de Huesos no dejaba de ser la forma más segura de viajar por las montañas. Estaba cubierto de protecciones de hierro para alejar a los vengantes, y rebosaba de oficiales que ahuyentaban a los criminales…, entre los cuales ahora estaban ellas cinco. Así pues, en vez de arriesgarse a ser descubiertas en el Camino de Huesos, Aster guio al grupo entre los árboles. La ley tendría problemas para seguirlas por el bosque, aunque no los rapiñeros de Madre Fleur.

Y, por supuesto, los muertos estarían esperando para recibirlas.

Había tres variedades de espíritus de este lado del Velo: serafantes, espíritus benevolentes de tus ancestros que volvían entre los vivos para guiarte; aferrantes, espíritus atrapados en la tierra de los vivos que aún no estaban listos para seguir adelante, y vengantes, espíritus nacidos de la ira pura de un alma torturada, liberada por fin al momento de la muerte.

Los serafantes eran tan poco comunes que Aster ni siquiera estaba del todo convencida de que fueran reales. La gente les rezaba a los muertos por sabiduría y suerte, pero Aster sabía que nadie la salvaría.

Los aferrantes eran más comunes. Podían ser aterradores, pero eran, a fin de cuentas, inofensivos, y un santificador bien entrenado podía ayudar a la mayoría a encontrar la paz.

Pero los vengantes desgarraban a cualquier infeliz que se atravesara en su camino, y la Canalla estaba repleta de ellos. Incluso ahora, sus aullidos se elevaban alrededor de Aster y Clementine, como retorcidos llantos humanos convertidos en algo animal. Los vengantes iniciaban su escándalo cada noche tras ponerse el sol, al mismo tiempo que los grillos y los sapos. Aster estaba acostumbrada a ello.

Pero nunca los había oído tan desgarradoramente cerca.

Si uno de los vengantes atacaba, Aster y las demás no tendrían otra opción más que escapar. Carecían de armas para defenderse. Pero ¿cómo podían escapar de monstruos a los que no podían ver? Los vengantes solo eran visibles a la luz de la luna, y bajo aquellos árboles no había más que oscuridad.

Conforme cabalgaban, la preocupación de Aster se intensificó. Tal vez no habían tenido mucho tiempo para idear un plan, pero sin duda cualquier cosa habría sido mejor que adentrarse con tanta imprudencia en la oscuridad. Cada golpe de las herraduras sonaba como un clavo en su ataúd.

—¿Clem? ¿Sigues despierta? —preguntó Aster con suavidad.

Su hermana se había quedado callada, a pesar de que se aferraba a la cintura de Aster tan fuerte como nunca.

Clem se retorció.

—Siento que nunca volveré a dormir —murmuró—. No puedo dejar de pensar en eso.

Era obvio que el brillo de libertad de su escapatoria había comenzado a palidecer, y Clem empezaba a asimilar la verdad de lo que había hecho. Aster pasó saliva, deseando saber qué decir. Sabía de sobra cómo se sentía estar atrapada en un mal recuerdo, revivir cada momento una y otra vez hasta que las entrañas se licuaban y el pecho estaba a punto de estallar. Pero si existía alguna manera de librarse de esos recuerdos, ella no la había encontrado aún. Solo se podía esperar a que la tormenta pasara.

—Haz un esfuerzo por no pensar en ello —logró decir al fin—. No hiciste nada malo.

—Pero Aster, ¿y si me condené? —continuó Clementine—. ¿Y si…?

—¡No! Vamos. Ni siquiera lo digas.

—Está ahí escrito, en el Libro Sagrado. «Tomar la vida de tu hermano sobre

la Tierra es perder el paraíso más allá del Velo…».

—Se refiere al asesinato, Clementine. Todo el mundo lo sabe. No es asesinato si te defiendes.

—Pero asesinato es como lo llamarán.

Pues… Aster no podía refutar aquello. Pero tampoco podía soportar que Clem, de entre todas las personas, comenzara a perder la esperanza. Guardó silencio un momento, su aliento difuminándose frente a ella. Las noches en la Canalla podían ser implacablemente frías, y la camisa de trabajo de Augie no lograba mantenerla caliente. El frío había comenzado a instalarse bajo su piel.

—Tú conoces a los muertos mejor que nadie —intentó Aster de nuevo. Buscó la mano de Clem y jaló con suavidad el brazalete de serpiente. Desde que Clementine estuvo cerca de morir se había vuelto sensible a los fantasmas: podía ver a los vengantes sin la luz de la luna, leer los pensamientos de los aferrantes y hasta comunicarse con ellos—. Confía en que entenderán por qué tuviste que hacer lo que hiciste, y que tendrás un juicio justo al final. —Aster miró por encima de su hombro—. Hablando de los muertos, ¿alguno de esos vengantes está cerca?

—No lo creo —dijo Clementine, moviéndose en la silla—. Pero nunca había visto tantos. Y la piel se me eriza como si estuviéramos en una tormenta eléctrica. Sin embargo, por alguna razón, parecen evitarnos…

Entonces, de pronto, la veloz sombra de algo se atravesó en el sendero frente a ellas, tan cerca que Aster alcanzó a oler la podredumbre que dejó a su paso. El pánico burbujeó en su sangre. El aullido del vengante perforó el aire un instante después, lleno de una agonía indescriptible. Clementine gritó. El caballo se encabritó y casi las tiró de su lomo.

—¿Qué rayos fue eso? —exclamó Mallow, su voz tensa por el miedo, mientras Tansy profirió una extraña maldición.

—Un vengante, pero ya se fue —dijo Aster deprisa para tranquilizarlas, pero en realidad su propio corazón amenazaba con explotarle en el pecho. Buscó entre los árboles apiñados, sin resultado: nada más había oscuridad. Entonces vio al vengante por un momento cuando cruzó por un pequeño parche de luz de luna, plateado, esquelético y felino, acercándose a ellas con la velocidad del viento. Sus ojos brillaban con un negro rojizo, extendía sus alas de murciélago, su cráneo se erizaba con una corona de astas y tenía la boca llena de colmillos lobunos. Salió de debajo de la luz de la luna y se volvió invisible una vez más; las hojas siseaban bajo sus pies conforme el vengante corría hacia ellas.

Un miedo primitivo tomó a Aster por el cuello. Espoleó al bayo.

—¡Vamos! ¡Tenemos que movernos! ¡Viene de regreso!

—¡Espera! Se me cayó algo —intervino Violet.

—¡Demonios! ¡Déjalo! —gritó Aster, pero volteó para encontrar a Violet ya desmontada. Esa chica no tenía idea de nada, haría que las mataran a todas—. ¡No vamos a esperar!

—¡Dame un segundo!

Aster la ignoró; chasqueó las riendas e instó a su caballo a ir más rápido que nunca. «Si quiere sacrificar su vida por un arete o algo así, por mí está bien», pensó.

Pero Violet no iba a llevarse a las demás consigo.

Cabalgaron sin ella. Tansy le dijo a Mallow algo que Aster no alcanzó a distinguir, aunque pudo suponer sin problemas que no estaba cómoda con dejar atrás a Violet.

Pero Violet nunca tuvo problema con traicionarlas cuando le era provechoso en la Casa de Bienvenida. Incluso parecía disfrutarlo. ¿Por qué arriesgarían su pellejo por ella?

«Ya es una niña grande», se dijo Aster con ferocidad, «estará bien».

Aster sintió como si hubiese tragado una piedra. La indecisión le quemaba el pecho. Apretó las riendas y se preparó para volver; esperó en agonía el sonido de un grito herido. Pero, un momento después, Violet las alcanzó.

Aster no dijo nada, pero el alivio le aflojó el pecho.

No fue sino hasta que el cielo comenzó a aclarar cuando Aster entendió, con una sorpresa sorda y nauseabunda, que no estaba segura de volver a ver un amanecer. El cansancio la enfermaba demasiado como para sentir alivio alguno, pero se aferró a una necia especie de orgullo.

Habían sobrevivido a su primera noche afuera de la Casa de Bienvenida.

—¿Es la luz del sol? —graznó Clementine. Había pasado el último par de horas medio dormida.

—Parece ser —dijo Aster con suavidad.

Las demás se enderezaban en sus monturas, todas viéndose tan cansadas como se sentían. Los muertos comenzaban a calmarse a su alrededor con la llegada de la mañana; eran los vivos de quienes tendrían que preocuparse en el día. Aster no tenía duda de que los rapiñeros de la Casa de Bienvenida ya habían sido enviados tras ellas.

Con todo, el grupo había dejado Green Creek mucho más atrás de lo que Aster se habría atrevido a imaginar. Estaban en el corazón del bosque, entre siemprevivas antiguas con quebradizas cortezas rojas y ramas enmarañadas que cortaban la luz del sol en columnas doradas. El suelo a sus pies aún era

disparejo y rocoso, con parches de césped, pero el espacio entre los árboles se había abierto bastante. Violet puso su caballo a la izquierda de Aster, con Tansy y Mallow a su derecha. Las holgadas camisas de trabajo y pantalones de Augie les flotaban sobre el cuerpo, y las telas estaban rasgadas por la huida entre la maleza. Violet no estaba mucho mejor con la ropa que le había robado al brago, pues tenía las rodillas del elegante pantalón de vestir manchadas por el lodo de la desesperada búsqueda de lo que fuera que había tirado la noche anterior. Todas habían salido con su propio calzado de la Casa de Bienvenida, pero los finos botines no estaban hechos para cabalgar y las plantas de los pies de Aster ya estaban repletas de ampollas.

—¿Cómo demonios sobrevivimos a la noche? —gruñó Mallow.

Aster solo meneó la cabeza. Que se hubieran mantenido por delante de cualquier rapiñero parecía bendición suficiente, pero haber evitado a los vengantes…, eso lindaba en lo milagroso. Solo había algunas cosas que los mantenían a raya: hierro, si se tenía el suficiente; salvia, si se quemaba, y…

«Teomita».

—¡El anillo del brago! —dijo Tansy de repente, al tener la misma epifanía —. Debe haber alejado a los vengantes.

—Es muy probable que tengas razón —reconoció Aster. Sacó el anillo dorado de su bolsillo y le dio vuelta para que la teomita quedara bajo la luz—. Seguro que para eso es. Un niño rico como él, no hay forma de que viajara por la Canalla sin protección.

—Pues claro. Todos los hombres ricos lo hacen. Pudieron haberme dicho que traíamos un montón de teomita. —Violet, con aspecto pálido y ojeroso, sonó más malhumorada que de costumbre.

—Parece que nos salvaste el pellejo, Clem —dijo Mallow, ignorando a Violet.

Aster miró a su hermana, más que consciente de que Clementine no se había sentido en absoluto como una heroína. Pero el halago de Mallow logró dibujarle una sonrisa en el rostro.

La tensión en los hombros de Aster cedió un poco.

—Creo oír un arroyo más adelante —dijo—. Paremos ahí un minuto para darles de beber a los caballos y tomar un respiro.

Sin duda, descansar sería un alivio. Llevaban despiertas veinticuatro horas, y una tercera parte la habían pasado corriendo. Los muslos le dolían tanto a Aster que apenas podía asirse al caballo. Se preguntó qué tanto más deberían avanzar antes de estar fuera del alcance de los rapiñeros. Al contrario de los oficiales, quienes eran servidores públicos, los rapiñeros eran contratistas privados, y los fondos de la Casa de Bienvenida eran limitados. Además, Madre

Fleur no querría utilizar demasiados rapiñeros para la búsqueda porque no le quedarían suficientes para mantener a las demás chicas bajo control. No perseguirían a las fugitivas más allá de Killbank, se convenció Aster. Y los oficiales estaban circunscritos a sus pueblos, al menos.

«Ya casi superamos la peor parte».

El arroyo apareció a la vista unos momentos después. Aster frenó su caballo; su breve brillo de confianza se oscureció de pronto.

Un hombre joven estaba acuclillado a la orilla del arroyo, salpicándose la cara y la nuca. El agua resplandecía sobre su oscuro cabello con aspecto de algodón. Su camisa colgaba de una rama, secándose, y su espalda desnuda ostentaba tensos músculos. Era delgado y con ángulos filosos como una navaja que sin duda las cortaría.

—¿Quién es? —susurró Clementine.

—Alguien que no queremos que nos vea… —siseó Aster mientras guiaba su caballo en otra dirección. Pero era demasiado tarde. El chico volteó al oír el suave crujir de una ramita. Vio sus caras.

Sus favores.

Aster espoleó su caballo con fuerza, ya sin preocuparse por guardar silencio.

—¡Vamos! —les gritó a las demás.

—¡Deténganse! —ordenó el chico.

Aster miró por encima de su hombro. El joven corría hacia su caballo. Aster maldijo; la cabeza le daba vueltas con un torrente de sangre. Se alejaron lo más rápido posible, rogando a sus caballos una última explosión de velocidad. ¿Era un rapiñero? Aster no había logrado verle los ojos. Pero ¿qué más estaría haciendo ahí? ¿Quién más viajaría solo por la Canalla?

«Pero seguramente no está solo».

«Cerca debe haber más».

«Y ahora están tras tu rastro».

—Maldita sea —exclamó Mallow.

Aster no pudo más que estar de acuerdo.

Para el ocaso no había señales de que el extraño del arroyo estuviera tras sus pasos, aunque eso solo podía significar que había ido a reportarlas, en cuyo caso debían apresurarse para mantener la poca ventaja que tenían. Pero, tras cabalgar todo un día, los caballos estaban tan desgastados como las chicas. Agotados, sudorosos, adoloridos y muertos de hambre. Tenían que encontrar un lugar para pasar la noche o se desmayarían sobre las monturas.

Killbank aún debía estar al menos a una hora de distancia. Y Aster estaba decidida a llegar hasta allá.

—Aster —murmuró Violet con tal suavidad que Aster casi no la escuchó. Había estado mucho más callada de lo normal todo el día. Aster supuso que, como Clementine y el resto de las chicas, Violet solo estaba demasiado cansada o ansiosa para conversar. Pero ahora vio alarmada que tenía un aspecto de agotamiento peligroso, sus ojos azules estaban rojos y su lustroso cabello negro, sin vida.

—¿Qué pasa? —preguntó Aster sin su habitual tono punzante.

La respuesta de Violet fue ininteligible.

Aster frunció el ceño y se acercó un poco más. Montaban codo a codo ya, a un paso más lento.

—¿Qué?

—Preguntó si podías darle una dosis de cardo dulce —dijo Clementine en voz baja.

—Eso fue lo que se me cayó en el bosque anoche —dijo Violet con un poco más de fuerza—. Intenté encontrarlo, pero estaba demasiado oscuro y temí quedarme atrás.

—Ay. —Aster sintió una sorprendente punzada de compasión—. Lo siento. No tengo.

—No… —Violet la miró, confundida—. Pero…, pero debes haber tomado un poco cuando salimos. De otra manera, estarías… —Se relamió los labios—. Por favor, solo necesito un poco.

—No lo tomo. Nunca lo he tomado. Solo fingía para que Madre Fleur no me castigara. —La expresión de Violet pareció despedazarse—. Lo siento, Violet —dijo Aster de nuevo—. De verdad. Intenta estar tranquila, ¿sí? Casi llegamos.

El rostro de Violet volvió a su blanda indiferencia, pero aún tenía ese lustre parco y cerúleo. Se ensimismó.

—Tal vez sea una bendición que no tengamos cardo dulce —susurró Clementine—. Ahora puede librarse de él.

—Tal vez —dijo Aster, aunque no sonó muy convencida. ¿Podía la gente dejar el cardo dulce sin terribles consecuencias? En la Casa de Bienvenida nadie lo dejaba una vez que comenzaba a tomarlo. Había oído rumores aquí y allá entre las Chicas del Ocaso sobre mujeres cuya edad para estar en la casa pasaba y dejaban de recibir la droga, rumores sobre las cosas desesperadas que algunas hacían por un par de gotas.

El silencio entre ellas se volvió tenso. Todas miraban a Violet con cautela, pero ninguna se atrevía a externar su preocupación. Y Violet, por supuesto, era

demasiado orgullosa para decir otra palabra. Logró cabalgar media hora más antes de que sus párpados revolotearan, la cabeza le colgó hacia delante, y se desplomó y cayó a tierra con un *plop*.

—¡Violet! —exclamó Aster. Clem y ella desmontaron deprisa; sus adoloridas piernas casi cedieron mientras se apresuraban a llegar a su lado. Era un mal lugar para quedarse varadas, justo afuera de Killbank. Bien podrían estar dentro del rango de patrullaje de los oficiales. Las demás desmontaron también y formaron un círculo alrededor de Violet, quien tenía los ojos abiertos pero cuya mirada parecía perdida—. ¿Me escuchas, Violet?

Tansy se arrodilló a su lado y le tocó la frente.

—Tiene una fiebre peligrosamente alta; podría estar delirante. ¿Saben si se lastimó antes? ¿Algo que pudiera habérsele infectado?

Violet tembló con violencia. Aster volteó hacia Tansy; sus calmadas palabras parecían venir de muy lejos.

—¿Lastimarse? No… Ella… necesita cardo dulce —explicó Aster—. Me pidió un poco hace una media hora.

—Abstinencia —dijo Tansy con tono sombrío.

—Digo, se ha visto fatal todo el día, pero me imaginé, ya sabes, que no está acostumbrada a esta vida como nosotras —dijo Mallow. Se irguió y miró a su alrededor con pánico creciente—. ¿Qué hacemos, Aster? No podemos quedarnos aquí.

—Tenemos que darle otra dosis esta noche o morirá —respondió Tansy por ella—. No se puede dejar el cardo dulce de golpe, hay que hacerlo de a poco.

Aster negó con la cabeza.

—Pero ninguna de nosotras tiene.

—En Killbank habrá un boticario —continuó Tansy con su tono tranquilizante—. Podemos conseguir cardo dulce ahí.

—Pues no es como que podamos entrar y comprarlo —dijo Clementine—. Además, pensé que íbamos a rodear Killbank, no atravesarlo.

—Eso vamos a hacer —dijo Aster con firmeza—. Ese lugar estará a reventar de oficiales.

—Por favor —rogó Violet con voz quebradiza—. Por favor, ayúdenme. Haré lo que sea. Les diré dónde está la Dama Fantasma.

—Está delirando, sin duda —farfulló Mallow.

Pero toda la fanfarronería de Violet había desaparecido ya, y eso aterró a Aster más que cualquier otra cosa que hubiera sucedido desde que escaparon.

—Por favor… No quiero morir antes de llegar —continuó Violet, con su mirada ahora fija en Aster.

Aster pasó saliva. Aún no podía permitirse creer en la Dama Fantasma, no

después de tantos años de estar convencida de que era un mito, pero si Violet, de entre todas las personas del mundo, estaba dispuesta a huir de la Casa de Bienvenida y arriesgar su vida, tal vez había una pizca de verdad en la leyenda. Algo, o alguien, a quien valía la pena buscar.

Aster apretó la mano de Violet. Le dijo lo que necesitaba oír.

—Vamos a conseguirte el cardo dulce, Violet. Te lo prometo: no dejaremos que mueras antes de llegar.

SIETE

Aster y las demás encontraron una mina abandonada justo a las afueras de Killbank, donde Violet podría descansar mientras ellas elaboraban un plan para robar el cardo dulce. Se decía que era posible atravesar toda la Canalla a través de su laberíntica red de minas, pero nadie que estuviera cuerdo se atrevería a hacerlo. Si no te perdías o morías de inanición, terminarías enterrada viva tras el derrumbe de una caverna o envenenada por el aire. La tierra misma estaba empapada del sufrimiento de generaciones de mineros sangresucia, y ese tipo de minas solían estar repletas de vengantes. Había también un aferrante cerca de la entrada, débil y nebuloso: un pequeño niño descalzo, sentado con las huesudas rodillas pegadas al pecho. Su terror infantil colgaba en el aire como un olor acre.

Y, sin embargo, si Aster tuviera que decidir entre quedarse en la mina o aventurarse en Killbank y arriesgarse a enfrentar la ley, escogería la mina siempre.

—Tengo que admitir que el nombre no inspira confianza —dijo Mallow como para sí, mientras ataba su caballo a una de las vigas podridas que soportaban el túnel—. Killbank, banco de matar. Si no lo supiera, creería que intentan asustarnos.

Estaba bromeando con Tansy, pero esta parecía demasiado distraída para responder. Se había ofrecido a ir a Killbank con Aster, pues dijo que podría reconocer en la botica otras provisiones de utilidad. Era una oportunidad demasiado valiosa para dejarla pasar. Pero Aster notó que Tansy estaba ansiosa ante la posibilidad de encontrarse con la ley. Se jalaba la punta de la trenza y miraba con el ceño fruncido la oscuridad que descendía veloz.

—Oye. —Mallow le tocó el brazo—. Dime la verdad. ¿Segura que no quieres que vaya contigo?

—No puedes. —Aster respondió por Tansy, pero no sin amabilidad—. Si las

tres entramos al pueblo, Clementine estará sola, para el caso; Violet no está en condiciones de pelear.

—Y yo tengo que ir con Aster —concordó Tansy con una sonrisa forzada—. Por lo que veo, ustedes no pueden distinguir el pasto del clavo.

Mallow refunfuñó algo incomprensible, pero cedió. Volteó hacia donde Clementine estaba acuclillada junto a Violet, quien se estremecía bajo la áspera cobija en la que se había enrollado.

—¿Y su alteza? ¿Cómo la cuidamos mientras no están? —preguntó Mallow.

La sonrisa de Tansy desapareció.

—Controlen la fiebre lo mejor posible. No hay mucho que puedan hacer hasta que regresemos.

—Pero no tardaremos —prometió Aster.

Un momento después estaban listas para partir, montadas en la yegua de Violet. Tansy escondió sus coletas bajo el sombrero. Aster le extendió el anillo de teomita a Mallow.

—Es mejor que ustedes se queden con esto. Es un hecho que en este maldito lugar hay vengantes.

—Allá también habrá —dijo Clementine tras ponerse en pie con los brazos cruzados.

—Sí, pero al menos nosotras nos estaremos moviendo. No me gusta la idea de que estén aquí atrapadas sin protección.

Mallow tomó el anillo. La gema resplandeció oscura bajo la media luz. Alzó la mirada de nuevo hacia Tansy.

—Ten cuidado —dijo, ya sin rastro alguno de su humor previo.

Tansy asintió una sola vez.

—Siempre.

Aster se inclinó para besarle la cabeza a Clementine y partieron, con Aster guiando el caballo hacia el Camino de Huesos. Los últimos rayos de sol se filtraban entre las ramas sobre ellas; el viento susurraba entre los árboles mientras se preparaban para la noche con quejidos de anciano. Una lluvia de agujas de pino cayó sobre Aster y Tansy. Aster las sacudió del ala de su sombrero.

Tansy permaneció callada en la parte trasera de la silla. Aster agradeció el silencio, pues pudo repasar el plan en su cabeza una vez más. Las chicas estuvieron de acuerdo en que, cuando llegaran a Killbank, el boticario habría cerrado; lo único que debían hacer era romper una ventana y entrar. Siempre y cuando fueran cuidadosas, rápidas y sigilosas, no tendrían por qué llamar la atención.

Una oscura corriente de emoción recorrió a Aster conforme lo imaginaba

todo, y en su estómago comenzó el mariposeo. La libertad recién hallada aún recorría sus venas. Sería peligroso, sí, pero por primera vez era un peligro que ella había elegido.

—¿Sabes? Nunca he estado en una botica —dijo Tansy después de unos momentos. Su voz también estaba llena de emoción nerviosa.

Aster la miró por encima del hombro, sorprendida.

—¿Cómo es que sabes tanto de medicina, entonces? Sonabas como un libro.

Tansy rio un poco, pero vaciló antes de responder. Aster se dio cuenta, demasiado tarde, de que quizá no había estado bien preguntar. Había una regla tácita entre las Chicas Afortunadas de nunca hablar de su vida antes de la Casa de Bienvenida, y Tansy era más retraída que la mayoría.

—Mi mamá era enfermera —dijo al fin—. Un doctor iba a nuestro campamento una vez cada estación para tratar a los mineros, pero el resto de los días del año todo dependía de ella.

—¿Se suponía que una sola mujer se hiciera cargo de la vida de decenas de hombres?

—Bueno, tenía ayuda —admitió Tansy—. Había otras enfermeras en el campamento, pero ella era quien tenía más experiencia. La mayoría de esas chicas no eran más grandes que nosotras. La admiraban. —Hizo una pausa—. Yo también. —Aster esperó a que dijera algo más, y después de un momento continuó—. Solía dejarme seguirla. El pulmón con polvo era el mal más común, casi todo el mundo en la Canalla tiene un poco, pero solo es mortal en los niños pequeños y los ancianos. Luego estaban los huesos rotos, los músculos desgarrados, las quemaduras, los tímpanos reventados…, cosas que pueden hacer sufrir mucho a un hombre, pero que mejoran con el tiempo. Y luego estaban las…, las catástrofes. Unos hombres fueron obligados a trabajar en agua estancada tanto tiempo que la carne de los pies comenzó a pudrírseles hasta el hueso. Otro sobrevivió una explosión que le derritió toda la piel de la espalda. Mi mamá no me ocultó nada de eso; así fue como ella aprendió y así sería como yo tomaría su lugar algún día.

—Por los muertos —dijo Aster, asqueada.

—Me acostumbré. —Por la voz de Tansy, pareció encogerse de hombros—. Incluso lo disfrutaba. Me gustaba saber que enorgullecía a mi mamá. Pero entonces, una noche un imbécil le rompió la cabeza con un hierro de marcar porque ella no quiso bailar con él. Mi familia me vendió a la Casa de Bienvenida una semana después. No podían darse el lujo de no hacerlo.

Aster pasó saliva, enmudecida. Era, al mismo tiempo, una historia única y aterradora, pero también algo de lo más común, algo que pudo haberle ocurrido a cualquiera de las chicas con las que creció. La Canalla era conocida

por ese tipo de violencia sin sentido.

—Lo lamento, Tansy —dijo Aster al fin.

—Le daría gusto ver lo que hacemos por Violet. Pero no me importa decírtelo, Aster, no me gustar lastimar gente. Lo que siempre he querido hacer es ayudar. Así que, si se desata una pelea…

—No sucederá —prometió Aster, esperando sonar más convencida de lo que estaba en realidad—. Si las cosas pintan mal, corremos, ¿sí? —Quería ayudar a Violet, pero no iba a morir por ella.

Unos momentos después llegaron a la orilla del Camino de Huesos, donde se retorcía hasta el valle en el que Killbank dormía detrás de su muro muerto de roca. Cada quince metros, a cada orilla del camino había una protección de hierro en forma de un niño de ojos tristes con una linterna en la mano para alumbrar la ruta. Su mirada pétrea hizo que el vello del cuello de Aster se erizara. Se relamió los labios y volteó hacia Tansy.

—¿Lista? —le preguntó.

En cuanto pusieran un pie en el camino estarían en riesgo de que las descubrieran.

Tansy inhaló profundo.

—Si tengo que estarlo.

Aster asintió y jaló la tela negra de su paliacate por encima de la mitad inferior de su rostro para disimular la tinta maldita que las delataría como Chicas Afortunadas.

«Ahora tú tienes el control», se dijo para intentar dominar el pánico que se le formaba en el vientre.

Ellos *nos temen.*

—Nunca he soportado más de veinte minutos, Aster —le advirtió Tansy mientras se cubría el rostro.

Aster bajó el ala de su sombrero. Veinte minutos era bastante común. Todas las Chicas Afortunadas, cuando eran pequeñas, intentaban averiguar cuánto tiempo resistían con el favor cubierto antes de que el dolor se volviera insoportable. El récord de Aster era de veinticuatro minutos. Según las leyendas, el récord de Green Creek eran treinta y tres.

Una punzada incómoda había surgido ya en la piel de Aster.

—Terminaremos en quince —prometió.

Cabalgaron hasta el pueblo.

A Aster, Killbank le recordaba bastante a Green Creek: un vibrante oasis para los arkettanos acomodados que vivían en la Canalla o viajaban por ella. Buscó la botica entre las pulcras tiendas que se erigían codo a codo con las escandalosas cantinas. La calle estaba repleta de hombres con chalecos

estampados y bombines torcidos que se gritaban entre sí con botellas de cerveza en las manos. Habría pocos sangresucias ahí, fuera de las Chicas Afortunadas en la Casa de Bienvenida, y también bastantes oficiales con armas en la cintura para mantener las cosas así. Aster contuvo la respiración al pasar junto a dos oficiales que montaban guardia afuera del banco y las miraron por debajo de sus sombreros de ala plana. ¿Se habría esparcido ya la noticia de su escape más allá de Green Creek?

Uno de los oficiales entrecerró los ojos y buscó su arma con la mano. Aster se tensó, apretó las riendas y se preparó para huir.

¡Bam! El corazón se le fue a la garganta. El oficial había desenfundado el arma y disparado. Pero no a ellas, sino a una rata que se escabullía entre las herraduras del caballo que aceleró, asustado. La mirada de Aster se nubló mientras luchaba por contener el terror que se había apoderado de ella.

—Bastardo —farfulló—. ¿Estás bien, Tans?

—Creo que sí —susurró Tansy, pero temblaba.

La calle principal se fue volviendo más silenciosa conforme se acercaron al final de la misma. Ese extremo estaba destinado a negocios más pequeños, que cerraban al caer el sol. Aster se rascó el favor. Si Killbank no tenía botica…

Pero entonces, por fin, se encontraron frente al escaparate de la farmacia. botica liston's, proclamaba un letrero gigantesco en rojo y negro en la ventana frontal. Aster se deslizó de la silla y se apresuró a amarrar el caballo, mirando alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie en la cercanía. Unos cuantos tipos rodeaban una posada cercana pero, fuera de eso, estaban solas.

El favor de Aster comenzaba a quemarle como hormigas rojas bajo la piel.

—Entramos y salimos —le prometió a Tansy, cuyos ojos estaban bien abiertos y brillaban—. Solo debes señalar lo que necesitamos, y yo lo tomo. Recuerda, la prioridad es el cardo dulce.

Tansy asintió y se bajó del caballo también. Aster intentó abrir la puerta principal, pero, como era de esperar, estaba cerrada. La ventana era demasiado grande como para romperla sin hacer un escándalo. Maldijo por lo bajo. Tenían que idear algo más.

Después de echar otro vistazo para asegurarse de que nadie viniera hacia ellas, Aster tomó una piedra, golpeó la manija hasta que se rompió y pateó la puerta.

Y se encontró frente a frente con un anciano que le apuntaba con un rifle.

—¡Suficiente! —dijo con voz ronca—. Atrás o disparo. ¡Lo juro!

La sorpresa golpeó a Aster como un puñetazo en el vientre. Estudió al hombre en menos de un segundo: cabello plateado que asomaba debajo de un marchito gorro de dormir; una pijama raída que colgaba floja de un cuerpo

huesudo; anteojos redondos y pequeños que destellaban con la luz de una vela sobre la mesa a su espalda. «¿Liston?». El ruido de su irrupción debió haberlo hecho correr desde su habitación.

—Dije atrás…

Aster no se dio tiempo para pensar. Se lanzó hacia adelante y empujó el cañón del rifle hacia arriba con el antebrazo izquierdo. Golpeó a Liston en el pecho con la palma derecha, y le sacó el aire antes de que pudiera pedir ayuda con un grito.

El hombre reculó, jadeando. Perdió el equilibrio y cayó al suelo. Aster le arrancó el arma de las manos y la apuntó hacia él. No tenía idea de cómo usarla, pero Liston no lo sabía.

El hombre tosió y escupió; luego la miró con torpeza. Sus ojos se estrecharon al ver que no había sombras detrás de los pies de las chicas.

—Malditas sangresucias. ¿Qué quieren de mí?

—Ni una palabra más —advirtió Aster con voz grave. Presionó la boca del arma sobre el hueco en su nerviosa garganta, asqueada por el miedo que le iluminaba los ojos. Primero Violet y ahora este anciano. ¿En quién se había convertido?

«En quien tenga que ser para mantenernos con vida», pensó y endureció su decisión.

—Cardo dulce —ordenó—. Y lo que sea que mi amiga necesite.

Le entregó a Tansy un morral de viaje que habían robado del establo. Tansy lo tomó; su cara brillaba debajo de una capa de sudor. Aster no sabía si era por el miedo o por el dolor que le causaba el favor.

«Casi terminamos», le dijo Aster con la mirada. Volvió hacia Liston y apuntó con la cabeza hacia el mostrador frente a los estantes con medicinas.

—Anda —dijo, y bajó el arma—. Que sea rápido.

Liston vaciló. A Aster no le gustó nada la mirada de reconocimiento en los ojos del boticario.

—¿Cardo dulce? —repitió el hombre.

—Ahora —gruñó Aster.

El hombre se puso en pie despacio, aún temblando, y se apresuró hacia los estantes. Tansy lo siguió con el morral abierto.

—Cardillo…, láudano…, calamina…, marihuana —masculló con voz suave y llena de pena. Aster los miró con cautela mientras se rascaba el costado del cuello. El dolor había comenzado a hacerla sudar también, y pronto su favor brillaría lo suficiente para que Liston lo viera. Apretó el cañón del arma con más fuerza y volteó para asegurarse de que nadie más se acercara a la tienda. Hasta entonces, nada. Pero mientras sus ojos recorrían la habitación,

encontraron varios carteles pegados en la pared, todos con el mismo mensaje escrito con letras grandes y negras:

SE BUSCAN

Aster pasó saliva; el terror le recorrió el cuello. Se acercó más y rezó a los muertos para no encontrar caras conocidas en los carteles.

Pero habría reconocido a su hermana en cualquier lugar. Había cinco carteles en fila, uno por cada una de ellas, con sus rostros dibujados por una mano experta. Sobre todo sus favores habían sido reproducidos con un extraordinario nivel de detalle, idénticos a los que ahora les quemaban con tal fuerza que Aster apenas podía enfocarse en las palabras frente a ella.

… Chicas Afortunadas de Green Creek…

… brutal asesinato de Baxter McClennon…

… propiedad robada…, anillo de teomita…, tres caballos…

… Recompensa de 50 000 águilas…

… VIVAS…

Baxter McClennon

Clementine había matado a Baxter McClennon.

Heredero del imperio minero de los McClennon. Hijo del terrateniente más poderoso de la Canalla. Las revelaciones golpearon a Aster una tras otra. Su familia demolería las montañas con tal de encontrarlas. Enviarían a todos los rapiñeros de Arketta tras ellas.

Aster sintió que la ira se acumulaba en su interior.

—No son malos dibujos —dijo Liston de repente.

Aster no pudo evitar un sollozo desesperado al voltear con el arma en alto, pero el tendero alzó las manos en señal de rendición. Tansy estaba detrás de él, cerrando el morral a toda prisa. Sus manos se detuvieron cuando miró más allá de Aster y vio los carteles con sus propios ojos.

—Si el cardo dulce no las hubiera delatado, la forma en que miran esos carteles ya lo hizo —continuó Liston mientras una sonrisita le retorcía la boca.

Aster le lanzó una mirada a Tansy. No tenían alternativa. Golpeó en el pecho al boticario con la boca del arma, y lo envió hacia atrás hasta que su coxis chocó con el mostrador con una sacudida de vidrios. Acercó el dedo al gatillo.

—Ve por la soga de afuera para atarlo —le dijo a Tansy—. Ahora —añadió cuando la joven vaciló.

Tansy corrió. Una nueva oleada de dolor apareció en el favor de Aster.

Intentó sostener el arma con firmeza entre sus manos. Contuvo a Liston con una mirada amenazadora, rogando a los muertos que no descubriera su miedo. Al anciano le temblaba la orilla de la boca, pero no se atrevió a hablar.

Tansy volvió con la soga.

—Átalo —ordenó Aster sin desviar la mirada.

Sin dudar esta vez, Tansy le anudó muñecas y tobillos a Liston como si fuera un cerdo; su favor comenzó a brillar por debajo del paliacate mientras trabajaba. En cuanto terminó, Aster bajó el arma, aliviada de no haber tenido que usarla.

—Vamos —dijo.

Corrieron a la pared, arrancaron los carteles y se apresuraron a volver hacia la puerta.

—¡Sucias Afortunadas! —gritó Liston tras ellas, al fin libre de la boca de la escopeta—. ¡No saben la buena vida que tenían en esa casa! No puedo esperar a saber qué harán los McClennon con ustedes…

Con una ira que le recorría todo el cuerpo, Aster volteó de nuevo. Corrió hacia él y lo amordazó con su gorro de noche mientras su furia burbujeante le suplicaba que hiciera algo peor.

—Aster, apresúrate, por favor —rogó Tansy. El favor le ardía ya en tonos rojos y anaranjados, y estaba a unos minutos de alcanzar el calor blanco.

Aster pasó saliva y asintió.

—Terminamos aquí —dijo—. Vamos.

Se abrió paso hasta la puerta y Tansy la siguió. Una vez afuera, montaron en el caballo; las palabras del boticario aún retumbaban en los oídos de Aster mientras dejaban atrás la botica.

Para cuando volvieron a la mina, Violet estaba inconsciente. Tansy desmontó deprisa y fue a su lado. Aster la siguió más despacio, aún sacudida por lo que habían descubierto. Clementine corrió hacia adelante y la envolvió en un abrazo.

—Lo lograron —dijo Mallow; todo su cuerpo se relajó de alivio—. Gracias a los muertos.

—Encontramos algunos problemas —admitió Aster. «Eso es poco decir». El dolor en el favor apenas comenzaba a desvanecerse—. ¿Ustedes tuvieron dificultades aquí?

Clementine la soltó y negó con la cabeza.

—Puedes oír que los vengantes ya comenzaron. Qué bueno que teníamos el anillo.

«El anillo».

El anillo de Baxter McClennon.

Tansy dejó caer una gota de cardo dulce bajo la lengua de Violet y se levantó con una exhalación.

—Buenas noticias: Violet debería volver en sí en unas horas. —Miró a Aster a los ojos—. ¿Quieres dar las malas noticias?

De cualquier modo, esperar no haría que las cosas mejoraran. Aster se humedeció los labios y volteó hacia Clementine.

—Vimos carteles en Killbank. Uno por cada una de nosotras. El brago que mataste… era Baxter McClennon.

Clementine se quedó callada durante un momento; su expresión fue de la sorpresa al miedo.

—¿McClennon? —repitió—. ¿Estás segura?

—Velo por ti misma —dijo Aster con tono sombrío y sacó los carteles de su bolsillo.

—Esperen, esperen. Alguien dígame qué estoy mirando —interrumpió Mallow mientras Clementine desdoblaba los carteles—. ¿Quién es Baxter McClennon y por qué debería importarme un comino que esté muerto?

—¿McClennon? ¿Como en «Monte McClennon»? —respondió Tansy—. Su padre, Henry, es dueño de la mitad de la Canalla, y su tío Jerrod es candidato a gobernador. Yo crecí en uno de los campamentos mineros de su familia.

—Oh. —Los ojos de Mallow se ensancharon—. Oh.

—Exacto —dijo Aster—. Pensé que solo tendríamos que preocuparnos por los rapiñeros de la Casa de Bienvenida. Pero los McClennon son capaces de contratar suficientes para perseguirnos hasta el fin del mundo.

—Y la ley también está de su lado —advirtió Tansy—. Todos los oficiales en Arketta estarán detrás de nosotras ahora, si es que no lo estaban ya.

—Pues sigamos adelante —dijo Clementine, tras encontrar su voz de nuevo —. No tenemos tiempo que perder. Una de nosotras puede sostener a Violet en el caballo. Cuando encontremos a la Dama Fantasma…

—No tenemos idea de dónde está la Dama Fantasma —le recordó Aster—. No podemos ir a ningún lado hasta que Violet despierte y nos diga qué dirección debemos tomar.

No añadió lo que pensaba en realidad: que probablemente la Dama Fantasma no era real y que, si no podían deshacerse de sus favores, podían darse por muertas. Cualquier otro criminal podría cambiar su apariencia, escapar, pasar inadvertido y tener la esperanza de encontrar una vida nueva. Pero con los favores que las delataban no solo como Chicas Afortunadas en fuga, sino también como las asesinas de Baxter McClennon…

—Hasta donde sabemos, la Dama Fantasma podría estar justo aquí —dijo Tansy esperanzada, mirando a Violet—. Tal vez no tengamos que correr a ningún lado.

Aster percibió que a Clementine no le gustaba la idea de quedarse ahí, pero no había opción.

—Por ahora, ve y descansa —dijo en voz más baja—. Lo vamos a resolver. Te lo prometo.

Tansy y Mallow acordaron hacer la primera guardia juntas. Aster se recostó en una dura franja de suelo junto a las oxidadas vías de los carros de la mina, y se envolvió el cabello con el paliacate para dormir. La cobija con la que se cubrió no lograba protegerla del frío que se escapaba de las piedras. Clementine se acomodó a su lado y, sin decir palabra, se abrazaron para darse calor, como hacían cuando eran pequeñas. Antes de Green Creek. Antes de todo esto.

Se quedaron ahí un momento, escuchando los aullidos de añoranza de los vengantes que hacían eco en la oscuridad. Nunca eran palabras en alguna lengua conocida, solo vocales crudas que se seguían unas a otras, interminables, impotentes. Y, sin embargo, Aster siempre sintió que estaba al borde de comprender a los vengantes, como si pudiera responderles si así lo quisiera. De alguna forma, eso era lo más aterrador de todo.

Clementine parecía crujir por la tensión, como si ella también contuviera un grito.

—Sé lo que estás pensando —susurró Aster a la distancia—. No.

—¿No qué?

—No lo lamentes.

—Todas ustedes van a morir por mi culpa. Al menos en la Casa de Bienvenida estábamos seguras. Pero los McClennon…

—No estábamos seguras. Nunca estuvimos seguras ahí.

—A Violet casi la desgarran esos vengantes. A ti y a Tansy casi las atrapan en Killbank. Y el rapiñero en el arroyo…

—Nada de eso fue tu culpa. Escúchame: si los McClennon nos matan, será culpa de los McClennon. Así de simple. En Green Creek no teníamos forma de defendernos de quienes querían hacernos daño. Ahora la tenemos. Tú nos la diste. No tienes nada que lamentar.

Clementine guardó silencio.

—Prométeme que lo entiendes, Grace.

Ese era el nombre verdadero de Clementine, el nombre al que respondía antes de la Casa de Bienvenida, el nombre que la obligaron a olvidar. A algunas chicas les parecía más sencillo así, más sencillo fingir que quien sufría era una extraña, no ellas en realidad.

Pero tal vez no tendrían que seguir siendo esas personas.

—Te lo prometo —dijo Clementine al fin.

Y solo entonces Aster se permitió conciliar el sueño.

Violet fue la última en despertar por la mañana. Mientras Aster y las demás ensillaban a los caballos, permaneció acurrucada bajo su cobija, con las manos como delicadas almohadas debajo de la cabeza. La palidez enfermiza que se había apoderado de ella el día anterior se había ido, y su respiración había vuelto a ser lenta y constante. Su cabello seguía húmedo por el sudor de la fiebre y su rostro aún estaba manchado de tierra, pero a pesar de todo se veía más apacible de lo que Aster la había visto jamás.

Mallow le picó las costillas con una vara.

—Mal —la regañó Tansy.

—¿Qué? Tiene que levantarse.

—Tiene que descansar. Ha pasado por mucho.

—Igual que nosotras. Creo que se ve bien.

—Dale otros quince minutos —dijo Aster y mordió una zanahoria medio podrida, lo último de la comida que habían robado del establo. Compartía la impaciencia de Mallow y no quería desperdiciar un solo minuto, pero no tenía caso partir si Violet iba a desplomarse de nuevo. Por fortuna, despertó por sí misma un momento después. Tal vez los oídos le habían zumbado.

Aster adivinó por la expresión en su cara que había olvidado que ya no estaba en la Casa de Bienvenida. Si era el caso, le esperaba una gran sorpresa.

—¿Qué demonios sucede? —preguntó. Se sentó y miró a su alrededor con ojos de sospecha. Entonces, todo pareció volver a su memoria—. Ay, desgárrenme.

—Bienvenida a Killbank —dijo Aster con frialdad—. O al menos, bienvenida a esta mina maldita a tres kilómetros de Killbank. Nos detuvimos por cardo dulce…, ¿recuerdas?

—Lo suficiente —farfulló Violet. Maldijo de nuevo cuando intentó ponerse en pie y cayó al suelo.

—Con cuidado —le advirtió Clementine.

—Estoy bien —insistió—. Solo necesito un poco de agua.

—Y yo te la voy a traer —dijo Aster—. Pero primero tengo algo que decirte y algo que preguntarte.

Violet le lanzó una mirada altiva. Era muy buena señal de que comenzaba a sentirse como ella misma otra vez.

—Dímelo ya, entonces.

«De todas formas querrás estar sentada para esto», pensó Aster. Le contó entonces a Violet sobre los carteles que habían descubierto la noche anterior. El rostro de Violet permaneció impasible mientras escuchaba.

—No pareces muy preocupada por los McClennon —apuntó Clementine.

—¿Qué caso tiene preocuparse? Lo hecho, hecho está. —Se pasó la lengua por los labios—. Ahora quisiera el agua.

—En un minuto —prometió Aster—. Aún tenemos que preguntarte algo. Dijiste que, si te conseguíamos el cardo dulce, nos dirías dónde podemos encontrar a la Dama Fantasma. ¿Lo recuerdas? Entonces, ¿dónde está?

La mirada de Violet se endureció.

—¿Juran que me llevarán con ustedes?

—Por el amor de los muertos, sí. Solo dinos adónde vamos —dijo Aster, exasperada.

—Me salvaron la vida —admitió Violet—. Les daría las gracias, pero fue su culpa por abandonarme cuando tiré el cardo dulce, en primer lugar. Supongo entonces que estamos a mano.

—Bien, ¿sabes qué…?

—Northrock —dijo Violet al fin—. Ahí es adonde voy…, donde vamos a encontrar a la Dama Fantasma.

Hubo un momento de silencio. Un mar de rabia inundó el pecho de Aster, como si Violet la hubiera traicionado. Northrock estaba al menos a un mes a caballo, cerca de la frontera con Ferron. Muy lejos de la Canalla. Violet bien pudo haber dicho que la Dama Fantasma estaba en la luna.

—¿Northrock? —hizo eco Clementine antes de que Aster pudiera contener su ira lo suficiente para hablar.

—Pero…, pero pensé que habías dicho que solo debíamos llegar a Killbank —tartamudeó Tansy.

—Dije que debíamos ir hacia Killbank —corrigió Violet—. Pero aún tenemos mucho camino por recorrer.

—¿Qué más no nos has dicho? —exigió Mallow—. ¿Funcionará su «magia» con todas? ¿Sus servicios tienen algún costo? No pienso andar la mitad del país para que me rechacen en la puerta.

Violet titubeó.

—Dicen que son mil águilas por persona para deshacerse de un favor.

—Espera. —Aster estalló; la lengua por fin se le aflojó—. ¿Así que debemos llegar hasta Northrock y conseguir cinco mil águilas en el camino? —La mayoría de los mineros tendría suerte de reunir mil águilas en un año—. Y ¿a qué te refieres con *dicen*? ¿Quién *carajos* dice?

—Dije que te diría dónde está, no cómo lo sé —dijo Violet.

—Si vamos a basar todos nuestros malditos planes en tu supuesta información, creo que tenemos derecho a saber cuál es tu fuente. —Aster se cruzó de brazos.

—Bien. —Violet resopló—. Si no me creen, no se preocupen por el dinero. Lleguen ahí y arriésguense.

Por las miradas que todas le dirigieron era obvio que le creían, tanto acerca de la ubicación de la Dama Fantasma como sobre el costo. A pesar de su furia, Aster tenía que admitir que, de cierta forma, las mil águilas hacían que la Dama Fantasma pareciera un poco más real: no una salvadora legendaria sino una mujer que cobraba por un servicio. Pero eso no resolvía el problema de dónde conseguir el dinero ni de cómo llegar a Northrock.

—Tenemos el anillo —comenzó a decir Tansy tras sentir el cambio en el pensamiento de Aster—. Podríamos venderlo…

—¿A quién? —interrumpió Aster—. El anillo está en los carteles. Si alguien lo reconoce nos va a entregar.

—La Dama Fantasma podría no hacerlo. Tal vez lo acepte como pago —dijo Clementine.

«Podría. Tal vez». Aster sintió que se avecinaba un ataque de histeria. Jamás llegarían a Northrock. Intentarlo sería un suicidio. Pero tampoco tenían esperanzas de sobrevivir si se quedaban ahí, no con los McClennon pisándoles los talones. Perseguir las fantasías de Violet parecía la única opción que les quedaba.

«Sucias Afortunadas. No saben la buena vida que tenían en esa casa». La mente de Aster hizo eco de las palabras del boticario.

—Necesito un minuto —murmuró, haciendo un esfuerzo por ponerse en pie.

—Espera, Aster; ninguna de nosotras debería andar sola… —comentó Tansy, preocupada.

—Solo tardaré un minuto —dijo Aster con firmeza—. Voy a llenar la cantimplora. Ya vuelvo. —Se encontró con los ojos de Clementine—. Lo prometo.

Se echó la cantimplora al hombro y trastabilló al salir, parpadeando bajo la ya brillante luz del día. Era un bosque completamente distinto de aquel al que se habían enfrentado en la noche. Las aves se llamaban de árbol a árbol con trinos. Una pequeña lagartija tomaba el sol sobre una roca.

Comenzó a sentirse un poco más estable. A fin de cuentas, no todo era tan malo.

Tras una pequeña caminata, llegó al arroyo. Incluso después de su encuentro con el extraño, tuvieron miedo de alejarse mucho de ahí. El agua

fresca podía ser difícil de encontrar en la Canalla. Bajó con cuidado por la lodosa ribera. Se arrodilló para llenar la cantimplora.

Un repentino crujido sobre su cabeza la hizo mirar hacia las ramas que tenía encima. El grito de un hombre perforó el aire. Aster buscó su cuchillo.

Antes de poder tomarlo, quedó derribada en el suelo.

OCHO

El pecho de Aster estalló de dolor al perder el aliento. Los músculos se le tensaron ante el miedo familiar de estar a merced de un hombre. Rodó en el suelo, volvió a levantarse, tomó el cuchillo y lo agitó en dirección a su atacante con un grito desesperado. Él esquivó la hoja y la empujó abajo de nuevo.

—¡Quieta! —siseó—. No puedo luchar contra los dos al mismo tiempo.

«¿Los dos?».

Le había tirado el cuchillo de la mano. Para cuando ella examinó el suelo y se estiró para tomar el arma de nuevo, el hombre ya estaba a un par de metros de distancia, dándole la espalda, con su propio cuchillo desenfundado.

Lo apuntaba hacia el puma que gruñía y daba vueltas alrededor.

A Aster se le detuvo el corazón. Nunca había visto un puma de cerca, aunque cada tanto escuchaba sus aullidos a la distancia. Este era incluso más grande de lo que había imaginado, dos veces más grande que un hombre, con hombros musculosos que se movían debajo del pelaje dorado oscuro conforme se acercaba a ellos con los colmillos expuestos.

Pero sangraba del pecho. Una herida larga y poco profunda. El joven había logrado conectar un golpe de alguna forma.

«Me salvó», comprendió Aster. El corazón le martillaba cuando se enderezó de nuevo. El puma debía haberla acechado y el extraño la quitó del camino justo a tiempo. Él sangraba también, donde el animal le había arañado el brazo.

«Eso no lo convierte en tu aliado», una voz en lo profundo de su cabeza le advirtió a Aster. Solo los muertos sabían qué quería él con ella.

Pero, si no lo ayudaba, el puma los mataría a ambos.

Aster se remojó los labios y apretó el cuchillo con más fuerza. El extraño le hizo una finta al animal. En cuanto este se lanzó sobre él, Aster se abalanzó y le hirió el costado. El puma soltó un chillido ensordecedor. Aster dio un salto hacia atrás en cuanto el felino volteó hacia ella. Entonces el extraño lo atacó de

nuevo y le rozó una pata. El animal rodó por el suelo, se levantó y lanzó un zarpazo. El extraño evitó un golpe que le habría quebrado las costillas. Se alejó rodando. El animal peló los dientes y se agazapó como el depredador que era, listo para lanzarse sobre él antes de que pudiera recuperarse.

Aster no lo pensó. Su cuerpo se movió antes de que su mente pudiera detenerlo. Corrió hacia el puma, levantó el cuchillo y lo bajó con fuerza entre los omóplatos de la bestia. El puma dejó escapar un gañido casi humano, retorciéndose de dolor. El terror desgarró a Aster. Extrajo el cuchillo y reculó a toda prisa, esperando encontrarse con la furia renovada del animal. Pero el puma había tenido suficiente. Les gruñó mientras se alejaba y desaparecía entre la maleza de forma tan repentina como había aparecido.

El bosque quedó en silencio. Aster respiraba con dificultad; las manos le temblaban y sus entrañas se aflojaron. Se armó entonces de valor para lidiar con el extraño. No había estado sola con un hombre desde Green Creek, pero las cosas esta vez serían distintas. Mejor morir entre las garras del puma que dejar que él le hiciera lo que quisiera. Si tenía que hacerlo, lo trincharía también. Alzó el cuchillo de nuevo y se acercó al extraño por detrás mientras estaba de pie, mirando el lugar por donde el animal había desaparecido.

—No debes mostrar miedo con estos gatos monteses —dijo él—. Pero te diré que casi me orino en los pantalones. —Soltó una risa fácil, enfundó su cuchillo y volteó para mirarla de frente. Aster retrocedió un poco, sorprendida.

El extraño del arroyo.

Estaba lo suficientemente cerca para darse cuenta de que no era un rapiñero. Sus ojos castaños eran los de un hombre mortal, y no tenía nada de esa energía aterradora y desecante. Tampoco tenía una sombra bajo los pies; eso significaba que era un compañero sangresucia, lo que solía ser buena señal. De hecho, Aster estaba casi segura de haber visto esa cara antes en algún lugar. De todas formas…

—Nos has estado rastreando —gruñó. Le puso la punta del cuchillo en el pecho.

Él alzó las manos; su rostro era un espejo del sobresalto de Aster.

—Oye, tranquila…

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Tranquila, dije. Te conviene bajar ese cuchillo. Me llamo Zee. Soy un viajante. Puedo ayudarles.

Un viajante, un guía de la Canalla. Por lo que Aster sabía de los viajantes, parecía serlo. Vestía una larga gabardina café sobre un chaleco de trabajo sencillo, pantalón de mezclilla oscura (sin orina, como afirmó), botas para cabalgar, sombrero de ala ancha, y, por supuesto, parecía viajar solo por la

Canalla. Eso era lo que hacían los viajantes: dominaban la naturaleza, exploraban lo desconocido, protegían a los débiles e indefensos de todas las cosas perversas que se encontraban en las montañas.

Aun así, cualquier imbécil podía disfrazarse de héroe y cabalgar hacia las colinas. ¿Todo era una treta para llevarlas hacia los McClennon? Aster lo consideró muy probable.

—Estaremos bien —dijo con tono pétreo.

—Es difícil estar «bien» por aquí, incluso para alguien como yo —sostuvo Zee—. Hay cosas peores que los pumas en estos bosques. —Bajó los ojos hacia el cuchillo, a manera de súplica, pero Aster se negó a retirarlo.

—De todos modos, no tenemos brillo para pagarte —dijo. Y de ninguna manera iban a pagarle de otra forma, si eso era lo que él esperaba de un grupo de Chicas Afortunadas. Antes le cortaría el cuello.

—No quiero su brillo. Quiero el anillo de McClennon —dijo Zee. Despacio, sacó uno de los carteles con el rostro de Clementine del bolsillo interior de su abrigo, con la mano libre en alto en señal de paz—. Dice aquí que ustedes lo robaron. Un anillo como ese es invaluable para alguien que hace lo que hago.

El rostro le ardía a Aster con ira.

—Nos estás chantajeando entonces, ¿eso es? ¿Te damos el anillo de teomita o nos entregas?

—¡No! ¡Demonios!…

Antes de que Aster pudiera responder, los arbustos se agitaron a su espalda. Volteó, temiendo que el puma hubiese regresado, pero era solo el resto de su grupo. Enfundó su cuchillo, aliviada. Las cinco juntas podrían dominar al chico sin problemas, de ser necesario.

—¡Aster! —gritó Clementine—. Creímos oír un puma…

Frenaron en seco.

—¿Quién demonios eres tú? —exigió Violet.

—Es ese extraño que vimos ayer. Dice ser un viajante. Quiere ayudarnos a llegar adonde vamos —explicó Aster con la voz llena de escepticismo—. Nos rastreó.

—Es un viajante y su nombre es Zee —dijo Zee. Se tomó el brazo sangrante —. Escuchen, preferiría atenderme esta herida más temprano que tarde. ¿Qué tengo que hacer para convencerlas? Las he seguido desde Green Creek; tuve tiempo de sobra para entregarlas. Y no sé qué fue lo que sucedió entre ustedes y McClennon, pero no me importa mucho tampoco. Siempre estaré del lado de las Chicas Afortunadas, sobre todo cuando se trata de los malditos terratenientes. Siempre.

Aster tensó la mandíbula.

—Ah, ¿sí? —Miró a Zee justo a los ojos. El tiempo que había pasado en la Casa de Bienvenida le había enseñado sobre las formas en que los hombres mentían, entre ellos y a los demás, para sentirse más poderosos o esconder algo vergonzoso. Conocía a los hombres que prometían que se podía confiar en ellos para, segundos después, mostrar que sería una locura hacerlo. Tenían aspecto sospechoso y grasiento, y Aster siempre podía detectarlo. Y debía admitir que no veía nada de eso en el chico, pero no sabía si podía confiar en su propio juicio, pues en ese momento estaba exhausta y desesperada—. Confío entonces en que te quedarás aquí mientras lo discutimos.

Les hizo una señal a las demás para que la siguieran a una distancia corta: tan cerca como para no despegar el ojo de él, tan lejos como para que no las escuchara. Una vez que estuvieron agrupadas en un círculo, Aster les informó de todo lo que se habían perdido. Zee la había salvado del puma, cierto. Pero, añadió, esperaba un pago por ayudarlas a llegar. Quería el anillo… que debían guardar para la Dama Fantasma.

—Tal vez podamos obtener el brillo para la Dama Fantasma en el camino —sugirió Tansy—. Necesitaremos ayuda para cruzar toda la Canalla, Aster. Apenas logramos conseguir medicinas anoche, y ya casi no tenemos nada.

—Sí, y si quisiera entregarnos, lo habría hecho ayer. Sabía dónde acampábamos —señaló Clementine.

—Y somos suficientes para controlarlo —dijo Mallow, haciendo eco del pensamiento de Aster de hacía un rato—. Si quiere traicionarnos, no le será fácil.

—Y te salvó del puma —continuó Clementine.

—Porque valgo más viva que muerta —replicó Aster, exasperada—. Todas…

—Mira, no tengo idea de cuáles sean sus intenciones, y no voy a fingir que lo sé —interrumpió Violet—. Pero Northrock está a cientos y cientos de kilómetros de aquí. Vaya si necesitaremos ayuda para llegar vivas. Y, en este momento, creo que él es nuestra mejor opción. Discúlpame si no confío en que tú te encargues de ello.

—Pero ¿no te parece un poco sospechoso que, en cuanto decidimos ir a Northrock, un viajante aparece para escoltarnos? —preguntó Aster, cruzándose de brazos—. Lo siento, pero todo esto me huele mal.

Las demás guardaron silencio un momento.

—Yo… tengo un buen presentimiento sobre él —dijo Clementine al fin, sin lograr mirar a Aster a los ojos.

«Ah, bien, Clem tiene un buen presentimiento; supongo que eso lo resuelve, pues», pensó Aster, exasperada. Pero sabía que, curiosamente, los

presentimientos de su hermana solían ser correctos. Las otras tenían buenos argumentos también. Y mientras Aster miraba alrededor del círculo, no pudo evitar considerar que tal vez tenían razón. De repente se dio cuenta de lo abatidas que estaban todas: Violet aún temblaba por su ordalía, y Tansy se masajeaba una horrenda quemadura de sol en la nuca; todas estaban sucias, agotadas y deshidratadas. Y ella misma estaría muerta si Zee no hubiera estado ahí… Por más que las palabras de Violet la hubieran encolerizado, Aster temía que estuviera en lo cierto: necesitaban ayuda.

—Muy bien —cedió al fin—. Lo dejaremos cabalgar con nosotras por hoy. Veremos cómo va. Lo consideramos. Por ahora, llevémoslo al campamento para curarlo.

Pero si Zee las traicionaba, pensó Aster, no dudaría en volver a abrirle esa herida y varias más.

Sin importar cuáles fueran sus intenciones, después de las primeras horas que pasaron con él quedó más que claro que era, en efecto, un viajante. Montaba una bella yegua palomina llamada Pepita y sus alforjas estaban repletas de provisiones para sobrevivir en el camino. Piedras de encender y cerillos. Frutos secos y carne salada. Una brújula y un juego de trastos. Un rifle y una escopeta.

—¿Para qué necesitas un rifle y una escopeta? —preguntó Mallow mientras avanzaban en una sola fila por un sendero de caza.

Era un día particularmente ventoso; polvo rojo se arremolinaba por el aire en una nube que le irritó los ojos a Aster y le llenó la garganta de grava. Cada tanto, alguna de ellas era víctima de un ataque de tos, y Tansy les daba una gota de miel de su bolso de provisiones médicas robadas. Aster estaba en medio de uno de dichos ataques en ese momento.

—Pues el rifle es para cazar —explicó Zee—. Pero la escopeta es para los vengantes.

—¿Los mata? —intervino Violet desde atrás.

—Por supuesto que no —respondió Aster por Zee. No dejaba de sorprenderle la ignorancia de Violet sobre cosas tan básicas que una niña *sangresucia* debía haber aprendido antes de cumplir cinco años. Los fantasmas eran como manchas, se desvanecían de a poco con el tiempo. Algunos eran más persistentes que otros, los vengantes sobre todo. Lo más que podías hacer era debilitarlos.

—Discúlpame, Aster, pero ¿te hablaba a ti? —soltó Violet en respuesta.

—La escopeta es solo para alejarlos —dijo Zee desde el frente, apresurado —. Uso balas de hierro en vez de plomo. Alejan a los muertos.

—Como la protección de hierro afuera de mi casa cuando era pequeña —agregó Tansy.

—Exacto —confirmó Zee—. La mayoría de la gente lleva consigo una pieza pequeña de hierro para protegerse también. Pero una herradura no aleja a un vengante más de lo que un cerillo encendido ahuyentaría a un lobo hambriento. Se necesita mucho hierro, más de lo que es práctico cargar. Por eso prefiero la escopeta. Un poco de hierro logra bastante cuando golpea a los vengantes directamente. Los hace correr antes de que se acerquen siquiera. —Zee bajó la marcha para quedar a la par de las chicas y le dio la escopeta a Clementine para que la inspeccionara. Era un arma de manufactura hermosa, incluso Aster debía admitirlo, con una lisa culata de cerezo y finas incrustaciones de oro—. ¿Alguna vez has disparado una de estas? —preguntó, mirando por encima de su hombro.

—Sí, claro, ¿sabes? Antes de la Casa de Bienvenida —dijo Clementine. Era una verdad remota, Aster lo sabía: disparó un revólver una vez, por un reto. Los niños en la Canalla se familiarizaban con las armas en cuanto podían caminar, pero las niñas eran consideradas demasiado frágiles.

—¿De verdad? —preguntó Zee; sonaba impresionado—. Pues yo esperaba tener el honor de enseñarte una que otra cosa. Pero veo que no será necesario.

—Bueno, no es como que tuviera un viajante que me ayudara la última vez. Estoy segura de que puedes enseñarme una cosa, dos no sé.

—Muy bien. Devuélvesela ya, Clem. No es un juguete —dijo Aster, tensa.

Zee procedió a contarles que también tenía un poco de salvia de emergencia para quemar, pues los vengantes no soportaban el hedor. Era la misma hierba que los santificadores usaban para bendecir espacios sagrados. Pero la teomita era la mejor protección de todas, dijo. Estaba hecha con los huesos ennegrecidos de las grandes bestias que existían cuando el mundo era joven y el Velo delgado, y aún pulsaba con su antigua energía que repelía a los espíritus malévolos de la misma forma en que los imanes se repelen entre sí.

—Ningún vengante se acercará a tiro de piedra de un anillo como el que tienen —concluyó—. No sorprende que la gente se vuelva loca intentando excavar la teomita.

«No hay duda de que le encanta oírse hablar», pensó Aster. Al menos distraía a todas.

Cerca del mediodía, Zee insistió en que se detuvieran. Aster se enfureció al desmontar.

—Debemos continuar hasta el anochecer —dijo—. Ayer cabalgamos todo el día sin detenernos.

—No nos hará ningún bien desgastar a los caballos —dijo Zee con

paciencia—. Si no, no podrán correr cuando realmente necesites que lo hagan. Déjalos descansar y pastar un minuto. Te prometo que estamos a salvo aquí.

Aster no tenía intención de seguir las órdenes de un bufón al que acababa de conocer. Esa zona del bosque no parecía mucho más segura que cualquier otra en la que hubieran estado. Pero entonces Zee señaló los alrededores.

—Tenemos una posición ventajosa —explicó; en efecto, estaban de espaldas a un risco mientras el bosque alrededor descendía con suavidad a la distancia —. Y aquí los árboles son más delgados también. Podremos ver si alguien se acerca en cualquier dirección.

Zee ya había hecho varios ajustes para hacer más difícil que los rapiñeros las siguieran, como cubrir los cascos de los caballos con tela para esconder sus pisadas y viajar a sotavento para ocultar su olor. Intentaban no desviarse de los duros senderos silvestres, y si no podían hacerlo, dejaban rastros falsos antes de dar una segunda vuelta. Su paso había disminuido a lo que a Aster le parecía un insoportable gateo, en particular si se le comparaba con el galope a máxima velocidad con el que habían escapado de Green Creek. ¿Y ahora Zee quería detenerse por completo? No, no le gustaba. No importaba que estuvieran en una buena posición.

«Pero ¿y si tiene razón? ¿Y si esta es la única forma de mantener la ventaja que tenemos?».

Aster apretó los dientes. Odiaba saber tan poco del asunto y lo vulnerable que eso la hacía sentir. Zee podía estar llevándolas a una masacre y ellas nunca lo sabrían.

—¿Crees que hayamos perdido a los rapiñeros? —preguntó Tansy, quitándose el sombrero para limpiar el aro de sudor que le había dejado en la frente.

Zee negó con la cabeza con gesto adusto.

—Nunca se puede perder a un rastreador por completo, mucho menos si se trata de rapiñeros. Podemos intentar frenarlos lo más posible. Vi señales de al menos dos grupos que las seguían desde Green Creek. Hice lo que pude por borrar su rastro, pero tenemos que suponer que lo encontrarán de nuevo.

—¿Dos? —Aster casi se ahogó con su gota de miel. Sabía, por supuesto, que irían tras ellas; aun así… —. ¿Puedes saber con quién estaban? —preguntó, intentando disimular el pánico en su voz.

—Uno era un grupo de rapiñeros de la Casa de Bienvenida. El otro, supongo, trabaja para McClennon —dijo Zee.

«Y podemos tener por seguro que ellos no se detendrán a descansar», pensó Aster, mientras miraba con incredulidad cómo las demás desmontaban y tomaban largos tragos de la cantimplora. Era obvio que todas estaban más que

felices de seguir los consejos de Zee. Mientras descansaban, Zee también les mostró cómo obtener agua fresca del tronco de un árbol con una espita, qué plantas del área eran comestibles y cuáles venenosas, y cómo encontrar señales de vida silvestre peligrosa. No solo eran los coyotes y los pumas de los que había que cuidarse, les dijo. Había tarántulas del tamaño de una rueda de carreta y murciélagos tan grandes que podrían cargar a una cabra pequeña. Serpientes de cascabel, cabeza de cobre, escincos de colmillos negros.

—Clementine sobrevivió a la mordida de una serpiente de cascabel —intervino Mallow. Aster le lanzó una mirada furiosa.

—¿En verdad? —dijo Zee otra vez—. Pues pudo no haber sido una serpiente de cascabel, ¿sabes? La mayoría en realidad es inofensiva…

—¿Me estás llamando mentirosa? —preguntó Clementine con una sonrisa traviesa en los labios. Jugueteó con el brazalete que Aster le había tejido.

—¡Por supuesto que no! —Zee dio marcha atrás en seguida.

—Tonta, entonces.

Zee parecía frustrado.

—Nunca…

—Clem —gruñó Aster—. Ven un momento. —Llevó a su hermana a un costado, bajo la sombra de los árboles. Clementine seguía sonrojada y sonreía —. Tienes que parar —le dijo Aster por lo bajo.

—¿Parar qué?

—Dejar de bromear así con él. No es nuestro amigo.

Una línea se dibujó entre las cejas de Clementine.

—Aún no —dijo—. Ese es el punto. Intento hacerlo nuestro amigo. Necesitamos ayuda, Aster.

—Pues debes tener más cuidado. Cualquier cosa que le digas sobre ti la puede usar en tu contra después.

—¡Pero no le he dicho nada!

«No con palabras». Sin embargo, había algunas cosas que un hombre podía leer en tu rostro, en tu voz, en la forma en que lo mirabas o no lo mirabas. Clementine no había aprendido todavía a controlarse, ni las cosas que precisaba para sobrevivir.

—Solo… sé reservada por el momento, ¿sí? —le pidió Aster—. Zee no se ha ganado nuestra confianza, ni un poco. Si parece amable es porque quiere algo.

Clementine guardó silencio un momento. Se cruzó de brazos y miró al sol con los ojos entrecerrados. Tras dos días de camino, su piel morena había adquirido un tono bronceado que Aster no había visto desde que eran niñas, cuando se recostaban bocabajo en la tierra y miraban a las hormigas subir por el viejo muñón de un árbol. Un feroz instinto protector le trepó a Aster por la

garganta.

—Está bien —aceptó Clementine al fin, y Aster soltó una grave exhalación.

Continuaron con su cabalgata.

No fue sino hasta la tarde cuando el nudo de ansiedad en el vientre de Aster por fin comenzó a ceder de forma minúscula. Estaban casi a un kilómetro a las afueras del siguiente pueblo, Drywell. Hicieron buen tiempo, incluso con las precauciones adicionales de Zee, y cada hora del camino transcurrió sin mayores incidencias. No podía negarse que su primer día con Zee era un éxito.

Zee encontró una pequeña cuenca en la que podrían resguardarse para pasar la noche, un pedazo de tierra debajo de una formación de piedras. Mientras todas las demás caminaban hacia un riachuelo cercano para dar de beber a los caballos y lavarse, Aster se quedó con Zee para ayudarle a montar el campamento. Alguien tenía que vigilarlo.

Comenzaron a desempacar las alforjas. Zee la observaba por el rabillo del ojo.

—Lo hiciste bien hoy —dijo tras unos instantes—. Ya entiendo por qué las demás te siguen. —Aster gruñó, un poco evasiva—. No estoy aquí para quitarte ese lugar, ¿sabes? —insistió Zee—. Pasé el día intentando encontrar la forma de decírtelo… No busco ser su nuevo líder. No lo necesitan y yo no lo quiero. Solo deseo ayudar.

—Ya lo dijiste un par de veces.

—Por los muertos, es como hablar con un muro.

—No dudo que lo hayas intentado.

Zee farfulló una maldición y la dejó en paz. Trabajaron en silencio un poco más. Aster se dedicó a quitar la maleza del suelo para poder dormir ahí después. Tenía los músculos de las piernas y la espalda endurecidos por haber montado todo el día, y el simple hecho de agacharse para tomar ramas y piedras parecía multiplicar su dolor. El sudor atravesó la capa de polvo en su cara. La boca le sabía a tierra. Hizo una mueca al estirarse para tomar la última piedra…

… Y se quedó sin aliento al darse cuenta de qué era.

El estómago se le retorció. Tiró el montón de ramitas que tenía en las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Zee, apresurándose a acompañarla.

Aster señaló el cráneo humano, la cabeza gris partida y cubierta de tierra, los ojos vacíos y los dientes rotos. Pensó en la insignia de la Casa de Bienvenida de Green Creek, estampada en el dorso de las manos de todos los bragos: un cráneo con rosas.

Parecía incapaz de lograr que su boca funcionara.

Zee bajó los hombros y suspiró.

—Ay. Pobre infeliz. —Tomó el cráneo y lo limpió—. Quisiera poder decir que me sorprende, pero estas cosas son comunes por estos rumbos. Mucha gente intenta salir de la Canalla, y algunos pobres desesperados incluso creen que pueden llegar hasta Ferron, donde las deudas de los sangresucias no existen. Pero las montañas son su sentencia de muerte. —Zee meneó la cabeza —. Tal vez es mejor morir así que asesinado en la frontera.

Aster sabía todo eso, pero ver los huesos en la vida real…

—¿Por qué no los ayudan más viajantes? —preguntó.

—Pues, para empezar, es ilegal auxiliar a cualquiera que quiera escapar de la Conciliación. Y, además, la mayoría no puede pagar por nuestros servicios. Por lo general, quienes nos contratan son sangrepuras.

Aster clavó la mirada en Zee, quien colocó cuidadosamente el cráneo sobre las rocas, fuera del camino.

—¿Y tú nos habrías ayudado a nosotras si no hubiéramos tenido el anillo de teomita para pagarte?

Zee frunció el ceño.

—Aster, no lo hago solo por el brillo. Yo…

Pero, antes de que pudiera terminar, las demás volvieron. Zee se retiró de la conversación, claramente aliviado, y fue a recibirlas. Aster lo observó como un halcón.

Una vez que terminaron de armar el campamento, se acomodaron para cenar: bollos y frijoles. Zee les mostró cómo cavar una fogata que no produjera humo y que les daría un poco de calor, y luego se envolvieron en sus cobijas para protegerse del viento.

Por primera vez, Zee estaba en silencio. Mientras las demás conversaban entre bocados, él miraba al fuego sin decir palabra. ¿Tal vez seguía molesto porque Aster había cuestionado su integridad? ¿Habría un peligro más adelante del que aún no les había hablado? O tal vez solo estaba cansado, como todas… Pero Aster no tenía la paciencia para intentar descifrar el humor del muchacho. Y, sin embargo, no podía relajarse sin saber por qué estaba tan tenso.

Por fin, Zee se puso en pie y sacudió el polvo de su pantalón de mezclilla.

—Si están bien por el momento, voy a hacer una parada en el pueblo. Necesitaremos muchas más provisiones de las que suelo llevar conmigo. Más cantimploras, alimento para los caballos, ropa que les quede bien… Me tomará algo de tiempo, y quiero volver antes de que anochezca.

—¿Tienes brillo para todo eso? —preguntó Violet estudiándolo de arriba abajo, como si no le pareciera posible.

—Mi padre era un apostador y me dejó un poco de oro cuando cruzó. Lo

he estado guardando para una emergencia. —Esbozó una sonrisa incómoda—. Creo que él estaría de acuerdo en que esto lo es.

«Qué suerte la nuestra», pensó Aster con ironía. Todo parecía demasiado bueno para ser verdad.

—No podemos aceptar tu caridad, Zee —dijo Clementine.

—No es caridad —aseguró Zee—. El anillo de teomita cubrirá los gastos y mucho más. Cada trabajo requiere provisiones. Están incluidas en el costo. —Sonrió de nuevo—. Así que ustedes relájense hasta que vuelva, ¿de acuerdo? Se lo han ganado.

Aster lo observó con cuidado mientras preparaba su caballo. Y aunque Zee parecía bastante honesto, algo en su comportamiento le decía a Aster que, en ese momento, estaba mintiendo. Lo sentía en la nuca. Pero ¿acerca de qué mentía?

«Tal vez irá al pueblo a entregarnos», pensó. Miró alrededor del círculo. Tenía que decírselo a alguien. Clementine lo defendería. Mallow podría hacer algo imprudente. Tansy pensaría demasiado, sin hacer nada al respecto. Pero Violet…

Esperó a que Zee partiera; sudaba, a pesar de que el aire fresco le provocaba escalofríos. En cuanto se desvaneció el sonido del caballo de Zee, se apresuró a ir con Violet, quien estaba ocupada desenredándose el cabello con el cepillo de cerdas de jabalí de Zee.

—Violet.

—Por los muertos. ¿Qué quieres ahora?

—Tengo que hablar contigo. —La jaló a un costado a pesar de sus protestas y le explicó sus sospechas sobre Zee. A Violet pareció molestarle la idea.

—No lo sé, Aster. ¿Por qué habría esperado hasta ahora?

Aster hervía de frustración.

—¿Cómo rayos voy a saber? Creo que lo seguiré. Tengo que estar segura. Si descubro que tengo razón, volveré para que podamos adelantarnos. Si no vuelvo, necesito que las saques de aquí. Pero por ahora solo diles que fui detrás de Zee porque…, porque pensé en algo más que necesitábamos. No quiero que se preocupen sin motivo.

—Dirán que eres una tonta por ir sola —suspiró Violet—. Y tendrán razón.

—Quizá. —Pero si no hacía nada, y Zee provocaba que la ley cayera sobre ellas, jamás se lo perdonaría—. Solo cuídalas.

Violet al fin aceptó, y mientras volvía al campamento, Aster se escabulló. Desamarró su caballo y siguió el rastro de Zee. Quiso esperar lo suficiente para que él no se enterara de que iba detrás, pero temía quedarse demasiado lejos. Cada segundo contaba.

De cualquier forma, hizo una pausa y se anudó el paliacate alrededor del rostro una vez que estuvo cerca del Camino de Huesos; las manos le temblaban mientras lo hacía. Todo el mundo la estaba buscando ya. Incluso personas que en otras circunstancias habrían sido comprensivas, verían la recompensa de los McClennon y reconsiderarían.

Una duda repentina se apoderó de ella. Tal vez debía volver con las chicas y decirles que tenían que correr…

Pero no. Querrían pruebas. Si iba a obligarlas a abandonar a la primera persona que les ofrecía algo de esperanza, se las exigirían.

Aster entendió entonces, para su sorpresa, que ella misma se había permitido tener esperanza. No era mucha, pero ahí estaba. Como encontrar un cobre en el bolsillo.

«Por favor, Zee», pensó Aster, «demuéstrame que me equivoco».

Espoleó al caballo y lo guio hacia el Camino de Huesos. El sudor le recorrió la espalda. Pasó una curva y vio a dos oficiales que montaban guardia en la orilla del pueblo. Eso no era inusual, se dijo. Los bandidos eran comunes por esos rumbos. Los policías estaban ahí solo para vigilar.

¿Por qué, entonces, habían detenido a los dos hombres a caballo que iban delante de ella?

Aster se tensó y se aferró a las riendas. Pero era demasiado tarde. Uno de los oficiales la había visto y la llamaba. Su compañero permitió el paso hacia Drywell a los dos hombres.

El favor le punzó, respiró profundo y trotó hacia adelante. Aún vestía la floja ropa de Augie el mozo, y con el cabello escondido en su sombrero y el rostro cubierto, quizá podría pasar por un hombre joven bajo la luz que desaparecía. Aun así, los sangresucias solían ser rechazados de los pueblos amurallados si no tenían papeles emitidos por sus terratenientes en los que se describiera qué hacían ahí.

Y no había forma de que Aster pasara por un sangrepura.

—Tardes, señor —dijo el primero cuando Aster se detuvo bajo la sombra de un árbol. La boca del oficial parecía una línea rígida bajo su erizado bigote rubio. Sostuvo un enorme cartel con la cara de Clementine en él—. ¿Ha visto a esta chica? —Aster negó con la cabeza, despacio, sin atreverse a hablar, rogando que no le pidieran que diera un paso hacia la luz—. ¿Y qué tal a estas?

Presentó los carteles uno por uno. Aster negó una y otra vez con la cabeza. El estómago se le revolvió. Cuando le mostró su propia cara, un arrebato de pánico le recorrió el cuerpo entero; el sudor atravesó la tela de su paliacate.

—Muy bien. Mantenga los ojos abiertos, ¿me oye? —dijo el otro oficial. Sus ojos eran tan negros como el carbón—. Mataron a un hombre. Son peligrosas.

Y tenemos motivos para creer que están en esta área.

Aster tocó el ala de su sombrero y la dejaron pasar por las puertas. No se atrevió a exhalar hasta estar fuera de la vista de los oficiales. Si el favor hubiera quemado su paliacate…, si la sombra del árbol no hubiera ocultado que ella no tenía una…, si cualquiera de los oficiales le hubiera exigido que revelara sus planes…

«Nada de eso importa. Encuentra a Zee y sal de este maldito lugar».

Aster apresuró al caballo por la calle principal e intentó controlar su respiración. Drywell parecía un pueblo más tranquilo que Killbank. La mayoría de las tiendas seguía abierta. Un puñado de mujeres sangrepuras afuera de la tienda general se contaban chismes unas a otras con sus compras en la mano. Dos hombres sangresucias martillaban en el techo de la posada, sin camisas y sudorosos bajo el sol de la tarde.

No había señales de Zee. Si hubiera querido entregarlas, lo habría hecho cuando los oficiales lo detuvieron. ¿Había dicho entonces la verdad? No lo vio en ninguna de las tiendas, pero, cierto, tampoco lo había buscado.

Aster llegó finalmente a la oficina del legislador, pero la yegua de Zee, Pepita, no estaba atada a uno de los postes que había afuera. No estaba ahí.

Vaciló. El favor había comenzado a arderle con dolor genuino, suficiente para nublarle la vista. Pronto empezaría a notarse por debajo del paliacate. Tenía que volver, incluso si no tenía pruebas de las intenciones de Zee.

Pero entonces, cuando volteó para emprender su regreso, la vio: la Casa de Bienvenida de Drywell.

Aster reculó como si alguien la hubiera golpeado. La señorial mansión se erigía por encima de los demás edificios, con sus ladrillos oscuros y gigantescos gabletes. Un rapiñero se recargaba en el marco de la puerta. Todas las células del cuerpo de Aster le gritaban que corriera, pero no parecía capaz de hacer que sus extremidades se movieran. Cuando escapó de Green Creek había querido dejar todos sus recuerdos ahí. Ahora volvían todos corriendo, ahorcándola, ahogándola.

Moriría ahí. Esos hombres la matarían, como iban a hacerlo desde un principio. El rapiñero dirigió su mirada color óxido hacia ella. Aster pasó saliva y la sintió bajar como una navaja.

Fue entonces cuando vio a Zee. Su sombrero de viajante; su rostro delgado y astuto; su paso sencillo y deslizante mientras iba a desatar a su yegua. Verlo fue suficiente para transformar su terror en ira.

Estaba saliendo de la Casa de Bienvenida.

NUEVE

La furia de Aster quemaba tanto como su favor. Sabía que Zee traía algo entre manos, pero jamás se habría imaginado eso. Su mano fue a la empuñadura del cuchillo. Lo destriparía como a un cerdo.

Pero no, eso sería un suicidio. Aster le dio vuelta al caballo antes de que Zee pudiera verla. Tenía que volver al campamento y advertir a las demás.

Se alejó sin mirar atrás.

Comenzó a sudar por el dolor del favor mientras recorría la calle principal; era como si le hubieran puesto un hierro al rojo vivo contra la piel. Rechinó los dientes para contener el grito que empujaba en su garganta. Había esperado demasiado tiempo. No había forma de que pasara el punto de revisión en las puertas del muro muerto. Se alzó el cuello del abrigo con la esperanza de ganar unos cuantos minutos, dio una vuelta cerrada por una calle lateral y se dirigió a la parte más lejana del pueblo. Se acercó al muro muerto con la cabeza gacha, el corazón acelerado y los ojos fijos en los oficiales que tenía delante.

«Por favor, no me detengan. Por favor, no me detengan. Por favor…».

Si había alguien que la cuidaba más allá del Velo o si fue solo suerte, Aster no lo sabía. Pero, sin importar lo que hubiera sido, pasó junto a ellos sin que siquiera voltearan a verla.

Exhaló. Para cuando llegó al bosque, el cielo comenzaba a oscurecer, azul y púrpura, como un moretón. Se arrancó el paliacate, jadeando por el dolor, y espoleó al caballo para hacerlo galopar. Tenía que llegar al campamento antes de que se pusiera el sol y los vengantes comenzaran a merodear. El viento le jalaba la piel mientras cabalgaba hacia las rocas.

Todas las chicas parecieron sorprendidas por el repentino retorno de Aster…, salvo Violet, cuya cara estaba tensa por la expectación a la luz de la linterna. Aster se deslizó por la silla del caballo.

—Empaquen todo —dijo, respondiendo a la interrogación silenciosa en los

ojos de Violet—. Tenemos que irnos de aquí.

—¿Por qué? —preguntó Clementine, alarmada. Las demás se levantaron de inmediato y pusieron manos a la obra.

—Zee. —Aster convirtió su nombre en una maldición—. Cuando fui al pueblo, lo vi en la Casa de Bienvenida.

Los ojos de Mallow destellaron con rabia.

—Momento. ¿Estás segura?

—Sí. Era él. Estaba saliendo. No pudo pagar mucho tiempo.

Aster sintió náuseas. Zee no era mejor que el teniente Carney o cualquiera de ellos. Probablemente creía que era uno de los buenos solo porque no era cruel de manera tan evidente como Baxter McClennon.

Pero un brago bueno era algo inexistente. Cada uno de ellos sabía que las chicas por las que pagaban eran prisioneras.

Y el que Zee les hubiera sonreído y prometido que las ayudaría a escapar, tan solo para darse la vuelta y someter a alguna otra chica a los mismos horrores de los que ellas huían…

—Es una maldita locura —dijo Violet en tono sombrío.

—Demonios, todos son iguales —maldijo Mallow.

—Pero es un sangresucia —dijo Tansy—. Es como nosotras. Pensé que eso significaría…

—No significa nada —escupió Aster. En otro tiempo ella también fue tan inocente como para creer lo mismo. Pero algunos de los clientes más odiosos de Aster habían sido sangresucias…, hombres amargados y deshechos que eran recompensados por sus terratenientes con un viaje a la Casa de Bienvenida. Era el tipo de privilegio que podían obtener al advertirles a sus superiores de una posible huelga o un intento de escape.

No se podía confiar en nadie.

—Anden. Vamos —instó Aster, arrodillándose para doblar una cobija—. Tenemos que irnos antes de que vuelva.

—Espera. —Clementine habló por primera vez desde que se enteró de la noticia. Seguía sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Batalló para mantener la voz firme, pero Aster podía oír el dolor en ella—. Yo… quiero esperarlo. Nos merecemos la oportunidad de confrontar a esa víbora por habernos mentido.

Por un instante, Aster vio las llamas de su propia ira reflejadas en el rostro de su hermana, y si Zee hubiera estado con ellas en ese momento, Aster le habría destrozado gustosa la mandíbula con el puño. Conocía demasiado bien la necesidad de confrontar a quienes le habían hecho daño, y sabía también que el dolor tan solo se multiplicaba si no se tenía la oportunidad. Las palabras no

dichas se disolvían como veneno en las venas.

Pero ese veneno era una muerte mucho más lenta que una a manos de un hombre peligroso. Y Zee era peligroso. Ya no quedaba duda de que lo era.

Aster estaba a punto de decir algo al respecto cuando Mallow tomó la palabra.

—De hecho, Clem podría tener razón. Si esperamos a que Zee vuelva, podemos robarle todo lo que tiene —dijo—. Es claro que le sobra brillo si puede darse el lujo de ir a la Casa de Bienvenida.

—Y luego lo atamos para asegurarnos de que no pueda seguirnos otra vez —dijo Violet—. De hecho, deberíamos hacer eso de cualquier forma.

Todas guardaron silencio un momento, al parecer para considerar el asunto. Los aullidos de los vengantes surgieron alrededor, mezclándose con el silbido del viento entre los árboles.

—Necesitamos el brillo —dijo Aster al fin—. Tenemos que conseguir más provisiones en el siguiente pueblo. Jamás llegaremos a Northrock si no lo hacemos. Al menos en eso Zee decía la verdad.

—Y prefiero robarle el brillo a un brago como él que provisiones a un tendero inocente —añadió Tansy.

—¿Y Zee? —preguntó Clementine—. ¿Qué haremos con él?

Aster vaciló.

—No lo vamos a lastimar. Digamos que le debemos siquiera eso por habernos ayudado a llegar hasta Drywell. Pero lo ataremos antes de dejarlo, como dijo Violet. Y que los muertos lo auxilien si decide seguirnos de nuevo.

Mallow asintió y se remangó la camisa.

—Será mejor emboscarlo en el camino. No nos esperará ahí.

—Muy bien —concluyó Aster—. Pero no muy cerca del pueblo. Hay oficiales alrededor del muro.

Se apresuraron hacia el Camino de Huesos a pie para navegar mejor la densa maleza. Pequeñas y frágiles agujas secas de pino crujían con suavidad debajo de sus pies; las estrellas decoraban el cielo por encima de sus cabezas. Aster iba al frente con el anillo de teomita colgando de un pedazo de hilo alrededor de su cuello. El frío se había infiltrado en el viento, y no solo por la llegada de la noche: los muertos despertaban y estarían a la caza también.

Cuando las cinco llegaron a la orilla del camino, justo antes de la curva, se agazaparon detrás de un arbusto de la mejor manera que pudieron. Se posicionaron en la brecha de oscuridad entre dos de las protecciones de hierro cuyas lámparas iluminaban el camino. No transcurrió mucho tiempo antes de que alguien pasara por ahí, pero no era Zee.

Primero fue un grupo ruidoso de apostadores bien vestidos, ninguno

mayor de treinta años, en un carruaje abierto. Probablemente iban al pueblo desde la mansión de algún terrateniente en las colinas. Aster no tenía duda de que uno, o todos, se dirigían a la Casa de Bienvenida, y enterró las uñas en el polvo conforme su furia crecía. Pero ella y las otras chicas no podrían contra un grupo de ese tamaño.

Luego, un par de oficiales a caballo, patrullando. Aster contó los latidos de su corazón mientras pasaban.

Después llegó un hombre de mediana edad que viajaba solo en una lenta carroza abierta. Se asomó hacia la oscuridad del bosque, inquieto, y le dio un trago furtivo a una licorera para hacerse de valor mientras un vengante gemía en la cercanía.

—Lo reconozco —susurró Violet con severidad—. Es un político. Pasa por la Casa de Bienvenida cada año durante la época de elecciones para hablar con otros clientes… y para divertirse un poco, por supuesto.

—Seguro va a la Casa de Bienvenida —dijo Clementine—. Un hombre que trabaja duro merece un pequeño descanso. ¿No es eso lo que dicen? Aster… —Apretó los dientes; la mandíbula le temblaba—. Aster, tenemos que detenerlo.

—Zee —le recordó Aster.

—Al diablo con Zee —gruñó Mallow—. Al diablo con todos ellos. Esta es nuestra oportunidad para destripar a uno de esos pedazos de mierda. No la voy a dejar pasar. —Ya estaba poniéndose en pie y haciendo puños con ambas manos.

—Espera —le ordenó Aster y la tomó por la muñeca. Entendía lo que sentían las demás. Ella lo sentía también. Su mente trabajó a toda prisa—. Tal vez Zee no sea el único brago a quien podemos robar… —El político estaba a unos cuantos metros nada más—. Miren: tan solo su sombrero debe valer unas doscientas águilas. Tendrá más brillo encima que cualquier viajante. —Podrían lidiar con Zee después, pero Mallow tenía razón: no podían dejar pasar la oportunidad.

—Pero ¿cómo lo hacemos? —preguntó Tansy.

—Conozco a los de su tipo —murmuró Violet—. Déjenme atraerlo hacia ustedes con poco escándalo. No queremos llamar la atención.

Salió de entre los arbustos y fue hacia el camino antes de que alguien pudiera discutir con ella. Aster maldijo, tentada a seguirla. Violet ni siquiera estaba armada, pero ya era demasiado tarde. La carroza estaba justo frente a ellas y Violet se interpuso en su camino. Aún tenía puesta la ropa de Baxter McClennon, pero se había quitado el sombrero y soltado el cabello. Agitó los brazos con desesperación por encima de su cabeza.

—¡Ay! ¡Gracias a los muertos! —dijo en un sollozo ahogado conforme el

conductor detenía la carroza; corrió al costado y se asió a la puerta. El político la miró, desconcertado.

—Calma, señorita —dijo—. ¿Qué hace aquí sola? ¿Y vestida como vagabundo? —Entrecerró los ojos al ver su favor. Su tono se volvió mucho más frío—. ¿Escapaste? Debes saber que no te voy a ayudar. Soy un hombre de la ley, ¿me oyes? Te reportaré en cuanto lleguemos al pueblo.

—Sí, por favor, lléveme con usted —rogó Violet—. Soy de la Casa de Bienvenida de Drywell. Fui secuestrada. El brago con quien estaba, él y sus amigos… se negaban a pagar, así que atacaron al rapiñero de la puerta y huyeron conmigo.

—¿Qué?

—¡Sí! Y me hicieron vestir estas ropas para sacarme del pueblo. Logré escaparme justo ahora, pero aún tienen a otra chica en su campamento. Por favor, señor, tiene que hacer algo. Nosotras solo queremos ir a casa.

El brago permaneció callado. Aster lo observó con cuidado, inclinándose hacia el frente sobre sus caderas, lista para saltar. Si ya había visto los carteles, reconocería a Violet en cualquier momento. Tendrían que pelear contra él y su conductor.

Pero el hombre solo se secó la frente con su pañuelo de seda; su rostro estaba lleno de angustia, pero no de incredulidad.

—Lo siento —dijo al fin—. Tengo un evento de caridad al cual asistir. Pero puedo dejarte en la oficina del legislador, que ahí se encarguen de esto…

—¡No hay tiempo! Esos hombres… matarán a mi amiga en cuanto terminen con ella. Los oí decirlo. Pero son cobardes, lo sé. Se dispersarán como cucarachas cuando lo vean.

—Pues…

—La Casa de Bienvenida estará por siempre en deuda si nos ayuda, señor. —Violet se acercó más, puso una mano sobre su muñeca—. Al igual que yo.

Eso pareció convencerlo. Suspiró.

—¿Está lejos?

—No, solo sígame…

Aster no pudo evitar sentir orgullo a regañadientes. Con qué facilidad Violet entraba en el personaje que necesitaba ser en cada momento, con qué poco esfuerzo podía retraerse de sí misma. Aster siempre había envidiado eso de Violet, su habilidad para escapar. En cuanto Violet le dio la espalda al brago, su expresión volvió a su usual indiferencia fresca, con el atisbo de una sonrisa desdeñosa en los labios.

Pero era demasiado pronto para celebrar. Aster desenfundó el cuchillo y asintió en dirección de las demás para que se prepararan. Violet guio de la

mano al brago hacia el bosque.

—Bien, a mi señal —susurró Aster. Se agazapó más. Los sonidos de la noche se acrecentaron alrededor, sintió cada guijarro en la tierra seca bajo las suelas de sus zapatos. Violet y el brago atravesaron los arbustos—. Ahora —ordenó Aster.

Todas saltaron para derribar al brago. Los ojos se le abrieron por el pánico, pero no tuvo tiempo más que para soltar un graznido ahogado antes de que Mallow lo pescara con un puñetazo recto a la nariz. El crujir de un hueso, un borbotón de sangre. El hombre retrocedió, las rodillas le flaquearon; Aster lo empujó al suelo. Cayó sobre él. La sensación de sus manos al golpear la carne le provocó náuseas. Aster había sido golpeada antes, sabía dónde era más vulnerable un cuerpo: la garganta, la ingle, el justo centro del pecho, donde el corazón latía debajo de la superficie. Lo golpeó como si al hacerlo pudiera alejar sus propias pesadillas. Lo golpeó hasta que los nudillos le sangraron.

Las demás le ayudaron. Su furia era una cosa viva, insensata y hambrienta. Él no era quien las había lastimado, pero tendría que bastarles. Clementine le pateó las costillas. Tansy lo amordazó con su pañuelo. Cuando el conductor de la carroza corrió hacia los arbustos tras la conmoción, Mallow le cruzó la mandíbula con el puño, dejándolo aturdido y gimiendo. Por último, Aster le puso el cuchillo en la garganta al brago y lo retó a moverse. Él la miró con ojos llenos de odio.

—No me sorprende que no hayas reconocido a mi amiga —le dijo con voz callada y mortal—. Sé que para ti todas somos iguales. Pero ella te reconoció a ti, señor político. Dijo que has pasado por nuestra casa más de una vez. Solo estamos aquí para cobrar la deuda. Después nos iremos.

Para entonces, Tansy había encontrado el pesado monedero en su abrigo. Le susurró a Aster al oído con urgencia.

—La soga, Aster. No tenemos soga para atarlo.

Aster vaciló; las palabras irrumpieron en su rabia ciega.

—¿Él tiene algo de soga? Revisa su carroza.

—Nada por ahí —dijo Violet, corriendo junto a Aster—. Volví allá para buscar objetos de valor, pero no hay nada que podamos usar.

Una gota de sudor cayó de la frente de Aster. Sus manos temblaban como las de una anciana.

—Pues alguien tiene que volver al campamento, entonces —dijo por fin.

—Déjenme ir —ofreció Clementine. Miraba a Aster con absoluta confianza —. Soy la única que podría ir sin el anillo. Al menos puedo ver a los muertos acercarse.

Y, sin embargo, la idea de Clementine corriendo sola por el bosque, en la

oscuridad, con vengantes en sus talones, le resultó inaceptable de inmediato a Aster.

—Toma el anillo de cualquier forma —dijo, quitándoselo del cuello con la mano libre—. Estamos cerca del Camino de Huesos. Estaremos bien.

Violet se aclaró la garganta.

—Escucha a tu hermana, Aster. Necesitamos el anillo aquí. No le llaman el Camino de Huesos por nada.

Aster desvió los ojos del brago y le lanzó una mirada fulminante a Violet. ¿Por qué siempre elegía el peor momento para ponerse difícil?

—No recuerdo haber pedido tu opinión —gruñó.

Pero en cuanto Aster volteó, el brago se liberó, se arrancó la mordaza y trastabilló hacia el camino.

—¡Demonios!

—¡Atrápenlo!

Mallow lo derribó por las piernas justo cuando llegaba a la orilla del camino. Lo arrastraron de vuelta a la oscuridad. Él las maldijo con voz quebrada.

—Están muertas. Todas ustedes. Hice campaña con el propio Jerrod McClennon en Green Creek, y sé de cierto que las siguió desde allá con sus mejores rapiñeros. Vienen por ustedes, Afortunadas. Ya verán…

—Por el Velo, cállenlo —ordenó Aster. Estaba al borde de la histeria; la garganta le ardía por las lágrimas o la risa. Clementine logró amordazar al político de nuevo. Su conductor miraba todo en un silencio atónito; no se había movido del lugar donde Mallow lo había derribado.

Todas las chicas respiraban con pesadez; tenían los ojos vidriosos por el pánico. Aster tragó saliva.

—Ve por la soga, Clem —dijo—. Toma el anillo. Apresúrate a volver.

Nadie discutió. Las demás tomaron una extremidad del brago cada una para prevenir otra huida, y esperaron en silencio el regreso de Clementine. Dos grupos más pasaron por el camino, pero, por gracia de los muertos, ninguno oyó los quejidos sordos del brago. Aunque era cuestión de tiempo para que alguien se detuviera a mirar su carroza vacía y supiera que algo andaba mal.

Clementine emergió de la oscuridad. Se veía alterada, pero ilesa.

—¿Estás bien? —preguntó Aster; tenía miedo de darle la espalda al brago una vez más.

Clementine asintió.

—Aquí está la soga —dijo, entregándola.

—Gracias a los muertos —farfulló Violet.

Pusieron manos a la obra: apoyaron al brago en un tronco y lo ataron, y

ataron después al conductor. El brago se había resignado a su destino, al parecer, pero aún miraba a Aster con pequeños ojos negros que brillaban como los de un insecto. Casi se podía tocar su desprecio.

El sentimiento era mutuo. Aster presionó la punta de su cuchillo sobre la suave barbilla del político. Con la mano que tenía libre, tomó el prendedor dorado de su solapa. Era el sello de Arketta.

—«Gloria a la Conciliación» —citó con suavidad. ¿Cuántas veces había visto esas palabras? En la bandera que ondeaba por encima del campamento minero. En las mangas de los oficiales. En cada moneda que fue usada para comprarla. Un recordatorio de que la libertad en Arketta tenía que ganarse.

Como si no hubiera sido su tarea desde que respiró por primera vez.

Aster chasqueó la boca y se guardó el prendedor.

—Supongo que estarás demasiado avergonzado para decirle a alguien que fue un grupo de chicas quien te hizo esto, ¿no, señor político? Un respetado servidor público como tú no puede darse el lujo de tener ese rumor circulando por ahí. Parecerás débil —le dijo, y el brago vaciló, pero luego asintió—. Más te vale apegarte a eso o volveremos para terminar lo que empezamos —le advirtió Aster.

Asintió en dirección a las demás y entonces se alejaron, dejando al brago sudar en la oscuridad hasta que alguien más lo encontrara. Esperar para emboscar a Zee estaba fuera de consideración ya, después de lo sucedido. Tenían que alejarse de Drywell lo más pronto posible.

—¿Creen que nos delate? —preguntó Clementine mientras emprendían el camino de regreso al campamento.

Aster solo meneó la cabeza.

—No veo cómo pueda importar. Los McClennon ya nos quieren muertas.

Guardaron silencio durante unos cuantos pasos. Luego Tansy alzó la voz, titubeante.

—Nunca había visto a un hombre que me temiera —dijo—. Siempre soy yo quien les teme a ellos.

—Se sintió bien —dijo Mallow, asintiendo.

Nadie más respondió, pero Aster pudo percibir la satisfacción tácita de las demás. Y, sin embargo, nadie parecía poder ver a las otras a los ojos.

Aster no sentía la más mínima culpa por lo que acababan de hacer. Pero se preguntó si debía sentirla.

«No. Ese maldito se lo merecía», se dijo con fiereza, «que él esté a nuestra merced, para variar».

Pero estuvo a punto de escapar. Si lo hubiera hecho…

—Seremos más cuidadosas la próxima vez —continuó Mallow, como si le

hubiera leído la mente—. Habrá una próxima vez, ¿cierto?

No habían contado el brillo todavía, pero Aster sospechaba que sería suficiente para justificar los riesgos que habían corrido.

—Habrá una próxima vez —prometió.

Una parte de ella lo ansiaba.

Cuando volvieron al campamento, Zee las esperaba, caminando de un lado a otro como el puma al que había ahuyentado. Aster sabía que podría regresar antes que ellas, pero al verlo sintió una ráfaga de sobresalto y náusea recorrerle todo el cuerpo. No quería participar en otra pelea esa noche, pero lo haría de ser necesario. Las demás se detuvieron de golpe detrás de ella; su repentino miedo era palpable. Aunque tenía la mano adolorida y bañada en sangre seca, Aster la empuñó y dio un paso hacia la luz de la linterna. Un viento amargo le movió la chaqueta mientras la canción de los grillos crecía y decrecía.

Los hombros de Zee cayeron con alivio en cuanto las vio.

—¡Gracias a los muertos! Temía que las hubiesen capturado. ¿Dónde rayos estaban?

—¿Dónde rayos estábamos? —repitió Aster despacio—. ¿Dónde diablos estabas? Porque la última vez que te vi, salías de la Casa de Bienvenida.

Estaba demasiado oscuro para leer la expresión de Zee, pero Aster podía sentir la culpa en su silencio, punzante como leche amarga.

—No es lo que parece… —comenzó.

—No queremos saber más de ti —interrumpió Clementine—. Si tuviste alguna vez una pizca de respeto por nosotras, nos dejarás ir por nuestro lado y olvidarás que nos conocimos.

Zee caminó hacia ellas con las manos en alto.

—Por favor, déjenme explicar…

—Será mejor que no des un paso más si no quieres que esto se torne poco amigable —amenazó Mallow.

—¡Estaba buscando a mis hermanas! —gritó Zee. Maldijo y se alejó de ellas. Se tomó un momento para recobrar la compostura y volteó de nuevo. Cuando habló otra vez, su voz era más suave pero cruda, expuesta—. Tengo tres hermanas menores: Elizabeth, Elena y Emily. Las he buscado desde que nuestros padres murieron, hace dos años. Por eso comencé a trabajar como viajante, para poder proveer para ellas como hizo mi padre. Pero hace ocho meses, mientras estaba en un trabajo, desaparecieron. No había señales de ellas cuando volví a casa, ni indicios de adónde pudieron haber ido. Las secuestraron, estoy seguro. Las vendieron al sistema. Las he buscado en todas

las Casas de Bienvenida desde entonces. Por eso estaba en Green Creek la noche que ustedes escaparon.

«Y por eso me parecía conocido», comprendió Aster. Un escalofrío le recorrió los brazos.

Había visto a Zee en el recibidor. El joven brago junto a la barra.

Zee se golpeó en el pecho con un dedo acusador.

—Era mi responsabilidad cuidar a mis hermanas —continuó—. Es mi culpa que haya ocurrido. Así que intento arreglar las cosas, ¿me oyen? No se atrevan a acusarme de ser como los hombres que les harían daño. —Exhaló con fuerza, se llevó las manos a la cabeza y estrujó su sombrero—. Y ahora me tienen bufando como un santificador. Seguro desperté a media Canalla. Benditos sean los muertos; que nos concedan su sabiduría.

Su voz se tornó sarcástica de nuevo, pero no engañó a Aster. Reconocía el dolor de Zee tan bien como el suyo.

—Zee… —dijo Clementine con dulzura—. ¿Por qué no nos contaste de tus hermanas antes?

Zee se encogió de hombros y suspiró.

—Me parece que ustedes tienen suficiente de qué preocuparse.

Eso era bastante cierto. Pero Aster asintió una vez para mostrarle que comprendía.

Zee les ofreció una pequeña sonrisa en respuesta.

—Bien, ya les dije dónde estaba yo —dijo—. Ahora, ¿dónde carajos estaban ustedes?

Aster miró a Violet y luego a los caballos.

—Lo mejor será que te contemos mientras huimos.

DIEZ

No dejaron de cabalgar hasta el mediodía siguiente, cuando Zee las guio para que descansaran bajo un árbol que había sido golpeado por un rayo. Aster aprovechó la oportunidad para, por fin, contar el brillo que habían robado. Sus manos estaban entorpecidas por los vendajes de tela con los que Tansy le había envuelto los nudillos. Las monedas plateadas se sentían grasosas entre sus dedos. El total era de un poco más de cien águilas.

Aster tenía que admitirlo: esperaba que fuera un poco más por sus problemas.

—¿Y? ¿Cuánto conseguimos? —preguntó Clementine con impaciencia, mirando sobre el hombro de Aster.

—Ciento dos águilas y unos cuantos cobres —masculló Aster.

Clementine, Tansy y Mallow vitorearon y chocaron sus cantimploras como copas de champaña. Aster se pellizcó la frente. Era más brillo de lo que cualquiera de ellas había visto en su vida, cierto, aunque no sería suficiente para deshacerse siquiera de uno de sus favores, si la información de Violet era cierta. Era demasiado pronto para celebrar.

Pero las demás habían estado de buen humor toda la mañana. Zee había llevado las provisiones frescas que prometió y probó su lealtad, al menos frente a sus ojos. Habían salido de Drywell sin ser capturadas y eran más ricas de lo que habían sido jamás. Parecían preparadas para cualquier cosa con su nuevo equipo de viajantes. Y, por ahora, eran libres. La sonrisa entusiasta de Zee se reflejaba en las caras de todas.

Aster se mordió el interior de la mejilla mientras guardaba las monedas. Quizá había algo mal en ella si no podía mirar a Zee sin sentir que las tripas se le retorcían con suspicacia.

O quizá tenía razón y él escondía algo más todavía.

Otra vez, Aster se sintió tentada a confiar en Violet, la única de ellas que no

se apresuraría a defenderlo. Violet no parecía compartir las sospechas de Aster con respecto a Zee, pero tampoco tenía trato con él. En ese momento estaba sentada, recargada en un árbol, en silencio y con el ceño fruncido, como si las demás le resultaran insufribles.

De todos modos, Aster caminó hacia allá y se sentó a su lado.

—Buen clima el de hoy —dijo, haciendo su mejor esfuerzo por ser amigable.

Violet abrió los ojos y le lanzó una mirada marchita. Tansy les había advertido que la abstinencia de Violet al dejar el cardo dulce la haría sensible a la luz, sudorosa, enfermiza e incluso más irritable que de costumbre. Hoy parecía ser un día particularmente malo.

«Pues si hablar con ella la distrae de sus ansias, mucho mejor».

—¿Segura que necesitamos mil águilas por cabeza para que la Dama Fantasma nos ayude? —comenzó Aster y recargó la espalda sobre la corteza quemada.

Violet tomó un sorbo de su cantimplora con manos temblorosas.

—Si no me crees, no hay nada que pueda hacer para probártelo —dijo con tono cortante.

—No, no es eso. Es solo… —Aster sacudió la cabeza—. Será difícil. Si estamos decididas a quedarnos con Zee, tendremos que entregarle el anillo de teomita cuando todo termine, lo que significa que no podremos pagarle a la Dama Fantasma. Lo que hicimos anoche ayudó… pero no es suficiente.

Mientras hablaba se dio cuenta de que mencionaba a la Dama Fantasma como si diera por hecho que la mujer existía. Supuso que debía empezar a pensar así, pues arriesgaban sus vidas por la promesa de que fuera cierto. Era más sencillo que luchar contra la duda que se escondía en las profundidades de su vientre, lista para aparecer si se lo permitía.

—Entonces lo hacemos de nuevo —dijo Violet—. Arketta no se va a quedar sin bragos a quienes podamos robar. Están por todos los malditos lados.

—Pero ¿no crees que debamos ser discretas? —Había parecido muy buena idea en la noche, al calor del momento…, pero ahora, a la luz del día…

—Escúchame: si buscas a alguien que te convenza de no hacerlo, no seré yo. En lo que a mí respecta, esos infelices nos deben. Llevan años robándoles a chicas como nosotras.

Aster no podía estar en desacuerdo. De cualquier forma, era extraño oír a Violet a favor de cualquier actividad ilegal. Su sangre no estaba manchada por el instinto criminal, como solía recordarle a cualquiera que la escuchara. Aster estuvo cerca de señalarlo, pero miró de nuevo el rostro tenso y pálido de Violet y lo pensó mejor.

—Muy bien, entonces. Pero tendremos que intentar asaltar todos los pueblos de aquí a Northrock si queremos conseguir todo el brillo a tiempo.

—Mmm —dijo Violet desinteresada y cerró los ojos de nuevo.

Sin duda quería que se largara, pero Aster no había terminado aún. Volvió la mirada hacia Zee. Él y las demás comenzaban a preparar los caballos para partir, riéndose mientras lo hacían.

Aster se remojó los labios y bajó la voz.

—Escucha, Violet. No quiero molestarte…

—Demasiado tarde.

—… pero me preguntaba si podía cabalgar contigo esta tarde. Hay algo de lo que quiero hablar.

Violet por fin la vio a los ojos.

—Y por hablar, ¿estás segura de que no te refieres a fastidiar, reclamar u hostigar? Porque no estoy de humor para lidiar contigo hoy.

«Qué alivio», pensó Aster con amargura, dado que era Violet quien siempre intentaba comenzar las discusiones. Pero contuvo esa respuesta también.

—No, solo quiero hablar de Zee. No logro decidir qué pensar de él y no creo que las demás lo entiendan.

—No me digas que te gusta —dijo Violet con evidente disgusto.

Aster puso los ojos en blanco.

—No, de hecho, lo contrario. No confío en él. Y no sé si es porque hay algo detestable en él o si solo… no puedo evitar ver lo detestable en todos ellos. Todo esto me enferma. —Aster exhaló entre dientes—. Carajo. Olvídalo. Olvida que dije algo…

—Espera. —Violet suspiró—. Puedes cabalgar conmigo un poco. Pero en el instante en que comiences a ser molesta, no voy a dudar en mandarte de regreso con tu hermana.

Aster hizo una mueca, pero por dentro estaba aliviada. Corrió con Clementine para decirle que estaría con Violet el resto del día, y volvió para ayudarle a preparar su yegua. El grupo partió unos momentos después, con Zee y Clementine al frente, codo a codo; Tansy y Mallow juntas en el medio, y Violet y Aster en la retaguardia.

Estuvieron en silencio un momento, ajustándose al paso marcado por Zee. Aster no sintió apuro alguno por llenar el silencio entre ella y Violet. A decir verdad, apenas confiaba más en Violet que en Zee. Violet había delatado a varias chicas con Madre Fleur por las ofensas más minúsculas. Regañaba a sus compañeras por llorar, las hostigaba cuando cometían errores, se reía de sus pequeñas humillaciones. Hubo ocasiones en que Aster odió a Violet tanto como a cualquier brago.

«Pero Violet no tiene poder aquí», se recordó.

—Nunca he conocido a un hombre que no estuviera podrido —dijo Violet por fin, irrumpiendo en los pensamientos de Aster; esta alzó la mirada, sorprendida—. Nací en la Casa de Bienvenida —le recordó Violet—. Los únicos hombres que conocí eran bragos y rapiñeros.

—El doctor Barrow era bastante amable —sugirió Aster, pensando en Tansy. El doctor de la Casa de Bienvenida siempre la había dejado seguirlo como un patito perdido.

Violet soltó una risa hueca.

—¿Tan amable que nos acuchilló por dentro para que nunca tengamos hijos? ¿Tan amable como para darnos cardo dulce para que no podamos defendernos? Ese hombre cobra su brillo a las mismas personas que nos tenían prisioneras. Por mí puede tomar el próximo tren al infierno.

Aster se estremeció. Nunca lo había visto de esa forma. Pero era cierto que el doctor Barrow fue el primer hombre en Green Creek que las lastimó. Todas las niñas tenían que ser «tratadas» antes de ir a vivir a una Casa de Bienvenida. Las niñas como Violet, hijas de una Chica Afortunada, eran menos frecuentes que un milagro, casi siempre producto de un procedimiento mal realizado.

Aster se tragó la repulsión que le subía por la garganta.

—Entonces Zee también debe estar podrido. ¿Eso es lo que me estás diciendo? —preguntó.

—Si no lo está ya, lo estará algún día. Aster, todo el mundo está podrido. Es lo que se necesita para sobrevivir. Lo aprendí hace mucho tiempo.

—Entonces, ¿esa es tu justificación para hacer de nuestras vidas una miseria? —farfulló Aster. Sabía que había prometido comportarse, pero las palabras tan solo escaparon.

Violet no se inmutó.

—¿Qué? ¿Crees que no sé cuánto me odiaban todas? ¿Crees que me importaba una mierda? Me estaba cuidando. Si fueras un poco inteligente, tú habrías hecho lo mismo.

Las palabras flotaron en el aire como un desafío. Su conversación aún era muy baja como para que las demás la escucharan, pero Aster se mordió la lengua hasta estar segura de que podía hablar sin alzar la voz, furiosa.

—No podía darme el lujo de cuidarme solo a mí —dijo al fin—. Estaba muy ocupada cuidando a Clem.

—Y qué buen trabajo hiciste. Habría muerto de no haber matado a McClennon. Y ese es el punto: si no estás dispuesta a jugar sucio, ya perdiste.

Aster torció la boca, casi lista para estrangular a Violet, pero de pronto todo su ánimo de pelea desapareció.

Porque Violet tenía razón.

Violet entendía.

Era una tontería confiar en cualquiera. Esperar lo mejor. Jugar limpio en un mundo sucio. Las demás podían haber depositado su fe en Zee, pero Aster no estaba lista para poner su fe en nada. Y le quedaba claro que tenía razón al no hacerlo.

Debía haberse sentido validada con la respuesta de Violet. En vez de eso, solo se sintió vacía y con un cansancio indescriptible.

Los modos de Violet parecieron suavizarse, como si hubiera sentido el cambio en el humor de Aster. Miró por encima de su hombro.

—Si sirve de algo, creo que Zee dice la verdad sobre sus hermanas —dijo Violet en voz baja.

—Yo también —admitió Aster, pero solo porque lo había visto mentir antes y sabía cómo se veía al hacerlo—. Y además usó el brillo de su padre para nuestras provisiones —continuó con tono de negociante—. Supongo que eso cuenta para algo. Sabe que lo recibirá todo multiplicado por diez cuando esto termine.

—Da igual —dijo Violet—. Lo que digo es: no tienes que confiar en Zee, o en nadie en todo caso, pero al menos debes reconocer cuando las personas son de utilidad. Zee es útil porque sabe cómo llevarnos a Northrock sin morir. Y nosotras le somos útiles también, porque es claro que no encuentra fin a su culpa por no poder ayudar a sus hermanas, y auxiliarnos es lo mejor que puede hacer para compensarlo. El chico quiere poder volver a dormir tranquilo. Por mí, no hay problema.

El despiadado análisis de Violet sobre la situación desconcertó a Aster en un principio: un sobrecogedor recordatorio de que entendía las emociones como algo que debía explotarse. Pero, después, su lógica irrefutable le resultó reconfortante. Honor, justicia, humanidad y decencia no eran cosas sobre las cuales basar la vida, aunque la utilidad mutua parecía un piso bastante sólido.

—Gracias, Violet —dijo Aster, enderezándose en la silla—. Me siento mejor…, creo.

—Dale tiempo; pasará.

Continuaron cabalgando. El sol machacaba la nuca de Aster. Los árboles se ladeaban con el peso del calor quieto y la falta de viento. El cielo era de un azul brillante con el marmoleado blanco de las nubes. Aster y Violet comenzaron a hablar sobre su siguiente robo. Aster era más que consciente de que había sido la agilidad mental de Violet lo que les permitió realizar el anterior. No obstante, estuvo a punto de ser un desastre. El siguiente brago podría estar mejor preparado. Ellas debían estarlo también.

—Hicimos lo correcto al llevar al primer brago al bosque —dijo Aster—. Fue al contenerlo cuando nos descuidamos. Pero es difícil atar a un hombre que se resiste en todo momento.

Violet asintió.

—Quizá si le apuntáramos con un arma. Zee tiene el rifle para cazar.

—No puedo disparar ni por error —masculló Aster, pensando en el robo a la botica. No tenía idea de qué hacer con un arma en las manos. Y esa era solo una parte del problema; incluso si supiera qué hacer, dudaba estar lista para cruzar esa línea. Amenazar a un hombre con un cuchillo era suficiente. «Ellos nunca tuvieron un problema al cruzar líneas cuando tú estabas a su merced», susurró una vocecilla en su cabeza. Aster se obligó a ignorarla—. Pero es posible que tengas razón: pedirle ayuda a Zee —continuó—. Hacer que sea… útil. Debe saber un par de cosas sobre atrapar; quizá haya una forma de atraer al brago hacia una trampa…

Pero Aster sospechaba que sería difícil convencerlo de ayudar. Estaba bastante alterado cuando le dijeron que habían asaltado al político. Unas cuantas águilas no valían la pena, dijo. Sin embargo, el aire de culpa seguía ahí mientras hablaba y no discutió mucho más. Tal vez se culpaba a sí mismo por las acciones desesperadas de las chicas.

No importaba, siempre y cuando las respaldara cuando fuera importante.

Violet y Aster continuaron discutiendo sus planes, pero, conforme pasaban las horas, Aster no pudo evitar distraerse con las esporádicas carcajadas de Clementine más adelante. Estaba demasiado lejos para oír lo que Zee decía, pero era bastante obvio que él era el responsable del buen humor de su hermana. Unos momentos después, le dio un arpa de boca que Clementine no sabía tocar.

—Y pensar que me hiciste creer que tocabas el piano —gritó Zee con indignación, ya con suficiente volumen como para que todas escucharan.

—¡Sé tocar el piano! Esto no se parece en nada.

—La idea básica es la misma.

—¿Y cómo lo sabrías tú?

—No debería sonar como un gato estrangulado, eso sí lo sé.

—Deberían callarse antes de hacer que nos maten a todas —le dijo Violet a Aster con tono de aburrimiento.

Aster no respondió. Estaba demasiado ocupada controlando su enojo… con Clementine por bajar la guardia, y con Zee por hablarle a su hermana en primer lugar.

Incluso si Zee era tan bueno como todas parecían creer, no cambiaba el hecho de que, mientras más se acercara Clementine a cualquier hombre, más

poder tendría él para herirla. La mitad de las chicas en la Casa de Bienvenida habían tejido la fantasía de enamorarse de un hombre que las sacaría de ahí para siempre. Pero, en realidad, los hombres usaban sus debilidades para manipularlas. Eso era tan cierto ahí afuera como adentro de la casa. Si Aster no estaba convencida de ello antes de hablar con Violet, sin duda ahora lo estaba.

Ella no había sacado a Clementine de una prisión para verla entrar en otra.

«Con calma. Solo están bromeando. No significa nada».

Más valía que así fuera.

La tarde estaba avanzada cuando se detuvieron para pasar la noche. Zee las guio por una estrecha barranca por la que corría un delgado riachuelo que les ayudaría a ocultar su rastro y su olor. Aster se acercó a él mientras las demás se arrodillaban agradecidas para beber y lavarse la cara.

—¿Puedo hablar contigo un minuto? —preguntó, aclarándose la garganta.

Zee volteó, su sonrisa fácil aún dibujada en el rostro, sus ojos castaños brillando como cobre bajo la luz del sol. Aster entendió por qué su hermana estaba encantada con él. Pero eso no cambiaba las cosas.

Zee se frotó las manos.

—Claro.

Subieron por la barranca. Zee ayudó a Aster a trepar por las partes más rocosas, y ella no pudo evitar estremecerse. La piel se le erizaba con su tacto.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Zee. Se llevó las manos a los bolsillos y se recargó en el tronco de un árbol.

Aster vaciló. Algo en la gentileza de su tono casi la convenció de decir la verdad. «No puedo evitar tenerte miedo, Zee. Y no puedo evitar temer por mi hermana. Pero te necesitamos y no sé qué hacer».

En vez de eso, solo dijo:

—Violet y yo estuvimos planeando nuestro siguiente robo. Necesitamos tu ayuda para lograrlo.

A Zee se le cayó la cara.

—¿Otro robo? ¿Por qué?

—Necesitamos el brillo para la Dama Fantasma. De otra forma, este viaje no habrá servido para nada.

—Ni siquiera llegaremos con la Dama Fantasma si la ley nos atrapa. Ya es bastante difícil evitarla sin estar anunciando nuestra ubicación así.

Aster se cruzó de brazos.

—¿Y qué sugerirías que hiciéramos?

—No buscar que las maten, para empezar —dijo, cansado—. No lo sé. Supongo que tienes razón. Pero no solo es la ley, Aster. Los rapiñeros son quienes más me preocupan. No entiendes lo peligrosos que pueden ser.

—¿No? —Aster hirvió con la arrogancia de Zee—. No fuiste tú quien creció con los rapiñeros torturándote, hasta donde sé.

La expresión de Zee se ensombreció. Aster dio un paso atrás; el miedo corría por sus venas. Conocía muy bien la forma en que la ira retorcía el rostro de un hombre. El cráneo le zumbó como si adentro hubiera un enjambre de avispas. La garganta se le tensó como un puño.

—No tienes una maldita idea de cómo crecí —dijo Zee alzando la voz y dando un paso hacia ella—. Conozco a los rapiñeros mejor de lo que ellos se conocen. —Aster retrocedió un paso más; el pánico se había apoderado de ella. Tropezó al alejarse, y casi cayó. El rostro de Zee se suavizó de inmediato, y también retrocedió—. Lo siento. No quise asustarte.

—No te tengo miedo. —La voz de Aster sonó forzada; el corazón le pateaba el pecho. «No le tengo miedo a ninguno de ustedes. Los mataré. Los destrozaré a golpes».

—Pues bien. Prometí que las ayudaría como pudiera, y lo sostengo —dijo Zee, exhalando—. ¿Qué clase de viajante sería si no cumpliera mi palabra?

—Una porquería de viajante, diría yo.

—Exacto. —Zee bajó las manos despacio—. Entonces… ¿cómo puedo ayudar? —Los ojos le ardían a Aster por las lágrimas. Parpadeó furiosa para deshacerse de ellas; odiaba que le ocurriera eso—. Aster… Por los muertos, lo siento, de verdad. Vamos a hablarlo…

—Sígueme —farfulló ella y comenzó a bajar por la barranca de nuevo—. Las demás tendrán que escuchar el plan también.

Poner una trampa no era tan sencillo como parecía.

La que se usaría para atrapar a una ardilla no era suficiente para atrapar a un hombre adulto, explicó Zee. Pero podían improvisar con los mismos principios básicos: hacer una especie de lazo con algo de soga, pasarlo por una rama de árbol sólida, esperar a que el brago pisara la trampa y entonces jalar la soga con fuerza y colgarlo por los tobillos.

—Una verdadera trampa debería hacer todo el trabajo por ti —dijo Zee. Estaban reunidos bajo el árbol en cuestión, repasando el plan—. Vuelves después y recolectas tu presa. Pero, ya que no irán a ninguna parte, pueden hacer el trabajo ustedes mismas.

—Y tomar lo nuestro de inmediato —respondió Mallow.

Zee sonrió.

—Así es.

Las chicas esperarían justo a las afueras de Whitehorn mientras Zee iba a la

Casa de Bienvenida a buscar a sus hermanas. Siempre y cuando no las encontrara ahí, entonces su trabajo sería esperar afuera y encontrar a un hombre que estuviera por entrar.

—Dile al brago que en tu campamento tienes chicas con las que puede pasar un rato por la mitad del precio —lo instruyó Aster—. Y entonces lo traes aquí.

Zee frunció el ceño.

—¿No sospechará algo?

—Si pregunta, dile que somos chicas malas a las que expulsaron de la Casa de Bienvenida. Les gustan esas cosas.

—No sé si pueda mentir tan bien, Aster.

—¿Por qué no? No tuviste problema para mentirnos.

Aster aún se sentía frágil tras su tensa conversación. Clementine le lanzó una mirada de desaprobación, pero Zee cedió.

—Está bien. ¿Qué hay de la ley? Habrá un punto de revisión a la orilla del pueblo, como en Drywell.

—Solo camina con confianza. No hay razón para que la ley detenga a dos hombres que salen del pueblo —dijo Violet.

—Soy un sangresucia —le recordó Zee con una mirada mordaz—. La gente da por hecho que soy un criminal en cuanto ve que no tengo sombra. No sería la primera vez que la ley me detiene sin razón alguna.

—Pobrecito —dijo ella con sorna.

—Violet. —Aster la detuvo con una mirada y volteó hacia Zee—. Escoge a un brago sangrepura. Dudo que la ley les dé muchos problemas, siempre y cuando estén juntos.

Zee tenía las manos en la cadera. Miró al suelo, su rostro oculto bajo el ala del sombrero.

—Es solo que he pasado toda la vida alejándome de la idea de que nuestra gente es criminal —dijo al fin—. He pasado la vida entera intentando demostrar que soy un buen hombre.

—Eres un buen hombre. Estás haciendo algo bueno: ayudarnos —respondió Aster.

«Solo dile lo que necesita escuchar».

Zee asintió una vez, despacio, y una segunda con más seguridad.

—Bien, pues. ¿Qué tipo de brago tengo que buscar?

Aster y Violet le enseñaron cómo reconocer a los bragos más adinerados. No siempre era obvio, pues las Casas de Bienvenida tenían códigos de vestimenta e incluso los hombres más pobres podían pasar inadvertidos. Pero había señales sutiles. Podía mirar sus manos para saber si trabajaban con ellas,

u observar la forma en que andaban para ver si esperaban que la gente se apartara de su camino. A los hombres ricos les gustaba hablar de los políticos a los que habían conocido o de los negocios que habían consumado. Tenían buenos dientes también, y siempre exhalaban un aroma dulce…, demasiado dulce, empalagoso, como de fruta demasiado madura.

Y dado que Violet insistió en que era demasiado delicada para ayudarles a jalar de la soga, la utilizaron como sustituto del brago. El graznido indigno que soltó cuando por fin lograron que la trampa funcionara compensó sus estupideces.

Realizaron varios ensayos más, hasta estar seguras de que lo tenían todo bajo control. Violet caminó rígida hasta un muñón de tronco para sentarse y «montar guardia», mientras Aster, Clementine y Mallow sostenían la soga, listas para jalarla en cuanto el brago pasara por ahí. Tansy hizo algunos ajustes finales a la trampa para asegurarse de que estuviera bien oculta bajo las hojas y libre de problemas.

Aster intentó controlar su respiración mientras aguardaban. El ansia había vuelto a inundarle la sangre, la misma que sintió al saltar por la ventana de la Casa de Bienvenida, cuando entró a Killbank, cuando robó el brillo del político y se salió con la suya. Manchas coloridas bailaban en las orillas de su visión mientras miraba hacia la oscuridad. El ruido de los aullidos de los vengantes se arremolinó en sus oídos como un solo zumbido agudo. En cualquier momento…

—¡Creo que oigo a alguien! —siseó Mallow.

Aster se relamió los labios y apretó la soga con las manos húmedas.

—Recuerda, si las cosas salen mal, tú y las demás se van de aquí mientras Zee y yo contenemos al brago —le murmuró a Clementine mientras el corazón le palpitaba a toda velocidad.

—No voy a dejarte aquí —insistió Clementine.

Antes de que Aster pudiera replicar, la voz de Zee se escuchó a la distancia.

—Cuidado con la cabeza. Hay una rama baja por aquí.

Y la voz nasal de un hombre a quien Aster no reconoció:

—Que los muertos te lleven. Dijiste que estaban cerca…

—No podemos arriesgarnos a permanecer frente a las narices de los rapiñeros, ¿o sí? Falta poco.

—… se arruinaron mis zapatos buenos. Más vale que esas Afortunadas tuyas valgan la pena.

—Prepárense —les susurró Aster a las demás. Reconoció el fluido paso de Zee, incluso a la distancia. La desgarbada sombra detrás de él se movía con mucha menos gracia y maldecía a cada paso que daba. ¿Qué tan pesado sería

un brago tan alto? ¿Lo suficiente como para romper la soga? «Diablos, Zee, debiste buscar un peso mosca».

Demasiado tarde para hacer algo al respecto. Estaban a solo unos metros. Aster abrió el compás de las piernas. Hundió los talones en la tierra. Zee bajó la velocidad y alzó su linterna.

—Es una noche perfecta, ¿no? —dijo.

Esa era la señal. Aster y las demás jalaron con todas sus fuerzas. La soga saltó; se apretó alrededor de los tobillos del brago. El hombre chilló mientras sus piernas pasaban por encima de él. Las chicas trabajaron deprisa, jalando mano tras mano, elevándolo más y más hasta que sus largos brazos no pudieran tocar el suelo. Terminó colgado de cabeza como un pedazo de carne.

—¿Qué carajos? —gritó—. ¡Ayuda! ¡Alguien!

Aster miró a las demás para asegurarse de que podían sostenerlo sin su ayuda. Clementine asintió. Aster desenfundó su cuchillo y caminó hacia el brago con movimientos rápidos pero firmes. Se acuclilló y le puso la hoja sobre el corazón.

—Creo que querrás bajar la voz —dijo con voz inexpresiva.

El brago suspendió sus gritos de ayuda. El blanco de los ojos le brillaba.

—¿Quién carajos eres tú? —exigió. Su mirada se disparó hacia Zee, quien se había quedado atrás, cruzado de brazos—. ¿Estás con ella?

—No lo mires a él. Mírame a mí —ordenó Aster.

El brago no dijo nada, pero el reconocimiento le llenó el rostro cuando sus ojos se posaron sobre el favor de Aster.

—Por los muertos, eres una de esas chicas que…

—Así es —continuó Aster, incapaz de ocultar su pequeña sonrisa—. Y si acabamos con Baxter McClennon, ten por seguro que no dudaremos en deshacernos de ti. Así que quédate muy quieto mientras mi socio limpia tus bolsillos y todo saldrá bien para ti.

Le hizo una seña a Zee, quien puso manos a la obra. Algunas de las pertenencias del brago habían caído al suelo, pero su monedero seguía atado a su cintura. Zee también se hizo con el revólver y el reloj de bolsillo del brago, quien, como se le ordenó, mantuvo los ojos puestos en Aster. Le brillaban de odio.

—Pagarán por esto —prometió—. McClennon se asegurará de ello.

—¿Qué te dije? —gruñó Aster.

El hombre guardó silencio, pero, a diferencia del político, su gesto de desprecio le asomaba bajo el bigote. Aster nunca había visto antes a ese brago. Pero sí a cientos como él. Sería un terrateniente menor, con una sola mina a su nombre donde trabajaba cerca de una docena de familias sangresucia. La mina

no sería de teomita, o tendría un anillo como el de McClennon; tal vez de oro o plata, alguna clase de dinero que venía del suelo. Era el tipo de brago que podía permitirse tantas visitas a la Casa de Bienvenida como quisiera, pero tenía que competir por atención con los hombres más poderosos que estuvieran ahí. Luego descargaba su frustración con las mujeres, dejándolas a la mañana siguiente sin una moneda en el bolsillo.

Sin duda le provocaba placer pensar que había encontrado la forma de engañar al sistema por una noche. Los hombres ricos eran siempre los más tacaños. Zee había elegido bien.

—Muy bien. Terminamos aquí —dijo Zee tras meter lo último del botín en un saco.

—Bien —dijo Aster con los ojos todavía fijos en el brago.

—Aquí también —hizo eco Clementine. Ella y las demás aparecieron después de terminar de atar la soga al tronco de un árbol. Cedería con el tiempo, o el brago lograría liberarse, pero no antes de que ellos estuvieran muy lejos.

Aster se llenó de una euforia triunfal. Volvió a enfundar el cuchillo y se irguió.

—Si gritas pidiendo ayuda te garantizo que los vengantes vendrán por ti mucho antes que cualquier persona del pueblo —dijo Zee mientras se echaba el saco al hombro—. Mejor quedarse quieto hasta que llegue la mañana. Estarás bien.

El brago volvió su funesta mirada hacia Zee.

—¡McClennon se encargará de ti también! —prometió—. De todos ustedes. Malditos depravados. Nacidos de asesinos y ladrones. La sangre no miente. ¡La sangre nunca miente…!

Aster lo pateó en la mandíbula; el corazón le martillaba en el pecho. El hombre se quejó desarticuladamente, pero no dijo más. Si no hubiera dejado de hablar, Aster habría hecho algo peor. Suspiró bruscamente y miró a su alrededor. Zee la veía con una neutralidad cuidadosa; Tansy hizo una mueca instintiva. Pero Clementine y Violet asentían. Aster sonrió.

—Gloria a la Conciliación —dijo. Saludó con el sombrero, y ella y el resto desaparecieron en la oscuridad escandalosa.

ONCE

Los días avanzaron, mezclándose uno con el otro como fina arena del desierto. Los cóndores ascendían por los cielos azules y vacíos, y se reunían en los árboles desnudados por el viento. Las lagartijas se deslizaban por el pasto y se asoleaban en las planchas de roca. Cada mañana el sol salía como bañado en sangre por detrás de las montañas, y Aster despertaba un poco más fuerte. Había superado el dolor que conllevaba cabalgar y caminar por horas y horas, y superado también algo del miedo aparejado a una vida como fugitiva. A su manera, vivir en la Casa de Bienvenida había sido igual de peligroso e impredecible. Un brago podía tornarse violento en cualquier momento. Un rapiñero podía jugar con su mente por mero aburrimiento. Zee parecía sorprendido por la rapidez con que las chicas se acostumbraban a esa vida, pero a Aster no le sorprendía en lo más mínimo. Todas estaban habituadas a cosas peores.

La excepción, como de costumbre, era Violet. Su abstinencia, era claro, la hacía miserable; aunque no lo admitía, tampoco perdía la oportunidad de quejarse de cualquier otra cosa o persona. Aster seguía cabalgando con Clementine la mayor parte de los días, pero cada tanto ansiaba la compañía de Violet por ácida que fuera. Con todas las demás, incluso con Clem —sobre todo con Clem—, la joven sentía que debía ser la más fuerte. Pero Violet no soportaba los fingimientos y, de cualquier forma, siempre podía ver a través de ella. Aster podía ventilar sus dolores sin más.

Una tarde, las dos practicaban su puntería juntas. Zee había sugerido que el grupo parara temprano ese día, una vez que llegaran a las cascadas de Annagold. Ese punto marcaba la mitad del camino por la Canalla y una cuarta parte del trecho hacia Northrock. Dos semanas de viaje con, tal vez, una más por delante… Una vez que salieran de la Canalla, dijo Zee, podrían usar las vías del tren hasta Northrock.

Hasta entonces, las cascadas serían su última fuente de agua fresca por varios kilómetros. Clementine, Zee, Tansy y Mallow estaban ocupados bañándose en el enorme lago; sus risas y sus gritos viajaban por el agua centelleante. Violet y Aster decidieron usar su tiempo libre para instalar un improvisado campo de tiro en la orilla opuesta al campamento. Ambas estaban armadas con revólveres que les habían robado a bragos en el camino: asaltaron a tres más desde Drywell, y en ese tiempo aprendieron que apuntar una pistola era la forma más fácil de hacer cooperar a un hombre. Aster no quería desperdiciar la oportunidad poco común de practicar su puntería; el rugido de la cascada cubriría a la perfección el sonido de los disparos, lo que era una bendición, pues la joven parecía no poder atinar a sus blancos ni por equivocación.

—¿Cómo es que soy mejor que tú para esto? —preguntó Violet. No podía decirse que fuera buena, en realidad. Sus tiros pasaban lejos de las pilas de rocas que tenían como objetivos.

—Solo te dejo ganar, como hacía con Clem cuando éramos pequeñas. Era pésima perdedora; tú sigues siéndolo.

—No digas tonterías. Puedo creer que no te estés esforzando, pero los muertos saben que nada tiene que ver conmigo.

Un instante después del estallido de la pólvora, una pila de rocas cayó. Violet dejó escapar una sonrisa petulante y bajó el arma. Los pétalos de su favor bailaban con el viento.

—Sé linda y apílalas, ¿quieres?

Aster farfulló algunas palabras poco elegantes, pero fue a hacer lo que se le pedía. A decir verdad, Violet tenía razón: Aster se estaba conteniendo y no era porque le importara un carajo dejar ganar a Violet. Era porque odiaba el repentino sobresalto de los disparos, odiaba la forma en que el revólver brincaba en su mano como un ser vivo que podía morderla. En cuestión de minutos comenzaba a sentir náuseas e inquietud. Sudor frío le caía por el cuello y transformaba sus manos en un resbaloso desastre. La vista se le nublaba y su mente se descarrilaba, como si una rueda se saliera de su eje. No estaba segura de disparar bien sintiéndose así; apenas podía confiar en respirar sin problemas.

Sin importar cuántas veces sostuviera un arma, prefería el cuchillo, firme en su mano.

Apiló las rocas, suspiró y volvió al lado de Violet, quien ladeó la cabeza y la miró con curiosidad; su sonrisa presumida se desvanecía.

—¿Qué? —preguntó Aster, recelosa.

—¿Te dan miedo las armas? ¿Ese es el problema?

Aster frunció el ceño.

—No le tengo miedo a nada, Violet.

—No, solo digo… Es una frase que la gente usa para describir a las personas que están nerviosas. Porque tienen razón para estarlo, porque han visto demasiados horrores en su vida. No tiene que ser por las armas… Aunque, al parecer, puede ser por eso, supongo.

—¿De qué demonios hablas?

—Escúchame, solo digo. Me pasa lo mismo a veces. Los disparos no me alteran mucho, pero no soporto el olor a puro porque me recuerda a los bragos. No soporto que Zee me toque, aunque sea para ayudarme a bajar del caballo.

El corazón se le aceleró a Aster, como si tuviera un animal enjaulado en el pecho. Fingió ocuparse recargando el revólver. Violet se había abierto más a últimas fechas; la bruma de cardo dulce que siempre la envolvía comenzaba a aclararse conforme se alejaba de la droga. Aster sabía que la claridad era algo bueno, pero no siempre le gustaba que le permitiera a Violet verlas a ellas como eran.

—Los rapiñeros siempre cargaban armas —continuó Violet—. Quizá no puedas evitar pensar en ellos cuando ves una. ¿O pasó algo con un brago alguna vez? ¿Te amenazó o algo así?

No; había cargado su arma con una sola bala, le puso el cañón en la boca, giró la cámara y jaló del gatillo. Al parecer, era un retorcido juego del que disfrutaban algunos bragos. Aster no se atrevió a resistirse. No había una sola noche en que no se sintiera impotente, pero eso… Aún recordaba el sabor del metal en la boca, el chasquido de la rueda mientras giraba y giraba. Todo su cuerpo retrocedió ante la amenaza de la muerte. Su mente recorrió su vida corta y brutal. Palabras duras, manos ásperas, rabia y miedo y rabia y vergüenza y rabia…

—Por el Velo —maldijo Aster al fin y dejó de lado la farsa de cargar el arma. La guardó, acalorada—. Mira, solo soy mejor con el cuchillo, ¿ya? ¿Podemos dejarlo así?

—Está bien, está bien. Oye, volvamos al campamento. Empiezo a sentir apetito.

Aster pasó saliva, aliviada, aunque intentó no mostrarlo.

—Vamos a cenar frijoles y bollos otra vez. ¿Ya no eres demasiado sofisticada para eso?

—Claro que lo soy, pero no hay remedio.

Caminaron en silencio un tiempo. Sus botas chapoteaban en el lodo mientras recorrían la orilla del lago. El aire que despedía el agua tenía un olor limpio y terroso, y la fresca humedad que dejaba en la nuca de Aster era una

pequeña bendición. Miró su reflejo en la cristalina superficie. Bien pudo haber sido el reflejo de una extraña: su cabello, que alguna vez repeinó cada semana con cuidado, estaba atado ahora en un nudo bajo y medio deshecho que cubría un sombrero de bandido. La suavidad de su rostro había dado paso a unos filosos pómulos y una dura barbilla. Pero sus ojos…, sus ojos eran tan oscuros y desesperados como siempre. Ojos de una anciana. «Han visto demasiados horrores en su vida».

—¿Cómo lo escondes tan bien? —le preguntó Aster a Violet con suavidad.

—¿A qué te refieres? —Sonaba cansada; su sombra se arrastraba detrás.

—Dijiste que hay algunas cosas que te molestan, pero debes disimularlo muy bien, porque nunca lo he notado. Incluso cuando estábamos en Green Creek, nada parecía molestarte. Sé que el cardo dulce debió ayudar, pero… —Aster la miró de reojo—. En algunas ocasiones parecías incluso disfrutarlo.

Violet se encogió un poco de hombros.

—Tal vez lo disfrutaba. ¿Y qué? ¿Crees que habría estado mejor si hubiera odiado al mundo y a todos los que viven en él? ¿Qué tan bien te ha funcionado a ti?

Aster sintió que la cara se le calentaba, que su rabia hervía…, pero, por supuesto, esa era la intención de Violet.

—Me aterra —admitió Aster entonces—. Mi ira, quiero decir. Temo que ya haya quemado todo lo bueno que había dentro de mí. Temo que queme a cualquiera que se acerque demasiado. Y me asusta… —¿Qué demonios importaba ya? Ya había dicho bastante—. Me asusta que eso sea todo lo que quede de mí cuando ya no esté.

—¿Como los vengantes?

Aster asintió. Los santificadores no se ponían de acuerdo sobre si un vengante era algo en lo que el alma se convertía, o si era algo que dejaba atrás cuando cruzaba el Velo. Era la primera posibilidad la que más aterraba a Aster: perderse en su ira por un tiempo indecible, sin recuerdo de quién había sido o qué le había ocurrido. Los vengantes no eran espíritus conscientes que solo atacaban a quienes les habían hecho daño. Eran furia pura. Lastimaban a todos.

—Pues al menos te permites sentir tu rabia —dijo Violet—. Parece que yo ya no puedo sentir nada. —Pateó una roca en el suelo y dejó de mirar a Aster —. Era más sencillo en la Casa de Bienvenida. Al ser la chica principal, siempre tenía algo que me mantenía ocupada. Era buena en mi trabajo. No soy buena para… esto. —Hizo un gesto para señalar todo el valle—. No estoy acostumbrada a tener todo este tiempo para pensar. Todo este… vacío y silencio. Aquí afuera soy inútil. —Volvió a mirar a Aster—. Lo detesto.

—¿Extrañas Green Creek?

—A veces, un poco. —Asintió para sí misma—. A veces bastante.

Cierta repulsión cuajó en el estómago de Aster. Intentó recordarse que la Casa de Bienvenida era el único hogar que Violet había conocido, y Madre Fleur su única familia. Quizá le había requerido más valor escapar del que Aster le reconocía.

—¿Por qué viniste con nosotras, Violet? —preguntó, y se le ocurrió en ese momento, por primera vez, que Violet era su único nombre. No tenía un nombre verdadero que le hubiera sido dado en una vida anterior a la Casa de Bienvenida; no tenía un yo secreto en el que pudiera refugiarse al final de cada noche—. La verdad, ¿qué haces aquí?

Pero para entonces habían llegado al otro lado del lago y se acercaban al campamento. Violet irguió los hombros y se puso la máscara de fría indiferencia.

—Ya te lo dije: busco a la Dama Fantasma.

Como sospechaban, la cena consistió en bollos y frijoles. Pero esa noche tenía un lujo adicional: trucha recién pescada en el lago. Zee escamó el pescado y se acuclilló para cocinarlo sobre el fuego. Clementine estaba detrás de él, masajeándole los hombros; sus dedos de pianista jugaban con una facilidad natural. Era el tipo de talento «hospitalario» que todas debieron aprender un año antes de su Noche de Suerte. A Aster le hervía la sangre, pero no dijo nada.

—¿Dónde están Tansy y Mallow? —preguntó Violet. Estaba sentada mustiamente sobre una cobija, cepillándose el cabello mojado. Ignoró a Aster por completo—. No las vi cuando me lavaba en el lago. ¿Se ahogaron o algo por el estilo?

Zee examinó el lago. No había señales de ellas.

—Seguro están secándose y vistiéndose.

—Y tomándose su tiempo.

—¿Puedes culparlas? —preguntó Clementine—. Esta es la primera oportunidad que hemos tenido de bañarnos y limpiarnos como se debe desde Green Creek. Yo comenzaba a sentirme inmunda.

Zee resopló.

—¡Por favor! Un poco polvosa, tal vez. Cuando mucho. Se necesitan más de dos semanas para que la inmundicia se asiente.

—Increíble. ¿Siquiera te molestas en limpiarte cuando no estás rodeado de chicas bonitas? —preguntó Clementine.

—Ni siquiera entonces. Depende de qué vayamos a hacer.

Aster le disparó una mirada fulminante. Su puntería estaba a punto de

mejorar en ese instante. Clementine debió recordar de pronto que Aster estaba ahí, pues le quitó las manos de encima a Zee y tomó asiento.

—Casi oscurece —dijo Aster con dureza, redirigiendo la conversación hacia Mallow y Tansy—. No me agrada la idea de que esas dos estén por ahí solas.

—Pues saben que no deben alejarse demasiado —dijo Clementine, aunque Aster notó un dejo de preocupación en su voz también. Justo el día anterior se habían encontrado con una manada de coyotes que escudriñaban los restos de un complejo campamento: las moscas volaban encima de un cadáver a medio devorar, algún aventurero sangrepura con fantasías románticas de conquistar la Canalla que recibió más de lo que imaginaba.

—¿Quieres que vaya a buscarlas? —preguntó Zee.

Pero, antes de que Aster pudiera responder, Tansy y Mallow llegaron a tropezones por detrás de un arbusto. Estaban sonrojadas y tomadas de la mano. Se separaron en cuanto entraron al resplandor de la fogata.

—Qué bueno que nos acompañan —dijo Violet.

—No nos estaban esperando, ¿o sí? —preguntó Tansy. Sus mejillas se tornaron aún más rosadas.

Los ojos de Clementine se iluminaron con regocijo pícaro.

—Violet estaba mortificada.

—Mierda, debimos haberles dicho —murmuró Mallow—. Solo nos… distrajimos y perdimos la noción del tiempo.

—Seguro que sí —dijo Clem.

Algo en Aster se derritió. Había visto la forma en que Tansy y Mallow se miraban en Green Creek. Contactos secretos, conversaciones sin palabras. En la Casa de Bienvenida tuvieron que enterrar lo que había entre ellas. Ahí afuera, pudo crecer.

Aster sonrió un poco.

—Está bien. Anden, siéntense. Su cena se enfría.

Todas se acomodaron para disfrutar la comida mientras miraban los últimos rayos del sol que bañaban los riscos de piedra roja. Zee les contó la historia de Annagold, la joven por quien fueron nombradas las cascadas. Se decía que se había enamorado de un mozo sangresucia y, cuando su padre los descubrió y vendió al joven a las minas, ella se lanzó desde lo alto de las cascadas por su dolor. Aún podía verse su aferrante en las tardes claras, una cara entre la bruma que surgía del agua.

Eso dio pie a que todas compartieran sus historias favoritas de fantasmas. Violet les contó del aferrante que acechaba en la recámara de Madre Fleur, la amargada mujer que fue la matrona de la casa antes que ella. Tansy les habló de las víctimas de vengantes a quienes ayudó junto a su madre: algunos

necesitaron puntadas, otros perdieron brazos o piernas, pero todos se consideraban afortunados de haber sobrevivido. Aster y Clementine les contaron de su abuela, quien permaneció en su casa dos semanas después de fallecer. Tener a su aferrante cerca debía haber aminorado su dolor, pero en vez de eso les dejó ver lo mucho que habían perdido. Al final, se sintieron aliviadas cuando ella encontró la paz y continuó con su camino.

Las historias crecieron y crecieron hasta que no soportaron más. Para cuando terminaron, la luna estaba en lo alto y los muertos aullaban a las estrellas. Cada uno se retiró a su esquina a dormir. Mallow y Tansy caminaron juntas con los meñiques entrelazados.

Clementine las miró con una expresión que era mitad felicidad y mitad añoranza. Aster estudió a su hermana con cautela. Era claro que Clementine quería lo que ellas tenían… y lo quería con Zee.

Se anudó el cabello y entró en su saco de dormir junto a Aster.

—¿Sabes? Esto no está tan mal, Dawn —dijo. Aster se paralizó al escuchar su nombre verdadero—. Tal vez no tengamos que encontrar a la Dama Fantasma. Quizá solo deberíamos hallar un pequeño valle tranquilo y vivir de la tierra.

Eso era pensar con demasiado optimismo, aunque Aster no podía culparla por hacerlo. Sin embargo, en cuanto dejaran de huir, los rapiñeros las atraparían.

—Mientras estemos marcadas, nunca estaremos a salvo. Tenemos que deshacernos de estos favores —murmuró Aster, a sabiendas de que eso también era optimismo fantasioso. A veces no podía quitarse el miedo de que la promesa de la Dama Fantasma fuera demasiado buena para ser verdad. Sin embargo, aun en momentos de duda, había dejado de cuestionar su viaje. Ahí afuera, por fin vivían la vida en sus propios términos. Hacían lo que querían, iban adonde querían. Eso era algo, sin importar qué les esperara al final del camino.

Clementine le tocó la mejilla.

—Zee cree que los favores son lindos. Le conté lo mucho que odio no poder cubrir el mío. Pero él dijo que no debería avergonzarme.

—Es fácil para él decirlo: no tiene que vivir con uno —dijo Aster con agudeza.

—¡Eso no es lo que quiso decir! Se refería a que… Solo quería asegurarse de que supiera que no piensa menos de mí, de nosotras, como casi toda la gente.

—¿Y te importa mucho lo que piense Zee?

Clementine vaciló.

—Mientras viajemos con él, nos conviene estar en buenos términos. ¿No

crees?

—Creo que aún no lo conocemos muy bien, y por eso deberíamos ser muy cuidadosas.

—Quizá tú no lo conozcas tan bien, pero yo he tenido bastante tiempo para hablar con él desde que eres compinche de Violet —dijo Clementine.

—No somos compinches, Clem. Solo… nos ayudamos. Pero es claro que tú buscas algo más que eso con Zee.

—¿Y qué tendría de malo? —Clementine volteó la cabeza y quedó frente a Aster—. Puedo ver que te alegras por Tansy y Mal. ¿Por qué no puedes alegrarte por mí?

—Porque, a diferencia de Zee, conozco a Tansy y a Mal desde hace años, y me importan y confío en ellas.

—Tú no confías en nadie. Ni siquiera confías en que yo sea capaz de pensar por mí misma. Quieres que sea igual que tú, con tanto miedo del mundo que termine por no vivir en él.

Las palabras golpearon a Aster como una bofetada. Sintió que le bajaba algo filoso por la garganta.

—Eso no es cierto —dijo con voz grave.

Clementine parecía querer desdecirse, pero se armó de valor y continuó.

—Sí lo es. Me moría por hablar de Zee contigo, pero no lo hice porque sabía que reaccionarías así. Así es como reaccionas a todo.

—No quiero que te lastimen.

—Todo el mundo se lastima. Y ya me han lastimado.

«No. Aún no. No como a mí».

Aster inhaló, temblorosa.

—Pues es mi responsabilidad intentar evitar que te lastimen de nuevo. Yo no tuve a nadie que me protegiera, y no hay día que no desee haber tenido a alguien. Por eso me esfuerzo tanto por cuidarte. Te quiero demasiado para dejarte sola. —Pero Aster pensó en lo que le había confesado más temprano a Violet, el miedo de que su ira quemara a cualquiera que intentara acercarse demasiado. ¿Y si su ira contra Zee estaba alejando a su hermana?—. Como sea… —continuó—. Lamento si te hice sentir que no podías hablar conmigo. Jamás fue mi intención. Deberías poder hablar conmigo de cualquier cosa.

—Lo sé. Está bien —dijo Clementine. Jugueteó con el pasto en vez de mirar a su hermana a los ojos.

—Te prometo que no deseo ser tan dura. A veces siento como si no pudiera evitarlo. Pero lo voy a intentar, ¿me oyes?

Clementine suspiró.

—Debe ser agotador solo ver lo peor de las cosas.

—Lo es. —La voz de Aster flaqueó, pero lo disimuló tosiendo.

Clementine estiró una mano entre el espacio que las separaba. Aster la tomó. No debía ser Clementine quien reconfortara a Aster; se suponía que debía ser al revés.

Pero Aster lo necesitaba. Violet podía ser la única que comprendía por lo que había pasado, pero Clementine era la única a quien le importaba.

—Pues ya no tienes que hacerlo —dijo Clem—. Me tienes a mí para cuidarte. Y a Mallow, a Tansy, y tal vez incluso a Violet. Y a Zee. Es buena persona, Dawn. —Clem le apretó la mano—. Te lo prometo. Ten fe.

Aster asintió. Retiró su mano para limpiarse los ojos antes de que las lágrimas cayeran.

—Solo dices eso porque crees que es lindo —dijo Aster con una pequeña risa.

Clementine sonrió.

—Es lindo. ¿No te parece?

—No está mal, supongo.

—Es dos partes cachorro, una parte lobo.

—Es un callejero huesudo que no podemos quitarnos de encima.

Clementine parecía zumbar de felicidad. Aster exhaló con fuerza durante un largo instante, lo que la dejó sintiéndose más limpia y ligera.

—Ven aquí —dijo.

Clementine se arrimó y Aster la envolvió en sus brazos. Se quedaron ahí recostadas en silencio, oyendo el arrullo de las ranas en el lago. Instantes después, se quedaron dormidas.

Aster despertó con la aspereza de una mano que le sacudía el hombro. Se levantó de golpe, como si la hubieran apuñalado con una picana, con las manos empujando a su atacante. Le tomó un momento en la oscuridad darse cuenta de que se trataba de Zee. No podía sentir alivio al verlo, solo furia y un vago y persistente miedo.

—Quítame las malditas manos de encima —gruñó—. ¿Qué demonios quieres?

Advirtió entonces que los ojos de Zee estaban muy abiertos, con un terror que no le había visto nunca.

—Aster, tenemos que irnos, ya. Hay un grupo de rapiñeros a menos de un kilómetro y medio.

Zee volteó para alertar a las demás antes de que Aster pudiera hacer alguna pregunta.

—Vamos, Clem, tenemos que correr.

Aster comenzó a recoger su lecho, moviéndose sin pensarlo. Sentía como si navegara por un mal sueño. Los agudos chillidos de los vengantes repicaban en sus oídos.

—¿Qué hora es? ¿Qué sucede? —preguntó Clementine en una bruma de sueño.

—Rapiñeros en el valle.

Clem despertó de golpe. Se levantó de un brinco y ayudó a Aster a empacar las cosas.

—Estaba montando guardia en la cima de la colina cuando los vi —explicó Zee mientras ensillaba su yegua—. Podemos perderlos, pero tenemos que apresurarnos.

—¿Cómo demonios nos encontraron? —exigió Violet—. ¿No es tu trabajo…?

—¡No lo sé! Tal vez el hoyo de la fogata era demasiado superficial. Quizá no retrocedimos lo suficiente ayer. Solo se necesita un error.

—Solo agradezcamos que los viste a tiempo —interrumpió Aster mientras preparaba su caballo. No podían permitir que Zee perdiera el temple, no en ese momento. Ese pánico no era propio de él, y Aster no quería que se propagara a las demás.

Y entonces Aster lo oyó: el trueno de los cascos y el sepulcral gañido de los corceles de los rapiñeros.

—Pronto —rogó Zee. No había tiempo para intentar ocultar las huellas del campamento ni para planear una estrategia de escape. Solo tenían que correr.

En cuanto todas estuvieron arriba de los caballos, se alejaron a galope, guiadas por la luna. Zee fue por la orilla del lago. El lodo se levantaba debajo de las patas de los animales y la niebla cubría el aire. Aster se la quitó de los ojos y se esforzó por ver en la oscuridad. Se aproximaban a los acantilados.

—¡Hay un puente en lo alto! —dijo Zee por encima del rugido de las cascadas—. Si logramos cruzarlo y cortarlo detrás de nosotros, no podrán seguirnos por el desfiladero. Pero no podemos perder ni un segundo.

Aster maldijo por lo bajo. Había demasiadas formas en que ese plan podría salir mal. Si el puente no estaba en pie…, si los rapiñeros las atrapaban antes de llegar a él…, si caían por el risco antes de alcanzar la cima…

Comenzaron a subir en una sola fila por el escarpado y estrecho sendero tallado en el costado de la cuesta. Nada más que roca vertical a un lado y una larga caída del otro. Pronto tuvieron que aflojar el paso o arriesgarse a resbalar por la orilla. Aster se permitió mirar por encima del hombro; la ansiedad le producía un agujero ardiente en el estómago conforme su velocidad disminuía.

Apenas podía ver las siluetas de cuatro rapiñeros a caballo rodeando el campamento. Y a pesar de que estaban demasiado lejos para que sintiera su influencia, una oleada de escalofríos le recorrió los brazos.

«Si hubiéramos esperado siquiera un minuto más…».

El cuero cabelludo le punzó al recordar la última vez que estuvo a merced de un rapiñero. La sangre que se le convertía en hielo dentro de las venas. Los huesos que le zumbaban con agonía…

«No. Concéntrate».

Miró al frente de nuevo. Se concentró en el sonido de los cascos al golpear contra los esquistos. Fijó la mirada justo en la espalda de Violet, a quien tenía enfrente. Zee las llevó por una curva cerrada, la primera de varias que zigzagueaban por el risco. Estaban casi a la altura de las copas de los árboles. El aire se enfriaba y se hacía más ligero con cada paso, y el viento se aferraba a las piernas y brazos de Aster. Giraron en la siguiente curva. Su paso era casi un gateo.

—¿No podemos ir más rápido? —rogó Mallow.

—No, salvo que quieras una gran caída —dijo Zee con brusquedad—. Pero los rapiñeros tendrán que bajar la velocidad también. Lo vamos a lograr. Lo prometo.

El repentino chillido de los caballos infernales atravesó el aire nocturno.

Los rapiñeros habían comenzado a subir por el risco.

—¡las veo! —gritó una voz rasposa—. se dirigen a la cima de la cascada.

—Zee —exhortó Aster.

—¡Solo síganme!

Pasaron por otra curva. Abajo, los cascos retumbaban con el sonido de un trueno.

Aster se asomó por la orilla. La cabeza le dio vueltas al ver la distancia que los separaba del suelo.

Los rapiñeros ganaban terreno.

—Por el Velo, son demasiado rápidos —maldijo Clementine.

Se debía a que los caballos infernales eran dos veces más grandes que cualquier caballo normal, transformados por la magia de los rapiñeros para ser capaces de mantenerse en la incansable búsqueda de sus presas. Eran tan despiadados como sus amos.

Y no habían bajado el ritmo en lo absoluto.

Las bestias soltaron otro aullido ensordecedor, tan potente que se impuso a los de los vengantes. Aster batalló por mantener el control de su propio caballo cuando el ruido lo hizo desfallecer. Para cuando alcanzaron la última curva, los rapiñeros estaban a unos cien metros.

—Bien, retomemos el paso. ¡Casi llegamos! —gritó Zee. Rompió en un galope al pisar la cima del risco. Un viento alto y frío silbaba sobre la explanada cubierta de polvo y pasto muerto. El suelo caía hacia una grieta en la tierra forjada por el río que alimentaba las cascadas. El estómago de Aster dio un vuelco cuando su caballo corrió a una velocidad imprudente hacia el desfiladero.

—¿Ves el puente? —le preguntó Clementine. El viento desperdigaba sus palabras.

Aster abrió la boca para responder cuando un disparo retumbó y despedazó la noche.

Giró el cuello. Los rapiñeros habían llegado a la cima del risco también y surgían entre la oscuridad. Seguían demasiado atrás para que sus tiros las alcanzaran, pero estaban cerca de lograrlo.

«Que los muertos nos protejan», rezó Aster con desesperación y volvió a clavar la mirada al frente. El puente al fin apareció a la vista, suspendido en el aire por dos tramos de soga. ¿Sería capaz siquiera de sostenerlas?

No había tiempo para preocuparse por eso.

Zee bajó el ritmo una vez más para cruzar. Las planchas de madera emitían un eco hueco bajo los cascos de su yegua. Mallow y Tansy lo siguieron, luego Violet, y al final Aster y Clementine. El puente se mecía y gruñía bajo su peso. Aster cometió el error de mirar hacia abajo. El puente solo medía unos quince metros, pero la caída era al menos tres veces mayor hasta el río que destellaba abajo.

—Mierda, mierda, mierda, mierda —canturreaba Violet para sí misma.

—No mires hacia abajo —le advirtió Aster. Sentía que su caballo se inquietaba más y más conforme avanzaban. Le susurraba palabras tranquilizadoras, deseando que el animal no detectara el miedo en su voz.

Estaban un poco más allá de la mitad cuando uno de sus cascos traseros atravesó una de las planchas de madera.

Aster se aferró a la crin cuando los cuartos traseros del caballo bajaron más. El vértigo le inundó la cabeza, el terror el vientre. Clementine chilló y se aferró al torso de Aster con tanta fuerza que le provocó dolor.

—¡Clem! —gritó Zee.

Con la mandíbula tensa, Aster se inclinó hacia el frente para ayudar al caballo a recuperar el equilibrio. El animal se revolvió y recobró el paso; alcanzó a los demás.

—¿Qué sucedió? —preguntó Tansy con voz aguda.

—Estaremos bien. Vamos —jadeó Aster.

Los rapiñeros llegarían al puente en cualquier momento.

Más disparos retumbaron detrás. Aster instó a su caballo a cruzar el resto del puente lo más pronto posible. Llegaron a tierra firme.

—Aster… —comenzó a decir Zee.

—Yo sé.

Aster bajó de la silla con un salto, tomó su cuchillo y comenzó a cortar la soga. Los brazos aún le temblaban por lo cerca que había estado de caer. El sudor le escurría por el cuello.

—alto ahí —rugió uno de los rapiñeros.

Aster alzó la mirada. Los rapiñeros estaban a solo unos metros del puente.

La hoja cortó la primera soga. Aster comenzó a trabajar en la segunda.

—Zee, sácalas de aquí —ordenó.

—No iremos a ningún lado —insistió Clementine.

El tronido de un disparo hizo eco. Un dolor repentino le quemó la mejilla a Aster, quien aulló de dolor y casi soltó el cuchillo.

—Zee…

La segunda soga se rompió y el puente cayó. Los rapiñeros frenaron de golpe en la otra orilla del desfiladero, con las armas en alto. Aster se puso en pie respirando con dificultad, con una mano en la herida sangrante. Temía moverse. Zee regresó para alcanzarla y desenfundó su arma. Mallow y Violet hicieron lo mismo.

Por un momento, los dos grupos quedaron frente a frente en un tenso silencio. Entonces, uno de los rapiñeros levantó una linterna…, lo que significaba, Aster comprendió, que no era un rapiñero en realidad. Estos podían ver en la oscuridad sin problemas. El hombre las miró fijamente desde el otro lado, grande, blanco como una hoja de papel, con nariz larga y recta y bigote denso y rojizo.

Había algo en él… Parecía conocido.

Aster sintió bilis en la boca.

—Ayúdame a subir —murmuró a Clementine.

Despacio, sin dar la espalda al hombre y a los rapiñeros, Aster montó en el caballo detrás de su hermana. La cabeza le daba vueltas por el dolor. Tenía espasmos en el estómago.

El hombre esbozó una ligera sonrisa e hizo un gesto a los rapiñeros a su espalda, quienes bajaron sus armas.

—No se preocupen, Afortunadas. No es aquí donde morirán —gritó entre la brecha, y sus palabras hicieron eco por el desfiladero—. Aún tenemos mucho que discutir ustedes y yo. Mi familia necesita respuestas. La gente necesita respuestas. Nos encontraremos de nuevo, se los garantizo. Y, cuando llegue su momento, lo sabrán.

La verdad golpeó a Aster como otra bala.

«McClennon».

«Ese es Jerrod McClennon».

«El político dijo que estaba tras nosotras y aquí está».

—Va… vamos —le dijo Aster a Clementine, tartamudeando. Les lanzó una mirada de pánico a las demás—. Vamos.

Voltearon y cabalgaron hasta dejar el estruendo de las cascadas muy atrás.

—¿Estás segura de que ese era Jerrod McClennon? —preguntó Zee a la mañana siguiente. Habían cabalgado toda la noche para asegurarse de perder a sus perseguidores, y al fin se detuvieron y desmontaron bajo los árboles para tomar un respiro.

Aster intentó no retorcerse mientras Tansy le limpiaba la mejilla herida con alcohol y la cosía. El tirón del hilo mandaba descargas de dolor por todo su rostro.

—Era él —dijo entre dientes. El recuerdo de la cara inerte de Baxter estaba tan claro y bien definido en su cabeza que le fue imposible no advertir el parecido familiar. Sin mencionar que…—. Dijo que su familia quería respuestas. Debe ser un McClennon. Y Jerrod es el que, según dijo aquel hombre, nos seguía desde Green Creek.

Mallow se talló los ojos con las muñecas.

—¿Cuál es? ¿El infeliz que es dueño de los campamentos mineros, o el infeliz que es candidato a gobernador?

—Es el candidato a gobernador. El tío de Baxter.

—¡Carajo!

—Si quisiera matarnos, lo habría hecho —dijo Violet con tono sombrío. Abría y cerraba las manos una y otra vez, sudando como cuando sentía la necesidad del cardo dulce—. Nos llevarán vivas.

—No nos llevarán de ninguna forma a ningún lugar —gruñó Aster.

—Desearemos estar muertas.

—Basta.

Todas se sentaron en silencio unos momentos. Aster miró a Clementine, quien estaba hecha un ovillo, las rodillas en el pecho. Su necia sonrisa había desaparecido. Llevaba horas casi en silencio total.

—Clem —dijo Aster con más suavidad—, esto no es tu culpa.

—¿Cómo puede no serlo?

—Es mi culpa —dijo Zee, meneando la cabeza—. No debí permitir que se acercaran tanto.

—Escuchen, esto es culpa de McClennon y de nadie más. —Aster suspiró.

El día anterior había sido tan maravilloso y lo habían pasado en un lugar tan hermoso que todos bajaron la guardia. La sesión de nado en el lago cristalino, los besos robados en el bosque, las historias en la fogata…, como el paraíso más allá del Velo, el paraíso que merecían.

Y entonces McClennon y sus rapiñeros intentaron arrastrarlas de vuelta al infierno.

«Espero, por su bien, que no volvamos a encontrarnos», pensó Aster.

La próxima vez tendrían que coserlo a él. Ella se encargaría de que así fuera.

DOCE

Tres días después llegaron al pueblo de Scarcliff.

Para entonces habían perfeccionado ya su rutina de robo. Cinco armas en la cara de un hombre solían ser mucho más que suficientes para hacerlo cooperar, y el brago al que habían atacado la noche anterior se rindió en el momento en que vio que estaba rodeado. Sin embargo, mientras estaban sentadas en el campamento a la mañana siguiente y contaban el brillo que le habían quitado, Aster no pudo evitar sentir que un gusano de frustración avanzaba en su interior.

Sabía que no estaban ni siquiera cerca de conseguir lo suficiente.

—¿Dijiste que era el gerente de un banco? —le preguntó Aster a Zee. Era un día abrasador, y la camisa se le pegaba de manera sofocante a la piel bañada en sudor. La sombra de los pinos de la montaña ofrecía poco alivio.

Zee asintió.

—Me dijo que acababa de comenzar a trabajar en la sucursal de Scarcliff hacía un par de semanas —explicó—. Hablé con todos los hombres en el recibidor. Él debía ser el más rico de todos.

Antes de ese último robo, habían reunido apenas cerca de setecientas cincuenta águilas como fruto de sus esfuerzos. Habían cruzado más de la mitad de la Canalla y no estaban ni remotamente cerca de alcanzar su meta. A ese paso, jamás conseguirían cinco mil águilas antes de llegar a Northrock.

Así pues, cuando se hallaron en las proximidades de Scarcliff, Aster le dijo a Zee que buscara al hombre más adinerado en la Casa de Bienvenida en vez de solo llevar al primero que pudiera convencer. Sabía que era un riesgo pedirle que pasara tanto tiempo en la Casa de Bienvenida, y que se expusiera a que todos ahí lo vieran. Pero su situación se volvía desesperada. No podía cerrar los ojos sin ver la delgada sonrisa de McClennon.

Mientras tuvieran esos favores, no podrían escapar de él.

—… treinta y dos águilas en total —anunció Mallow, alzando la mirada con disgusto.

Aster maldijo y se rascó la mejilla donde Tansy le cosió la herida de bala. ¿Dónde estaban todos los bragos que presumían de llevar cientos de águilas consigo? ¿No era más que fanfarronería?

—Bien. ¿Qué hay de su reloj? Podemos venderlo —sugirió Clementine, esperanzada.

—Es un pedazo de mierda —dijo Violet y lo lanzó a la pila—. Oro falso. Pésima fabricación. No sé por qué estaba tan apegado a él.

Además del monedero, el único objeto de valor que le encontraron al brago fue su reloj. Les había rogado que no se lo robaran; decía que era una reliquia familiar. Suplicó por su reloj con más fervor que por su propia vida.

Aster lo tomó de cualquier forma, por principio.

—Miren, es obvio que seguir asaltando bragos no será suficiente, aun si son gerentes de banco —dijo Mallow, impaciente, mientras metía el dinero al monedero—. La próxima vez deberíamos robar el maldito banco.

Tansy rio con un resoplido.

—No digas tonterías, por el amor de los muertos —se mofó Violet.

—No, espera. Tal vez tenga razón —dijo Clementine. Los ojos se le iluminaron—. Piénsenlo: podríamos conseguir todo el brillo que necesitamos y un poco más.

—Los bancos están protegidos por oficiales, y el brillo guardado en una caja fuerte —intervino Zee con cautela.

Pero la mente de Aster ya estaba barajando todas las posibilidades. Si encontraban el modo de esquivar a los oficiales, si lograban abrir la caja fuerte…, no tendrían que volver a robar a otro brago. Podrían llegar con la Dama Fantasma sin escalas y en la mitad del tiempo que les tomaría de la forma en que lo hacían.

Y una barbaridad de terratenientes perdería su brillo.

Eso, sin duda, le borraría la sonrisa de la cara al desgraciado de McClennon.

—Al menos deberíamos analizarlo —dijo Aster—. Nos quedamos sin tiempo y sin opciones. ¿Alcanzaste a ver el banco de Scarcliff, Zee?

—Vamos a calmarnos, ¿me oyes? No creo que sea buena idea. Pienso que…

Tal vez fue el calor que le golpeaba el cuello, o quizá el dolor debilitante que le recorría la mejilla, o pudo ser la frustración que se convertía en el miedo de un animal atrapado dentro de sus entrañas, pero Aster perdió la paciencia para oír a Zee decirle qué hacer. La vida de él no dependía de conseguir ese brillo.

—No pregunté qué pensabas, Zee. Pregunté por el banco de Scarcliff —

tronó la joven.

Un rubor floreció debajo de las mejillas morenas de Zee. Violet resopló, pero Clem le lanzó una mirada iracunda a su hermana.

—Anda. ¿Qué ibas a decir? —le preguntó Clem a Zee.

—Solo pienso que debemos tener más cuidado que nunca —farfulló—. Sí, alcancé a ver bien el banco en Scarcliff. Pero intentar robarlo… Hay demasiadas cosas que no podemos controlar, demasiadas cosas que pueden salir mal.

—Pues salvo que tengas una mejor manera de conseguir más de cuatro mil águilas en una semana, no tenemos opción —sostuvo Aster.

—Apostaría a que el banco no estará tan vigilado de noche —dijo Tansy, quizá para conciliar—. Entrar después de que haya oscurecido sería menos riesgoso que tratar de asaltarlo a la luz del día, ¿cierto?

—Sí, pero el brillo seguirá guardado en la caja fuerte —respondió Zee—. Y no tenemos las herramientas para abrirla ni para llevárnosla. Es un callejón sin salida, Aster.

—No tiene por qué serlo —insistió la joven—. Mira, es cierto que, si corremos el riesgo, podrían atraparnos. Pero si no hacemos nada, nos atraparán sin duda. Necesitamos ese brillo para desaparecer.

Zee tensó la mandíbula.

—Es demasiado peligroso.

Una columna de rabia trepó por la garganta de Aster. Se enderezó.

—Tengo que hablar contigo —dijo entre dientes.

—Déjalo en paz, Aster —pidió Clementine con tono penetrante—. No tiene que ser parte de esto si no quiere.

—Ahora.

Zee y Clementine intercambiaron miradas; una conversación sin palabras transcurrió entre ellos. La furia de Aster hirvió aún más. Pero entonces Zee se levantó y se dejó guiar lejos del campamento. Pequeños grillos marrones saltaron para apartarse de su camino mientras caminaban por la maleza. Una delgada culebra negra de campo se deslizó lejos del sendero.

Una vez que estuvieron alejados de las demás, Aster volteó y confrontó a Zee, cruzada de brazos.

—Sé que tienes buenas intenciones, Zee —comenzó a decir, esforzándose por mantener ecuánime la voz—. Pero, cuando me retas, solo empeoras las cosas. No tengo tiempo para convencerte de que nos ayudes. Solo tienes que hacerlo.

Zee suspiró y se quitó el sombrero; se secó la frente con la manga. Su piel estaba satinada por el sudor.

—Lo sé, y lo siento. Pero no puedo dejar que nos lleves a algo de lo que no

podamos salir.

—No hay un *nosotros*, Zee —gruñó Aster y dio un paso adelante—. No hay una recompensa pendiendo sobre tu cabeza. Tú no tienes un favor en el cuello. Puedes salirte de esto. Nosotras no. Esto es un trabajo para ti. Para nosotras es cuestión de vida o muerte. Así que no tienes voto, ¿me oyes?

—Hablas como si no tuviera nada que perder —dijo Zee, exasperado. Desde el día en que lo conocieron, su energía parecía inacabable. Pero ahora, al fin, comenzaba a dar señales de cansancio—. Yo también tengo gente a quien cuidar, ¿sabes? ¿Cómo podré encontrar a mis hermanas si me atrapan robando un banco? Dices que es solo un trabajo para mí, que lo puedo dejar, pero no lo es y no puedo. Este trabajo es la mejor oportunidad que tendré para salvar a mi familia.

Aster titubeó y observó a Zee caminar de un lado a otro.

—Si eso es lo que sientes, ¿por qué nos has ayudado a robar a los bragos? —preguntó, a la defensiva.

—Pues no es que me hiciera muy feliz, ¿o sí? Pero me pareció lo correcto a fin de cuentas. Sin embargo, robar un banco… es ir demasiado lejos. No sabes lo mucho que me he esforzado por no llevar una vida criminal. Mi padre sacrificó todo por sacar a la familia de su deuda de sangresucias. No puedo darme el lujo de llevarla de vuelta a ese lugar.

—Eso solo sucedería si nos atrapan, Zee. Pero no va a suceder, porque no podemos permitirlo.

Zee dejó de caminar. La miró de frente. Aster suspiró y cejó.

—Iremos a Scarcliff a robar ese banco —dijo—. Pero si todo esto te incomoda tanto, no tienes que venir con nosotras. Puedes esperar aquí, tener los caballos listos para que podamos escapar deprisa. De cualquier forma, no deberías volver al pueblo. Alguien podría reconocerte después de anoche.

Zee vaciló.

—¿En verdad lo crees, o solo estás siendo amable porque Clementine te lo pidió?

En cuanto Aster oyó el nombre de su hermana, su temperamento explotó.

—En verdad lo creo. Pero, ya que hablamos de eso, necesito que sepas que no me gusta que uses a Clem para ponerla en mi contra.

—No la uso, jamás… —El rostro de Zee reflejó una repentina revelación y se volvió comprensivo—. ¿Por eso estás tan molesta, Aster? ¿Aún… me tienes miedo? ¿Temes por tu hermana? Porque te prometo que jamás lastimaría a Clementine. Tú eres la única que podría comprender cuánto me importa.

Aster apretó la mandíbula. «No te atrevas a compararnos. Conoces a Clem desde hace dos semanas. Yo la quiero desde el día en que nació».

Pero no. Ese no era el argumento que debía exponer. Se tragó lo último de su ira.

—Solo quiero lo mejor para Clem, así como tú quieres lo mejor para tus hermanas —dijo con suavidad—. Escucha, Zee… Sé que arriesgas todo al ayudarnos, y lamento si ha parecido que no lo aprecio. Lo valoro, más de lo que soy capaz de expresar. Jamás habríamos llegado tan lejos sin ti. Pero necesito que confíes en mí en esto, ¿de acuerdo?

Zee guardó silencio un instante y volvió a ponerse el sombrero.

—Esperar afuera con los caballos —dijo, y un atisbo de sonrisa volvió a dibujarse en su rostro—. Supongo que puedo con eso.

Los hombros de Aster se destensaron, aliviados.

—Gracias, Zee. En verdad. Volvamos con las demás y comencemos a planear cómo vamos a hacerlo…

Mallow apareció entre la maleza con la cara partida por una enorme sonrisa.

—Perdón por interrumpir, pero tienen que venir a ver esto —dijo, emocionada—. Descubrimos por qué el brago se aferraba tanto a su reloj: adentro había un pedazo de papel con varios números.

Aster frunció el ceño, confundida.

—¿Y…?

—¿Por qué creen que un nuevo gerente de banco tendría que recordar una serie de números? ¿Y por qué tendría miedo de que alguien más la encontrara? —preguntó Mallow. Aster y Zee intercambiaron miradas. Él pareció entenderlo al mismo tiempo que ella; sus sonrisas se ensancharon—. Así es —respondió Mallow a su propia pregunta—. Creemos que es la combinación de la caja fuerte.

Pasaron el resto del día preparándose y partieron hacia Scarcliff un poco después de la medianoche. Estaban ya al pie del muro muerto del pueblo; una corriente de energía nerviosa circulaba entre todas. En vez de arriesgarse a pasar por el punto de revisión, iban a escalar el muro. Desde el extremo de las piedras rasguñadas, los sonidos de la vida nocturna surgían como burbujas en una copa de champaña. Del lado en el que estaban ellas, los vengantes clamaban por sangre y eran contenidos solo por el brillante polvo de teomita añadido al mortero. Zee se agazapó sobre su gancho para escalar y volvió a revisar el nudo que había atado al final de él. Mallow abría y cerraba la cámara de su revólver una y otra vez con impaciencia. Violet se recargó en el muro y miró las estrellas. Acababa de tomar su dosis de cardo dulce para esa noche y

era la más tranquila de todas.

—Ya, creo que esto servirá —murmuró Zee. Se irguió y balanceó el gancho unas cuantas veces.

—¡Cuidado! Le vas a sacar el ojo a alguien —siseó Tansy.

—Lo siento.

Zee se dio más espacio, giró el gancho hasta que cobró la velocidad necesaria y lo soltó. Se prendió a la cima del muro con el sonido de un pico en la roca. Jaló la soga un par de veces.

—Muy bien. ¿Quién quiere subir primero? —dijo con una ceja alzada. El muro medía poco más de cuatro metros de alto.

—Violet, ve tú —ordenó Aster.

—¿Por qué yo?

—Porque yo lo digo. Y no olvides rodar cuando caigas.

En realidad era porque Violet podía soportar más tiempo con el favor cubierto que las demás, gracias al cardo dulce. Cada segundo importaba.

Violet maldijo, se cubrió el rostro con un paliacate y trepó el muro con torpeza. Pasó las piernas por la cima y saltó hacia el otro lado. Aterrizó con un *plop* sordo. Tansy y Mallow fueron después, luego Clementine. Al final, fue el turno de Aster.

—¿Estarás aquí con los caballos? —le preguntó a Zee y le entregó el anillo de teomita.

Zee asintió una sola vez.

—Aquí estaré.

Aster tomó la soga áspera entre sus manos. Las piedras se sentían arenosas bajo sus botas. El estómago le dio vueltas al sentirse tan lejos del suelo. No pudo evitar vacilar un instante antes de saltar al otro lado: era una caída más corta que desde su ventana en la Casa de Bienvenida a la carreta, pero también sería un aterrizaje más duro. Jaló la soga y primero lanzó el gancho hacia abajo a fin de poder usarlo de nuevo para escapar. Luego inhaló profundo y se impulsó desde la orilla.

«¡Demonios!», pensó al caer. Rodó al golpear el suelo, pero aún sentía que cada hueso del cuerpo se le sacudía.

—¿Estás bien? —preguntó Tansy.

—Sí. —Se puso en pie y se sacudió el mareo.

No había construcciones en las cercanías y el grupo estaba bien oculto en la oscuridad, pero solo tendrían veinte minutos cuando mucho para terminar el trabajo antes de que sus favores quemaran la tela de los paliacates y las delataran.

—Recuerden, una vez que lleguemos al pueblo, actúen con naturalidad —

les recordó Aster a todas—. Si se esfuerzan demasiado por pasar inadvertidas, solo llamarán más la atención.

—Nadie va a mirarnos más que de reojo —replicó Violet con un movimiento de la mano—. Darán por hecho que cualquier extraño en el pueblo ha pasado ya por el punto de revisión.

—Esperemos que así sea —farfulló Tansy.

Emprendieron el camino hacia el banco.

—¿Dónde dijo Zee que estaba? —preguntó Clementine en un susurro.

Corrieron, rápida y discretamente, por las afueras de Scarcliff. El herrero, el taller de carruajes, la casa santa y su cementerio…, todos los edificios habían cerrado por esa noche.

—Del lado norte de la calle principal, junto a la oficina del legislador —respondió Aster. La cercanía debía ser intencional. La ley sería capaz de responder en segundos a una invasión.

De cualquier forma, el humor de Aster comenzó a aligerarse con el inicio de la euforia que sentía cada vez que atracaban a un brago. Sus oídos cobraban vida con cada sonido en la oscuridad, la piel le picaba con expectación y el corazón le latía como un tambor de guerra. En esos momentos no podía visualizar el rostro de las personas que la habían lastimado, y no le quedaba más que concentrarse en el trabajo. Era el polo opuesto de la funesta alienación que la invadía cuando estaba atrapada en la Casa de Bienvenida.

«Que vengan», pensó.

Estaba lista.

Al fin llegaron al compacto conjunto de edificios de la calle principal, donde disminuyeron el paso a un trote. Dos hileras de tiendas miraban hacia un camino de tierra abarrotado de hombres bien vestidos que entraban y salían de las cantinas, casas de apuestas y la Casa de Bienvenida.

Aster bajó el ala de su sombrero y comenzó a recorrer la calle.

Mallow se rascó el favor bajo el paliacate.

—¿Qué lado es el norte? —preguntó con urgencia. Sus ojos se disparaban de un lado a otro.

—A nuestra derecha —murmuró Aster. Contuvo la respiración al ver la bandera de Arketta afuera de la oficina—. Ahí.

Se abrieron paso entre la gente en la calle. El estómago se le revolvía a Aster cada vez que el cuerpo de un hombre rozaba el suyo. El impulso de huir le recorría todo el cuerpo; se obligó a ignorarlo. «Concéntrate».

El favor comenzó a picarle bajo el paliacate.

Pasaron delante de la oficina del legislador. Aster las guio sin detenerse, con el rostro mirando al frente, incluso al ver el edificio de reojo. Un único oficial

de turno estaba en la entrada, ahuyentando a las polillas que se arremolinaban alrededor de su linterna. Pero habría más oficiales adentro, cuidando a los ebrios o ladronzuelos que pasarían la noche ahí, y unos cuantos más patrullando. Los pueblos de la Canalla siempre estaban muy bien vigilados. Debían estarlo, pensaba la gente, pues ahí vivían los hijos de los peores criminales del mundo.

«Pues esta noche tendrán razones para preocuparse».

Aster tampoco bajó la velocidad al pasar por el banco. Tenían otra parada que hacer antes. Pero la joven lo examinó también: el banco era un modesto edificio con un sencillo rótulo de piedra en la entrada:

banco red rock
sucursal scarcliff

Una enorme ventana daba a una sala de espera y al fondo se veía la jaula del cajero. Aster apenas alcanzó a distinguir la silueta oscura de la caja fuerte en una esquina. Ya que no podrían pasar por la jaula, el plan era entrar por la parte trasera del banco. Era casi una certeza que la conmoción atraería a la ley de inmediato.

Por eso, primero encontrarían a algunos bragos para tomarlos como rehenes: necesitaban poder negociar.

A dos puertas, dieron con una cantina. Aster se detuvo y con la cabeza les hizo una señal casi imperceptible a las demás. Atravesaron las puertas retráctiles.

El interior era asfixiante. Los pisos de madera estaban marcados por las suelas de cientos de zapatos; lámparas de gas a medio iluminar colgaban del techo. El olor a alcohol, humo y sudor golpeó a Aster como un muro en cuanto dio un paso al interior. Las voces de los hombres alrededor sonaban multiplicadas por diez. Hablaban, reían, bromeaban, maldecían. Azotaban las manos sobre las mesas. Los vasos chocaban entre sí. Aster no había estado en una habitación semejante, tan abarrotada, desde Green Creek. Se detuvo de golpe en el umbral; el pánico le subía por el vientre, le llenó los pulmones a tal punto que su pecho amenazó con estallar. Comenzó a ver doble hasta que la cantina completa se convirtió en un suave manchón de luz amarilla y sombras cafés. Sus ideas se diluyeron como tinta bajo la lluvia.

—Aster. —La voz sonaba como si viniese de miles de kilómetros a la distancia. Ni siquiera la reconoció—. Aster. —Sus ojos volvieron a enfocar. Era Violet, parada frente a ella, dándole suaves palmaditas en la mejilla—. Despierta, Afortunada, maldita sea —siseó.

Las duras palabras cortaron la neblina mental de Aster. Torció la boca.

—Estoy bien —gruñó en respuesta y le apartó las manos. Se aferró al último destello de enojo, y una mirada a los ojos de Violet le bastó para saber justo lo que hacía al provocarla: devolverla a la vida. Aster pasó saliva—. ¿Ves algún brago por aquí, o qué? —preguntó con voz temblorosa.

Violet señaló con la cabeza.

—Hay una mesa de hombres por allá que podrían serlo —dijo, y se soltó el cabello y desabrochó los primeros botones de su blusa—. Voy a coquetear un poco con ellos y a averiguar si son bragos. Si lo son, los llevaré adonde estén ustedes. Salgan por detrás y espérenme ahí.

Aster asintió, agradecida, y condujo a las demás por el laberinto de mesas hacia la puerta trasera. Violet era la única de ellas que podía lograrlo, no solo porque era la que mejor representaba el papel sino también porque era la única sangrepura del grupo. Era más probable que los bragos creyeran cualquier mentira que les dijera.

«Y pensar que estuvimos a punto de no traerla con nosotros de Green Creek», pensó Aster. Las pequeñas punzadas de su favor se habían convertido en un ardor constante y pronto comenzaría a brillar con un calor sordo y absoluto.

Salieron en fila por la puerta trasera; sus botas retumbaron en la madera del porche. Solo había otra persona más ahí afuera, un hombre recargado en la pared que succionaba un puro. Le dio un largo golpe y exhaló una prolongada columna de humo. No les prestó atención alguna… todavía.

Aster inhaló una fresca y firme corriente de aire fresco.

—Bien, todas listas con sus armas —murmuró.

Mallow, Tansy y Clementine desenfundaron sus revólveres. Mallow era la única que había aprendido a disparar de pequeña, pero las demás llevaban las últimas semanas practicando cada vez que tenían oportunidad.

Aster tomó su cuchillo. Por los muertos, no iba a paralizarse de nuevo.

Dos minutos después, la puerta trasera rechinó y se abrió de golpe. Violet la cruzó, seguida de tres hombres jóvenes bien vestidos con chalecos a cuadros sobre camisas con ligas plateadas en las mangas, bombines inclinados hacia atrás y relojes de cadenas resplandecientes en la cintura. El más alto tenía cara de niño y una sonrisa altanera en los labios. Aster conocía a los de su tipo, los había visto demasiadas veces. Su ira se acrecentó.

«Concéntrate», se repitió.

—Les dije a mis amigas que habría algunos hombres decentes en este pueblo —les explicaba Violet con voz aguda—. No puedo esperar a que las conozcan…

Clic, clic, clic.

Mallow, Tansy y Clementine pusieron sus armas en las sienes de los bragos y quitaron los seguros. Los hombres recularon y maldijeron por lo bajo.

—¿Qué demonios…?

—¿Es una maldita broma…?

—Silencio —ordenó Aster—. Todos.

El hombre que fumaba dejó caer su puro y abrió la boca para gritar por ayuda.

—No tan rápido —dijo Violet con mucha calma mientras le apuntaba con su revólver—. Una palabra de esto a alguien, y…

El hombre cerró la boca de golpe y salió disparado de regreso a la cantina antes de que Violet terminara de amenazarlo.

Si antes no estaban en un apuro, ahora lo estaban sin duda.

Con Aster y Violet montando guardia, Clementine, Mallow y Tansy les ataron las manos a los bragos detrás de la espalda y los golpearon en la columna con el cañón de las armas. Aster los llevó lejos de la cantina, caminando tan deprisa como podía sin echarse a correr.

—Eres una maldita sangresucia —apuntó uno de los bragos cuando pasaron por un punto iluminado que reveló su propia sombra. Su voz derramaba veneno—. Mi padre es abogado. Cuando se entere de esto…

Aster volteó y lo golpeó en la mandíbula con el dorso de la mano. Por un momento excitante y aterrador, se visualizó continuando el ataque con una puñalada.

—Ni una palabra más, de ninguno —ordenó—. O, por los muertos, los castraré con este cuchillo sucio.

Todos se callaron en ese instante y continuaron caminando en silencio. La cabeza de Aster se nubló de poder. Vio destellos de duda en los ojos de las demás, quienes intercambiaban miradas. No serían capaces de jalar del gatillo si era necesario. Lo supo con repentina certeza.

Pero Aster adquiría más confianza en sí misma a cada segundo. Que esos hombres experimentaran lo que era sentirse impotente e indefenso. Que se retorcieran de vergüenza y suplicaran piedad. Si tenía que decidir entre la vida de sus amigas o la de los bragos, no lo dudaría ni un instante.

Llegaron a la puerta trasera del banco. Para entonces a Aster el favor parecía quemarle un agujero en la piel.

—Hazlo —le dijo a Violet.

Violet caminó hasta la puerta, apuntó su arma a la cerradura y disparó. El ruido fue tremendo, pero la puerta no se abrió cuando Violet la empujó con el hombro.

—Maldita sea —masculló.

Los gritos comenzaron a aumentar en la calle principal. Violet le disparó a la cerradura una y otra vez hasta que vació su arma.

—Cuidado —gruñó Aster.

Pateó la puerta por el mero centro y por fin se abrió. Se remojó los labios y les indicó a todas que cruzaran el umbral. El dolor del favor comenzaba a marearla.

—Están muertas —dijo el brago de Mallow con alegría—. La ley las atrapará, por supuesto.

—¿Qué demonios te dijeron de cerrar la boca? —estalló Mallow y le dio un culatazo en la cabeza. Pero Aster oyó el miedo en su voz. Las manos siempre firmes le temblaron.

El interior del banco estaba oscuro y viciado de olor a polvo. Habían entrado a la jaula del cajero, detrás de la rejilla que daba hacia la sala de espera. Una prolija hilera de escritorios con registradoras cubría el medio muro. Aster volteó a su izquierda y encontró la caja fuerte. Era más alta que ella y tres veces más ancha.

Corrió en su dirección y se arrodilló para probar la combinación. Pudo oír a varios oficiales afuera del banco que intentaban tirar la puerta.

«34, 8, 27, 46, 52».

La rueda hizo clic. Pero Aster debió girarla demasiado rápido, pues la caja fuerte no se abrió.

Repitió la secuencia, mesurando sus movimientos.

—Se nos acaba el tiempo —dijo Clementine con urgencia—. Tenemos que salir de aquí antes de que lleguen por atrás y nos rodeen.

—Está bien —dijo Aster sin más.

—Pero tiene razón. Dejemos a estos tontos y corramos —concordó Mallow.

—Déjenme concentrarme —ordenó Aster.

«34, 8, 27, 46, 52».

«34, 8, 27, 46, 52».

La caja fuerte no abría.

Los oficiales entraron por el frente.

—¡Manos arriba! —rugió uno de ellos.

—¡Tenemos rehenes! —gritó Aster en respuesta—. ¡Atrás!

«34, 8, 27, 46, 52».

Nada.

A juzgar por el ruido, había oficiales caminando ya hacia la puerta trasera, y estaban a la espera de órdenes. Los ojos de Violet se encontraron con los de Aster, quien le hizo un gesto con la cabeza y cuya garganta se cerró.

—¿Por qué carajos no funciona? —se preguntó Aster y pateó la caja

metálica. No era justo. Nunca había sido justo. Era su brillo. Se lo debían. Todos en esas montañas dos veces malditas se lo debían.

«¿Y si no era la combinación de la caja fuerte? ¿Y si esta serie de números era algo completamente distinto?». Habían deseado de forma tan desesperada que esa fuera la combinación, lo necesitaban con tal desesperación…

—Espera un segundo. Ese siete, míralo —dijo Tansy en voz baja, asomándose por encima del hombro de Aster—. Creo que en realidad es un uno.

La mente de Aster se congeló. Estudió los números con detenimiento.

«¡Demonios!».

Intentó abrir la caja fuerte una vez más: «34, 8, 21, 46, 52».

Abrió.

Las rodillas le flaquearon de alivio. A toda prisa desanudó el saco que cargaba en la cintura y comenzó a alimentarlo con lingotes de oro y plata.

—¡Órdenes! —gritó uno de los oficiales. Había ya al menos media docena de hombres al otro lado de la jaula del cajero, con las armas en alto, y tres más montando guardia en la puerta trasera.

—¡Aguarden! —respondió el legislador. Estaba en el frente. Sus siguientes palabras se dirigieron a Aster—. ¡Robar un banco es un delito capital! —gritó —. Pero si dejan ir a esos chicos, podemos negociar.

—Aster, si tienen un tiro limpio, nos matarán —murmuró Violet.

—No te preocupes. No lo harán…

Antes de poder terminar la oración, una ráfaga de dolor proveniente de su favor hizo que Aster se doblara. Las monedas se le cayeron de las manos. Si lo mantenía cubierto, perdería el conocimiento en poco tiempo. Se aferró al saco y se alejó de la caja. El dolor se dibujaba en el rostro de las demás mientras se esforzaban por permanecer de pie. Su piel brillaba por debajo de los paliacates…

—Por el Velo, son Afortunadas… —gritó el brago de Clementine.

Aster volteó y lo golpeó con el puño, pero era demasiado tarde. Las habían descubierto.

—¡Son las chicas de Green Creek! —confirmó uno de los oficiales.

—¡No las dejen escapar! ¿Me oyen? ¡Las necesitamos vivas!

Aster maldijo y se arrancó el paliacate. El alivio de la peor parte fue casi instantáneo, pero el dolor y el resplandor tardarían en desaparecer por completo.

—¡No queremos lastimar a estos hombres! —le gritó Aster al legislador—. Déjennos partir y los liberaremos.

—Sabes que no podemos hacer eso —replicó el hombre.

—Entonces la sangre de estos hombres estará en sus manos.

—Pues parece que hemos llegado a un punto muerto —respondió el legislador con tranquilidad—. Pero no te preocupes… He mandado llamar a los rapiñeros de nuestra Casa de Bienvenida. Ellos se encargarán.

La sangre de Aster se tornó tan fría como su favor estaba caliente. Los oficiales eran una cosa. Pero si los rapiñeros intervenían, sería el fin. Les destrozarían la mente a las chicas y se las llevarían arrastrando.

Volteó a ver a Tansy, Mallow, Violet… y a Clementine. Las palabras no fueron necesarias. Bastó una mirada compartida para que todas supieran qué hacer.

¡*Bam*! Mallow disparó por encima de la cabeza de los tres oficiales en la puerta trasera. Los hombres se agacharon para cubrirse. ¡*Bam!* Otro tiro de advertencia y el aire se llenó de humo de pólvora y pánico.

—¡Fuera del camino! —les gritó Aster a los oficiales.

Una por una, las chicas salieron por la puerta, dejando atrás a los rehenes. Aster fue la última en salir, con el saco de brillo bien apretado en la mano. Las botas golpearon el suelo; se levantó polvo a su alrededor. Mallow disparó otros dos tiros de advertencia.

Los oficiales comenzaron a perseguirlas y a disparar en respuesta.

Una bala pasó silbando junto a la pierna de Aster. Otra golpeó el suelo entre sus pies. La ley intentaba incapacitarlas, no matarlas. Su única ventaja era que la orden era capturarlas con vida.

—Mallow…, deshazte… de… ellos —jadeó Aster mientras respiraba.

—¿Quieres decir…?

—¡No…! Solo… detenlos.

Mallow hizo una mueca, pero frenó de golpe, volteó y disparó las tres balas que le quedaban mientras las demás siguieron corriendo. Aster miró por encima del hombro. Dos de los oficiales cayeron y se sujetaron las piernas. El último disparo había fallado y el tercer oficial seguía tras ellas.

—Mierda —murmuró Mallow y alcanzó a las demás. Sonaba asqueada.

—Dale tu arma, Tansy —ordenó Aster. Atravesaron las afueras del pueblo.

—Aster, no creo… —comenzó a decir Tansy.

—Hazlo. A no ser que quieras dispararle tú.

—Dámela —dijo Mallow en voz baja. Tomó el arma de Tansy, volteó y derribó al último oficial. Pero Aster alcanzó a oír el clamor de los cascos no muy lejos: eran el legislador y los demás oficiales a caballo, persiguiéndolas.

Y los rapiñeros se habrían unido a la caza.

Casi llegaban al muro. Cruzaron el cementerio. Cada respiración de Aster era como tragar fuego. Los músculos se le convertían en gelatina, y el saco con

brillo no dejaba de golpearle la pierna. Estaba segura de sentir que el cerebro le rebotaba en el cráneo. El dolor del favor la había debilitado, las había debilitado a todas. No podían seguir así. Si no lograban llegar a sus caballos, las atraparían.

—¡Las veo! ¡Están al final del panteón! —gritó uno de los oficiales.

Ahí estaba el gancho. Zee estaría esperándolas del otro lado.

«Gracias a los muertos».

Aster se apresuró, balanceó y lanzó el gancho. Se deslizó por el muro y cayó al suelo.

—Aster…

Pasó saliva, lo intentó de nuevo. Esta vez se enganchó.

—Bien. Todas arriba —dijo.

Tansy fue primero; en ese momento Aster notó que tenía las mejillas empapadas de lágrimas. Violet subió después, maldiciendo mientras lo hacía. Luego Clementine, quien le rogó a Aster que tuviera cuidado. Le siguió Mallow, con lo que Aster quedó sola.

Se echó el saco de brillo al hombro. «Tendrás que dejarlo», dijo la vocecita en su cabeza. «No hay forma de que subas por el muro con esa cosa, no sin que te atrapen».

Los disparos tronaron. Los oficiales montados casi llegaban a ella. Pero, por los muertos, no iba a dejar que todo eso hubiera sido en vano.

Mordió el cuello del saco. Escaló el muro. Llegó a la cima. Tiró el gancho al suelo del otro lado para que los oficiales no pudieran seguirla. Después arrojó el saco tras de él pesadamente. Las demás la ayudaron a levantarse. Sus expresiones estaban descompuestas por un pánico fresco.

—¿Qué? —preguntó Aster, conteniendo la bilis—. ¿Ahora qué sucede?

Nadie respondió. No tuvieron que hacerlo. Aster pudo verlo por sí misma.

Zee y los caballos no estaban ahí.

TRECE

—¿Dónde demonios está? —exclamó Aster mientras corría hacia la orilla del bosque. La luna estaba en lo alto del cielo ya y pintaba los árboles con su luz plateada. No podían esperar a Zee; los rapiñeros de Scarcliff estarían encima de ellas en cualquier momento.

—No lo sé —dijo Clementine con voz cruda y destrozada—. No se habría marchado si no fuera por una emergencia. Sabes que no lo haría.

Aster intercambió miradas con Violet. ¿Y si las había abandonado? ¿Y si al fin había decidido que eran una carga demasiado pesada para él, y las dejó morir ahí?

«¿O si Clementine tenía razón y estaba en problemas?».

Del otro lado del muro, el estruendo de los cascos crecía. Los oficiales habían llegado.

—Iremos al campamento; veremos si está ahí —decidió Aster.

—Pero ya empacamos… —empezó a decir Tansy.

—¿Adónde más sugieres que vayamos? —preguntó Aster con dureza—. Los oficiales están en el muro, y sus amigos los rapiñeros no tendrán problemas para pasar por encima de él. No podemos quedarnos aquí. El campamento es el único lugar donde Zee sabría encontrarnos. Veremos si está ahí y luego decidiremos qué hacer.

—Bien. Pero, Aster, no tenemos el anillo de teomita —dijo Violet.

«Mierda».

Darse cuenta de ello hizo que se esfumara su ánimo de pelea. De pronto se volvió más que consciente de los llantos de los vengantes, que surgían y desaparecían más allá de los árboles. Al crecer en la Canalla, una se acostumbraba a ellos. Se aprendía a ignorarlos como se aprendía a ignorar el ruido de la sangre acelerada en los oídos. Pero fingir que los vengantes no existían no los hacía desaparecer.

Si Aster llevaba al grupo hacia ese bosque sin protección alguna, las destrozarían.

—Al diablo —maldijo Mallow y se lanzó hacia los árboles antes de que Aster pudiera detenerla—. Prefiero que los muertos se encarguen de mí y no esos desgraciados de allá atrás. El campamento está a menos de un kilómetro; podemos lograrlo.

—¡Espera! —gritó Tansy y echó a correr tras ella.

Clementine miró a Aster, anonadada.

—Aster, tengo…, tengo que ir con ellas —tartamudeó—. No podrán ver a los vengantes. Y Zee…

Aster asintió. Le hizo una seña a Violet para que las siguiera.

—¡Vamos!

Violet titubeó, como si sopesara una alternativa. Pero era claro que no la había.

Se adentraron en las negras fauces del bosque.

Correr entre los árboles era mucho más difícil que correr por Scarcliff. El terreno rocoso y disparejo amenazaba con hacerles perder el equilibrio a cada paso, y las espinosas ramas de los arbustos les arañaban los brazos y las piernas. La luz de la luna apenas iluminaba lo suficiente para que vieran el camino. Aster hizo su mejor esfuerzo por seguir el paso de las demás, aunque el duro aterrizaje la había sacudido. Se mantenían lo suficientemente cerca del muro muerto como para que los vengantes las hubieran arrinconado, pero en cualquier momento…

Y entonces, ahí estaban. Su atención rodeó a Aster, fría y hambrienta. Reptó por su piel como una corriente vóltrica. La temperatura cayó.

Tansy gimió delante de ellas.

—¡Sophia! —gritó Mallow… Era el nombre verdadero de Tansy. Clementine aceleró y desapareció en la oscuridad.

—Demonios, Aster. No pudiste dejar que hiciéramos un asalto común y corriente —dijo Violet entre sus dientes apretados.

—¡Cállate!

Aster y Violet alcanzaron a sus compañeras: Tansy estaba hecha un ovillo en el suelo, protegiéndose la cabeza con las manos. Mallow se hallaba acuclillada a su lado, rogándole que se levantara. Clementine miró a su alrededor con los ojos enloquecidos de un conejo en una trampa.

—¿Está herida? —preguntó Aster.

—No, solo… es pánico —dijo Mallow—. Nunca la había visto así.

Mallow jamás había sonado tan joven como en ese momento. Un viento sobrenatural comenzó a rodearlas; se pegaba a las costuras de su ropa.

—¡Tienes que hacer que se calme! —dijo Clementine casi en un grito—. Los atrae el miedo. ¡Ya vienen!

—¿Cuántos son? —preguntó Aster.

—Cuento siete. Nos rodean como buitres. Vendrán más en camino. Son… ¡Violet, abajo!

Violet gritó y se tiró al suelo. Un instante después, una garra invisible arañó el tronco del árbol bajo el cual estaba ella. La madera crujió y se astilló con una explosión de sonido. El vengante chilló como un niño sin madre; luego se elevó con pesados aletazos que movieron el aire.

—Tengan piedad, tengan piedad, tengan piedad —rezó Violet. Aster corrió hasta ella, la tomó y la levantó de un jalón.

—¡Vamos! ¡Tenemos que seguir adelante! ¡Es nuestra única oportunidad!

—No vamos a lograrlo —dijo Violet con tono apagado.

El aire a su alrededor se enfrió aún más. El sudor de Aster se le congeló en la espalda. Tansy gritaba. Mallow rogaba. Violet perdía la fe; Aster perdía la cabeza. Clementine retrocedió al ver a los vengantes rodearlas cada vez más rápido y agitar una tormenta que arrancó las agujas de los pinos. Eran tan ruidosos y estaban tan cerca que Aster apenas podía oír sus propios pensamientos.

«Violet tiene razón», entendió en ese momento. Dejó salir una débil risa.

«No vamos a lograrlo».

Mallow tomó a Tansy de la mano y la ayudó a levantarse, temblorosa. Las chicas formaron un círculo, espalda con espalda. Aster desenfundó su cuchillo una última vez, aunque no podría salvarla.

Y entonces Clementine se separó del grupo y esquivó el zarpazo de un vengante.

—¿Qué haces, Clem? ¡Clem! —gritó Aster.

—¡Salvia! Crece en la base de los pinos.

Aster no comprendía. Comenzaba a separarse de la realidad. Parecía tomarle todas sus fuerzas tan solo mover los labios.

—¿Salvia?

—Tiene razón. Podemos quemarla para alejar a los vengantes —dijo Mallow. Miró a Tansy y pareció tomar una decisión, armándose de valor antes de correr detrás de Clementine—. Vamos a hacer que estos malditos se arrepientan de haber venido por nosotras.

Aster entendió al fin a qué se referían. Se encendió una luz de esperanza.

—Las ayudaré —dijo Violet—. Quédate con Tansy y comiencen con la fogata.

Aster asintió y volteó a ver a Tansy.

—Lo siento, Aster —gimió Tansy. Se echó al suelo y se puso a buscar yesca —. Lo siento tanto. He visto lo que los vengantes le hacen a la gente y… me paralicé.

Aster buscó una caja de cerillos en su abrigo.

—Está bien, Tansy —dijo con dulzura—. Yo me paralicé en la cantina. Casi me paralizo justo ahora. Nos ha sucedido a todas.

Tansy apiló toda la yesca que encontró. Aster encendió un cerillo con manos temblorosas. Repasó todos los consejos de Zee para encender una fogata: qué madera iluminaba al arder, cuál producía calor, cuál duraba más tiempo o generaba más humo… Nada de eso importaba en ese momento. Lo único que importaba era quemar suficiente salvia para alejar a los vengantes.

—Los rapiñeros, ellos sabían que esto era lo que yo más temía —continuó Tansy—. Me hacían ver…

—No te preocupes por ellos. No te preocupes por nada. Solo piensa en una canción, Tansy, ¿me oyes? Te prometo que te sacaremos de aquí.

Clementine corrió y lanzó el primer puñado de salvia a la fogata. El olor del humo se endulzó de inmediato.

—Hay más de donde salió ese —dijo, y se aventuró de regreso a la oscuridad.

Violet fue la siguiente. Luego Mallow. Aster estaba acuclillada cuidando del fuego, asegurándose de que siguiera encendido el mayor tiempo posible. Los vengantes parecían retroceder. Sus gritos infernales retumbaban con frustración.

«Por el Velo, podríamos sobrevivir a esto después de todo…».

—¡Cuidado! —gritó Clementine.

Un destello de movimiento a la luz de la luna. Un siseo de las hojas tras el paso del viento. Mallow soltó un grito tan desgarrador como el de los propios vengantes. La piel de Aster se erizó. Nunca, ni siquiera en todos sus años en la Casa de Bienvenida, había oído un sonido tan desesperado. Se puso en pie.

—¡MAL! —gritó Tansy.

Aster y ella corrieron hacia donde Mallow había gritado. Un vengante la había tomado por los hombros con sus garras invisibles y la elevaba por el aire como un águila hace con su presa. Tansy se aferró a los tobillos de Mallow con desesperación. Mallow se retorcía contra el cruel agarre del vengante. Gritó de nuevo. Una mordida apareció en su torso cuando un segundo vengante atacó. La sangre brillaba negra a la luz del fuego.

—¡Ayuda! —rogó Mallow—. ¡Por favor!

Un zarpazo impaciente barrió a Tansy, quien voló por los aires cerca de tres metros. El vengante jaló a Mallow más y más hacia arriba.

Aster corrió tras ellos, ignorando su propio dolor. Por un breve instante, el vengante pasó debajo de un rayo de luz de luna y Aster lo vio en toda su horripilante belleza: el cráneo sonriente con astas, las alas hechas de humo, los dedos demasiado largos que terminaban en garras demasiado largas. El rostro de Mallow era una máscara de terror.

Un disparo estremeció la noche. Aster trastabilló por la sorpresa y cayó con fuerza al suelo. Se levantó. Pero era demasiado tarde: Mallow había desaparecido de su vista.

Un segundo disparo. Un tercero.

«¿Qué demonios sucede?».

Clementine, Tansy y Violet la alcanzaron. ¿Por qué habían dejado la seguridad de la fogata? Ahora todas iban a morir.

—Dawn. —La voz de Clementine, tan sorda y lejana como si Aster estuviera bajo el agua. Clementine le sacudió un hombro—. Dawn, vuelve. Tenemos el anillo…

Un cuarto disparo. Zee apareció un instante después, abriéndose paso entre las chicas. Llevaba la escopeta al hombro; sus ojos estaban helados de concentración. Bajó el arma y ayudó a Aster a levantarse.

—¿Están todas? —preguntó.

—No. Mallow sigue allá afuera —dijo Clementine. Tansy temblaba; su cara estaba empapada de lágrimas.

Zee volteó hacia Aster.

—¿Hacia dónde la llevaron?

Los labios de Aster temblaron. Parecía incapaz de hacer que se movieran.

—Aster. —La voz de Zee era amable, pero firme. La miró a los ojos—. ¿Hacia dónde?

Aster señaló. Zee corrió sin dudarlo, con el arma arriba de nuevo. Desapareció en la oscuridad.

Aster parpadeó y poco a poco volvió a la realidad. Una repentina necesidad de llorar la abrumó. Con mucho dolor, la contuvo.

—¿Qué sucedió? —preguntó al resto.

Violet se veía más aterrada de lo que Aster la había visto jamás.

—El humo de la fogata —dijo—. Zee nos encontró. Tenemos el anillo. Estamos a salvo.

—Qué amabilidad la suya de encontrarnos —gruñó Aster, pero sabía que su enojo era solo un bálsamo para el miedo.

Dos disparos más resonaron.

—¿Mallow…? —preguntó Tansy.

Aster negó con la cabeza, invadida por las náuseas.

—No lo sé.

—Zee la traerá de vuelta —murmuró Clementine—. Tiene que traerla de vuelta.

—¿Dónde diablos estaba?

—No tuvo tiempo para explicar —respondió Violet—. Pero nos dijo que montáramos los caballos. No podemos quedarnos aquí. Los rapiñeros habrán visto el humo también.

La respiración de Aster se desaceleró.

—Muy bien; entonces debemos irnos. ¿Todas están bien?

Violet y Clementine estaban ilesas, pero Tansy cojeaba tras haber sido arrojada por el vengante. Se apoyó en Clementine para ayudarse. Aster tenía heridas en la rodilla y las palmas de las manos. Ignoró el sordo pulso de sus lesiones y se obligó a permanecer en el presente. Volvieron a la fogata, donde los caballos las esperaban.

Tras lo que pareció una eternidad, pero seguro fueron solo unos instantes, Zee se les unió con Mallow en los hombros. Tansy corrió a encontrarlos con pasos inseguros.

—¿Está viva? —logró decir entre lágrimas.

—Por ahora —dijo Zee con tono sombrío. La asentó en el suelo. El rostro de Zee estaba pálido—. Pero ha perdido mucha sangre, Tansy.

El grupo trabajó unido para poner a Mallow sobre la silla de un caballo. Los aullidos de los muertos aparecían y desaparecían a lo lejos.

—Había una patrulla rondando el perímetro del muro muerto —explicó Zee—. Tuve que correr o me habrían atrapado.

Se recargó en la pared de la cueva poco profunda en la que se habían refugiado; su rostro estaba lleno de remordimiento. Aster, Clementine y Violet se sentaron en un círculo a su alrededor mientras Tansy comenzaba a vendar las heridas de Mallow a la luz de una linterna. Les había pedido espacio para trabajar, pero no podía evitar alzar la mirada con preocupación mientras Zee contaba su historia. Mallow aún no despertaba.

—¿Te vio la patrulla? —preguntó Clementine, mordiéndose los labios.

Zee asintió.

—Es difícil no llamar la atención mientras intentas arrear a cuatro caballos asustados por el bosque. Por fortuna, los dos oficiales no me siguieron mucho tiempo; no estaban preparados para lidiar con los vengantes. Pero me hicieron alejarme lo suficiente como para no estar ahí esperándolas. —Pasó saliva y se inclinó hacia adelante para tomar la mano de Clementine—. Lo siento tanto,

Clem. Lamento no haber estado ahí…

—Solo me alegra que estés bien —dijo ella y puso la mano sobre la de él. Parecía alterada por la historia, pero Aster estaba aliviada de que eso fuera todo.

—Pensé que estabas herido. —«O que nos habías abandonado».

—Pudo haber sido mucho peor, eso es seguro —admitió Zee—. Deberemos tener mucho más cuidado de aquí en adelante. —Se sentó y se llevó las rodillas al pecho con una mueca de dolor—. De hecho, sería muy peligroso que nos quedáramos aquí por más tiempo. Los rapiñeros podrán rastrearnos con el fuego.

Aster se tensó; se puso a la defensiva.

—No supimos qué más hacer. La salvia era todo lo que teníamos.

—No, no, lo hicieron bien —le aseguró Zee—. Yo no podría haberlo hecho mejor. Tenemos que seguir adelante, es todo. —Miró a Tansy—. ¿Mallow puede viajar?

Tansy las miró con los ojos rojos e hinchados. Mallow, a su lado, permanecía inmóvil. Tenía un verdor enfermizo debajo de la piel morena, y su pecho subía y bajaba con una lentitud dolorosa. Cada centímetro de su cuerpo estaba cubierto de raspones y golpes tras haber sido arrastrada por el bosque y tirada desde el aire. Las heridas más profundas de las garras del vengante habían penetrado los músculos de sus hombros. Tansy las había cosido con gruesas puntadas negras y envuelto con vendajes blancos limpios.

Pero lo peor de todo era la devastadora mordida en el costado. Tansy le había quitado la camisa y cubierto la herida lo mejor que pudo, pero los vendajes ya estaban empapados de sangre. El estómago se le retorció a Aster con una agonía compasiva. Sus heridas eran muy pequeñas comparadas con las de Mallow.

—No…, no lo sé —tartamudeó Tansy—. Fue peligroso traerla hasta acá. Pude limpiarle y vendarle los hombros, pero esta herida en el costado… —La voz se le quebró—. Solo tenemos provisiones médicas básicas. Necesita un hospital.

—Oye, tranquila —le dijo Clementine, y gateó hasta donde estaba para calmarla.

—Todo esto es mi culpa. Perdí el valor cuando intentábamos escapar.

«No», pensó Aster, «es mi culpa por habernos metido en este desastre en primer lugar».

«Fui demasiado impulsiva. Casi hice que nos mataran a todas. A Violet. A mi hermana».

«Y Mallow… Yo le hice esto…».

—Los vengantes nos habrían alcanzado de cualquier forma. —Clementine le lanzó a Aster una mirada cargada de significado—. ¿Verdad?

—Por supuesto —dijo Aster, forzando a los pensamientos condenatorios a desaparecer—. No es tu culpa que Mal esté herida. Si acaso, es gracias a ti que aún podría salir de esto.

—¿Podría?

—No…, no es lo que quise decir…

—No, no. No puedo perderla —continuó Tansy, aferrada a la mano de Mallow. Sacudió la cabeza—. No puedo hacer esto sin ella. Mal ha estado conmigo desde el principio. En la primera noche en la Casa de Bienvenida, no podía dejar de llorar. Ella estuvo a mi lado hasta que me quedé dormida.

—Lo recuerdo —murmuró Violet. Por primera vez, se guardó cualquier pensamiento crítico que pudiera haber tenido.

—Así que me voy a quedar con ella hasta que despierte —dijo Tansy. Su voz se normalizó—. No puedo esperar que todas me acompañen. No si los rapiñeros vienen en camino. Pero así, si nos atrapan, al menos estaremos juntas.

—No, Tansy. Nadie se queda atrás —dijo Aster con firmeza. Volteó a ver a Zee—. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que los rapiñeros lleguen?

Zee exhaló con fuerza.

—No tienen problemas para moverse en la oscuridad, y no nos tomamos el tiempo para cubrir nuestro rastro. Diría que media hora, cuando mucho.

Tansy comenzó a mezclar ingredientes en su mortero.

—Me apresuraré entonces.

—¿Qué preparas? —preguntó Zee.

—Un estimulante. Mientras más pronto despierte, más pronto podremos evaluar las heridas. Podría no funcionar, pero… tengo que intentarlo.

Tansy vertió la mezcla en un jarro de metal y la revolvió con agua de la cantimplora. Luego la puso sobre los labios de Mallow y la forzó a beberla. Mallow tosió, pero no despertó.

—Dale un minuto —dijo Clementine en el tenso silencio.

Tansy negó con la cabeza y comenzó a palidecer.

—Tendrán que dejarnos.

Y entonces Mallow abrió los ojos y habló; su voz era frágil, pero sus palabras claras.

—La próxima vez que quieras arrancarme la ropa, Tans, no sientas que debes esperar hasta que esté de camino al infierno.

—¿Mal? —Tansy la miró, estupefacta. Una frágil sonrisa se dibujó en su rostro—. ¡Mal!

Se inclinó para llenarle la frente de besos. Clementine y Aster se miraron a los ojos; el alivio circuló entre ambas. Zee mostró una cansada sonrisa, y la relajación de Violet se hizo evidente.

—Cuidado, sigo bastante delicada —dijo Mallow con una risa que se convirtió en una tos violenta que le dejó los labios salpicados de sangre.

—¡Cuidado! Ten, bebe un poco de agua. ¿Cómo te sientes? —preguntó Tansy. Le quitó el fleco de la frente y le sirvió agua en la boca con delicadeza.

—Siento como… si me hubiera arrollado un maldito tren… —dijo. Intentó impulsarse hacia arriba con los codos y se retorció por el esfuerzo. Clementine le ayudó—. Maldita sea. Algo está… roto.

—Tus costillas. Tienes suerte de que no se te haya perforado un pulmón. Aún no estoy segura de que no fue así. No estás en condiciones de cabalgar —dijo Tansy.

—Siempre y cuando sea seguro moverla, puedo atarle las piernas a la silla para mantenerla sobre el caballo. Pero alguien tendrá que ayudarla —dijo Zee. Él ya estaba de pie.

—Déjame cabalgar con ella —le dijo Aster a Tansy. La culpa aún le mordisqueaba el corazón—. Ya hiciste más que suficiente, Tansy, y necesitas descansar. Me aseguraré de que siga despierta.

Tansy sonrió agradecida, aunque sus ojos nunca abandonaron el rostro de Mallow. Humedeció un trapo y lo presionó sobre su frente para limpiarle el sudor.

—¿A… dónde… iremos? —preguntó Mallow.

Aster se hinchó con admiración. Reconocía el cansancio en el rostro de Mallow y también su determinación para ocultarlo. Las dos se aferraban a su fuerza, y para Mallow eso siempre había significado su fuerza literal, física. Cuando despertaba con pesadillas en la Casa de Bienvenida, hacía barras en la viga del techo hasta que el cansancio la vencía de nuevo. Cuando la ira la inundaba y no podía derrotarla con risa, boxeaba con su sombra hasta que el sudor le caía por la frente. Quedaba claro que su vulnerabilidad presente la aterraba, aunque no se permitía demostrarlo.

Pero Tansy tenía razón. Necesitaba un hospital.

—Conozco a algunas personas que podrían ayudarnos —dijo Zee—. Tendríamos que desviarnos, y no son… precisamente doctores, se lo advierto. Pero les confiaría mi vida. Y no nos entregarán.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Aster.

—Porque la ley está tras ellos también. —Zee se apresuró a poner manos a la obra.

Violet torció la boca.

—¿Nos llevará con un montón de criminales?

Pero era lo mejor que Zee pudo haber dicho para convencer a Aster. Ella se encogió de hombros.

—No te preocupes, Violet. Encajarás de maravilla.

Las estrellas giraban encima de ellas mientras cabalgaban para dejar Scarcliff atrás y adentrarse en la oscuridad del valle. Aster cabalgaba con Mallow, sosteniéndola con cautela por la cintura. Debían ir con calma, pero al menos estaban moviéndose. Mallow comenzó a cabecear cada tantos minutos, y Aster la despertaba cada vez. Tansy dijo que sería peligroso que durmiera en el estado en que se encontraba.

—Aster, por el amor de los muertos, deja de picarme como si fuera una maldita rana —maldijo Mallow con lentitud.

—Lo siento. Órdenes de la doctora.

—La doctora es demasiado inteligente para su propio bien.

Aster sonrió un poco.

—Entonces, ¿atrapaste ranas de niña?

Cualquier cosa con tal de que hablara y no se durmiera.

—Insectos, claro; lagartijas, por supuesto. Pero ranas…, nunca. Mi familia del lado de mi padre es descendiente de los Nueve. Una de las creencias de nuestro pueblo es que las ranas son de buena suerte, pues son señal de lluvia en el desierto.

Los Nueve: así era como la gente se refería a la confederación de nueve naciones que había vivido en esa tierra antes de que el Imperio se apoderara de ella y la renombrara como Arketta. Aquellos que se resistieron fueron apresados y enviados a la Canalla a trabajar, los primeros sangresucias. Aun después de la caída del Imperio, no fueron liberados de sus deudas.

—Mi hermano incluso croaba a veces cuando éramos pequeños —continuó Mal—, como si pudiera engañar al cielo y hacerle creer que era momento de una tormenta. —Se rio un poco al recordarlo.

Como la mayoría de las Chicas Afortunadas, Mallow nunca hablaba mucho de su familia. Aun así, Aster se sorprendió por no haber sabido que Mallow tenía un hermano. El corazón le dolió al pensar en cuánto debía extrañarlo.

—Hermano —repitió—. ¿Mayor o menor?

—Gemelo.

«Por el Velo».

—Solíamos bromear diciendo que nuestras almas se habían cruzado al nacer: yo debí haber sido el niño y él la niña. Él siempre fue muy tierno. Alguna

vez me dijo que quería ser un pájaro cuando creciera, pues su único trabajo era hacer del mundo un lugar más bello. Los otros niños intentaban amedrentarlo y yo siempre debía defenderlo. —Una tos húmeda salió de su boca—. Se llamaba Koda. Es probable que ya esté muerto. Las minas no son amables con los chicos como él.

Las palabras golpearon a Aster como un golpe en el vientre.

—Mallow… Lo siento tanto. No sabía.

Mallow se encogió de hombros.

—Todas hemos perdido a alguien —dijo, pero Aster podía oír que intentaba ocultar su dolor de nuevo. Era mejor evitar un hoyo tan profundo—. Pero a veces me digo, si Koda en verdad se hubiera ido, yo habría sentido algo cuando ocurrió, ¿sabes? —continuó—. Así como él debe sentir que yo estoy herida ahora. Estará preguntándose en qué maldito problema me metí esta vez.

Sus palabras comenzaron a arrastrarse y la cabeza se le ladeó. Aster le dio un gentil empujoncito.

—Sospecho que estaría orgulloso de ti —dijo.

—Sí, me gusta pensar eso. —Mallow suspiró—. Tienes suerte de tener a Clem contigo en todo esto.

Aster pensó en lo que su hermana le había dicho en el lago, acerca de que tenían que cuidarse una a la otra.

—Tú también eres nuestra familia, Mal.

Mallow no respondió, y por un momento Aster se preguntó si comenzaba a quedarse dormida de nuevo. Pero entonces habló, más despierta que nunca.

—Kaya —dijo—. Quiero que lo sepas… Kaya. Ese es mi nombre.

Aster sonrió para sí misma.

—Dawn —respondió.

La vegetación del bosque se hizo menos espesa y Zee les hizo saber que estaban cerca.

«Gracias a los muertos», pensó Aster. El sol estaba a punto de asomarse. Mallow no era la única que necesitaba descansar. Un momento después, Aster vio el inconfundible perfil de un pueblo de buen tamaño… pero sin luces ni señales de vida.

—Pueblo fantasma —dijo Mallow, respondiendo a la pregunta tácita de Aster.

—¿De qué nos sirve un pueblo fantasma? —preguntó Aster, impaciente. Algunos pueblos morían en cuanto la mina que los mantenía se agotaba. No quedaban entonces más que edificios abandonados y los aferrantes que los habitaban. Sin duda, ahí no encontrarían un consultorio médico abierto.

—Tal vez la gente de Zee está escondida aquí —sugirió Mallow.

Si lo estaban, eran unos tontos. Los pueblos fantasma tenían mala reputación. Las personas desaparecían, se volvían locas, morían de formas misteriosas y se convertían en fantasmas también.

—No me gusta —masculló Aster en respuesta.

Entraron al pueblo; pasaron por el muro muerto derrumbado. Los cascos de sus caballos hacían eco por las vacías calles de ladrillo. Parches de pasto crecían entre el mortero quebrado. La soga de una asta golpeaba con el viento. Una docena de tormentas de polvo había dejado una capa tan densa como la nieve en todas las superficies, y cada edificio junto al que pasaban tenía ventanas rotas, partes del techo colapsadas o la puerta derribada como un diente podrido.

Nadie habló, como si temieran romper el silencio. Dejaron la parte sangrepura del pueblo atrás y llegaron al campamento minero a las afueras, donde los sangresucias habían vivido en cabañas amontonadas. Algo parecido a una neblina baja las rodeaba.

Aferrantes. Por el rabillo del ojo, Aster distinguió sus contornos humanos difuminados. Una anciana barría su pórtico. Un niño corría detrás de una pelota, una y otra vez. La piel comenzó a arderle. Muchas personas habían muerto ahí sin realizarse. Era posible que casi la misma cantidad hubiera muerto llena de ira.

Lo que significaba que habría vengantes también.

Como si necesitaran otro encuentro con ellos.

«Basta», pensó Aster. Espoleó a su caballo hacia adelante y se emparejó con Zee, quien se había detenido a mirar algo tallado en un árbol: una especie de símbolo que parecía un alacrán.

Zee sonrió, pero no dijo nada.

—Zee —presionó Aster—. ¿Qué demonios hacemos aquí?

—¿Y falta mucho? —intervino Tansy—. Mal en verdad necesita descansar.

—Pues más vale que cabalguemos otro poco, porque si esperan que pase la noche aquí, les tengo noticias —dijo Violet.

—No aquí —dijo Zee y le dirigió su sonrisa. Luego señaló hacia adelante, por un retorcido camino de tierra, hacia la negra boca de una mina abandonada—. Ahí.

CATORCE

—¿Te volviste loco, maldita sea? —le reprochó Violet a Zee.

—¿Qué? ¿No pasaron ustedes su primera noche en una vieja mina?

—Apenas. No fuimos más allá de la entrada —dijo Aster. Lo único peor que pasar la noche en el pueblo fantasma sería pasarla bajo tierra.

—Solo confíen en mí —dijo Zee. Guio a su caballo por el sendero que llevaba a la mina y no les dejó a las chicas otra opción más que seguirlo.

—Lo voy a matar —le farfulló Aster a Mallow.

—Oye, yo lo sostengo y tú lo golpeas —ofreció Mallow con voz fatigada.

Zee se detuvo frente a la boca de la mina. Ahí estaba el símbolo de nuevo, tallado en la madera. Zee desmontó.

—Bien, amigas, a pie a partir de aquí —dijo—. Dejen los caballos. Los anfitriones los mandarán llevar después.

Encendió una linterna y la levantó. El resto se apresuró a desmontar. Tansy y Clementine sostuvieron a Mallow tan bien como pudieron.

Zee comenzó a avanzar por el túnel. El pronunciado descenso hizo que su andar fuera torpe y disparejo. Rocas del tamaño del cráneo de un oso estaban esparcidas por el suelo. Un sendero improvisado de planchas de madera se abría paso entre los escombros de un extremo a otro, pero los años de abandono habían torcido y podrido la madera. Aster oyó más adelante un goteo y el movimiento de tierra que caía. Los sonidos le provocaron escalofríos en la nuca. El aire ahí abajo era frío y encerrado, como el suave y húmedo aliento de un muerto viviente.

—¿Cómo te sientes? —le susurró Tansy a Mallow.

Mallow se remojó los labios.

—A punto de derrumbarme.

—Pues les advierto que el túnel mide casi un kilómetro… —comenzó a decir Zee.

—¿Casi cuánto?

—Maldita sea, Zee.

—Demonios.

—Imbécil.

Zee decidió no terminar su oración. Las chicas dejaron de hablar también; cada una pareció retraerse a su propio espacio de concentración silenciosa. Aster se enfocó en su respiración, en mantenerla lenta y constante, arrugando la nariz al oler la fosa. Era más que consciente del aplastante peso de la tierra sobre ellas. Para entonces, la entrada de la mina era solo un punto de luz que se encogía con cada paso que daban. Su único consuelo era que al parecer no había muertos ahí, lo cual no era común para una mina tan vieja.

Al fin llegaron al final del túnel; el suelo se niveló en lo que parecía una cámara central que se dividía en varios túneles. Zee alzó la linterna.

—den marcha atrás, extraños —retumbó la voz de un desconocido desde la oscuridad. Una constelación de lámparas flotaba en la oscuridad más adelante, pero Aster no lograba distinguir las caras que estaban debajo—. ESTÁN PARADOS SOBRE SEIS BARRILES DE PÓLVORA. UN PASO MÁS Y LOS ENVIAREMOS AL INFIERNO.

Aster miró hacia sus pies, aterrada. En efecto, la tierra había sido removida hacía poco, como si alguien hubiese enterrado algo. Una mecha salía del suelo y cruzaba hacia la oscuridad. Aster comenzó a recular por instinto y se detuvo; el pánico le revoloteaba en el vientre. Le lanzó una mirada fulminante a Zee.

«¿En qué demonios nos metiste?».

Zee alzó las manos en señal de rendición.

—Tranquilos —dijo con voz clara y calmada—. Mi nombre es Ezekiel Greene… Zee. Soy amigo de Sam Daniels. Ayudaba a este grupo a escapar hacia Northrock cuando fuimos atacados por vengantes. Una de las nuestras está malherida y requiere atención médica de urgencia.

—LA CONTRASEÑA.

Zee frunció el ceño.

—¿Desde cuándo tienen contraseña?

—DESDE QUE CADA INFELIZ EN ESTA TIERRA COMENZÓ A VENIR POR NOSOTROS CON SUS PERROS EN BUSCA DE UNA RECOMPENSA. TIENEN CINCO SEGUNDOS…

—¡Momento! —gritó Zee—. ¿Es esta la base de los Alacranes? ¿No son un refugio para quienes huyen de la Conciliación? Conozco su código. Estuve ahí el día que Sam juró respetarlo. No encontrarán a nadie que merezca más su hospitalidad que estas mujeres.

«¿Alacranes?». Aster nunca había escuchado ese nombre y tampoco había oído de nadie que confrontara a los terratenientes y viviera para contarlo. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Dónde estuvieron el día que las robaron a ella y a Clem? Reacomodó su peso y se esforzó por ver los rostros de los extraños.

Un breve silencio. Luego:

—LO SIENTO, PERO NO PODEMOS ACEPTAR A NADIE QUE NO HAYA SIDO TRAÍDO POR UNO DE LOS NUESTROS.

—Si nos hacen irnos, están dejando que una inocente muera.

—todos los días mueren inocentes.

—¡No! ¡Hoy no! —gritó Aster. Mallow estaba por perder el conocimiento, y era un peso muerto sobre Clementine. Las puntadas se le habían abierto. Perdía sangre con rapidez—. ¡Dejen de esconderse en la oscuridad! ¡Muestren la cara! Vean a mi amiga a los ojos cuando le digan que no puede entrar.

Más silencio. Una de las lámparas comenzó a avanzar; las demás la siguieron. Los pasos hacían eco con precisión militar. Aster pasó saliva y miró a Clementine, quien la miró de vuelta con los ojos bien abiertos por el miedo. La boca de Zee era una línea recta.

Los extraños entraron al círculo de luz de las linternas.

Era media docena de hombres jóvenes de aspecto rudo, todos de la edad de Aster o un poco mayores. Como las chicas en la Casa de Bienvenida, eran sangresucias cuyas familias habían sido llevadas a Arketta desde todos los rincones del mundo, aunque compartían cierto fastidio que trascendía sus raídas ropas. Cargaban picos y pistolas, escopetas y cuchillos. Los chicos que estaban atrás se habían ennegrecido la cara para mezclarse mejor con la oscuridad, pero el rostro del líder estaba limpio: mitad piel morena, mitad escarificaciones rojizas por una quemadura.

En las manos traía un rifle de cañón largo.

—No quiero tener que usar esto —les advirtió.

Entonces uno de sus compañeros le dio un codazo en el costado.

—Son las Chicas Afortunadas de los carteles, Cutter —susurró—. Son las que mataron a McClennon. ¿Ves sus favores?

El rostro de Cutter se iluminó con la revelación. Aster se tensó, lista para los problemas. Pasó un largo y tenso momento. Pero entonces Cutter sonrió, bajó el arma y les indicó a los demás que hicieran lo mismo.

—Damas, caballero. Mis más sinceras disculpas —dijo, e hizo una pequeña reverencia con la cabeza—. A nombre de los Alacranes, les doy la bienvenida al Campamento Red Claw. Es un honor recibirlas.

Por el túnel principal corría un carro minero modificado para transportar pasajeros. No cabían todas a la vez, así que Tansy y Mallow subieron primero para ser trasladadas a toda prisa al pabellón médico. Cutter volvió después por el resto del grupo. Tomó la palanca que impulsaba el carro y la jaló arriba y abajo, llevándolas por los rieles. La corriente de aire se filtró por las mangas de

Aster conforme ganaban velocidad. El estómago le brincaba con cada subida y bajada, y haciendo a un lado los problemas que conllevó haber llegado hasta ahí, no podía sino aceptar el alivio que era dejar que alguien más se hiciera cargo de su bienestar por una noche.

—De nuevo, mis disculpas por el malentendido —gritó Cutter por encima del traqueteo de las ruedas. Largo cabello negro y desaliñado le caía hasta los hombros, y ahora que había bajado la guardia, sus ojos cafés brillaban como si siempre estuviera al borde de una alegre risa—. Ya nunca utilizamos esos túneles, así que cuando oímos que alguien baja por ahí, no sabemos si es un intruso. Solían ser solo personas curiosas, de esas que deambulan por los pueblos fantasmas en vez de alejarse, como sus madres les dijeron. Pero a últimas fechas han venido rapiñeros también, y en el norte han tenido espías que intentan hacerse pasar por Hotfoots. Tan solo dos semanas atrás, el Campamento Blueback fue atacado desde adentro.

—¿Hotfoots? —preguntó Violet. Parecía sumamente incómoda por los sucesos de esa noche.

Cutter ladeó la cabeza. No era una pregunta adecuada para un sangresucia tendría que hacer. Pero, por supuesto, Violet no era sangresucia.

—Sí, ya sabes, fugitivos. Gente que intenta escapar de la Conciliación y vive encubierta. Se conjuntan en campamentos como este, escondidos por toda la Canalla. No siempre permanecen ocultos, claro… Apenas el mes pasado un campamento al oeste de Briarford fue descubierto, y todos los que estaban ahí murieron. Pero es lo mejor que podemos hacer hasta que… —Un destello le iluminó los ojos.

—¿Hasta qué? —exigió Violet.

Zee y Cutter intercambiaron miradas. Zee asintió.

—Puedes confiar en ellas.

—Hasta que terminemos de conectar las minas subterráneas para poder sacar a la gente de Arketta y llevarla a Ferron, donde las deudas de los sangresucias no existen —concluyó—. No hay forma en este mundo de cruzar la frontera con la cantidad de protección y vigilancia que tiene, así que pasaremos por debajo.

Aster lo miró fijamente para asegurarse de que no estuviera bromeando. Había oído historias acerca de que se podía atravesar toda la Canalla por sus minas si se conocía el camino…

Tal vez no eran solo historias.

«¿Como la Dama Fantasma?», se preguntó.

Pero no, eso era distinto. No había nada en la construcción de los campamentos subterráneos que requiriera un poder sobrenatural. Deshacer la

maldición de un favor, en cambio…

No. Eso era distinto.

—Así que ¿los Hotfoots son fugitivos y los Alacranes son quienes los albergan? —dijo Violet, meneando la cabeza—. ¿Y su meta es algún día sacarlos del país para que nunca deban responderle a la ley?

Cutter no oyó el tono de desaprobación en su voz o no le importó.

—¡Así es! —dijo con una sonrisa filosa como un cuchillo—. Lo que significa, claro, que la ley también nos busca a nosotros. Por eso nos hacemos llamar Alacranes: vivimos bajo tierra y solo salimos en las noches. Pero no dejamos de ser muy peligrosos para cualquiera que sea tan tonto como para meterse con nosotros.

El carro comenzó a detenerse al acercarse al final del túnel, que brillaba con una cálida luz amarilla. Cutter paró con suavidad y se apeó de un brinco. Le ofreció una mano a Aster y a las demás para bajar. Aster sintió un vuelco en el estómago al tocarlo, a pesar de que sabía que sus intenciones eran buenas.

—Envié a alguien a decirle al capitán Daniels que la situación está bajo control —continuó Cutter—. Querrá hablar con ustedes a primera hora mañana. Pero por ahora las llevaré a sus camas. Sé que tuvieron una larga noche.

«Gracias a los muertos». Estaban exhaustas. Aster solo quería dejar atrás esa interminable noche.

Pero entonces salieron del túnel y el asombro la despertó por completo.

Aster creía que el campamento no sería mucho más que unos cuantos catres amontonados en un antiguo cuarto de suministros. Además, por lo que sabía, las minas eran cerradas y asfixiantes. Su viaje hasta ese punto solo lo había confirmado.

Pero ahora habían entrado en una ciudad subterránea.

Una caverna con la boca bien abierta se extendía frente a ellas, quizá de trescientos metros de superficie y treinta de altura. A pesar de que el techo estaba repleto de estalactitas, algunas tan grandes como para atacar a un caballo infernal, el suelo había sido tallado y pulido para crear una superficie plana y nivelada. Pequeñas chozas destartaladas de madera se conjuntaban en el perímetro, mientras un edificio más grande se erigía en el centro: el salón principal, explicó Cutter, donde todos comían y recibían sus misiones. También les mostró los establos adonde habían sido llevados sus caballos, el pabellón médico, donde atendían a Mallow, y el lago subterráneo, de donde tomaban el agua. Lámparas de minería colgaban de los edificios y los espacios entre ellos, desterrando las sombras. Y en el centro de la plaza, esculpido por manos expertas, un alacrán de garras rojas hecho con teomita.

«Así es como mantienen alejados a los vengantes».

Era como los guardianes de hierro que la gente ponía afuera de sus casas, pero mucho más bello y poderoso.

—¡Por el Velo, podrían ser tan ricos como reyes si vendieran eso! —murmuró Clementine al verlo con los ojos muy abiertos.

—Ah, pero seríamos reyes muertos, pues es lo único que nos mantiene a salvo de los espíritus aquí abajo —dijo Cutter con una risita mientras las guiaba por los angostos corredores—. La mayoría solíamos ser mineros, así que sabemos cómo encontrar vetas de teomita, incluso en las minas abandonadas. Pero nunca es suficiente.

—¿Todos los campamentos de los Alacranes son de este tamaño? —preguntó Aster.

Cutter negó con la cabeza.

—De hecho, este es uno de los más grandes; cuatro docenas de almas. Tuvimos suerte de haber encontrado este sistema cavernoso tan cerca de los túneles abandonados. En su mayoría, los demás campamentos son mucho más pequeños y solo pueden albergar una o dos familias a la vez.

Cutter se detuvo frente a una casa con un agujero en el techo; jugueteó con la manija de la puerta y les indicó que entraran. El mobiliario era escaso: seis literas verticales y una mesa con una lámpara. Sus alforjas y provisiones ya habían sido llevadas al lugar.

—La familia que estaba aquí fue colocada en el Campamento White Eye la semana pasada. Lamento lo del techo. He querido repararlo desde hace tiempo.

Tras dos semanas de dormir a la intemperie, el lugar casi parecía un lujo.

—Es perfecto —dijo Aster, cuyo cansancio había vuelto.

—Gracias, hermano —concordó Zee.

Cutter sonrió.

—Si necesitan cualquier otra cosa, estoy justo al lado. —Señaló hacia una casa con una bandera colgando al frente: un círculo negro con nueve rayos sobre una tela azul, el emblema de los Nueve. En la superficie, la bandera sería motivo suficiente para arrestarlo y ejecutarlo. Las cosas en verdad eran distintas ahí abajo—. Los veo mañana —dijo, y las dejó.

Aster exhaló y Clementine la envolvió en un abrazo. El alivio de su hermana parecía demasiado profundo para expresarse en palabras. Clem se separó tras un instante.

—¿Crees que puedan ayudar a Mallow? —preguntó.

—Confío en que lo harán mejor que cualquier otra persona —respondió Aster con cautela. Compartía la ansiedad de su hermana, pero no quería mostrarlo.

—Mal es fuerte. Saldrá de esto —prometió Zee y se quitó el sombrero—. Y ellos han visto cosas peores, créanme.

Aster se cruzó de brazos.

—Anda pues, dilo ya. Sácatelo de adentro.

—¿Qué? —preguntó Zee, fingiendo inocencia.

—Que fue lo correcto traernos aquí. Es obvio que yo tenía dudas.

—Yo aún las tengo —intervino Violet. Ya había subido a una de las literas y estaba sentada en la esquina, con las rodillas en el pecho. Su sombra rondaba de manera protectora sobre su hombro—. Nosotras no tuvimos otra opción que romper la ley. Esta gente… lo convirtió en su vida.

—«Esta gente» te acaba de abrir las puertas de su hogar —le recordó Aster.

—Casi nos vuelan en pedazos.

—¿Y quién no ha intentado matarnos a estas alturas? A mí me pareció que mostraron un autocontrol admirable.

Violet resopló y se recostó, dándoles la espalda. Aster y Zee compartieron una sonrisita.

—En fin, lo digo en serio. Gracias, Zee —dijo Aster—. Nos salvaste la vida. Otra vez.

Aster, Clementine y Zee eligieron sus literas y se acomodaron para pasar la noche. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que Aster durmió en una cama que la suavidad la dejó estupefacta, aun cuando el colchón tenía bultos y el heno le picaba la espalda. En comparación con el bosque, el silencio era profundo. Ni grillos ni sapos ni viento entre los árboles. Los aullidos de los vengantes se redujeron a un murmullo lejano. La oscuridad también estaba desprovista de estrellas, y mirar por el agujero en el techo era como mirar al Velo.

«Tal vez esto sea lo que se siente estar muerta y enterrada», pensó.

La idea debió llenar a Aster de pánico, pero, en cambio, sintió una paz abrumadora: estaba fuera del alcance de los vivos. No podían lastimarla ahí. Durmió más profundo de lo que lo había hecho en años.

QUINCE

La mañana llegó demasiado pronto. No hubo un amanecer que las despertara, pero el sonido de la campana que llamaba a desayunar reverberó por todo el campamento y sacó a Aster de su sueño. Se sentó en la cama y entrecerró los ojos frente a la luz de la lámpara. Las literas de Mallow y Tansy seguían vacías; debían haber pasado la noche en el pabellón médico. El pánico le provocó un calambre en el estómago a Aster.

Zee ya se estaba levantado y se ponía las botas.

—Cutter pasó por aquí. Dijo que Sam nos esperaba en el salón junto con Mallow y Tansy. No queremos hacerlos perder tiempo.

«Ay, gracias a los muertos». Mal lo había logrado. Su muerte habría recaído en los hombros de Aster, cosa que ella sabía con una certeza enfermiza. Las demás esperaban que fuera la líder, y ella puso sus vidas en peligro al forzarlas a robar el banco. Aunque esa no había sido la razón por la que descubrieron a Zee, la terrible verdad seguía ahí: fue imprudente. Perdió de vista lo más importante: mantener a su hermana y a sus compañeras a salvo.

Pasó saliva.

—Bien, pues. Más vale que nos apresuremos.

El campamento estaba mucho más vivo que cuando llegaron en la madrugada. La mayoría de los Hotfoots parecían ser hombres jóvenes, como Cutter, pero había un par de familias deambulando por ahí también, niños que jugaban a perseguirse por los estrechos pasillos o tomaban a sus madres de la mano. Un anciano estaba sentado en un pequeño banco frente a su casa, cosiendo un agujero en su sombrero. Tres niñas pequeñas saltaban la cuerda con una soga casi podrida. Aster recordó el ruinoso campamento minero donde creció, pero este lugar tenía una sutil diferencia, como si una nube no hubiera cubierto el sol. Todos se paraban más erguidos, se reían más fuerte, se veían a los ojos al pasar.

«No tienen miedo», pensó Aster en un principio, pero luego se dio cuenta de que eso no era del todo correcto. Aún tenían muchas cosas a las cuales temer, como Cutter les había dejado en claro la noche anterior. Pero no estaban avergonzados. No había nadie ahí que los mirara hacia abajo, nadie a quien tuvieran que demostrarle nada. Aster estuvo segura entonces de que así debieron verse los sangresucias antes de perder sus sombras, antes incluso de que los llamaran así.

Zee jugueteó con los puños de su camisa mientras se acercaban al salón, subiéndolos y bajándolos.

—¿Qué pasa? —preguntó Clem.

—Estoy nervioso, eso es todo. Hace mucho que no veo a Sam. ¿Y si ya no nos reconocemos?

—¿Cómo conociste a Sam? —preguntó Aster.

—Nuestros caminos se cruzaron por primera vez hace cinco años, cerca del Valle Negro. Él regresaba a uno de los campamentos después de una cacería, pero resbaló escalando un muro de piedra y se rompió la pierna. Hasta hoy, no tengo idea de cómo hizo para sobrevivir a una caída tan grande, y quizá no lo habría hecho si no lo hubiéramos ayudado; es difícil saberlo. Pero tiene una reputación desde entonces: es demasiado terco para morir.

A Aster le importaba un carajo cómo había sobrevivido Sam a la caída. Estaba mucho más interesada en la cronología de la historia.

«¿Hace cinco años?».

Zee había dicho que apenas tenía dos años de ser un viajante. Dijo que había comenzado a trabajar en eso cuando sus padres murieron, para poder mantener a sus hermanas.

—¿Qué hacías en el Valle Negro? —preguntó Aster. Intentó mantener un tono despreocupado, sin prestar mucha atención al movimiento en su estómago.

Tendría apenas doce o trece años entonces. ¿Estaba solo? ¿Estaba su padre con él? ¿Qué hacía un apostador en medio del bosque con su hijo?

Pero antes de que Zee pudiera responder, Sam Daniels atravesó las puertas del salón.

Aster supo que era él de inmediato, a pesar de que no los hubieran presentado. Caminaba con la confianza de alguien a quien la autoridad le sienta bien. Era alto, de piel oscura y, contrario al resto de los Alacranes, vestía ropa fina: chaleco negro sobre una camisa negra y sombrero también negro; el único viso de color era su corbata roja. Su nariz parecía haberse roto varias veces, y su sonrisa estaba igual de torcida. Una pistola chapada en oro le colgaba de la cadera. No debía tener más de diecinueve o veinte años, pero su mirada era la

de alguien tres veces mayor.

Sonrió al ver a Zee y se convirtió en un chico de nuevo.

—Demonios, qué gusto me da ver esa cara horrenda —exclamó.

Zee sonrió en respuesta y los dos se fundieron en un abrazo y se dieron palmadas en la espalda.

—Ha pasado demasiado tiempo, hermano —comentó Zee.

—Tienes que contármelo todo —dijo Sam—. Pero primero comamos. Vengan conmigo. —Volteó e indicó que lo siguieran.

El interior del salón estaba lleno de mesas largas y hombres jóvenes encorvados sobre platos de bollos y frijoles. Por un instante, el mismo pánico paralizante que se apoderó de Aster en la cantina de Scarcliff se hizo presente: boca seca, manos sudorosas, mareo y estómago pesado. Estaba en desventaja numérica, rodeada, expuesta. Pero ahí, a diferencia de lo que ocurrió en Scarcliff, fue capaz de tranquilizarse. Estos hombres no eran bragos, oficiales ni rapiñeros. Eran aliados. La habían aceptado.

Aster recobró la compostura mientras el grupo se dirigía a una mesa al final de la sala. Detrás estaba un chico rechoncho y de mandíbula tensa que bien podría ser el hermano de Sam. Este tenía el cabello corto, pero el chico era tan calvo como un foco; la luz de las lámparas se reflejaba en su liso cuero cabelludo. Era el primer Alacrán que Aster veía que parecía en verdad infeliz, enojado incluso. «¿Cuál es su problema?», se preguntó. Miraba de forma amenazante a la corta hilera de personas que esperaban que sirviera comida en sus platos.

Y al final de la fila…

—¡Mal! —chilló Clementine. Corrió hacia el frente para abrazar a Mallow, quien le lanzó una sonrisa cansada y la rodeó con los brazos. Sus movimientos eran tiesos y dolientes, pero a pesar de eso, parecía estar mucho mejor. Tansy también. Nunca le quitaba los ojos de encima a Mallow, como si eso evitara que desapareciera, y cada tanto una sonrisa imprevista se le dibujaba en el rostro.

—Gracias por esto —le dijo Aster a Sam, relajando el pecho.

Sam se encogió de hombros.

—El trabajo mismo es recompensa —dijo—. Reservé una mesa para nosotros, vengan. Tú y tus amigas, háganse de un plato y acompáñenme cuando estén listas.

Aster, Violet y Zee se unieron a los demás en la fila. El hambre le arañaba el estómago a Aster. Extendió su plato de hojalata hacia el chico que no sonreía, quien le sirvió una cucharada de frijoles sin decir una palabra. Pero los ojos se le iluminaron en cuanto vio a Zee.

—Es bueno verte de nuevo, Greene —dijo con voz sorprendentemente

suave—. Todos creíamos que estabas muerto.

—Sí, vaya, no pueden deshacerse de mí tan fácil —dijo Zee con un ligero rubor. Aster supuso que no estaba acostumbrado a recibir tanta atención.

—¿Qué te trae por aquí?

—Solo ayudo a las chicas a llegar a Northrock —respondió Zee y señaló a las demás—. Señoritas, él es Elijah, el hermano de Sam.

—Eli —corrigió el chico. Su rostro había vuelto a su expresión original, pero su voz aún era gentil—. Todas pueden llamarme Eli.

El grupo tomó asiento junto a Sam, quien estaba ocupado escribiendo algo en un diario. Lo cerró y extendió los brazos en señal de bienvenida. Le faltaban los últimos dos dedos de la mano izquierda.

—¿No vas a servirte un plato? —preguntó Zee.

—No creo en el desayuno. Un vaso de agua fría me es suficiente. Me ayuda a despejar la mente.

—Había olvidado lo quisquilloso que eres para comer.

Sam esbozó una risa sorprendida.

—¿Me insultas bajo mi propio techo? Olvidas que yo también conozco historias comprometedoras sobre ti, Greene.

Aunque era claro que bromeaba, un destello de miedo genuino atravesó el rostro de Zee. Clementine alzó una ceja y sonrió.

—¿Qué clase de historias?

Pero Sam ya había dejado atrás el tema. Se le notaba una intranquilidad disimulada, como una lagartija que camina sobre arena caliente.

—Dime, hermano, ¿el cazador en verdad se ha transformado en la presa? Cuéntame cómo fue que terminaste trabajando con las criminales más buscadas de Arketta en medio siglo.

«¿Zee, cazador?». Aster frunció el ceño.

«¿De qué?».

Zee no respondió; en vez de eso comenzó a contar cómo las había conocido. Aster guardó silencio y dejó que fueran los demás quienes hablaran. Luchó por contener el pánico que había comenzado a devorarle las entrañas como un enjambre de langostas. Se sentía rodeada, avasallada. Quizá Zee se sentía seguro entre todos esos hombres, pero eso no significaba que ella también. Al igual que Aster, Violet permaneció en silencio absoluto y jugaba con su comida. El mal humor de la noche anterior solo se había agudizado.

—Pues me alegra que se hayan hecho un tiempo para visitarnos —dijo Sam cuando al fin terminaron—. Solo que me habría gustado que fuera en otras circunstancias.

—Ah, sabes que habría venido a saludar de cualquier forma —respondió

Zee, al parecer más tranquilo ya.

Aster abrió la boca para hablar. Esperaba que Sam les relatara su propia historia, pero entonces él se levantó y tomó su diario.

—Hubo un derrumbe en uno de los túneles del sur y necesitamos despejarlo, así que me temo que tendré que dejarlas. Pero insisto en que celebremos esta noche con un festín. Haré que mi hermano saque el licor bueno. Hasta entonces, descansen, báñense… Consideren este lugar como su hogar.

Las dejó.

Clementine le dio un empujoncito a Zee en cuanto Sam estuvo fuera de su vista.

—No veo por qué estabas tan nervioso. Es claro que te adoran aquí.

—Sí, nunca nos dijiste que tenías amigos. En verdad pensaba que nosotras éramos las primeras —se burló Mallow. Pero luego comenzó a toser, así que Tansy se apresuró a tomarle la mano.

—Calma, Mal. Necesitas volver a la cama.

—Solo si vienes conmigo.

Violet hizo una mueca de hartazgo.

—No se emocionen, son literas amontonadas. Pero yo también volveré a la casa, si quieren seguirme.

A Aster no le sorprendió que Violet quisiera recluirse hasta la hora de la cena; pero al final, todas menos Aster decidieron volver. No las culpaba, solo los muertos sabían cuándo volverían a descansar así; sin embargo, no estaba lista para acompañarlas. Las palabras de Violet en la cascada hicieron eco en su cabeza. «No estoy acostumbrada a tener todo este tiempo para pensar».

Tenías que seguir corriendo, ese era el secreto. Si te detenías, los problemas te alcanzaban.

Quizá podía usar el tiempo libre para contar el brillo; estaba ansiosa por saber cuán grande era el botín del banco. Pero, por otra parte, no quería arriesgarse a que los Alacranes supieran que llevaban brillo. Sam parecía bastante honesto, pero, de cualquier forma, no conocían a esas personas. No de verdad, aún no.

«Encontraré a alguien que me cuente más sobre este lugar», decidió.

Y si también podían contarle más sobre Zee, aún mejor.

Mientras el resto del grupo salía del salón, la mirada de Aster se dirigió al hermano de Sam, Eli, quien estaba ocupado con la limpieza de la mesa una vez que el desayuno había terminado. Un trapo raído le colgaba del grueso hombro, y tallaba la madera rayada cada vez que encontraba una mancha. No le pareció que fuera alguien muy propenso a hablar cuando se conocieron, pero ¿quién

sabría más sobre los Alacranes que el hermano del capitán?

Aster se dirigió hacia él.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó, aclarándose la garganta de forma torpe.

Eli alzó la mirada y entrecerró los ojos negros.

—No.

—Sam dice que prepararás un festín para esta noche, así que me cuesta trabajo creerte.

—Puedes creer lo que se te dé la gana. —Apiló los platones en un carro y lo empujó hacia la puerta de la cocina.

Sus palabras golpearon a Aster. El dolor no tardó en transformarse en rabia. Comenzaba a creer que ese lugar era en verdad un refugio, pero ese imbécil la trataba como al lodo en sus botas.

Aster se interpuso en su camino. Se cruzó de brazos.

—¿Tienes algún problema conmigo?

—No… Yo… —Parecía en verdad sorprendido.

—No vine hasta acá para que alguien como tú me juzgue.

Eli alzó las manos en señal de paz. Las líneas de sus palmas eran profundas.

—No te juzgo. Lo siento si… No soy como mi hermano. No soy bueno para conversar. Por eso él recibe a la gente y yo solo preparo la comida.

Aster se suavizó y se apartó de su camino. Lo siguió a la cocina. Él no protestó.

—Pues yo tampoco soy buena para conversar —masculló; el calor se le subió a la cara—. Solo tenía… curiosidad, supongo. Cuando era pequeña oí hablar sobre los escondites de los Hotfoots, aunque jamás creí que vería uno. Pero si no quieres hablar…

—¿Cuándo dije eso? Mira, si deseas quedarte por aquí, no te lo voy a impedir —dijo Eli—. ¿Quieres lavar la loza? Porque los muertos saben que yo no. Ten.

Le lanzó el trapo y señaló un fregadero. Aster se arrepintió un poco de su propia necedad, pero supuso que, con todo lo que los Alacranes estaban haciendo por ellas, podía al menos lavar unos cuantos platos.

Trabajaron en silencio unos minutos. Ella lavaba y él secaba. Pero era un silencio cómodo, y la tarea resultaba relajante. Eli no la miraba. No la tocaba. No parecía esperar nada de ella. Era un alivio inconmensurable.

—¿Hace cuánto que viven aquí Sam y tú? —preguntó Aster después de un rato. Estaba acostumbrada a hablar de nimiedades con los hombres, pero Eli no actuaba como los bragos de la Casa de Bienvenida. A esos les encantaba oír su propia voz. Era obvio que a Eli tendría que extraerle las palabras.

Eli frunció el ceño aún más.

—Hemos vivido en Garra Roja un año —dijo—, pero llevamos mucho más tiempo con los Alacranes. Nos acogieron cuando éramos solo un par de niños Hotfoots. Sam se enamoró de ellos y decidió unirse. No le tomó mucho tiempo ascender hasta capitán.

—¿Quién está por encima de él?

—No funciona así. Los Alacranes no tienen un único líder. Cada campamento tiene su propio capitán, sus propias reglas, su propia manera de hacer las cosas. Trabajamos juntos tan bien como podemos.

—Suena… complicado.

—Lo es —contestó Eli sin más.

Aster no se rindió.

—Entonces, si Sam es el capitán de este campamento, eso te convierte en el segundo al mando, ¿cierto?

—Cutter es el segundo al mando. Yo solo trabajo aquí.

Habían terminado con los platos, y ahora Eli le indicó con la cabeza que lo siguiera a la despensa. La habitación estaba cubierta por estantes con comida, desde productos secos y carne salada hasta bolsas de frijoles y barricas de vino.

—Es como vivir en una cava gigantesca —explicó Eli—. Está húmedo y frío todo el tiempo. Todo se mantiene fresco. Pensé en hacer estofado de chiles para esta noche. Eso significa picar muchas verduras.

—Por mí está bien.

En realidad, a Aster ya se le había comenzado a hacer agua la boca. No habían disfrutado de una comida de verdad desde que dejaron la Casa de Bienvenida. Eli le entregó una red para el cabello; Aster se la puso en la cabeza de la mejor forma que pudo y se sintió como una tonta. Eli sonrió un poco.

—Mejor quitárselo todo, como yo.

—No todos podemos andar por la vida como una bola de billar.

Eli le dio un saco y comenzaron a juntar verduras: chiles, cebollas, tomates, ajo y camotes.

—¿De dónde sacan toda esta comida? ¿La cultivan ustedes mismos? —inquirió Aster mientras arrugaba la nariz por el olor de las cebollas.

Eli negó con la cabeza.

—Tenemos que conseguir provisiones en la superficie con proveedores amigos, y hacemos intercambios con los demás campamentos también. Es imposible lograr que en estas cavernas crezca algo además de hongos y moho.

—¿Te gusta vivir así? ¿Vivir… aquí?

Eli estuvo callado tanto tiempo que Aster supuso que no la había escuchado. Se echó una pesada bolsa de frijoles al hombro con facilidad engañosa.

—Uno siente que debe responder que sí a una pregunta como esa —dijo por fin—. Hay gente que no quiere nada más que ser acogida por los Alacranes. Pero yo no nací para vivir bajo tierra. Ninguno de nosotros nació para eso. Extraño el sol, el clima, el viento y la lluvia, el olor de los árboles. Todo.

—Llegas a sentir que ya estás muerto y enterrado —dijo Aster tras recordar la extraña sensación que la abrumó la noche anterior.

Eli la miró de frente por primera vez.

—Exacto. Odio que nos hayan perseguido hasta aquí. Esto es lo mejor que cualquiera de nosotros puede esperar.

«Como Green Creek», pensó Aster de repente. Se suponía que las mujeres debían estar agradecidas de que las llevaran a vivir a una Casa de Bienvenida. Se suponía que los hombres debían estar agradecidos si conseguían vivir en un hoyo en el suelo.

—¿Intentarás escapar a Ferron cuando llegue el momento? —preguntó Aster—. Cuando los túneles estén listos, quiero decir.

Eli meneó la cabeza.

—No lo creo. Mi hermano dice que le debemos a nuestra gente quedarnos a luchar contra los terratenientes. Somos afortunados de poder hacerlo. No todos pueden. —Suspiró—. Y sé que tiene razón. Es solo que a veces quisiera no tener que luchar en absoluto. Parece que he luchado desde el día en que nací. Habría preferido crecer despacio, como deberían crecer los niños.

Fue como si hubiera sacado la idea de la cabeza de Aster, una idea que ella no sabía que tenía ahí adentro. Pero si reconocía el peso de lo que había perdido, la aplastaría.

—Quisieras poder empezar tu vida desde cero —comentó, un poco para sí misma. Eli asintió—. Con un cuerpo nuevo que ellos nunca hubieran destrozado y una mente sin malos recuerdos aún. Sí… —Rio con suavidad—. Lo pienso con frecuencia.

Inquieta, siguió a Eli de regreso a la cocina. Comenzaron a picar las cebollas y a remojar los frijoles. Por un momento, Aster se sintió como una Chica del Amanecer otra vez, limpiando y pelando hasta tener las manos en carne viva. Pero, por supuesto, ahí no había rapiñeros que la obligaran a trabajar más rápido o la llenaran de pavor. Y podría disfrutar la comida que preparaba.

—¿Qué hay de ti? ¿Cuál es tu plan? —preguntó Eli después de un tiempo.

Aster vaciló.

—Intentamos encontrar a la Dama Fantasma —respondió mientras empezaba a trabajar con los chiles—. Es la mujer que puede deshacerse de los favores. —La idea le pareció absurda tan pronto salió de su boca, así que se puso a la defensiva antes de que Eli pudiera burlarse de ella—. Una de las chicas

de nuestro grupo, Violet…, tiene contactos que nos pueden ayudar con eso.

Eli levantó una ceja.

—Ah, ¿sí?

Sin duda era una exageración de la verdad. Pero no una mentira absoluta, o al menos eso esperaba Aster.

—¿Tú sabes algo de la Dama Fantasma? —preguntó.

Eli sacudió la cabeza.

—Nada más que lo básico de la historia. Cuando era más pequeño, me encontré con mujeres que habían sido expulsadas de sus Casas de Bienvenida por la edad. Intentaban quitarse los favores, la mayoría de las veces quemándolos o cortándolos, pero ninguna tuvo suerte. Les quedaron cicatrices en la cara, y sus favores se volvieron más dolorosos que nunca. No digo que les vaya a ocurrir lo mismo a ustedes —añadió de inmediato y le lanzó una mirada a Aster—. Estoy seguro de que la Dama Fantasma sabe lo que hace.

—Ya —murmuró Aster, aunque se arrepentía de haber preguntado. Se arrepentía de haber puesto tantas esperanzas en una mujer de la que sabían tan poco, una mujer que quizá ni siquiera existía.

Eli estaba sazonando los frijoles con especias.

—En fin, Zee es buena persona por ayudarlas a llegar a Northrock —dijo, en un intento por aligerar los ánimos.

—Seguro… ¿Y conoces bien a Zee? —preguntó Aster, esperando haber sonado casual. Su curiosidad por el pasado de Zee podría no sentarle bien a Eli… Tampoco el que estuviera segura de que Zee mentía sobre sí mismo.

Eli negó con la cabeza.

—No como mi hermano. Yo procuro no meterme con los demás —contestó. «Maldita sea», pensó Aster—. Pero no tengo más que respeto por él —continuó—. Que las lleve con la Dama Fantasma me recuerda un poco lo que queremos hacer por nuestra gente algún día, ayudar a los Hotfoots a cruzar la frontera.

Con eso, una idea atajó la breve decepción de Aster.

—Eli…, ¿y si trabajáramos juntos? —sugirió, despacio.

—¿Qué quieres decir?

—Los Alacranes luchan para ayudar a los sangresucias, ¿cierto? Eso incluye a la mayoría de las Chicas Afortunadas. Deberían auxiliarlas también. Y nosotras podríamos apoyarlos a ustedes. Los terratenientes visitan las Casas de Bienvenida, y los conocemos mejor que ellos mismos. Sabemos de sus hábitos, sus planes. Imagina… —dijo, pero Eli negó con la cabeza—. ¿Qué? —exigió Aster.

—Nada. Lo siento. Es solo que…, pues, tus amigas y tú son especiales: se

deshicieron del hijo de McClennon y han sido una pesadilla para la ley. Son leyendas por estos rumbos. Pero les costaría mucho trabajo hacer que más hombres quisieran trabajar con otras Chicas Afortunadas.

Aster se enervó.

—¿Y eso qué significa?

Eli debió ver la expresión de Aster, pues dio marcha atrás.

—Olvida lo que dije.

—Lo que imagino es peor que la verdad. —Eli no dijo nada y picó el ajo con el ceño fruncido. Una alarma recorrió la nuca de Aster y le erizó el vello de todo el cuerpo—. Eli…, ¿estoy a salvo aquí? —preguntó con cautela—. Mis amigas, mi hermana, ¿estamos a salvo?

Pareció tomarle un minuto a Eli entender a qué se refería, pero en cuanto lo comprendió, se apresuró a tranquilizarla.

—Por supuesto —dijo. Bajó el cuchillo y la miró a los ojos—. Siempre, Aster. Mi hermano jamás permitiría que alguien les hiciera daño. Yo tampoco, sobra decirlo. Este lugar no funciona así. Están a salvo aquí. Siempre.

Aster exhaló, medio aliviada, medio exasperada.

—Entonces, ¿a qué diablos te refieres? ¿Por qué los Alacranes no ayudarían a las chicas como nosotras?

Eli suspiró y retomó el cuchillo.

—Es… el resentimiento con el que cargan algunos hombres por aquí, en lo que respecta a las Chicas Afortunadas. Por ejemplo, Ian, uno de mis compañeros de habitación: cuando oyó que ustedes estaban aquí, comenzó a hablar de las chicas con las que había crecido y que terminaron en la Casa de Bienvenida. Y lo que tenía que decir sobre ellas fue… no muy amable que digamos.

—¿Y? ¿Qué dijo?

—Preferiría no repetirlo.

—Eli, he oído cosas que te harían llorar. No me trates como a una niña. Dime lo que dijo tu amigo.

Eli se miró las manos como garras de oso. Sus nudillos estaban llenos de cicatrices. Al fin habló:

—No es mi amigo —contestó con los labios rígidos—. Y lo que dijo fue: «Nosotros nos partíamos la espalda en las minas, pero al menos ese era trabajo honrado. Las Chicas Afortunadas venden sus almas, se acuestan con el terrateniente para vivir en su mansión y beber su vino. Son traidoras de doble cara que se merecen todo lo que reciben».

Aster apretó los dientes. Jaló aire por la boca casi cerrada.

—¿Y tú qué dijiste?

Eli se encogió de hombros.

—Le dije que, si se iba a comportar como un imbécil, podía pasar la noche en los establos. Bien podría seguir ahí.

Aster exhaló.

—¿Cuántos aquí piensan como él? —preguntó con voz grave.

—No todos —respondió Eli deprisa—. Ni siquiera la mayoría, pero… los suficientes. Eso es lo que más odio de la Conciliación, creo, que pone a los desesperados a pelear entre sí. Tienes razón, deberíamos ayudarnos. Es la única forma. —«Pues qué lástima. Yo ya no tengo ninguna intención de ayudar a estos idiotas», pensó Aster—. La cosa es —continuó Eli— que no solo los hombres como Ian son el problema. Hay, además…, razones prácticas por las que no hemos podido auxiliar a las Chicas Afortunadas —titubeó—. Bastante difícil es ayudar a los mineros a escapar de los campamentos, pero ayudar a las chicas a salir de las Casas de Bienvenida… Esos lugares parecen fuertes militares. Es casi imposible entrar; no hablemos de salir.

—Sí, lo sé.

Permanecieron en silencio largo rato, pelando las papas, oyendo el agua hervir en la olla. Así es como Aster se sentía: hirviendo de rabia. El favor le quemaba. ¿Cómo se atrevían a considerarla una traidora? Ella nunca pidió nada de lo que obtuvo. No tenían idea de lo que hablaban. Ellos eran los traidores, por abandonar a la gente que más los necesitaba, por rendirse sin siquiera intentarlo.

—Tienes razón en enojarte —dijo Eli al fin. Había empezado a picar los tomates.

Aster lo miró de reojo.

—No sabía que necesitaba tu permiso.

—No es eso. Solo… te admiro por ello. Es como dije: todos nos dicen que deberíamos estar agradecidos. Es difícil permitirte también estar enojada, ¿sabes?

Aster barrió las cáscaras de las papas que había pelado hacia la composta, mientras se preguntaba si debía responder con la verdad. Pero, dado lo honesto que él había sido, supuso que lo menos que podía hacer era devolverle el favor.

—Es solo que me asusta, Eli…, lo enojada que estoy, todo el tiempo —admitió—. Hace solo dos días robamos un banco en Scarcliff. Y… me dejé consumir tanto por mi furia hacia los bragos que nos insultaban, hacia los terratenientes cuyo brillo nos llevábamos, hacia los oficiales que querían capturarnos, que no pensaba bien. Estaba tan desesperada por lastimarlos que no me importó si me lastimaban, ¿ves? Y mi imprudencia casi hace que maten a mi amiga. Así es como terminamos aquí. —Sacudió la cabeza; el estómago se

le revolvía—. No creo que ellas me culpen, pero yo sí lo hago. A veces pienso que me iría mejor si nada me importara. —Pensó en Violet, en Violet y su frío desapego—. Al menos sería más feliz, tal vez.

Eli chasqueó la boca.

—No lo sé. No puedes evitar preocuparte por algunas cosas, y fingir que no es así no resuelve el problema —contestó, pensativo—. Pero la ira…, la ira hace que las cosas sucedan. A veces, al menos. Solo tienes que asegurarte de usarla y jamás dejar que te use. Es entonces cuando te vuelves imprudente, cuando terminas lastimándote y lastimando a la gente que te importa. Pero la ira por sí misma no te convierte en mala persona, no lo creo. Solo te hace humana. —Miró a Aster con un brillo pícaro en los ojos—. Así que… ¿robaron un banco? Tendrás que contarme más al respecto.

Eso logró arrancarle una sonrisa a Aster, quien se relajó, aunque solo un poco.

—Permíteme empezar por el principio.

La noche se posó sobre el campamento, y Aster sonó la campana para informar a todos que la cena estaba lista. Habían preparado tres tinas de estofado de chiles junto con pan de maíz y fermentado de raíz frío. La gente comenzó a entrar al salón en parejas y tríos: los Alacranes, los Hotfoots, y al final el propio grupo de Aster. Todas se veían mucho más descansadas, incluida Mallow.

Aster corrió a encontrarse con ellas.

—¡Aster! ¿En verdad trabajaste en la cena todo el día? ¿Cómo es que no estás a punto de desplomarte? —preguntó Tansy, cuyos ojos brillaban ante la imagen de la comida sobre la mesa.

Aster volteó a ver a Eli, quien ya se había instalado en su puesto detrás de la mesa de servicio como un pianista a punto de tocar su pieza favorita. Sonrió.

—Tuve ayuda.

El ambiente en el salón por la mañana había sido apagado; todos aún batallaban por despertar por completo o se enfocaban en el día que tenían por delante. Ahora, por el contrario, el parloteo y las risas hacían eco por toda la habitación. En una de las mesas, alguien comenzó a entonar una hipnótica melodía con su guitarra, mientras en otra un grupo cantaba una canción para beber: «Un trago para la riqueza, uno para el matrimonio. ¡Uno por los vivos, dos por los muertos!».

Sam Daniels entró después de que casi todos hubieran tomado asiento, saludando por nombre a cuanta persona se encontraba. Acompañó a Aster y las demás en su mesa, junto a Cutter y otros de los Alacranes más jóvenes. Una vez

que todo el mundo tuvo comida enfrente, Eli se sentó en esa mesa también. Tras pasar todo el día en la cocina, Aster pensó que había perdido el apetito por la comida que preparó. Pero, tras el primer bocado, el hambre volvió. El denso estofado rojo y el pan de maíz le provocaron calambres de deseo en el estómago.

Cuando acabaron de comer, un chico llamado Lewis sacó una baraja. Tenía la piel tersa y dorada, y el cabello largo y negro atado en una coleta. Comenzó a repartir las cartas con una pequeña sonrisa dibujada en la orilla de los labios.

—Vamos, Lewis, no podemos jugar cartas. Hay damas presentes —dijo Cutter.

—Parece que a alguien le da miedo perder contra una chica —lo provocó Clementine.

Cutter se cruzó de brazos.

—Sam, dile que tengo razón.

Sam ya estaba acomodando su mano.

—El perdedor lava los platos.

—¿A qué jugamos? —preguntó Tansy, emocionada. Todas habían visto a los hombres jugar en el salón de apuestas de la Casa de Bienvenida, pero, por supuesto, nunca se les permitió participar.

Lewis comenzó a explicar las reglas. Aster estaba demasiado exhausta para seguir el hilo; el largo día por fin comenzaba a alcanzarla. Pero aceptó quedarse despierta un poco más para ver el juego de Clementine.

—No comprendo —se quejó Zee una vez que Lewis terminó de exponer las reglas—. Tienes que empezar de nuevo y explicármelo como si tuviera cinco años.

—Espera. ¿Acaso tu papá no era un gran apostador? ¿Cómo puedes ser tan malo en esto? —lo molestó Clem.

Zee abrió y cerró la boca, al parecer demasiado desprevenido para articular una respuesta. Sam miró a Zee y levantó una ceja, pero no dijo una palabra.

—Él… Yo nunca… —trastabilló Zee.

—Ya te pondrás al corriente, Ezekiel —dijo Mallow, impaciente—. Solo quiero saber qué apostamos. Están locos si creen que vamos a arriesgar nuestro brillo.

—No, claro que no —dijo Lewis—. Digamos que apostaremos… secretos. El ganador de cada mano puede hacer una pregunta a los demás.

Aster y Violet intercambiaron miradas. A Aster no le agradaba la idea. Podía imaginarse la clase de preguntas que un grupo de hombres jóvenes querría hacerles a unas Chicas Afortunadas.

Pero no protestó y, conforme avanzó el juego, se sintió aliviada de ver que

esos hombres jóvenes estaban más interesados en su travesía que en cualquier otra cosa. Al parecer habían oído historias ya de otros viajeros o lo habían leído en los carteles, pero era claro que la narración se transformaba con cada relato nuevo.

—¿Y cómo robaron la diligencia? —le preguntó a Violet uno de los chicos.

—Pues, en sentido estricto, era una carroza…

—¿Es verdad que colgaron a un brago por molestarlas? —le preguntó otro a Mallow.

—Bueno, de los pies, pero sí.

—¿Es cierto que te llaman Cuchillo? —le preguntó un tercero a Aster, quien se permitió esbozar una pequeña sonrisa.

—Si lo hacen, es la primera vez que lo escucho.

Supuso que debía tener un poco más de fe en la elección de amigos de Eli.

Los chicos mostraron también buena disposición para responder las preguntas de las chicas sobre la vida subterránea de los Alacranes y los peligros que enfrentaban. Aster ya sabía casi todo gracias a Eli, pero le pareció interesante oír a otros hablar de ello. No todos compartían su añoranza por la vida en la superficie; habían encontrado la felicidad ahí.

Sin embargo, con el tiempo, conforme la noche se hacía vieja y todos estaban más cómodos unos con otros, las preguntas se desviaron hacia la Casa de Bienvenida.

—Bien, esta es para… Tansy. Has estado muy callada. ¿Cómo terminaste en Green Creek? —lanzó al fin un chico.

Tanto Sam como Aster le dispararon una mirada de advertencia. Pero entonces Tansy comenzó a hablar.

—No, está bien. Es una pregunta que yo misma me he hecho —dijo en voz baja—. No teníamos muchas opciones. Mi madre murió de forma repentina, y necesitábamos el dinero. —Mallow asintió; tenía una mano encima de la de Tansy—. Me dijeron que era mi responsabilidad hacer mi parte. No había forma de negarnos cuando los visores llegaron a nuestra puerta. Nos sentimos afortunados de que me hubieran elegido.

Las miradas de Aster y Clementine se encontraron. Aster sabía que ninguna de las dos había contado su historia a las demás; apenas la mencionaban entre ellas. Aster no sentía lo mismo que Clementine con respecto a la familia que dejaron atrás, y ninguna parecía querer abrir heridas viejas para intentar convencer a la otra de ver las cosas a su manera.

—Nuestra familia de verdad creía que estaríamos mejor —dijo Clementine con cautela—. Los visores de la Casa de Bienvenida… son buenos vendedores. Prometieron que nunca pasaríamos hambre, que siempre tendríamos la mejor

atención médica en el país. Y que Aster y yo no nos separaríamos. Parecía demasiado bueno para ser verdad.

—Porque lo era —masculló Aster. Clementine extrañaba a su familia con locura. Aster lo sabía, y culpaba a los terratenientes de su sufrimiento.

Pero también culpaba a su familia. Debieron pensarlo mejor; tendrían que haberlas amado lo suficiente para no venderlas, sin importar lo desesperada que hubiera sido la situación. Aster habría preferido pasar hambre en casa que tener la vida a la que la enviaron.

«Eres demasiado severa con ellos», siempre sostenía Clem, «No es su culpa que no hubiera mejores opciones».

No había mejores opciones…, como Eli dijo. Quizá sus padres enfrentaban dificultades de las que ella no sabía nada. Tal vez la Casa de Bienvenida pareció el menor de los males. Ese pensamiento siempre le pesó en la cabeza a Aster.

«Sigue siendo un mal. Debieron al menos reconocer eso».

Jugaron otra ronda. Eli ganó esta vez; miró a Aster y pareció ver la interrogante que le palpitaba en el corazón.

—¿Alguna vez piensas en encontrar a tu familia ahora que estás afuera? —preguntó con su suave voz.

En eso, al menos, Aster y Clementine estaban de acuerdo.

—¿De qué serviría? Nos busca el país entero. Solo haríamos que los mataran —dijo Aster. Sin importar lo que sintiera por ellos, no era algo que quisiera.

—Quizá después de que no tengamos los favores y mantengamos un perfil bajo por un tiempo, podríamos buscarlos, pero por ahora… —Clementine meneó la cabeza.

Lewis se cruzó de brazos.

—¿Qué hay de ti, princesa? —preguntó.

Violet quitó la mirada de sus cartas, sorprendida.

—¿Quién, yo?

—¿Quién más? Los terratenientes se aseguran de que solo sean sangresucias quienes caigan en el sistema de las Casas de Bienvenida. ¿Cómo es que tú terminaste ahí?

—Ignora a este tonto, Violet, ni siquiera es su turno —dijo Sam, reprendiéndolo con un movimiento de la mano. Aster se lo agradeció en silencio. Sospechaba que a Violet le inquietaba hablar de su pasado tanto como a ella misma. Pero, para su sorpresa, Violet alzó la voz. Un dejo de su antigua actitud desafiante se asomó en su tono.

—¿Crees que yo no he sufrido? —le preguntó a Lewis, cáustica como un látigo.

—Yo nunca dije eso —respondió Lewis sin inflexión.

—Ninguno de mis padres era sangresucia. En eso tienes razón. A veces, una familia sangrepura sufre una racha de mala fortuna y tiene que vender a su hija. Así es como mi madre terminó en la Casa de Bienvenida.

—Aguarda. ¿Tu madre también era una Chica Afortunada? —preguntó Cutter—. ¿Acaso los doctores no…?

—Algo salió mal cuando la operaron —dijo Violet antes de que Cutter pudiera terminar.

—O quizá no se atrevieron a cortar a una sangrepura —señaló Lewis.

Violet torció la boca; parecía lista para discutir, pero desfalleció de pronto.

—Yo…, yo también me lo he preguntado. Si fue un accidente. Si fui un accidente. Tal vez pensaron que era un acto de misericordia. Dudo que mi madre hubiera estado de acuerdo.

—Entonces… ¿tu padre fue un brago? —preguntó Sam al comenzar a unir las piezas.

Violet asintió.

—Un magnate acerero, Tom Wells. Cuando supo que mi madre estaba embarazada, prometió comprarla a la Casa de Bienvenida y no solo quedársela como hacen otros bragos, sino casarse con ella. La llevaría a vivir a su mansión dorada en la colina más alta de Northrock. Es el tipo de cosas con las que sueñan las Chicas Afortunadas. Parecía demasiado bueno para ser verdad. —Miró a Aster e hizo eco de sus palabras—. Porque lo era. —Aster frunció el ceño. Sabía que el padre de Violet era un brago, pero no conocía los detalles—. Mi madre lo esperó seis años —continuó Violet—. Seis años… estuvo enamorada de ese hombre. Pero él nunca volvió a la Casa de Bienvenida, y cuando mi madre entendió que nunca lo haría, se mató. No me dejó más que el cuento que solía leerme antes de dormir y una nota suicida.

Violet se encogió de hombros y le dio un trago a su fermentado. Pero Aster notó cómo se le tensaba la mandíbula.

—Imagino lo devastador que pudo ser para ella —dijo Cutter en voz muy baja—. Creer que saldría y tendría una vida real, libertad…

—¿Libertad? —dijo Aster, volteando hacia Cutter—. Seguiría marcada con un favor. Habría sido la propiedad de un hombre el resto de su vida. Le habrían dado alguna identificación elegante que tendría que mostrar a cada oficial que la viera en las calles. No creas que una Chica Afortunada encuentra la «libertad» en Arketta.

Cutter se miró las manos.

Aster volteó hacia Violet, quien se movía incómoda en su asiento.

—¿Y tu padre nunca volvió por ti tampoco? —le preguntó Lewis, cortando

el silencio—. ¿Aún no lo conoces?

—Aún no. —Una extraña oscuridad titiló en el rostro de Violet, una extrañeza que Aster no había visto antes—. Pero algún día.

La expresión de Sam se suavizó.

—Lamento tu pérdida —dijo.

Los murmullos de solidaridad brotaron de todas direcciones. Todos habían perdido algo. Por eso estaban ahí.

«Tanto sufrimiento en la Canalla», pensó Aster. Tomó un sorbo del fermentado y saboreó su dulzura.

Era momento de dejar atrás esas montañas para siempre.

DIECISÉIS

Se marcharon del Campamento Red Claw durante las primeras horas del día siguiente.

Por más que ansiara dejar la Canalla atrás, Aster estaba renuente a volver a la superficie. Viajar por las minas podía ser traicionero, sí, pero ir por el bosque era aún peor. Sin embargo, no tenían opción; los Alacranes no habían terminado de excavar los túneles que atravesarían la Canalla y no podían llevarlas mucho más hacia el norte.

—Tu trabajo y el de los Alacranes no son muy distintos —le dijo Clementine a Zee mientras subían por un nuevo túnel, guiando a los caballos por las bridas. La boca de la mina era aún un distante punto de luz, y Eli las escoltó con el rostro oculto debajo de un sombrero de ala suave.

—¿A qué te refieres? —preguntó Zee.

—A que ambos ayudan a la gente a cruzar la Canalla —explicó Clementine —. La única diferencia es que los Alacranes son prófugos de la ley.

Los ojos de Aster y de Eli se encontraron. Quizá él también recordaba su conversación.

—Por eso trabajamos juntos, ¿sabes? —dijo Eli en voz baja—. Los viajantes y los Alacranes. La mayoría de los viajantes son sangresucias, y por eso nos ayudan cuando pueden. Pero Zee es uno de los mejores que he visto.

—¿No el mejor? —protestó Zee, indignado.

Eli sonrió.

—Tus habilidades para los juegos de cartas dejan mucho que desear.

Eli y Zee encabezaban el grupo; Clem, Tansy y Mallow los seguían. Aster y Violet iban atrás. Todas parecían más descansadas que nunca —Mallow incluso cojeaba menos—, pero los ojos de Violet estaban vacíos, su rostro abatido. Era como si decir tantas verdades la noche anterior la hubiera drenado.

—¿Estás bien? —murmuró Aster.

Violet no la miró.

—Estaré mejor en cuanto salgamos de esta maldita mina. Arrastrarme por el lodo no es precisamente mi idea de pasarla bien.

Pues era mejor que caer en las garras de los vengantes. «Al menos podría mostrar gratitud por la hospitalidad que habían recibido», pensó Aster irritada. Pero al mismo tiempo conocía a Violet lo suficiente para comprender que su amargura era algo que solía ocultar.

—Tu madre… —comenzó a decir—. ¿Cómo era?

—Es bastante claro, ¿no lo crees? —estalló Violet—. Una tonta por amar a un brago, y una tonta mayor por dejar a su hija sin nada más que un favor maldito en la piel.

A pesar de sus duras palabras, Aster pudo oír el amor en su voz.

—El cuento que te contaba…, la nota que dejó… —azuzó Aster con delicadeza.

—No quiero hablar de ello. —Violet cortó la conversación.

Aster no insistió. A decir verdad, ella tampoco quería hablar al respecto. Pero tras pasar el día con Eli, creía entender por qué podía ser buena idea. Hablar… ayudaba.

La pendiente se elevó y la conversación se extinguió conforme todos se inclinaban para trepar. A pesar de que el aire era fresco, el sudor ya había comenzado a brotar entre los omóplatos de Aster. Sin duda, una vez que salieran al calor, todo su cuerpo se cubriría de humedad.

«De vuelta a la realidad», pensó con tristeza.

Al fin llegaron a la boca de la mina. El túnel las llevó al bosque, del lado opuesto de la colina por el que entraron. Eli salió primero; buscó señales de los rapiñeros antes de indicarles a los demás que podían salir. Los caballos relincharon de felicidad al dejar la oscuridad.

—Bien. Hasta aquí llego —dijo Eli una vez que todos estuvieron fuera.

—No puedo agradecerte lo suficiente —le dijo Zee—. Le dirás a tu hermano cuánto aprecio su ayuda, ¿cierto?

—Somos nosotros quienes deberíamos darles las gracias. Trajeron felicidad con ustedes. Permítannos conservar un poco.

Zee sonrió y tocó el ala de su sombrero; luego montó su yegua. Mallow y Tansy hicieron lo mismo. Violet entornó los ojos a la luz del sol; su sombra se estiraba detrás como una bandera de batalla. Luego, tras tomar un trago de su cantimplora a manera de preparación para el día que le esperaba, también subió a la silla de su caballo.

Aster y Clementine fueron las últimas. Aster se quedó ahí un momento, esperando agradecerle a Eli también, pero, como de costumbre, las palabras se

resistieron a salir. Él no parecía tener apuro alguno por volver al campamento; se quitó el sombrero, cerró los ojos y dejó que el sol le pintara la cara. Por primera vez desde que Aster lo conoció, parecía estar en paz.

—Eli —dijo al fin, sin querer romper el momento. Él abrió los ojos. Aster se aclaró la garganta—. Agradécele a tu hermano por mí también, ¿sí? No es común que conozcamos hombres decentes como ustedes. Echaremos de menos su compañía.

—Y nosotros la suya. Buen camino, Aster.

Bajó la barbilla a manera de reverencia. Aster subió a la silla detrás de Clementine y fijó la mirada al frente mientras cabalgaban hacia la espesura del bosque.

Aster apiló las monedas plateadas en montones de diez mientras las contaba, moviendo los labios en silencio. «Noventa y uno, noventa y dos, noventa y tres, noventa y cuatro…».

Clementine contaba también y revisaba las cuentas de su hermana. La tarde estaba entrada ya, y se habían detenido a descansar bajo las ramas de un viejo árbol. Aster había temido ese momento tanto como lo ansiaba, el momento en que descubrirían si habían robado suficiente brillo para la Dama Fantasma.

—No debimos gastar tanto comprándoles provisiones a los Alacranes —dijo Tansy, quien observaba ansiosa.

—Necesitábamos esas cosas. Y Sam nos dio un buen precio —argumentó Zee.

—Cállense y déjenme concentrar —farfulló Aster. Casi habían terminado y no tenía paciencia para empezar de nuevo.

«Ciento once, ciento doce, ciento trece…».

Puso la última moneda sobre la última columna.

Tenían cinco mil ciento catorce águilas.

—¿Cinco mil ciento catorce? —preguntó Clementine, tanteando.

Una sonrisa de alivio inundó el rostro de Aster mientras asentía para confirmar el número.

Era oficial: suponiendo que la información de Violet era correcta, tenían suficiente brillo para deshacerse de sus favores.

—¿Ya no tenemos que robar a nadie, entonces? —preguntó Violet. Parecía distante a pesar de las buenas noticias, y daba vueltas en sus manos a una concha fosilizada.

—Siempre y cuando cuidemos nuestro brillo —dijo Aster, al tiempo que metía de nuevo las monedas a la bolsa.

—Aún podríamos atracar a otro brago…, ya saben, porque… ¿por qué no? —sugirió Mallow con una sonrisa.

—No, Mal. Casi moriste la última vez —recordó Tansy.

—Casi. Aquí estoy, ¿o no?

Aster negó con la cabeza.

—El banco fue un error. No debí haber insistido. Se acabaron los grandes riesgos.

—¿Un error? ¿Cómo? Nos consiguió el resto del brillo —argumentó Mallow.

—También provocó que casi nos atraparan —dijo Violet secamente.

Aster no podía siquiera discutir con ella en esta ocasión. Cerró el monedero y miró a las demás; dejó que el fulgor de su emoción la calentara y le diera valor.

—Escuchen, lo he estado pensando… He querido… Les debo una disculpa —logró decir por fin. «Ya. Lo dijiste»—. Fui irresponsable en Scarcliff y todas ustedes pagaron por ello.

Tansy frunció el ceño.

—¿Piensas que te culpamos? Fuiste tú quien nos sacó de ahí.

—Sí, las demás estábamos listas para rendirnos, pero te mantuviste fuerte —agregó Mallow.

—Pues hay una diferencia entre la fuerza y la necedad —dijo Aster.

—Aster… —Clementine meneó la cabeza—. Habría muerto de no ser por ti. Todas habríamos muerto, al menos diez veces.

Aster miró a su hermana.

—Todas hemos cometido errores aquí afuera —continuó Clem—. Pero también sabemos que todas queremos lo mejor para las demás. Eso es lo que importa. No es como en la Casa de Bienvenida, donde Madre Fleur quería ponernos a unas en contra de las otras. Aquí existe la confianza.

—Sí, y puedes confiar en que no te permitiremos hacer tonterías demasiado grandes —dijo Mallow—. Así que intenta no preocuparte tanto.

Incluso Violet asentía, y el resplandor dentro del pecho de Aster se hizo un poco más brillante.

—Gracias por eso —murmuró, cohibida.

La noche cayó. A pesar de que Aster extrañaba la relativa seguridad del campamento de los Alacranes, había algo reconfortante en la familiaridad de su rutina. Bollos bañados en grasa de tocino. Cobijas ásperas pero cálidas. Los muertos aullaban, pero mantenían su distancia. Las estrellas titilaban como lágrimas.

Al día siguiente emprendieron el viaje hacia Clearwater, el último pueblo de

buen tamaño en la Canalla. Habían pasado tres semanas desde que escaparon de Green Creek. Tres semanas de correr por la Canalla, la cual nunca en sus vidas habían dejado, y ahora casi la cruzaban por completo. A lo lejos se extendía el verde valle del norte de Arketta, y el bosque comenzaba a cambiar conforme el grupo se acercaba al final de las montañas. Frondosos robles y fresnos remplazaban a los pinos de corteza amarga; el polvo seco y rojo daba paso a la fértil y densa tierra café.

Clearwater era también el último pueblo antes de Northrock que tendría una Casa de Bienvenida. Afuera de la Canalla había muy pocos sangresucias y, por tanto, muy pocas Chicas Afortunadas.

Esa sería la última oportunidad que Zee tendría para buscar a sus hermanas.

—¿Seguras que quieren arriesgarse a que entre a Clearwater? —preguntó Zee mientras cabalgaban hacia el pueblo. Estaban a kilómetro y medio y el sol comenzaba a descender por el cielo—. Ya tienen el brillo y casi salimos de la Canalla. Puedo volver por aquí solo, después de llevarlas con la Dama Fantasma.

—Irás ahora —insistió Aster. Después de lo ocurrido en Scarcliff, era tentador dirigirse a Northrock sin escalas. Pero Aster estaba consciente de todo lo que Zee había sacrificado por ayudarlas. Si tenían la más remota posibilidad de ayudarlo a encontrar a su familia, Aster la aprovecharía.

Era obvio que Zee estaba aliviado, a pesar de que no lo expresó.

—Muy bien —aceptó—. Ustedes esperen aquí, entonces, y manténganse atentas. Si hay problemas, vayan sin mí. Las alcanzaré.

Espoleó su caballo hacia adelante mientras las chicas desmontaban y se refugiaban en una hilera de arbustos bajos. El Camino de Huesos era visible entre los árboles y se retorcía rumbo a Clearwater.

Violet ató su caballo.

—Deseo que encuentre a sus hermanas, pero no creo que lo logre —dijo al aire.

No era uno de sus usuales comentarios mordaces, solo una exposición de hechos.

—¿Dónde crees que estén, si no en una Casa de Bienvenida? —preguntó Clementine. La preocupación le llenaba el rostro.

—Quién sabe —masculló Mallow—. Chicas sangresucias se extravían en la Canalla todo el tiempo. La ley no dedica mucho tiempo a su búsqueda.

—Pero es algo bueno que no estén en la Casa de Bienvenida, ¿cierto? —le dijo Tansy a Clementine—. Eso significa que quizá están bajo el cuidado de personas decentes en algún lugar…, santificadores, tal vez, o los Alacranes…

—O ya están muertas —intervino Violet de forma repentina.

—Por el Velo, Violet. ¿No puedes pasar diez minutos sin arruinarle el día a alguien…? —comenzó a reprocharle Mallow.

—¡Silencio! —susurró Aster de pronto. Vio movimiento con el rabillo del ojo. Un rapiñero se acercaba por el Camino de Huesos en su caballo infernal. Las chicas se agazaparon detrás de los arbustos; llevaron las manos a sus armas.

—Que los muertos nos protejan —dijo Tansy por lo bajo.

Una carreta se arrastraba detrás de él; barrotes de hierro formaban una jaula encima de la base de madera. Adentro había solo un prisionero: una niña de no más de diez años.

Una recluta para una Casa de Bienvenida.

Al mirar a Clementine, Aster oyó a Violet maldecir.

—Aunque unamos fuerzas las cinco, no seremos suficientes para él —murmuró Tansy. Los rapiñeros no sentían dolor ni miedo, lo que los hacía mucho más peligrosos en una pelea que un hombre normal. Por eso Aster siempre había preferido huir de ellos.

—¿Entonces debemos quedarnos aquí y dejar que se la lleve? —preguntó Mallow—. No, yo digo que lo embosquemos. Un disparo a la cabeza y está acabado.

—No tendrás un tiro claro —dijo Violet con tono sombrío—. Y pocas cosas más lo detendrían.

Todas miraron a Aster, quien pasó saliva. Una cosa era correr un riesgo relativamente pequeño por Zee y sus hermanas —Aster sentía que se lo debía —, pero ¿correr un riesgo mucho más grande por salvar a una desconocida?

Y había más cosas por considerar también. ¿Adónde llevarían a la niña después? ¿Cómo las encontraría Zee? ¿Qué harían cuando la ley fuera tras ellas? Era claro que no podían darse el lujo de tener otro encuentro con oficiales.

«Llevaremos a la niña con nosotras hasta que decidamos qué hacer».

«Zee dijo que nos alcanzaría si encontrábamos problemas».

«Y la ley no podrá seguirnos por el bosque, no cuando los vengantes merodeen».

Pero el rapiñero…

Se balanceaba en el lomo de su caballo infernal; la boca de un rifle asomaba sobre su hombro. Aster alcanzaba a percibir su influencia mental, afectándola. Irradiaba desesperanza para mantener a la niña bajo control.

Las entrañas se le revolvieron a Aster con una furia caliente y ácida. Si no hacían nada, en menos de un día la pequeña sería mutilada por un doctor, marcada con un favor y torturada hasta que perdiera toda voluntad de

resistirse… Por no hablar del trabajo que se vería obligada a realizar en los meses y años siguientes.

—Entonces, Aster, ¿qué hacemos? —preguntó Clementine.

Aster endureció la mandíbula.

—Haremos lo que tengamos que hacer para salvarla —dijo. El corazón le martillaba en el pecho, no con enojo, sino con la repentina certeza de que estaban por hacer lo correcto—. Deprisa, no podemos dejar que lleguen al pueblo. —A toda velocidad, las chicas se anudaron los paliacates alrededor del rostro y cargaron sus armas. Mientras lo hacían, Aster les explicó el plan con susurros apresurados—: Mallow, usa la honda para detener al caballo infernal. Violet y yo correremos detrás de él para liberar a la niña. En cuanto esté a salvo, Clem y Tansy pueden disparar y todas escapamos por el bosque.

Las demás la vieron con miradas de acero. Estaban listas.

—Sigo herida, así que no puedo prometer que tendré buena puntería —advirtió Mal mientras buscaba la honda en las alforjas. El arma consistía en tres cordones de cuero trenzado con pesos puntiagudos en los extremos. Cuando eran lanzados, se enredaban en las patas del animal. Zee los había usado para cazar animales pequeños cuando un disparo había revelado su posición.

Aster no tenía idea de si el arma sería suficiente para derribar a un caballo infernal.

El rapiñero estaba ya a unos cuantos metros de distancia.

—Atrás —susurró Mallow.

Comenzó a agitar las piedras en un círculo sobre su cabeza. Zumbaron por el aire con un grave *buf, buf, buf.* Solo tendría una oportunidad.

El rapiñero pasó frente a ellas. Ojos color óxido, una rubia barba pequeña que le sombreaba la mandíbula. Ni un rastro de piedad en la cara.

Entonces, su cuerpo se tensó. Volteó…

Mallow soltó las piedras, que volaron por el aire, bajas y veloces. Se enredaron en las patas delanteras del caballo infernal y se clavaron con fuerza.

¡Sí!

La bestia relinchó con un chirrido de ultratumba. Cayó torpemente, pero no perdió la vertical. De cualquier forma, estaba detenido por el momento, revolviéndose en un intento por liberarse. No había tiempo que perder. Aster corrió hacia el camino con Violet a caballo detrás. Llegaron hasta la carreta. La niña estaba abatida y tardó en reaccionar; las garras del rapiñero seguían en su mente.

«No te preocupes, pequeña», pensó Aster; la bilis de la indignación le trepaba por la garganta.

«Te salvaré como no pude salvar a Clementine».

«Te salvaré como no pude salvarme».

El rapiñero desmontó. Calmó a su caballo y se arrodilló para revisarlo y desatarle las patas. No alzó la mirada mientras Aster empuñaba la pistola. Una gota de sudor bajó por la sien de Aster, quien se obligó a no paralizarse mientras apuntaba al candado de la jaula.

—Todo está bien —le susurró a la niña, quien la miraba sin decir palabra. Aster observó una vez más al rapiñero. Se movía despacio, al parecer despreocupado. Algo en sus parsimoniosos movimientos hacía que se le erizara la piel.

—Hazlo —murmuró Violet desde el caballo.

Aster fijó la mirada en el candado de nuevo. Accionó el gatillo.

El aire estalló. Aster dio un brinco hacia atrás cuando el metal negro voló y el humo llenó el espacio. Tosiendo, jaló la puerta de la jaula y subió a la carreta.

—¿Quién…, quién eres? —preguntó la niña arrastrando las palabras. Sus ojos mostraban sorpresa, pero no había siquiera gritado cuando el arma disparó junto a ella.

—Mi nombre es Dawn —contestó Aster deprisa, sin estar muy segura de por qué había usado su nombre verdadero—. Te vamos a sacar de aquí.

Tomó a la niña de la mano y se apresuró a llevarla al camino. Al fin, se encontró frente a frente con el rapiñero.

—Heriste a mi caballo —dijo con calma mientras se limpiaba la sangre del pantalón—. Te mataré por ello.

La golpeó con una lanza de dolor en el pecho, como si un gigante le aplastara el corazón en el puño. Aster gritó al caer al suelo, retorciéndose. El arma se le escurrió de las manos. El miedo rugía en su cabeza.

—¡Llévatela! ¡Sácala de aquí! —le gritó a Violet al tiempo que luchaba por volver a ponerse en pie. Pero Violet se desplomó también, cayó de la silla como un costal de semillas.

Los primeros disparos retumbaron desde donde estaban las demás cuando el rapiñero comenzó a acercarse a la niña, quien estaba congelada, mirándolo con terror inexpresivo. Las balas encontraron las costillas, el muslo del rapiñero. Este no reaccionó, tan solo tomó despacio el rifle que estaba a su espalda. Aster luchó contra el enfermizo temor que la inundaba en tanto se arrastraba hacia la niña.

—¡No! —gritó Clementine en ese momento.

Corrió desde su escondite en el bosque, una mancha en la visión periférica de Aster.

«No, Clem», pensó Aster con desesperación, «llévate a las demás y corran».

Clementine levantó su arma. El rapiñero gruñó y la empujó hacia atrás con

la culata de su rifle. De la nariz de Clementine brotó sangre. Aster se puso en pie con una furia que no había sentido jamás; el poder del rapiñero sobre ella comenzó a desvanecerse. Un gruñido animal escapó de sus labios. Tomó el cuchillo de su funda y se abalanzó…

El rapiñero volteó con velocidad pasmosa y le estrelló la palma de la mano en el pecho antes de que la hoja llegara a su objetivo. Las piernas de Aster volaron por los aires. El aliento escapó de sus pulmones. El rapiñero se apoderó de su mente una vez más, ahora con una desesperanza abrumadora que hizo que la garganta se le hinchara con lágrimas.

Todas iban a morir, supo Aster en ese momento.

Había hecho todo lo posible, e iban a morir de cualquier forma.

Entre las lágrimas, vio a Mallow y a Tansy salir del bosque con las armas en alto, disparando a la cabeza del rapiñero. Las pistolas chasquearon al quedarse sin balas antes de dar en el blanco.

A la distancia, alguien gritaba.

La ley se acercaba.

—Veamos tu cara, sangresucia. —El rapiñero se acuclilló encima de Aster y le arrancó el paliacate. Sus fríos y hábiles dedos le rozaron la mejilla. A la joven se le revolvió el estómago.

Los ojos del rapiñero brillaron con reconocimiento.

Aster se movió antes de pensarlo. El rapiñero vacilaba, se preguntaba qué hacer con ella. Aster no tenía tal incertidumbre. Supo en el instante en que vio a ese rapiñero que lo mataría si tenía oportunidad. Supo, desde su primera noche en la Casa de Bienvenida, cuando los rapiñeros la torturaron hasta someterla, que ellos jamás le mostrarían piedad ni la merecerían tampoco.

—Gloria a la Conciliación —susurró Aster, haciendo de las palabras una maldición. Blandió el cuchillo, que esta vez encontró su objetivo y se hundió en el cuello del rapiñero. Este se paralizó; los ojos anaranjados se le iluminaron de pánico, y se llevó las manos de inmediato a la herida. Aster se lo quitó de encima y se replegó en el polvo. El rapiñero jadeó con aliento húmedo, un cadavérico estertor que se hacía cada vez más silencioso hasta que, al fin, no hubo más respiración.

—¡Aster! —Clementine corrió hacia ella, con la mano en la nariz. La sangre le corría entre los dedos. «Que se pudra el maldito», pensó Aster. Había tocado a Clementine, la había lastimado. Aster quiso matarlo de nuevo—. ¿Estás bien? —le preguntó Clem. Luego le tendió una mano y la ayudó a levantarse.

—Estoy bien. —Aster tosió—. ¿Dónde está la niña?

Clementine la señaló. Violet ya estaba ayudándola a subir al caballo.

«Gracias a los muertos», pensó Aster.

Como si le respondieran, los aullidos comenzaron.

—Bien, salgamos de aquí antes de que la ley aparezca —dijo Aster. Juntas volvieron al bosque y montaron sus caballos. Dejaron al rapiñero en un charco de su propia sangre maldita.

DIECISIETE

A Zee le tomó más de una hora llegar al punto de encuentro de emergencia, una estrecha grieta en el risco. Cuando llegó al refugio, lo hizo a una velocidad que Aster nunca le había visto. Detuvo el caballo de golpe y se deslizó de la montura. El cañón de su escopeta para los vengantes aún humeaba.

—¿Te siguieron? —le preguntó Aster con calma. Ella no estaba ahí en ese momento ni en ese lugar, no de verdad. Flotaba fuera de sí misma unos centímetros a la izquierda, como desde que vio cómo la vida se escapaba de los ojos del rapiñero.

Zee negó con la cabeza.

—Solo los muertos. —Su respiración era fuerte y entrecortada. Cojeó hacia el refugio; tres largos surcos hechos por la garra de un vengante perforaban la carne de uno de sus muslos, y tenía el pantalón empapado de sangre.

Violet hizo una mueca.

—Demonios. Ve con las chicas.

Las demás estaba reunidas más atrás; Tansy las atendía por turnos. La nariz de Clementine aún sangraba. Las puntadas de Mallow se habían abierto una vez más. Y la niña…, la niña estaba conmocionada. Su piel se veía repleta de quemaduras de sol, mordidas de insecto y arañazos.

Zee se detuvo de golpe al descubrirla.

—¿Quién rayos…?

—Nos dijiste que viniéramos aquí si encontrábamos problemas. Bien, pues la encontramos a ella —dijo Aster—. Te explicaremos más tarde. Ve a limpiarte las heridas.

Violet le dirigió una extraña mirada a Aster.

—Estás bastante relajada. Si no te conociera bien, diría que tomaste un poco de cardo dulce —dijo con voz grave.

Las palabras parecían venir de un lugar lejano. Aster volteó a verla.

—Qué bien que entonces sabes que no es así —dijo con tranquilidad.

Intentó pasar junto a ella, pero Violet la tomó del brazo. Aster se sacudió su mano.

—No me toques.

—¿No vamos a hablar de lo que sucedió esta noche? —insistió Violet.

—¿Qué hay que hablar?

—Mataste a un hombre.

El estómago le dio vueltas.

—Hice lo que tenía que hacer —masculló—. Y ese «hombre» vendió su alma hace mucho para convertirse en rapiñero. Lo que maté no era más que un cascarón vacío.

—De cualquier forma. No es poca cosa. Pero actúas como si lo fuera.

Aster volteó para confrontarla de nuevo.

—¿Tú me vas a dar un sermón sobre la crueldad? ¿De verdad, Violet? ¿Dónde estaba esa compasión cuando delatabas a las chicas con Madre Fleur? ¿Por qué esperaste hasta ahora para desarrollar una maldita conciencia?

Aster sintió como si fuera incapaz de controlar su propio cuerpo; las palabras salían antes de que pudiera siquiera pensarlas. Una sensación temblorosa la abarcó, como si las articulaciones se le aflojaran. Un escalofrío le recorrió los brazos.

«Por los muertos, tal vez sí esté perdiendo la cabeza».

La boca de Violet era una línea recta.

—No te estaba culpando, Aster. Solo… quería asegurarme de que estabas bien —dijo con firmeza.

Se alejó antes de que Aster pudiera responder. Se recargó en un árbol y tomó su cardo dulce.

«Olvídate de ella», pensó Aster tozudamente, aunque seguía sintiéndose mal. Había cosas más importantes con las que lidiar.

Caminó hacia donde las demás estaban reunidas. Tansy atendía la pierna de Zee; Mallow se vendaba las heridas, y la niña se aferraba a Clementine. Lágrimas secas manchaban el rostro de la pequeña y Clem lo limpiaba con un paño húmedo. Habían logrado convencerla de decirles su nombre —Adeline—, pero no mucho más.

—¿Tienes hambre, cariño? —le preguntó Clementine, pero Adeline contestó algo incomprensible—. ¿Perdón? —insistió Clementine.

—Un poco —respondió la niña con más claridad.

Aster se sentó junto a ella y, sin decir nada, le dio un bollo seco. Adeline lo mordisqueó como un ratón con madera de piso.

—¿De dónde eres, Adeline? —preguntó Aster con voz suave.

La niña pasó saliva.

—De Yellowood… Pero el hombre de los ojos bonitos me llevaba a vivir a otro lugar, un lugar donde mi padre dijo que ya no tendría hambre.

—¿Una Casa de Bienvenida? —inquirió Aster.

Adeline asintió.

—Pues nosotras también venimos de una Casa de Bienvenida —confesó Aster, y señaló a las demás—. Y la verdad es que no es un lugar tan lindo como ese hombre les dijo a ti y a tu padre.

Hizo una pausa y miró a Clementine. Se preguntaba cómo explicárselo a la niña; nunca había sido buena con las palabras y no se sentía capaz de reconfortar a nadie en ese momento.

—Ahí el hambre está en tu alma, no en tu estómago —dijo Clementine, que parecía haber comprendido la petición silenciosa de su hermana—. Y eso es mucho peor.

La niña dirigió sus negros ojos de botón hacia Clem. No tenía razones para confiar en ellas, entendió Aster. Suficiente era haber sido sacada de su casa, y ahora estaba secuestrada por un grupo de desconocidas. Pero algo en la dulzura de la voz de Clementine parecía tranquilizarla. Comenzó a llorar de nuevo, en silencio, derramando lágrimas que parecían deberse más al agobio que a cualquier otra cosa.

—Quiero volver a casa —dijo.

—Si regresas con tu padre, él se meterá en problemas —observó Clementine con cautela. Los tratos con las Casas de Bienvenida no podían anularse. En teoría, una familia podía comprar a su hija de vuelta (así era como los sangrepuras justificaban el sistema entero), pero el precio era más brillo del que cualquier sangresucia vería en toda su vida—. Y entonces la ley te llevará a la Casa de Bienvenida de cualquier forma. ¿Tienes más familia? ¿Alguien que pueda esconderte?

La niña pareció pensarlo.

—Mi tía —dijo al fin—. Vive en Dos Pinos.

Aster miró a Zee para saber si reconocía el nombre. Él asintió.

—Es un pequeño pueblo a medio día de aquí. ¿Tu tía trabaja en el campamento ahí, Adeline?

Adeline asintió.

—¿Deberíamos intentar llevarla allá? —le preguntó Clementine a Aster en voz baja—. No podemos llevarla con nosotras a Northrock. Es demasiado peligroso.

—Llevarla a Dos Pinos lo será también —murmuró Aster en respuesta—. Nos desvía de nuestra ruta y nos arriesgaremos a que nos descubran. ¿Y si su

tía quiere enviarla de vuelta a la Casa de Bienvenida?

—Entonces le diremos…, le diremos por qué no puede hacerlo —propuso Clem.

Aster vaciló. Pero no acababa de salvar a la niña solo para meterla en más problemas al llevarla a Northrock.

—Bien. Entonces, Adeline, te llevaremos con tu tía a primera hora de la mañana —dijo—. Por ahora descansa, ¿me oyes? Ha sido un largo día. No te preocupes. Nosotras te cuidaremos.

Aster la dejó al cuidado de Clementine con un largo suspiro. Extendió su lecho y se metió en él. La sensación temblorosa no la había dejado aún. Miró a Violet, sentada a la entrada de la grieta con la cara vuelta hacia el viento para refrescarse la piel del febril sudor de la abstinencia. Violet, la única que había visto la calma asesina de Aster y la reconoció como lo que era: agotamiento mortal. Era probable que ella misma la hubiese sentido cientos, miles de veces.

«No te estaba culpando, Aster. Solo… quería asegurarme de que estabas bien».

«No lo estoy», pensó Aster en ese momento.

«No estoy bien».

Era una idea sencilla, pero contenía algo gigantesco y aterrador. No podía permitirse pensarlo. Tenía que ser fuerte. La debilidad no era opción, nunca lo había sido. Clementine contaba con ella. Mallow y Tansy también. Y ahora esa niña…

Pero la idea se repitió, con más fuerza. Había escapado. No podía volver a ocultarla.

«No estoy bien».

Las palabras la arrastraron por una oscura corriente hacia un sueño inquieto.

A la mañana siguiente despertaron temprano y partieron hacia Dos Pinos, abriéndose paso por el bosque cada vez más denso. El verde de los árboles se hizo más profundo, la tierra se oscureció y se suavizó bajo sus pisadas. Estaban ya muy cerca del límite de la Canalla. Había menos oficiales en las ciudades de Arketta, pero también menos sangresucias. Incluso con los favores cubiertos, podrían llamar la atención.

Aster intentó no preocuparse por ello aún. Suficiente tenía con llevar a Adeline a casa con bien. La niña cabalgaba con Tansy, a quien le había tomado afecto, mientras que Mallow montaba con Zee.

—¿Te emociona ver a tu tía, Adeline? ¿Cómo se llama? —preguntó Tansy.

—Ruth —respondió Adeline. El descanso de la noche parecía haberle sentado bien; miraba con evidente deleite alrededor del bosque, señalando todas las aves y todos los insectos. Aster supuso que, como la mayoría de la gente, jamás había dejado su pueblo… hasta ahora—. Nunca conocí a mi tía —continuó Adeline, confirmando las sospechas de Aster—, por lo menos no desde que era bebé. Pero mi ma hablaba de ella todo el tiempo. Decía que eran uña y mugre cuando eran niñas. Se fue el año pasado… mi ma. Un vengante la atrapó.

—Lamento mucho escuchar eso —dijo Tansy—. Yo también perdí a mi madre.

Aster y Clementine iban detrás de ellas en un silencio tranquilo. Aster sentía la mente más despejada con la luz del día, habiéndose sacudido el malestar que se había apoderado de ella la noche anterior. Debían ser secuelas del ataque del rapiñero, o de eso se convenció. Se alegró de haberse deshecho del infeliz.

—Es raro pensar que estamos a punto de salir de la Canalla —dijo Clementine al tomar una hoja resbaladiza con forma de estrella de uno de los árboles por los que pasaban. Se la llevó a la nariz e inhaló. Ninguna de las dos había visto tanto verde antes—. ¿Alguna vez creíste que llegaríamos hasta aquí?

—Lo asimilo día a día —confesó Aster. Al inicio de todo, la idea de encontrar a la Dama Fantasma le pareció tan posible como llegar a la luna. Pero ahora…

—¿Crees que algún día volvamos a casa? —preguntó Clem—. Yo no. Pero es difícil imaginar no volver nunca.

—¿No quieres encontrar a ma y pa? —planteó Aster, cautelosa.

Clementine guardó silencio un momento.

—Creo que querrían que fuéramos felices —dijo al fin—. Creo que querrían que estuviéramos vivas. Incluso si eso significa que nunca los veremos de nuevo. Digo, esa fue la razón por la que nos enviaron a Green Creek.

Sin embargo, Aster alcanzó a escuchar cierto anhelo en su voz. No había manera de saber si sus padres vivían en el mismo campamento aún o si estaban vivos siquiera. Aster lloró su pérdida el día que la abandonaron. Pero Clementine, como siempre, mantenía la esperanza de un final feliz. Quizá se imaginaba a su familia reunida y dichosa algún día.

Aster sabía que no ocurriría.

Era cerca del mediodía cuando llegaron a Dos Pinos. Tras una larga discusión decidieron que Violet y Aster irían solas a hablar con la tía de Adeline. No tenía

caso que todas se arriesgaran, y un grupo más grande solo llamaría la atención. Zee y las demás las esperarían en el bosque, en un punto acordado, mientras Aster y Violet cabalgaban hacia la granja.

—Déjame hablar —masculló Violet mientras avanzaban por el camino—. Nadie creerá que eres un viajante honesto, ni nada honesto, a decir verdad.

Aster enfureció.

—Si acaso, yo tendré que interceder por ti. Esa mujer verá tu sombra y azotará la puerta. ¿Podrías culparla?

Violet resopló. Su plan era convencer a la tía de Adeline de que eran viajantes que habían encontrado abandonada a la niña. Mallow les había enseñado cómo vendarse el pecho, un hábito que ella misma adoptó después de que dejaran Green Creek, para poder pasar por hombres con más facilidad. Y Zee les había dado su placa de viajante, la cual podían mostrar a las autoridades y comprobar que no eran vagabundas. Siempre y cuando pudieran salir antes de que los favores les quemaran los paliacates, su identidad permanecería oculta.

De cualquier forma, la garganta de Aster se cerró con creciente aprensión. Esperaba que la tía de Adeline estuviera demasiado emocionada de ver a su sobrina para interrogar a las personas que se la entregaban.

Aster siguió las señales por un camino lateral que llevaba a la granja del señor Cottenham, donde Adeline les dijo que trabajaba su tía, cuidando de los sembradíos de tabaco. La granja estaba a unos tres kilómetros al este del centro de Dos Pinos, donde vivían los sangrepuras. Las chozas que rodeaban el mar de hojas de tabaco le recordaron a Aster la casa en la que había crecido: construida con impaciencia y poco dinero, madera desgastada y partida, techos que comenzaban a doblarse sobre sí mismos, como si se disculpasen. No había un muro muerto que resguardase esas casas de los vengantes, solo protecciones de hierro sin trabajar y manojos de salvia seca que colgaban de las ventanas. Varias familias estaban sentadas afuera sobre bancas, almorzando y tomando agua fresca del pozo.

Aster y Violet desmontaron del caballo antes de ayudar a Adeline a bajar.

—Buenas tardes, caballeros. No solemos recibir forasteros por aquí —dijo un hombre mayor, quien las miró con sospecha por debajo del sombrero. Masticaba tabaco y lo movía por su boca. Sus ojos se dirigieron a la sombra de Violet, pero no dijo nada.

—Buscamos a una mujer llamada Ruth —dijo enérgica Violet, con su tono más autoritario y mostrando la placa de viajante—. Esta niña es su familiar —señaló a Adeline.

La expresión del hombre se suavizó al verla.

—¿Ruth Sheppard? —Adeline asintió y el hombre sonrió—. Los llevaré con ella.

Las guio por el campamento. Los trabajadores cargaban con su agotamiento como si fuera un pesado abrigo, y dos rapiñeros recorrían las hileras de tabaco, asegurándose de que nadie se retrasara o intentara causar problemas.

«¡Demonios!», pensó Aster al verlos.

Era lo último que necesitaban.

El hombre las llevó a una casa que tenía un pulcro jardín de flores afuera y una protección de hierro con la forma de dos niñas que saltaban la cuerda juntas. Aster la miró con curiosidad y replicó la pose.

—Mantente firme, Addy —murmuró. Se mojó los labios mientras el hombre tocaba la puerta.

—Ruth suele estar en casa a esta hora, pero podría estar al lado —dijo—. Se sabe que ella y la señora Crane juegan cartas durante el almuerzo con otras mujeres. No pueden contarle al señor Cottenham, por supuesto. No le gustaría saber que alguno de nosotros apuesta con su dinero, mucho menos unas mujeres…

Pero la puerta se abrió entonces. Una mujer con mechones de canas y curtida piel morena apareció frente a ellos, delgada como una escoba, con los mismos ojos oscuros de Adeline.

—¿Walter? ¿Quiénes son ellos dos?

—Esperaba que tú lo supieras. Dicen que esta niña es tu familiar.

—¿Tía Ruth? —preguntó Adeline y dio un tentativo paso al frente.

La mujer se llevó una mano a la garganta. Los ojos se le ensancharon por la sorpresa.

—¿Adeline?

Walter sonrió.

—Los dejo entonces. Saben dónde encontrarme si necesitan algo.

Ruth las invitó a entrar a la casa y cerró la puerta. A Aster la inundó una añoranza casi física al mirar alrededor; si cambiaba las cobijas tejidas de lana de Ruth por las de su madre, bien podía estar en su hogar de la infancia.

Ruth envolvió a Adeline en un feroz abrazo y le besó la cabeza. Lágrimas cayeron por el rostro de ambas.

—No creí que te vería otra vez —dijo tras soltar a Adeline para poder mirarla mejor. El cuerpo de Aster se inundó de alivio. Ruth quería a la niña. Eso, al menos, estaba claro—. No entiendo cómo esto es posible… Recibí una carta de mi cuñado en la que decía que planeaba vender a Addy a una Casa de Bienvenida. Hice todo lo que pude por disuadirlo, me ofrecí incluso a hacerme cargo de ella, pero él dijo que necesitaba el brillo y eso fue todo.

Ruth le pasó los dedos por el cabello a la niña. El rostro de Adeline estaba dividido por una enorme sonrisa. A pesar de sus esfuerzos por animarla en los últimos dos días, Aster no había visto a Addy sonreír ni una sola vez antes de ese momento. Aquello hizo que su corazón se inflamara con una alegría que no sentía desde…

Desde que tenía la edad de Addy.

—Se parece tanto a mi hermana cuando era niña —continuó Ruth, volviendo a ponerse en pie con dificultad—. Somos nosotras dos allá afuera, ¿saben? Las niñas que saltan la cuerda. ¿La conocen, o…? —Una nube se posó sobre su iluminada emoción—. ¿Cómo encontraron a Adeline, a todo esto?

—Somos viajantes —dijo Violet con suavidad—. Trabajamos juntos. Encontramos a Adeline de camino al norte, a un trabajo. Parece ser que el rapiñero que la llevaba a la Casa de Bienvenida la abandonó.

—Pero ¿por qué?

Violet se encogió de hombros.

—¿Quién puede saber por qué hace las cosas un hombre sin alma? Quizá se le presentó una oportunidad de trabajo más lucrativa. De cualquier modo, nos pareció incorrecto dejar a Adeline sola ahí.

—Sí, claro —dijo Ruth, sin prestar demasiada atención. Pero la nube se oscurecía—. Así que… ¿la robaron del sistema de Casas de Bienvenida? ¿Está aquí de forma ilegal?

Aster vaciló, su sonrisa flaqueó.

—¿Preferiría que la llevemos de vuelta?

—No, por supuesto que no. Mi hermana habría querido que me hiciera cargo de ella, estoy segura. Pero… —titubeó y bajó la voz—. Alguien vendrá por ella, ¿cierto? ¿La Casa de Bienvenida, o la ley? Y si ustedes me encontraron con tanta facilidad, es solo cuestión de tiempo antes de que ellos lo hagan.

Adeline había comenzado a explorar su nuevo hogar; abría cajones y gabinetes, al parecer sin darse cuenta de que seguía en peligro.

—¿Tienen algún otro lugar al cual ir? —preguntó Violet tras intercambiar una mirada inquieta con Aster.

Aster no estaba segura de qué esperar cuando atacaron al rapiñero a punta de pistola. Estaba convencida de que era lo correcto, pero no tenía un plan para lo que vendría luego. Y después, esperaba que la tía de Adeline supiera qué hacer. Pero todo lo que la mujer acababa de decir era cierto. ¿Y si Aster y Violet le estaban entregando una sentencia de muerte?

«Y Addy…».

Aster miró a la mujer con la boca seca.

—Tienen que irse de aquí. A otra parte.

Ruth parpadeó.

—Yo… supongo que podría intentar ir lo más lejos posible para empezar de nuevo en otro pueblo —comenzó a decir—. Quizá podríamos cambiar nuestros nombres, nuestra apariencia… pero no tengo el brillo para hacer algo así. No tengo brillo en absoluto, a decir verdad. —Miró alrededor de su pequeña casa. Aster entendió que no había casi nada allí que Ruth pudiera vender, pues no era suyo. La casa, los muebles, trastes y ropa le habrían sido prestados por el terrateniente, el señor Cottenham, y su costo sumado a la deuda de su familia —. Puedo prometer amarla como mi propia hija, pero no puedo prometer mantenerla a salvo —continuó Ruth—. Quizá…, quizá sería mejor que fuera a la Casa de Bienvenida. Al menos podrán cuidar de ella…

Una puñalada de miedo en el vientre de Aster. Un recuerdo enterrado surgió en su mente, arañando para subir a la superficie como un monstruo que se rehusaba a morir: el momento en que sus padres le dijeron que las venderían a ella y a Clementine a la Casa de Bienvenida, la traición que la destrozó de forma tal que nunca fue capaz de volver a estar completa.

«Estarás mejor ahí, Dawn». La voz de su madre tenía una dulzura y una calma engañosas. «Te prometo que cuidarán de ti».

—Espere. —Aster interrumpió tan deprisa que olvidó engrosar la voz; lo disimuló con una tos fingida—. Permítame discutirlo con mi compañero.

Le hizo un gesto a Violet para que la siguiera afuera de la casa, intentando esconder lo abrumada que se sentía. Cerró la puerta a su espalda. Violet se puso las manos en la cadera y entrecerró los ojos bajo la luz del sol.

—¿Qué tenemos que hablar? —preguntó—. No podemos hacer nada más por estas personas.

—Sí podemos. Tenemos que hacerlo.

Aster volvió hacia la yegua negra y tomó la alforja. Sacó el monedero, pesado por todo el brillo que habían recolectado desde Green Creek.

Los ojos de Violet se ensancharon.

—No…

—Violet, no tenemos opción. Vendrán aquí, vendrán y matarán a la tía, sabes que lo harán. Y después se llevarán a Adeline de vuelta a la Casa de Bienvenida. Tienen que ir a otro lugar, y no a un maldito hoyo en el suelo mientras esperan morir. Tienen que poder comenzar una vida nueva tan lejos que los rapiñeros dejen de buscarlas. Y para eso necesitan brillo, mucho brillo. Si no, todo esto habrá sido por nada.

—Si tú no… Si no nos quedamos con ese brillo, entonces toda tu maldita travesía habrá sido por nada —siseó Violet—. La Dama Fantasma…

—¡No podemos dejar que mueran! —Aster mantuvo la voz baja, pero no

disimulaba su ira—. No podemos dejar que lo que nos sucedió le ocurra a esa niña.

Violet suspiró y se llevó las manos a la cabeza.

—No es que no me importe. Me importa. Juro que no soy la perra de corazón negro que crees. —Aster se estremeció. Era claro que Violet no había olvidado sus fuertes palabras de la noche anterior—. Es solo que a veces hay que ser práctica. Tienes que tomar decisiones difíciles. Y si no te deshaces de ese favor, tú también morirás, Aster. Todas morirán.

Aster dejó caer los hombros. Se asomó por la ventana. Ruth había sentado a Adeline en la mesa de la cocina y le servía té con una calma sorprendente frente a la repentina transformación de todo su mundo.

«Tienen la oportunidad de vivir la vida que nos arrebataron a Clem y a mí».

—Les daremos mi parte, entonces —ofreció Aster.

—No seas tonta. Eso no basta para hacer una diferencia. A no ser que quieras darles la de Clem también, ¿eh? —dijo Violet. Aster no respondió; las comisuras de los labios se le tensaron—. Eso pensé.

Una brisa sopló entre ellas, cargada del dulce aroma de las plantas de tabaco. Los campesinos que habían estado almorzando comenzaban a preparar sus cosas para volver a los campos. El favor comenzó a arderle a Aster con más intensidad debajo del paliacate. No tenían mucho tiempo.

—Todo se reduce a esto —dijo Aster al fin—: nosotras podemos arreglarnos, siempre lo hacemos. Para ellas no hay más, esta es su única oportunidad.

Violet se frotó los ojos con las palmas.

—Maldita seas, Aster —farfulló.

—Las demás lo entenderán. Habrían tomado la misma decisión si estuvieran aquí. —Sabía en su corazón que era verdad.

—Por supuesto que lo harían. Son blandas, como tú. Y harían cualquier cosa que les dijeras porque eres su líder. Por eso tienes que ser práctica, como te dije. Si hubieses sido la chica principal, lo entenderías.

—No repitas esa vieja cantaleta. En Green Creek solo veías por ti. Tú misma lo has dicho.

—Tenía que hacerlo. Nadie más lo haría. —Pero entonces Violet pareció tomar una decisión de algún tipo, y su expresión se fijó en algo que casi parecía aburrimiento—. En fin, haz lo que quieras. Dale el brillo, si eso te hace sentir mejor. Yo solo quiero salir de aquí.

Aster pasó saliva y asintió. El alivio le recorrió todo el cuerpo. Sin embargo, su mente aún daba vueltas con dudas mientras tocaba la puerta y esperaba a que Ruth abriera. Por dura que Violet hubiera sido, le había ahorrado la verdad

obvia y tácita: no existía forma de que volvieran a conseguir todo ese brillo en el poco tiempo que tenían.

Pero era igualmente cierto que, sin importar lo honorables que fueran sus razones, era su culpa que Adeline se convirtiera en una fugitiva de la ley.

Ellas la habían metido en ese embrollo y ellas la sacarían.

Ruth abrió la puerta y miró, expectante, a Aster y Violet.

—Gracias por su paciencia, señora Sheppard —dijo Aster—. Hemos hablado y tenemos un poco de brillo guardado que quisiéramos darle para ayudarlas a comenzar una vida en otro lugar, tan lejos como puedan ir. —Aster alzó el monedero—. Hay un poco más de cinco mil águilas aquí. Debería ser suficiente.

Los ojos de Ruth se abrieron.

—No puedo aceptar esto.

—Por favor —insistió Violet. A Aster le sorprendió escuchar la genuina buena voluntad en su voz—. Por Adeline.

—Me habría gustado que alguien hubiera hecho lo mismo por mi hermana —añadió Aster.

Ruth tomó el pesado monedero. Los ojos le brillaban con lágrimas frescas, las cuales se limpió de inmediato.

—No sé cómo agradecerles… Por el Velo…

Aster levantó las manos.

—Nos honra poder ayudar.

Ruth les agradeció de nuevo y las envolvió en un abrazo. Una marejada de nostalgia inundó a Aster, seguida de una ráfaga de orgullo y complacencia que no había sentido jamás. Robar a los bragos le trajo satisfacción cada vez que lo hizo, pero esto…, esto era como una buena comida que se va a las costillas y te llena por varios días. Por un momento, todo su dolor y vergüenza desaparecieron.

«Esto», pensó Aster con una temblorosa exhalación.

«Esto es por lo que estoy aquí».

Fue entonces cuando oyó el sonido de voces detrás. Volteó, y el corazón se le fue al piso. Walter estaba a la cabeza de un grupo de media docena de campesinos, todos armados con hoces y otras herramientas, marchando decididos hacia la casa.

—Sabía que había algo raro con ustedes dos —gritó con voz áspera y acusatoria—. ¡No son quienes dicen ser, Ruth! Son las chicas de Green Creek. Ese es uno de los caballos robados. —Alzó un cartel como prueba—. ¡Atrápenlas, chicos! —ordenó. El grupo estaba ya a unos metros de la casa—. ¡Y recuerden que McClennon las quiere con vida!

Aster no tuvo tiempo de procesar los acontecimientos, no tuvo tiempo siquiera de montar su caballo antes de que Walter intentara golpearla con su hoz. En cambio, tomó a Violet de la mano y escapó a pie.

—¡Vamos! —gritó.

Echaron a correr por la dura tierra, codo a codo, hasta que desaparecieron en la fresca sombra verde de los campos de tabaco. El corazón de Aster le pateaba el pecho al ritmo de sus pasos; el impacto de cada uno le estremecía los huesos.

—No les harán daño a Ruth y Adeline, ¿cierto? —preguntó Violet sin aliento.

—No tienen razón para hacerlo —jadeó Aster en respuesta, pero se lo decía a sí misma tanto como a Violet. El grupo estaba cerca, y sus pasos resonaban en los campos que tenían detrás.

No había forma de que se mantuvieran por delante mucho tiempo más.

Aster se arrancó el paliacate. Habían sido descubiertas de cualquier forma, y el dolor solo la retrasaba más. Tenían que regresar al bosque, de vuelta al punto de encuentro, donde Zee y las demás las esperaban.

«Y les llevamos una maldita turba…».

—Por aquí —le siseó a Violet y forzó sus pensamientos a expresarse. Se agachó hacia un lado; ahora corrían a través de las hileras de plantas en vez de a lo largo de ellas. Su única esperanza era perder a los hombres en el laberinto verde.

Las ramas se estrellaban en sus caras. El aroma del tabaco mareó a Aster. Un disparo lejano retumbó. Uno de los hombres debía tener un arma.

Y además estaban los rapiñeros…

—¡Veo… el… final! —dijo Violet entre jadeos.

Un instante después, salieron del campo. Aster cruzó la pequeña franja de pasto que bordeaba el bosque y se infiltró entre los árboles. El punto de encuentro estaba aún a medio kilómetro al interior del bosque.

Recorrieron la distancia en poco más de un minuto.

—¿Aster? Oímos disparos… —comenzó a decir Zee en cuanto salieron de entre los árboles.

—No hay tiempo para explicar. Están pisándonos los talones. Tenemos que salir de aquí —dijo. Violet tomó un agradecido respiro al detenerse. Aster comenzó a desatar los caballos—. Tuvimos que dejar nuestra yegua allá —continuó—. Clem, monta con Zee; Violet, conmigo.

El ruido de la persecución llegó hasta ellas como una ola. Más disparos

resonaron, junto con gritos y maldiciones. No podían estar a más de treinta metros ya.

—Por el Velo —maldijo Mallow conforme los hombres comenzaron a aparecer entre los árboles.

—Hay rapiñeros también, y la ley no tardará mucho más —dijo Aster con tono sombrío.

Espolearon a los caballos al galope y se adentraron más en el bosque. Los hombres de la turba no podrían seguirles el paso, pero la ley iría a caballo también. La ley sí podría alcanzarlas. Y era probable que ya estuvieran alertados, dada la conmoción que Aster provocó en Clearwater.

Miró a Zee, quien tenía una expresión de agobio debajo del sombrero. Parecía pensar lo mismo que ella.

—¿Cómo los perdemos esta vez? —preguntó. El viento casi destroza sus palabras.

Zee sacudió la cabeza, pero mantuvo los ojos fijos en el terreno frente a él.

—Será difícil, Aster. Siempre hay oficiales adicionales en las fronteras de la Canalla.

Los brazos de Clementine le ceñían el torso.

—¿Qué podemos hacer?

—Tengo una idea. Pero es peligrosa —contestó Zee y por fin miró a Aster —. La noche está por caer, los vengantes saldrán pronto. Si los guío hacia los oficiales, ustedes pueden escapar con el anillo de teomita…

—No, Zee —interrumpió Clementine.

Aster se aferró a la crin de su caballo cuando este trastabilló al rodear un árbol.

—… No se detengan hasta llegar al siguiente pueblo, Stonegate —continuó Zee con tono inexorable—. Hay una estación de trenes ahí. Es la primera de una línea que corre hasta Northrock…

—Zee, vendrás con nosotras —gritó Mallow desde un poco más atrás.

—No —dijo Aster entonces, con el respeto asentándosele en el pecho—. Yo iré con Zee.

—¡No! —gimió Clementine—. No los dos.

Zee le hizo un gesto a Aster. Detuvo su caballo. Aster y Mallow hicieron lo mismo.

—Tiene razón, Clem —dijo Zee con suavidad—. Ningún caballo puede llevar a tres jinetes. Alguien tiene que quedarse conmigo.

—Lo haré yo, entonces. Es a mí a quien quieren.

—No —la detuvo Aster, y comenzó a desmontar—. Vine hasta aquí para salvarte, Grace. ¿Lo entiendes? No me voy a rendir ahora.

—Aster, ¿estás segura? —preguntó Tansy—. Quizá podamos…

—Mi decisión está tomada. —Tenía que terminar con la discusión ya. Su ventaja sobre los oficiales no duraría mucho más. Clementine bajó del caballo; las lágrimas le corrían por la cara.

—Prométeme que nos alcanzarán —susurró al abrazar a Aster.

El corazón de Aster latía rápido y fuerte.

—No quiero que nos esperen. Es demasiado riesgoso…

—Prométemelo.

Aster nunca le había mentido a su hermana. No tenía intención de comenzar a hacerlo. Pero entonces alzó la mirada y vio que Violet le hacía un muy sutil gesto con la cabeza.

«A veces tienes que ser práctica».

—Lo prometo —respondió Aster con un susurro. Le dijo a Clementine lo que necesitaba oír. Clem exhaló, le agradeció y montó detrás de Violet—. Buen camino, amigas.

Clementine titubeó, con las palabras al parecer atoradas en la garganta, pero Violet espoleó el caballo y avanzó.

El cielo había comenzado a enrojecer conforme el sol caía. Las sombras alrededor se habían alargado y ennegrecido. Y al sur, tenue, pero en aumento, el sonido de cien caballos que las perseguían.

—Buena suerte —gritó Clementine por encima de su hombro.

Todas partieron. Aster y Zee las miraron hasta que desaparecieron en la espesura del bosque. Cuando se hubieron ido, Zee tomó la escopeta de su espalda y se la dio a Aster.

—Espero que hayas practicado tanto como dijiste —dijo sin rastro de su humor habitual—. Vas a necesitar esto.

DIECIOCHO

Aster miró el arma como si tuviera una serpiente viva entre las manos.

—¿No deberías tenerla tú? —preguntó.

Volar el candado de la jaula había sido bastante malo, y eso fue solo un arma pequeña apuntada a un objeto.

Zee negó con la cabeza mientras se apresuraba a tomar su cuchillo.

—La última vez que intenté cabalgar y disparar, sucedió esto —dijo y se dio una palmadita en la pierna herida—. Te dejaría tomar las riendas, pero Pepita me conoce mejor. Tú puedes hacerlo, Aster.

Luego se hizo una herida en la palma con el cuchillo.

—Zee…, ¿qué carajos?

—Tenemos que atraer a los vengantes.

—No son seres vivos. No pueden oler la sangre.

Había perdido la cabeza.

—No, pero los atraen el dolor y el miedo, y no se necesita mucho para abrirles el apetito. Ya estamos bastante asustados. —Hizo una mueca; le dio el cuchillo a Aster—. Haz lo mismo.

—Zee…, no sé…

Mientras hablaba, el sol se ocultó en el horizonte y el bosque quedó en completa oscuridad. Los vengantes comenzaron a aullar, muy bajo al principio y cada vez con más y más fuerza. El pulso de Aster rugió en sus oídos.

Se cortó la mano.

Vio la sangre antes de sentir el dolor… Y qué cantidad brutal de sangre era. Pronto, toda su mano estuvo pintada de rojo, riachuelos le corrían desde la muñeca hasta el codo. La herida pulsaba al mismo ritmo que su corazón. La palma le ardía como si se le quemara. Zee le dio una venda para cubrirse, pero Aster comenzaba a sentirse mareada.

—Mantente alerta —dijo Zee—. Una vez que los vengantes estén encima de

nosotros, los llevaremos hacia la ley. Lo vamos a lograr, te lo prometo.

Aster se preguntó si él también mentía.

Los oficiales se acercaban y no se esforzaban por enmascarar su andar. Repetían a gritos la misma amenaza casi a cada segundo:

—ATENCIÓN. ESTÁN BAJO ARRESTO. ARROJEN SUS ARMAS Y SALGAN CON LAS MANOS EN ALTO.

¿Y si la ley los alcanzaba antes que los vengantes? ¿Y si no había suficientes vengantes para detenerlos a todos? ¿Y si…?

Zee montó y ayudó a Aster a subir para estar preparados y correr cuando los oficiales se aproximarán. Aster estuvo a punto de tirar la escopeta al sentarse detrás de él. Era más difícil sostenerla con la mano herida.

—¿Cuántas balas tiene esta cosa? —preguntó, temblorosa. Los vengantes iban tras ellos también, podía sentirlo: sus alas perturbaban el viento y lo agitaban en pequeñas ráfagas entrecortadas.

—Seis —respondió Zee. Le acariciaba el cuello a Pepita para calmarla—. Toma mucho tiempo recargarla, demasiado. Así que no dispares salvo que sea necesario.

Su respiración se condensaba en el aire frente a ellos. La temperatura caía deprisa. Aun así, una gota de sudor rodó por la frente de Aster. Se limpió con el dorso de la mano. Miró a la oscuridad y se erizó con cada movimiento. No se sentía más segura con un arma en las manos. Bien podría estar disparándole a una tormenta.

Entonces lo vio: un destello plateado que atravesaba la luz de la luna y cubría el terreno como un coyote. Levantó el arma…

—Espera —dijo Zee. Hizo que la yegua retrocediera, y el vengante falló en su ataque; sus garras zumbaron junto al rostro de Aster—. No queremos ahuyentarlos todavía. Necesitamos que vengan más.

«¿Cuántos?».

El bosque parecía reventar de vengantes ahora. Las ramas se partían conforme avanzaban: sus agudos y salvajes gritos se abalanzaban como olas sobre Aster. La cabeza se le tensó, el corazón le golpeó el pecho. Sintió, más de lo que vio, a otro que se lanzaba hacia ellos desde lo alto.

—¡AHORA! —ordenó Zee.

Echó la escopeta hacia arriba y disparó a la oscuridad. El tiro atravesó la noche con un rugido y un destello de fuego, y el retroceso del arma casi derribó a Aster de la montura. El vengante chilló, herido, y retrocedió, pero otro se acercaba justo detrás del primero. Zee por fin le hundió las espuelas a Pepita y la yegua salió disparada con los vengantes detrás.

El viento le golpeó la cara a Aster mientras galopaban hacia los oficiales.

Contuvo la escalada de pánico que siempre aparecía cuando disparaba un arma. Contuvo también el vómito que le subía por la garganta. No podía darse el lujo de perderse. No ahí, no en ese instante.

—¡Sostente! —dijo Zee y aumentó la velocidad del galope. Las ramas les arañaban brazos y piernas; los huesos de Aster se sacudían con el traqueteo de los cascos de la yegua. Sintió al menos a dos vengantes que iban a su paso, uno a cada lado. Aster vaciló, sin saber si debía apuntar. Entonces el que estaba a su derecha se abalanzó sobre ella, le hincó los dientes en la pantorrilla y jaló…

Aster gritó. Le disparó dos veces a su atacante, y luego una tercera para ahuyentar al vengante a su izquierda.

«Esas eran más de la mitad de las balas».

—¿Estás bien? —gritó Zee.

—Lo estaré —ladró Aster en respuesta.

Pero la pierna le palpitaba y la vista se le nubló.

Les llegaron gritos humanos desde más adelante. Habían oído los tiros.

—Bien, casi llegamos —dijo Zee. Y en efecto, Aster pudo distinguir las siluetas de los oficiales a caballo que cabalgaban hacia ellos a unos treinta metros de distancia. Dos docenas de hombres al menos, algunos con antorchas de salvia, suficientes para ahuyentar a un vengante o dos cada una, pero sin duda insuficientes para alejar a la horda que Zee y Aster llevaban hacia ellos.

—¡alto! —gritó el oficial frente a ambos.

Zee siguió adelante.

Los primeros escopetazos dispersos retumbaron.

—Pensé que no tenían permitido matarnos —gruñó Zee mientras agachaba la cabeza.

—Supongo que preferirían entregar nuestros cadáveres que dejarnos escapar de nuevo —dijo Aster, sombría. Tenía la pierna empapada de sangre por la mordida del vengante y otro estaba cerca de alcanzarlos, con sus aletazos pesados y poderosos.

A quince metros de los oficiales.

—Maldita sea —profirió Zee. Se recargó sobre Aster. Se tomó el hombro. Una bala lo había alcanzado. La yegua se tambaleó sin su control. Su velocidad disminuyó.

«Mierda…».

Aster giró y le disparó al vengante iluminado por la luna que iba sobre ellos justo antes de que se lanzara a matar, con las garras extendidas y las fauces abiertas. Chilló, y su figura parpadeó mientras volteaba y huía.

Ocho metros. Zee había retomado las riendas, su respiración era entrecortada. Ganaron velocidad. Cargaron contra el grupo de oficiales.

—¡alto ahí!

Zee dejó escapar un grito salvaje y desesperado. Aster apuntó por encima de su hombro y disparó la última bala, obligando al legislador a apartarse de su camino. Pasaron entonces en medio de la patrulla, seguidos por una horda de vengantes.

Locura.

Una retahíla de disparos retumbó a su alrededor. Aster y Zee se agacharon y se cubrieron la cabeza. Los hombres gritaban al ser atacados por los vengantes, arrastrados de sus caballos o cargados hacia los árboles. Los gritos de vivos y muertos se elevaron en un coro que heló la sangre de Aster.

No pasó mucho antes de que los oficiales voltearan y corrieran, no detrás de Aster y Zee, sino huyendo de la rabiosa manada de espíritus. La gente se dispersó en todas direcciones. El olor a sangre y pólvora se espesó en el aire. Zee aprovechó la confusión para dejar atrás a los vengantes y a sus nuevas presas. Aster sintió un aleteo de esperanza al virar hacia el norte. Hacia Stonegate. Hacia sus amigas.

«Lo logramos».

Se estremeció con una ráfaga de júbilo que eliminó su miedo. Los dos guardaron silencio un tiempo, escuchando el ritmo de los cascos y el ruido lejano del caos que habían creado. Entonces el agotamiento golpeó a Aster como un martillo, y lo único que pudo hacer fue mantenerse sobre la yegua. Zee buscó su cantimplora con la mano sana y dio un trago.

—Sabes lo que Clem dirá cuando nos vea, ¿cierto? —dijo al fin. Se limpió la boca y le pasó la cantimplora a Aster.

Ella pudo oír la sonrisa en su voz. A pesar de todo, también le sonrió.

—Se lo dije.

Una vez que estuvieron lejos del peligro, Aster y Zee se detuvieron para limpiar y vendar sus heridas tan bien como pudieron. Zee desgarró un pedazo de su camisa a fin de hacerse un cabestrillo para el brazo, mientras Aster hacía lo mismo para vendarse la pantorrilla. Después recargaron la escopeta, volvieron a montarse en la yegua y continuaron cabalgando toda la noche, siguiendo el rastro de las demás. Mientras más pronto las alcanzaran, más pronto podrían dejar atrás la Canalla.

Aster cabalgaba entre el sueño y la bruma; cabeceaba con cada paso de la yegua. Comenzaba a sentirse como la noche en que mató al rapiñero: desconectada, irreal. «No bien». El ataque de los vengantes, los disparos de los oficiales, el rugido de la escopeta en sus manos…, todo se volvía demasiado.

Pero, para su sorpresa, la presencia de Zee la ayudaba a mantenerse en el momento. Aún no estaba del todo cómoda cerca de él, y sospechaba que nunca lo estaría. Y había todavía algo de su pasado que ella sabía que no les había dicho, algo de lo que se avergonzaba, temía, o ambas. Pero Aster tenía sus propios secretos y sabía lo que era verse silenciada por su propio miedo y vergüenza. Se dio cuenta entonces de que confiaba en Zee más de lo que jamás esperó cuando recién lo conoció.

No había creído que fuera posible tener eso con un chico: una amistad genuina.

—Zee —dijo Aster con cansancio, hablando para mantenerse despierta—. Con todo lo que sucedió, nunca pude decirte… que lamento que no hayas encontrado a tus hermanas.

Zee no respondió, y Aster se preguntó si la había escuchado; se preguntó también si ella misma había hablado o solo soñó las palabras. Pero entonces Zee contestó con una voz tan suave como la luz de la mañana que se filtraba entre los árboles.

—Yo también.

—¿Qué harás ahora? ¿Cuando termines con nosotras?

—No me he dado por vencido —suspiró—. Y nunca lo haré. Pero el rastro se ha enfriado. Busqué en todas las Casas de Bienvenida en la Canalla y no encontré señales de ellas. Es como si… hubieran desaparecido.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Aster. No saber qué ocurrió con tu familia era casi peor que perderla de forma definitiva. No poder llorarla, no poder seguir adelante.

Clementine seguro habría dicho algo como: «Ya encontrarás la forma, lo sé», o «Estoy segura de que siguen juntas, dondequiera que estén». Podía ser que incluso lo creyera; pero Aster no podía reunir esas palabras. La falsa esperanza era un regalo muy cruel para darlo a un amigo.

—Pues si hay algo que pueda hacer para ayudarte, házmelo saber, ¿de acuerdo? —dijo en cambio. Las hermanas de Zee merecían su libertad tanto como ella y Clem, o Mallow y Tansy, o Violet, o Adeline, o cualquiera de los cientos de Chicas Afortunadas en la Canalla.

—Gracias, Aster —dijo Zee con tono de sorpresa—. Lo haré.

Llegaron a Stonegate justo cuando el sol terminaba de salir sobre el valle, y se detuvieron en una cresta desde donde se divisaba todo el pueblo. Era, por mucho, el más grande que habían visto en todo el viaje. En vez de un muro muerto, tenía un gigantesco arco de piedra en el centro. Zee le explicó que representaba la entrada y la salida de la Canalla, a pesar de que, en realidad, las personas llegaban y se iban por la estación del tren al este del pueblo. Las vías

se extendían hacia el norte, resplandeciendo bajo el sol como un listón de acero. El tren esperaba en la estación.

Pero ¿dónde estaban Clementine y las demás?

Zee desmontó y se arrodilló para revisar el rastro que habían seguido. Ya que era de día, Aster pudo ver lo exhausto que parecía, con rostro de agotamiento y movimientos lentos y adoloridos. Sabía que ella se veía igual o peor.

—Su rastro termina aquí. No entraron al pueblo —dijo Zee con incertidumbre.

—Así que están esperándonos, como dijeron. Pero ¿dónde?

—Deben estar cerca.

Aster desmontó y se unió a la búsqueda. La preocupación disipó la neblina en su cabeza. ¿Y si alguien más había hallado su rastro? ¿Las habían capturado? O tal vez ocurrió un accidente…

La voz de Clementine perforó el silencio.

—¡Están aquí! ¡Lo lograron! Les dije que lo harían.

Aster volteó. Clementine había salido de entre los árboles a pie y corría hacia ellos. Mallow, Tansy y Violet venían detrás de ella. Aster apenas tuvo tiempo de exhalar con alivio antes de que su hermana la atrapara en un abrazo demoledor.

—Es bueno verte también —dijo Aster con una risa cansada. Solo entonces comprendió lo cerca que había estado de no volver a ver a Clementine jamás. La garganta se le cerró, y tuvo que tragarse las lágrimas que estaban a punto de brotar.

Clementine soltó a Aster y procedió a abrazar a Zee, pero se detuvo de golpe al ver su brazo en un cabestrillo.

—¿Qué rayos te sucedió? —preguntó Mallow con los ojos muy abiertos.

—Ya les contaremos todo —dijo Zee—. Pero primero tenemos que alcanzar el tren.

Señaló en dirección del ferrocarril de carga.

Violet frunció el ceño.

—¿Tiene que ser ese tren? Tuvimos una noche bastante larga, Zee. Llegamos aquí solo una hora antes que ustedes.

—Me temo que sí —dijo Zee—. Ese será el último tren de carga hasta la noche. Durante el día solo pasan trenes de pasajeros… y no hay forma de que seamos polizones en uno de ellos.

—Y no podemos estar aquí hasta la noche sin que nos descubran —concluyó Tansy.

—Exacto. Pero una vez que estemos en el tren, podremos descansar hasta

llegar a Northrock. Es un viaje de un día. ¿Dónde están los caballos?

Tansy y Mallow se apresuraron a volver al bosque y regresaron con los animales. Aster y Clementine volvieron a intercambiar lugares, de forma que Aster cabalgaba con Violet y Clementine con Zee. Bajaron por la cresta hasta llegar al límite del pueblo y fueron en paralelo a las vías, detrás de los árboles, para mantenerse a cubierto. No iban a abordar el tren en la estación, les explicó Zee; había demasiados ojos. En cambio, subirían cuando tomara la primera curva. Tendría que bajar la velocidad para girar.

Aunque… estaría en movimiento. A Aster no le encantaba la idea. Era un plan apresurado, como el atraco al banco. Algo saldría mal.

El tren silbó por primera vez. Estaba por salir de la estación.

—Vamos. No podemos dejar que se nos adelante —apremió Zee. Pero los caballos estaban cansados, y no podían animarlos a ir más rápido. No pasó mucho tiempo antes de que el tren comenzara a rebasarlas; el motor embestía hacia la izquierda sobre las vías a unos seis metros de ellas. Algunos de los carros eran de madera, con pintura que desaparecía en las vetas. Otros estaban abiertos por arriba y cargaban montañas de carbón. Humo negro salía despedido de la chimenea. Las ruedas ganaron velocidad con un sonido como de trueno. Aster sentía como si persiguieran a un demonio infernal.

La curva en las vías estaba justo adelante.

—¡Bien! ¡Prepárense para desmontar! —gritó Zee hacia atrás. Se dirigió hacia las vías hasta que estuvieron cabalgando junto al tren. Los carros pasaban rugiendo junto a ellas; el viento les jalaba el cabello y la ropa.

«Va demasiado rápido. Nunca podremos alcanzarlo», pensó Aster con desesperación. Imágenes no deseadas aparecieron en su mente: Tansy arrastrada debajo de las ruedas, Mallow estrellada contra un costado. Apretó los dientes y sacudió la cabeza.

Zee detuvo su yegua al llegar a la curva. Desmontó.

—Lleven solo lo que puedan cargar en la espalda —gritó por encima del ruido—. ¿Dónde está el brillo?

Aster y Violet intercambiaron miradas. El brillo estaba con Adeline y su tía.

—Lo tenemos nosotras —les dijo Violet a las demás tras leer el rostro de Aster.

Todas habían desmontado ya y llenaban sus sacos tan rápido como podían.

—Ahí, 24-67 —gritó Zee, remojándose los labios. Señaló el siguiente carro que se acercaba, con pintura rojo sangre descarapelada. Alguien tendría que trepar la escalera en el costado —les explicó atropelladamente entre gritos y gestos—, quitar el seguro a la puerta y abrirla para los demás.

Y con el estado de su brazo, no podría ser él.

Aster miró a Mal, pero aún estaba herida también. Igual lo estaba Aster; su pierna…

—Yo lo haré —dijo Clementine con una voz que apenas se oyó en el estruendo.

—Clem, no —dijo Aster. El corazón le pateaba el pecho.

Pero su hermana ya había dado un paso al frente y subía entre la hierba alta hacia la franja de grava que bordeaba las vías. Las rocas crujieron debajo de sus botas. Cerró los ojos y rezó en silencio. El carro rojo estaba a tres metros de distancia, avanzando por la vuelta con la celeridad de un caballo a medio galope.

O de una persona corriendo a toda velocidad.

—¡Prepárense para correr! —gritó Mal.

El carro pasó traqueteando junto a ellas. Clem corrió a su lado, saltó y se asió a la escalera; hojuelas de óxido cayeron entre sus dedos. Subió a toda prisa hasta el techo. Las demás se mantuvieron al paso del carro; Aster cojeaba tan rápido como podía. En cuanto el tren saliera de la curva, retomaría su velocidad.

Aster jamás lo alcanzaría entonces.

Ya en el techo del carro, Clem se recostó bocabajo, desenganchó los pestillos en la parte superior de la puerta e intentó jalarla.

—Está…, está trabada —gritó con un tartamudeo.

—¡Destrábala, entonces! —ladró Violet.

El tren comenzó a acelerar.

Clem al fin logró forzar la puerta, que se abrió con un estruendo. Bajó del techo y se lanzó adentro; aterrizó en el heno que cubría el piso del carro.

—¡Vamos, Tansy! Te atrapo —gritó Clem y extendió la mano.

Tansy iba a la cabeza del grupo. Levantó más las rodillas, tomó la mano de Clementine y saltó. Clementine la jaló al carro y la puso a salvo.

Violet era la siguiente.

—Mierda, mierda, mierda —gritaba a cada paso y se presionaba para ir a toda velocidad. Extendió la mano y Clem y Tansy la jalaron al carro también. Mallow tomó su turno, luego Zee. Soltó un fuerte gemido cuando lo alzaron por el brazo herido.

Ahora solo quedaba Aster.

El tren completó la vuelta. Ganaba velocidad. Aster se forzó a mantener el paso, aun cuando la pierna le punzaba dolorosamente.

—Vamos, Aster. ¡Casi lo logras! —gritó Clementine, aunque Aster podía ver el miedo en sus ojos.

Aster se maldijo, maldijo el ardor en sus pulmones y garganta, maldijo el

dolor pulsante en su pierna. Estiró la mano en busca de la de Clementine. La tomó.

Tropezó.

Sus piernas cedieron.

Gritó.

Clem se aferró a Aster, que intentaba recuperar la vertical. Las piernas le quemaban, se arrastraban en la grava detrás de ella, la cual que le arrancaba la ropa y la piel.

Las ruedas estaban demasiado cerca, chispas volaban junto a su cara. El estruendo ahogaba cualquier pensamiento o idea salvo el miedo puro e inarticulado. Aster intentó levantarse de nuevo, pero el tren se movía demasiado rápido. Iba a ser arrastrada hasta morir, o quedaría partida por la mitad en las vías.

Y si no se soltaba, se llevaría a Clementine consigo.

«Lo siento, Grace», pensó Aster mientras soltaba la mano. «Lo siento tanto».

Entonces, de pronto, sintió una mano fuerte asirse a su muñeca. La de Zee. Luego la de Violet sobre la de Zee. Y la de Mallow y la de Tansy.

—¡jalen! —gritó Clementine.

Aster sintió cómo su cuerpo se elevaba. La metieron al carro.

La joven sollozó al caer sobre su vientre; la madera le raspaba la piel. Gateó hacia adelante. Clementine cerró la puerta y los dejó en la oscuridad. Una ráfaga de alivio recorrió el cuerpo de Aster, una embriagante euforia que, por un instante, avasalló todo su dolor.

¿Cuántas veces, de tantas formas, había intentado la Canalla vencerla, vencerlas a todas durante años?

Ahora, por fin, la dejaban atrás para siempre.

—Eso fue peligroso —tosió Aster una vez que se recuperó lo suficiente como para sentarse. Su cabeza seguía inundada de incredulidad, pero intentó recobrar la compostura—. Debieron haberme dejado.

Violet puso los ojos en blanco. Aster no lo vio, pero pudo sentirlo.

—De nada —resopló Violet como para confirmar las sospechas de Aster.

Aster sonrió. «Gracias», pensó, «Gracias a todas».

DIECINUEVE

Viajar en el carro no era del todo cómodo. El aire era oscuro y polvoso, la carga se tambaleaba en sus cajas y el piso se sacudía con cada pequeño salto en las vías. Había un aferrante ahí, además, la figura brumosa de un trabajador del ferrocarril que se sentaba en una esquina a fumar y emitía una vaga pero abrumadora añoranza. No obstante, Aster estaba demasiado cansada como para que le importara y se quedó dormida en minutos.

Cuando abrió los ojos, sin saber cuántas horas después, Clementine era la única que también estaba despierta. Se sentaba con los brazos alrededor de las rodillas y miraba al aferrante, no con miedo sino con curiosidad. Aster se enderezó contra la caja en la que estaba recargada y se quejó de la rigidez en su pierna.

—¿Hablando con fantasmas otra vez, Clem? —preguntó en voz baja.

Clementine le dedicó una débil sonrisa apenas visible a la luz que se filtraba entre los tablones del carro.

—Más bien oyéndolos —dijo—. Su nombre es Calvin. Ha estado aquí mucho tiempo.

—Pues si no me hubieras salvado, yo habría terminado también como un fantasma en este tren —dijo Aster—. Gracias de nuevo, por… ya sabes…

—Ay, por favor. Como si pudiera haberte dejado. ¿Puedes creer que casi lo logramos?

—Bueno, no echemos las campanas al vuelo. Aún no estamos ahí —dijo Aster. Quedaba el pequeño detalle de todo el brillo que tenían que recuperar, y no estaba lista para hablar de ello todavía. No estaba lista siquiera para pensar en ello—. ¿De verdad crees que vamos a encontrar a la Dama Fantasma al final de este viaje?

—Sé que lo haremos.

—¿Qué harás cuando ya no tengas el favor?

Clementine se llevó los dedos al costado del cuello.

—Creo que lo primero será ir a una pastelería y comprar un pastel con betún de mantequilla.

Aster resopló.

—¿Qué, para celebrar?

Pero Clem no se reía.

—No, solo…, solo quiero hacer algo normal, algo que las otras chicas pueden hacer. Ir de compras a la ciudad, pedir algo en la panadería, caminar con libertad. Y hacer todo eso sin que todos te miren, y… te odien —contestó Clementine. «Seguirá habiendo bastante odio para un par de chicas sangresucias», pensó Aster, pero se lo guardó porque Clementine tenía razón. Pasara lo que pasara, serían libres—. ¿Y tú? —preguntó su hermana—. ¿Qué vas a hacer una vez que no tengas el favor?

Aster recordó su conversación con Eli. «A veces quisieras poder empezar tu vida desde cero».

—Es difícil imaginarlo incluso —dijo Aster, cuya voz apenas se escuchaba por encima del traqueteo de las ruedas bajo el carro. El aire estaba cargado con el aroma del aserrín y comenzó a picarle en la garganta—. Sé que no podemos tener hijos, pero quizá…, no lo sé…, me agrada la idea de darle a una niña la vida que nosotras no pudimos tener.

—Pues no es demasiado tarde para tener esa vida —dijo Clementine con una mirada extraña —. Aún somos jóvenes.

Pero sí parecía demasiado tarde, se dio cuenta Aster, y la idea la llenó de una tristeza insoportable. Se deshizo de ella por la fuerza. No tenía tiempo para eso.

—Aster… Dawn… —comenzó a decir Clementine, pero el tren saltó violentamente y despertó a las demás con la agitación.

«Gracias a los muertos», pensó Aster, aliviada por haberse librado del pesado giro que había dado la conversación. Tansy y Mallow, quienes se acurrucaban juntas, se sentaron de golpe. Violet maldijo al salir despedida por el piso. Zee resopló como un toro agitado.

—¿Nos salimos de las malditas vías? —preguntó Violet.

—No, pero vaya que vamos volando —admitió Zee mientras se frotaba el ojo con la palma de la mano—. Debemos estar cruzando el Mar Dorado ya.

El Mar Dorado era una extensa y plana pradera cerca de la frontera norte de Arketta, donde los bosques se imponían una vez más.

Significaba que estaban por llegar.

—¿Nos perdimos de algo mientras estábamos dormidas? —preguntó Tansy.

—No mucho —respondió Clementine—. Aster y yo hablábamos de la

Dama Fantasma y de lo que haremos cuando estos favores ya no estén.

—¿Aster dijo algo más sobre la Dama Fantasma? —preguntó Violet.

Aster le lanzó una mirada fulminante. Clementine arrugó la nariz.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, cómo rayos le pagaremos ahora que todo el brillo se ha perdido.

Las palabras flotaron en el aire; la verdad que había en ellas cayó con todo su peso sobre el pecho de Aster.

—Pero pensé que habían dicho que… ¿No está en el…? —balbuceó Tansy antes de que Aster pudiera hablar.

—¿De qué demonios hablas, Violet? —preguntó Mallow con más impaciencia.

Aster suspiró.

—He querido decírselos…

Y entonces les contó todo: cómo la alegría de Ruth al ver a Adeline se transformó en miedo cuando entendió qué les sucedería si no podían escapar; cómo, sin el brillo, las cosas habrían terminado peor para Adeline porque la habían salvado.

—Nunca habría tomado esa decisión sin ustedes, pero era cuestión de vida o muerte —concluyó Aster.

«Pero será de vida o muerte para nosotras si no lo recuperamos», pensó. Cuando tomó la decisión, estaba segura de que las demás habrían hecho lo mismo, o al menos eso se dijo. Pero ahora, mientras hacía su mejor esfuerzo por leer las reacciones de sus amigas en la oscuridad, una duda nueva se apoderó de ella. Tansy estaba anonadada. Mallow fruncía el ceño. Clementine se miraba las manos.

—Tú estabas ahí, Violet —dijo Aster con desesperación—. Diles cómo fue.

—Ah, fue lo correcto en ese momento. De eso no tengo duda —respondió Violet—. Aun si no fue lo más inteligente. Pero ahora tenemos que decidir qué haremos.

Todas guardaron silencio un momento. El corazón de Aster le colgaba en la garganta.

Entonces Mallow asintió, despacio pero decididamente.

—Me alegra que lo hicieran —dijo—. Yo habría hecho lo mismo. Pero sin el brillo…

—Sin el brillo, vinimos hasta acá por nada —intervino Tansy con voz grave.

Clementine sacudió la cabeza.

—No, recuperaremos esas águilas. Encontraremos la manera. Siempre lo hacemos. Robaremos otro banco…

—¿Qué, en Northrock? —preguntó Mal—. Ya no estamos en la Canalla. Todos los bancos aquí estarán armados hasta los dientes…

—¿Qué más podríamos hacer?

—… Y míranos. A mí me han sacudido como a una muñeca de trapo. A Aster le mordieron la mitad de la pierna. Zee está atravesado por balas…

Zee habló entonces por primera vez, como si oír su nombre lo hubiera sacado de su estupor.

—Usen el anillo —dijo. Todas lo miraron. Cuando nadie habló, repitió sus palabras—: Usen el anillo de teomita para pagarle a la Dama Fantasma —dijo con más firmeza—. Vale al menos cinco mil águilas. Ella lo aceptará.

—Zee…, no —dijo Clementine de inmediato—. Se supone que usaremos el anillo para pagarte a ti.

—Ya has sacrificado demasiado —agregó Tansy—. Usaste todo el brillo de tu padre en nosotras, te metiste en problemas con la ley, tuviste que abandonar a tu yegua…

—Te lo debemos —terminó Mallow.

—Si hiciera esto por la paga, lo habría dejado hace mucho —respondió Zee y recargó la cabeza en la pared—. Ustedes son mi familia ahora…, quizá la única que me queda. Así que, hasta que encuentre a mis hermanas… —Miró a Clementine y entrelazaron los dedos—. Déjame llevarte con la Dama Fantasma, Clem. —Su mirada recorrió el círculo—. Déjenme acompañarlas a todas.

Aster sintió que su instinto protector surgía de nuevo, pero no por Clementine esta vez, sino por Zee.

—No permitiremos que termines con las manos vacías —insistió Aster, sorprendiéndose—. Debe haber otra forma.

—No la hay —dijo Zee con la misma insistencia. Presentó el anillo—. Por favor, Aster, dame la oportunidad de ayudarlas. Déjenme terminar esto. Créanme, es lo menos que puedo hacer después de… —Se detuvo—. Es lo menos que puedo hacer.

Aster tomó el anillo con incertidumbre, intentando ver más allá de las sombras para leer la expresión de Zee. ¿Qué estuvo a punto de decir?

«Algo relacionado con lo que sea que nos ha ocultado».

Algo tan horrible que estaba dispuesto a ceder el anillo de teomita para enmendarlo.

Aster se retorció un poco; se enderezó.

—Zee —dijo, despacio y con cuidado, como si caminara sobre vidrios rotos —. Mira, todas aquí tenemos secretos, y tú tienes derecho a guardar los tuyos. He…, he aprendido a aceptar eso. Pero si intentas expiar algún pecado al ayudarnos…, si esa es la razón por la que no aceptarás el anillo…, creo que

tenemos derecho a saberlo. Porque yo también te considero ahora parte de mi familia, y necesito saber si es algo real.

Pasó saliva y sintió un extraño calor en el rostro. No esperaba hablar con tanta honestidad. Zee abrió la boca para responder, pero Clementine se le adelantó.

—Por el amor de los muertos, Aster —le recriminó—. ¿Qué más debe hacer Zee para demostrarte que es un buen hombre?

Zee retiró la mano de la de Clementine.

—No, Clem… Tiene razón —dijo, como si cada palabra lo hiriera—. No…, no he sido del todo honesto con ustedes.

Los labios de Aster se abrieron, y de ellos salió una exhalación aguda y adolorida. Las demás se quedaron muy quietas. El aire en el carro de pronto se volvió más pesado de lo normal.

—¿A qué te refieres con que no has sido honesto con nosotras? —le preguntó Clementine para romper el silencio estupefacto. Aster no podía leer la expresión de su hermana en la oscuridad, pero alcanzó a oír el temblor de dolor en su voz—. Zee…

—Ustedes son mi familia —dijo Zee. Se quitó el sombrero y la miró de frente—. Cada palabra de eso es cierta, Clem. Es acerca de mi primera familia sobre lo que no he sido del todo honesto. Mis padres. Mi padre. —Miró a las chicas, el blanco de sus ojos brillaba—. No era un apostador. Era un rapiñero.

Por un instante interminable, nadie habló.

—¿Tu padre… qué? —murmuró Aster.

—Cazaba fugitivas de las Casas de Bienvenida. Y solía llevarme con él. Así es como aprendí a seguir rastros. De ahí provenía todo nuestro brillo —terminó Zee.

—Y por eso ahora estás tan dispuesto a ayudar a un grupo de fugitivas de una Casa de Bienvenida —dijo Violet entre dientes—. Para limpiar tu conciencia.

—No es la única razón… —dijo Zee, desesperado.

Pero Aster había dejado de oír sus palabras; un zumbido surgió en su cabeza. Era como si el Velo hubiera caído de sus ojos y viera a Zee con claridad por primera vez.

La nube de culpa que siempre estaba sobre él, sin importar lo desinteresado que fuera.

La incomodidad que se apoderaba de él cada vez que alguien le preguntaba por su vida antes de ser un viajante, las incongruencias en sus respuestas.

El pánico que lo abrumaba siempre que había rapiñeros cerca, el único momento en que había mostrado miedo puro.

El estómago se le revolvió, y no era solo el movimiento del carro lo que le provocaba náuseas.

El tono de Zee se volvió de súplica.

—Quise decírselo miles de veces. Pero no quería que creyeran… Yo era solo un niño; él me obligaba a ir. Yo nunca quise ayudarlo. Odié cada segundo…

—¿Mataste a alguien? —preguntó Mallow, tensa.

—¡No! Por supuesto que no.

—Pero tu padre sí. Tu padre mató a chicas como nosotras —insistió Clementine.

Zee desfalleció. Asintió.

—Chicas como ustedes, chicas como mis hermanas —dijo, impotente. Su voz se volvió densa—. Solo quería hacer lo correcto, por ellas. Se suponía que el brillo nos sacaría de nuestra deuda…

—Basta —dijo Aster antes de que Zee pudiera decir más. No tenía energía para aplacar la culpa de Zee. Tampoco quería hacerlo. No sintió alivio alguno por haber tenido razón sobre él. Un agotamiento devastador se instaló en ella como una enfermedad.

—Lo siento —dijo Zee al fin. Su sombrero seguía en su regazo y se lo volvió a poner como si intentara esconder la cara—. Lamento lo que hice y lamento haberlo ocultado tanto tiempo.

«Vaya, está arrepentido. Supongo que eso vale algo», pensó Aster con amargura.

—Dijiste que tu padre murió… ¿cómo? —preguntó Tansy. Su voz era poco más que un susurro.

Zee exhaló.

—Se suicidó —dijo—. Ser rapiñero… tiene un costo. Los mortales no estamos hechos para soportar el poder que viene de más allá del Velo. Devora el alma. No se puede entender hasta que ves que le ocurre a alguien a quien amas. Mi padre se convirtió en rapiñero para eliminar nuestra deuda de una vez por todas, pero comenzó a perder sus recuerdos, emociones, deseos…, todo lo que lo hacía ser él. Solía construir botes a escala y los llevaba al arroyo para que los hiciéramos competir. Les cantaba a mis hermanas antes de dormir. Todo eso desapareció. Era como si se convirtiera en piedra. Mi madre murió un invierno y él no derramó una sola lágrima. Se dio un tiro poco después, no por la pena, creo, sino por el vacío. Era como si estuviera muerto antes de hacerlo.

Nadie habló. Todas habían vivido tragedias, y todas habían sido víctimas de la fría indiferencia de los rapiñeros. Pero ver a un ser querido perderse poco a poco en la maldición… era un horror que Aster nunca había considerado.

«No fuiste tú quien creció con los rapiñeros torturándote, hasta donde sé»,

le dijo alguna vez.

Pero tal vez sí lo había hecho.

—Lo siento, Zee —dijo Aster al fin. Una parte de su ira se había calmado—. Debiste habernos contado. Pero lo siento de cualquier forma.

—Entiendo por qué preferías no hablar de ello. No es poca cosa —masculló Mallow.

Pero la atención de Zee había vuelto a posarse en Clementine.

—¿Clementine? Estás muy callada —dijo, y pasó saliva—. ¿Qué piensas?

—Pienso…, pienso que quizá fuiste tan prisionero de tu padre como todos los demás —logró decir Clementine, sin mirarlo—. Pero quisiera que no me lo hubieras ocultado. Lo habría entendido. Lo entiendo. Tienes que confiar en mí.

—Tiene razón, Zee —dijo Aster con un suspiro—. ¿Crees que no sabemos cómo se siente querer dejar atrás todo tu pasado?

Las demás expresaron su acuerdo entre murmullos.

—De verdad creí que me odiarían —admitió Zee.

—Odiaba saber que nos mentías —dijo Aster. Todos los peores hombres eran mentirosos. Te decían que arriba era abajo y te castigaban por opinar lo contrario. La Casa de Bienvenida era una mentira también. Toda la maldita Canalla estaba basada en una mentira, la mentira que decía que los sangresucias se merecían lo que fuera que les ocurriera.

Aster no creía ser capaz de soportar una sola mentira más.

—Pues tienen mi palabra: nada más que la verdad a partir de este momento —dijo Zee—. Así que créanme cuando les digo que las llevaré con la Dama Fantasma, no porque quiera su brillo y tampoco porque busque su perdón. Solo quiero verlas ganar.

Una vez que el tren bajó la velocidad a las afueras de Northrock, saltaron. No les iría bien si descubrían que eran polizones, pero eso significaba que tendrían que recorrer los últimos kilómetros a pie a través de los pastizales. Las heridas de Aster se habían endurecido por las horas sentada, y cada paso que daba enviaba ráfagas de dolor por todo su cuerpo. El terreno era disparejo y se hallaba repleto de charcos. En algunos lugares el pasto les llegaba hasta la cintura. Era una ruta lenta y traicionera, tan distinta a las montañas que habían dejado atrás, que Aster sentía como si hubiera entrado a otro mundo.

—Hay agua por todas partes. Incluso el aire es húmedo —farfulló Mallow.

—Tanto así que no voy a poder quitarme el olor a estiércol de las botas en semanas —respondió Tansy, asqueada.

—Solo alégrate de que aquí hay vacas y no vengantes —dijo Aster.

La noche había caído hacía rato, pero no habían escuchado a un solo vengante. Aster siempre supo que fuera de la Canalla estos seres eran tan extraños como las serpientes de dos cabezas. Pero no dejaba de ser increíble, después de escuchar ese coro infernal todas las noches, encontrarse con tal silencio. ¿De verdad vivían así los sangrepuras, sin miedo, con libertad para salir en las noches sin tener que pensar en los muertos?

En Northrock ni siquiera estaba oscuro, no de verdad. Era una ciudad real, una ciudad moderna, la única en Arketta que utilizaba voltricidad como energía. Incluso ahí, a un par de kilómetros de distancia, podían ver el halo de luz azulada que borraba las estrellas. El contorno de la ciudad destacaba con crudeza, como los dientes de una llave.

Otro mundo.

Al menos en la Canalla, Aster sabía qué esperar. ¿Qué peligros los aguardaban ahí?

Volteó a ver a Violet, que caminaba un poco alejada del resto. Al principio de todo, eso no habría sorprendido a Aster, pero ahora le parecía inusual. Era una oportunidad perfecta para que Violet se quejara del entorno o para que les recordara que su padre era un tipo importante en la ciudad, pero dejaba que el momento pasara sin hacer un solo comentario. No había estado tan reservada desde la noche con los Alacranes, aunque aquello era comprensible: eran desconocidos y ella era la única sangrepura entre todos.

«Pero está acostumbrada a nosotras. ¿Qué sucede ahora?».

Quizá ansiaba un poco de cardo dulce. Esa sería su primera noche sin tomarlo tras semanas de ir dejándolo de a poco.

O quizá estaba nerviosa por conocer a la Dama Fantasma. Si había algo de lo que todas debieran estar al tanto, Aster tenía que saberlo.

Se abrió camino entre el pasto hasta que estuvieron caminando hombro a hombro.

—¿Estás lista para mañana? —preguntó.

Violet la miró con suspicacia.

—¿A qué te refieres?

—Nada. Solo…

—Sé adónde vamos.

—Nunca dije que no lo supieras. —Pero Aster no se rindió—. ¿Hay algo sobre la Dama Fantasma que te moleste? ¿Te preocupa que no esté ahí?

Violet esbozó una sonrisa torcida. Sus botas susurraron en un charco poco profundo.

—¿No crees que es un poco tarde para preguntar eso?

—Sabes cuánto odio que alguien responda a una pregunta con otra

pregunta.

—Muy bien, entonces: no, no me preocupa la Dama Fantasma.

—Pues estás preocupada por algo. Lo puedo ver en esos ojos de sospecha.

—¿Desde cuándo te importa?

Aster dejó el humor y puso una mano sobre el brazo de Violet.

—Oye, solo quiero asegurarme de que estés bien —dijo.

Pero Violet no hizo más que resoplar.

—Es un poco tarde para eso también.

«¿Qué se supone que significa eso?».

—Violet…

—¡Aster! —gritó Zee desde más adelante—. Hay un granero abandonado ahí. Podemos pasar el resto de la noche.

—Hagámoslo —gritó Aster en respuesta. Habían pasado buena parte de la noche viajando para intentar llegar con la Dama Fantasma antes del amanecer. Le dirigió una última mirada a Violet antes de correr para alcanzar a las demás.

Dentro del granero ruinoso, subieron al henil para evitar a las ratas que se habían instalado debajo. Tuvieron que dejar la mayor parte de sus provisiones atrás cuando subieron al tren, así que volvieron a dormir envueltos en cobijas delgadas y a cenar comida seca. El olor a humedad y podredumbre flotaba en el aire con pesadez, y Aster sentía como si respirara el tufo de un trapo sucio.

Pero esa era por fin la última noche de su travesía.

A esa hora del día siguiente, estarían con la Dama Fantasma.

A esa hora del día siguiente, si todo salía bien, si las promesas eran reales, sus favores habrían desaparecido.

—Yo haré la primera guardia —ofreció Violet mientras los demás acomodaban sus espacios para dormir.

Aster frunció el ceño.

—Si estás segura, está bien. Pero despiértame si necesitas algo.

—A no ser que tengas una lujosa habitación de hotel que ofrecerme, no creo que haga falta —respondió Violet con tono áspero.

Si Violet había vuelto a ser una imbécil, debía ser buena señal, pensó Aster. Se llevó la cobija a los hombros y se acomodó para pasar la que sería una noche de poco sueño, no tenía duda. Se sentía nerviosa por el día siguiente, por supuesto, pero debajo había algo más, frágil como una burbuja: emoción.

«No es demasiado tarde para tener esa vida», había dicho Clementine.

Quizá tenía razón. Tal vez no era tarde. Una vez que no tuvieran los favores…

Cayó en los brazos del sueño, se permitió idealizar las posibilidades por primera vez. Pero justo cuando se entregaba a las profundidades más dulces del

sueño, alguien la sacudió para despertarla.

Clementine se acuclilló sobre Aster con los ojos bien abiertos y llenos de pánico.

—¡Aster, levántate! —susurró con urgencia—. Es Violet. Se fue.

VEINTE

Aster se quitó la cobija de encima y se puso en pie de un salto. Se suponía que Violet montaba guardia. ¿Por qué demonios no estaba ahí?

—¿Violet? —gritó a la oscuridad, sin respuesta.

Buscó el cuchillo en su cintura; el miedo ya había brotado en sus entrañas. Pero el cuchillo había desaparecido también. Examinó el suelo de planchas de madera en busca del arma, a sabiendas de que no la encontraría.

—¿Qué ocurre? —balbuceó Tansy al sacudirla Clementine para despertarla.

—Violet se fue —dijo Clem.

—¿Se fue? —dijo Tansy tras sentarse—. Seguro solo fue al baño.

—No con mi cuchillo —replicó Aster—. ¿Violet? —gritó de nuevo, sin recibir respuesta.

Mallow y Zee estaban sentados también ya.

—Quizá se llevó el cuchillo porque le tiene miedo a la oscuridad. Ya saben cómo es —dijo Mal.

Pero entonces Aster vio algo atado a la funda vacía del cuchillo: un sobre pulcramente doblado, sellado con cera.

«¿Qué demonios es eso?». Quienquiera que hubiera escrito esa carta no era Violet. No llevaban sobres ni sellos de cera con ellas. Y la cera estaba tan dura y fría como una roca; tenía mucho tiempo de haberse secado.

Aster liberó el sobre y abrió el sello con una uña. Las posibilidades corrían por su cabeza: alguien había secuestrado a Violet; el sobre era la nota en la que pedían un rescate. El papel era muy suave por su antigüedad, y apenas se arrugó cuando lo desdobló. Estaba demasiado oscuro para poder leer lo que decía.

—Alguien encienda un cerillo —dijo Aster mientras el temor subía por su pecho.

Tras lo que pareció una eternidad, Zee encontró un cerillo y lo encendió;

ardió con un suave siseo. Aster se acercó a la luz. La tinta se había desvanecido, pero logró distinguir las palabras escritas con una letra desparpajada.

—Mi adorada Violet —comenzó Aster con voz templada—: No estoy segura de cuándo leerás estas palabras, pero cuando lo hagas, quiero que sepas que te amo más que a nada y no soporto estar alejada de ti. Pero tengo la oportunidad de escapar y encontrar una mejor vida para nosotras, y debo aprovecharla. Si sucede lo peor y no vuelvo a ti (pues solo lo peor me impediría volver), no dejes de repetirte el cuento que leíamos antes de dormir. Cuéntatelo a diario. Porque el serafante aguarda, y las palabras te llevarán a él. Te amo por siempre. Ma.

—Un momento… —murmuró Clementine cuando Aster terminó—. Violet nos dijo que su madre le había dejado una nota antes de morir, antes de… suicidarse. Tal vez sea esta.

Tansy meneó la cabeza despacio.

—No lo sé. No parecen las palabras de una mujer que está por quitarse la vida.

—Está bien, pero ¿por qué nos habría dejado Violet esta carta? ¿Y dónde está ahora? —preguntó Mallow.

—¿Es posible que nos haya dejado para encontrar sola a la Dama Fantasma? —murmuró Tansy.

Al pensarlo, a Aster se le fue el estómago al piso. Buscó el anillo de teomita que colgaba de su cuello y exhaló al encontrarlo en su lugar.

—No, no pudo haberlo hecho. Tendría que haberse llevado el anillo para pagar —dijo—. Debió ir a otro lugar.

Mallow resopló.

—¿Y cómo diablos encontraremos a la Dama Fantasma sin ella?

El cerillo se extinguió. Zee encendió otro. Aster miró la carta de nuevo; la piel le picaba con creciente frustración.

«El cuento que leíamos antes de dormir… El serafante aguarda, y las palabras te llevarán a él».

—¿Alguien recuerda si Violet dijo algo sobre un cuento que leía antes de dormir? —preguntó Aster. Comenzaba a pensar que «el serafante» podía ser la Dama Fantasma, y que la carta debía llevarlas a ella.

Pero eso no explicaba por qué Violet las había dejado ni dónde estaba.

—Estoy casi segura de que mencionó el cuento la misma noche que nos habló de la carta —dijo Clementine—. Estábamos con los Alacranes, todas relatamos cómo habíamos terminado en Green Creek.

—Pero Violet no nos contó el cuento. ¿De qué nos sirve la carta? —intervino Mallow en tono demandante.

—Recuerden: ¿qué nos dijo esa noche? —pidió Tansy.

Todas guardaron silencio un momento, intentando recordar. El segundo cerillo se extinguió; el humo se arremolinó en la oscuridad.

«La madre de Violet nació en una familia pobre de sangrepuras y fue enviada a Green Creek», pensó Aster.

Y como era sangrepura, el doctor no la cortó.

Quedó embarazada de Violet y se enamoró del padre de la niña, un brago adinerado.

Él prometió sacarla de la Casa de Bienvenida para que vivieran como una familia.

Pero, en cambio, las abandonó y la madre de Violet se suicidó por el dolor.

—El padre de Violet era un magnate acerero, ¿cierto? —preguntó Zee, quien parecía seguir la misma cadena de ideas—. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Tom Wells —respondió Tansy.

—Y dijo que vivía en Northrock, ¿recuerdan? En una mansión dorada en la colina más alta —añadió Clementine.

—Pues estamos a las afueras de Northrock. Tal vez… —Aster se detuvo y recordó una vez más a Violet en el Campamento Red Claw, cuando intercambiaban historias con los Alacranes.

«¿Y tu padre nunca volvió por ti tampoco? ¿Aún no lo conoces?».

«Aún no. Pero algún día».

Había notado algo extraño en los ojos de Violet cuando enunció esas palabras. Una oscuridad. Un secreto. Quizá, también, una intención.

—Tal vez nunca pensó ir con nosotras a visitar a la Dama Fantasma —dijo Aster, despacio—. Quizá vino a Northrock a encontrar a su padre.

—¿Está la Dama Fantasma en Northrock, al menos? —exigió Mallow—. ¿O Violet lo inventó todo solo para que la trajéramos a la ciudad?

Aster sacudió la cabeza; pasó saliva para intentar calmar las brasas que le ardían en la garganta. Después de todo lo que habían pasado juntas, todo lo que habían compartido, ¿y si Violet las había utilizado todo ese tiempo?

Fuera como fuera, la carta no servía de nada sin ella.

Aster cerró los ojos para bloquear el paso a unas lágrimas de rabia. Violet había traicionado chicas antes. Se había hecho una reputación por hacerlo. Pero, incluso para ella, esto era de no creerse.

Algo no estaba bien.

—Ustedes quédense aquí —dijo Aster con tranquilidad. Se guardó la carta —. La voy a encontrar.

Aster se puso el abrigo y el sombrero de bandido, y se adentró en la noche. Solo contaba con unas cuantas horas antes del amanecer; tendría que volver a su escondite con la salida del sol.

Eso significaba que debía apresurarse.

Saltó la valla baja que rodeaba los pastizales para el ganado y corrió por la pequeña pendiente hacia el río que bordeaba Northrock: La Piedad. Parecía tener al menos un kilómetro de ancho, y una corriente suave y sinuosa. Se detuvo de golpe al llegar a la ribera; sus botas chapoteaban en el lodo. El hedor del agua le revolvió el estómago. La corriente la arrastraría si intentaba cruzar a nado, estaba segura de ello. Y cualquier puente tendría un punto de revisión de la ley, igual que los muros muertos en la Canalla. ¿Cómo diablos habría cruzado Violet al otro lado?

Aster apretó los dientes. Podía ver la colina más alta de Northrock desde donde estaba, podía ver las siluetas de las mansiones que miraban hacia la ciudad desde donde se asentaban. Pero no podía sentirse más alejada.

Se arriesgaría a cruzar un puente.

Corrió por la ribera hasta encontrar un puente de piedra que cruzaba La Piedad en un punto donde el río se estrechaba. Se agazapó detrás de los arbustos; su mente galopaba. Tendría que esperar a que una carreta con suministros pasara para poder subirse a ella. Rezó por que no transcurriera mucho tiempo antes de que una llegara; Zee había dicho que la mayor parte de las entregas a la ciudad se hacían en las noches, pero hablaba de los trenes de carga. Aster no tenía idea de si lo mismo ocurría con las entregas en carretas.

«No tengo tiempo para esto», pensó; la impaciencia le daba zarpazos por dentro. Mientras más tiempo esperara ahí, más probable era que descubrieran a Clementine y a las demás, o que Violet dejara el lugar en el que estaba, o que el sol saliera y…

Alguien se acercaba por el camino. Aster se tensó y se preparó, pero era un carruaje privado, como los que habían asaltado. No había forma de subir a la parte de atrás sin que la descubrieran. Exhaló con frustración y volvió a agacharse, esperando a que el carruaje desapareciera.

Los minutos pasaron despacio. El camino siguió vacío. El agua negra debajo corría con un rugido interminable. A Aster los músculos comenzaban a dolerle por estar acuclillada tanto tiempo, y la mordida del vengante en la pantorrilla le palpitaba de forma enfermiza al ritmo del corazón. La fatiga se arrastraba en las orillas de su mente; hacía que los ojos le pesaran y sus pensamientos divagaran.

Entonces, justo cuando estaba a punto de darse por vencida y correr por el puente a pie (al diablo con los puntos de revisión), oyó que otro vehículo se acercaba por el camino.

Y era una carreta de suministros.

Un carro lechero vio Aster un momento después, repleto de enormes barriles metálicos de leche y crema. No tenía capota encima.

La joven se anudó el paliacate alrededor del rostro. Se preparó, apoyándose en las puntas de los pies. En cuanto la carreta comenzó a andar por el puente empedrado, Aster hizo su movimiento: corrió y trepó por la parte trasera. Una vez que estuvo segura de que el traqueteo de las ruedas había bastado para silenciar su caída, liberó una de las pesadas cobijas atoradas debajo de los cántaros de leche y la usó para cubrirse.

El tiempo que tomó cruzar el puente le pareció eterno. El sudor le resbalaba por el cuello a pesar de lo fresco del aire. Se paralizó cuando la carreta se detuvo: podía oír a los oficiales pedir al conductor su nombre y permiso. La luz de una linterna barrió el interior de la carreta, filtrándose entre las fibras de la cobija que ocultaba a Aster. Una, dos veces. Después de un silencio interminable, los oficiales le permitieron pasar.

Aster exhaló. Contó hasta mil, para asegurarse de que estaban bastante lejos de los oficiales, y saltó del carro.

—¡Oye! —gritó alguien. Pero ella se abrió camino empujando a la gente en la calle y se escabulló en el primer callejón que halló, corriendo a toda velocidad. La humedad y la oscuridad le recordaron el descenso a la mina, pero, en vez de rocas y madera podrida, se encontró con botes de basura y botellas rotas que debía esquivar. Miró detrás para asegurarse de que nadie la seguía y comenzó a caminar, se alisó la camisa y volvió a las calles principales.

«Con que esto es Northrock», pensó al tomarse un momento para estudiar el entorno. Los edificios eran tan altos como los árboles de la Canalla y ensombrecían las calles de ladrillo a sus pies. Incluso entonces, mucho después de la puesta del sol, las calles estaban repletas de gente: camiones de dos pisos jalados por caballos, vendedores que pregonaban sus productos, oficiales a pie y montados, hombres con trajes a la medida que salían de las casas de apuestas, sujetos harapientos mendigando junto a las puertas. El brillo púrpura y azul de los faroles vóltricos bañaba la ciudad entera con una luz que parecía de otro mundo. Zumbaban por debajo del resto del ruido.

Aster hizo un esfuerzo por evitar que la abrumaran la luz, el ruido y los fuertes olores, tanto los dulces como los desagradables. Por más que intentara mezclarse con la multitud, se daba cuenta de que destacaba con su atuendo enlodado de viajante. Bajó el ala de su sombrero y se dejó llevar por la marea de gente. No tenía idea de cómo llegar adonde iba, pero, si no se apresuraba, su favor la delataría frente a todas esas personas.

El pánico comenzó a presionarla desde todas las direcciones. Demasiados

cuerpos rozaban el suyo, demasiados ojos se posaban en su rostro. Sintió un mareo. El sudor le cubrió las palmas de las manos. Empujó a la gente que se amontonaba a su alrededor. Batalló para mantenerse concentrada. No tenía tiempo de perderse, no esa noche. Tenía que encontrar la mansión dorada en la colina más alta…

Alguien la tomó por la muñeca. La joven contuvo un grito.

—La ley sospecha de ti. Sígueme —le susurró un extraño al oído; luego le soltó la muñeca y pasó por delante de ella. La voz pertenecía a alguien que vestía un abrigo negro y parchado, con los codos desgastados y el cuello levantado contra el aire nocturno. Aster solo tuvo tiempo para ver que no había una sombra a los pies de aquella persona desconocida antes de que desapareciera entre la muchedumbre.

El corazón se le fue al cuello, y se lo tragó de vuelta. No tenía razón para confiar en esa persona, pero solo necesitó echar un vistazo por encima de su hombro para confirmar que dos oficiales la observaban y uno de ellos se había llevado la mano a la cintura para tomar su macana. Aster maldijo y corrió para alcanzar al desconocido.

—¿Quién demonios eres? —gruñó. Pudo ver entonces que su acompañante era una sangresucia de más o menos su edad, con ojos negros como la noche y nariz corta y afilada.

—Bien por el esfuerzo. Al menos intentaste ser discreta. Pero debes entender que escabullirse por la ciudad es muy distinto a escabullirse por la Canalla.

—¿Cómo supiste…?

—Lo primero que te delata es el paliacate. Aquí no hay polvo. Además, estás vestida como si hubieras salido de la portada de una novela ambientada en las montañas. Pero lo más revelador es la mirada de asombro con la que ves todo. Todo el mundo la tiene la primera vez que está en la ciudad —enumeró la chica mientras continuaba guiándola de forma experta entre la gente—. Te he estado siguiendo desde que saliste de esa carreta de suministros. Algunas de nosotras dormimos en el viejo molino al final de la calle, y la ley buscará cualquier motivo para arrestarnos y enviarnos a la Canalla. Así que no puedo arriesgarme a que causes problemas por aquí.

Aster se erizó.

—No estoy aquí para causar problemas. Busco a alguien, y no tengo tiempo…

—¿Siquiera sabes adónde vas?

Aster vaciló.

—Permíteme ayudarte. De una sangresucia a otra.

—No tengo con qué pagarte.

—Claro que sí. —La chica alzó el reloj de Aster, que solo unos segundos antes había estado en su bolsillo trasero. Aster maldijo e intentó tomarlo, pero la chica lo alejó y en cambio le ofreció la mano que tenía libre—. Me llamo Cora.

Aster supuso que no podía quejarse demasiado, pues ella misma le había robado el reloj a un brago. Pero…

—Un gusto —farfulló y le estrechó la mano, aunque dudó en revelar su propio nombre—. Tengo que llegar a la mansión de Tom Wells. Esta noche. Es un magnate acerero. ¿Lo conoces?

Cora levantó una ceja.

—Claro, vive arriba con el resto de los infelices acomodados. Tiene hombres vigilando día y noche. Te puedo acercar, pero después irás por tu cuenta.

Aster asintió, intentando ignorar el miedo que le arañaba las entrañas y el dolor que le incendiaba el favor. Siguió a Cora por un callejón como aquel al que había entrado antes; mantuvo un puño al costado, cautelosa. La chica bien podría estar llevándola a alguna trampa. Pero estaba desesperada, no tenía opción.

—¿Qué asunto tienes con Wells, a todo esto? —preguntó Cora mientras se movían por las entrañas de Northrock.

—No te preocupes por eso.

—No hace falta ponerse sensible.

Pero Aster no estaba de humor para conversar. Se frotó el costado del cuello con el hombro e intentó ignorar su favor.

—Tenemos que apresurarnos.

Cora asintió y aceleró el paso. A medida que subían, las calles se volvían más limpias y silenciosas. No había ratas en esos callejones ni ebrios dormidos en las aceras. Sin duda iban en la dirección correcta. Aster sintió una breve ráfaga de alivio, agradecida de que su confianza hubiera rendido frutos.

—En fin, si planeas quedarte en Northrock, en algún momento tendrás que aprender cómo funcionan las cosas por aquí —dijo Cora después de un tiempo —. Es peligroso ser sangresucia por estos rumbos.

«No puede ser peor que en la Canalla», pensó Aster.

—No lo haré. Quedarme en Northrock, quiero decir —masculló. Pero se ablandó, agradecida de haber encontrado a alguien en ese extraño lugar que estuviera dispuesta a ayudarla—. De todos modos… gracias por la preocupación.

Cora se encogió de hombros.

—Es obvio que tienes talento si lograste escapar de la Canalla y llegar hasta aquí. A mis amigas y a mí nos sería útil alguien como tú, si alguna vez cambias de opinión.

Cora se detuvo entonces. Habían llegado al final de un callejón que daba a un extenso patio vacío. Había mansiones a cada lado, enormes edificios de piedra iluminados por la luz amarilla que salía de las ventanas enrejadas. Al menos seis guardias patrullaban el área.

—Tom Wells vive ahí —dijo Cora y señaló la mansión frente a ellas—. Aquí es donde te dejo. Buena suerte.

Aster pasó saliva.

—Bien. Gracias. —Volteó para despedirse, pero Cora había desaparecido ya en la oscuridad.

Estaba sola. Y si Violet no se encontraba ahí…

No, no había tiempo para pensar así.

Salió disparada del callejón antes de poder dudar de sí misma, escondiéndose entre las sombras. Los guardias eran hombres mortales, no rapiñeros, pero evitarlos sería difícil de cualquier forma.

«Escabullirse por la ciudad es muy distinto a escabullirse por la Canalla».

Tomó un ladrillo del suelo y lo lanzó con todas sus fuerzas hacia el otro lado del patio; aterrizó con un crujido. El guardia más cercano corrió a investigar. Aster se apresuró por el perímetro hasta llegar al otro extremo, y se apretujó entre los barrotes de hierro de la verja frente a la casa de Tom Wells. Un pequeño sendero llevaba a la puerta principal y se bifurcaba alrededor de una pequeña fuente decorativa. Aster avanzó agachada, concentrándose en el goteo del agua en lugar del martilleo de su corazón.

Casi llegaba.

Movimiento más adelante. Aster se paralizó. Buscó su cuchillo por instinto y maldijo cuando recordó que no estaba ahí. Alguien estaba sentado en el pórtico, su figura oscurecida por un enorme arbusto.

Aster vaciló. No era un oficial ni un guardia, eso lo sabía. Pero, fuera quien fuera, pediría ayuda a gritos en cuanto la viera.

O quizá sabría algo de Violet. Había llegado tan lejos que no se iría sin respuestas.

Solo cuando se acercó más pudo ver que la persona era Violet misma; estaba encorvada y lloraba en silencio. Tenía el cuchillo de Aster sobre su cuello. Se había quitado el paliacate y presionaba la hoja del cuchillo sobre el favor.

—¿Violet? —susurró Aster, anonadada. Se quitó el paliacate para que la reconociera, pero no se acercó más. Temía asustarla y provocar que se

lastimara.

«Por los muertos, ¿qué sucede aquí?».

—No…, no pude hacerlo —tartamudeó Violet—. Si aún tomara cardo dulce, lo podría haber hecho, creo. Pero ahora siento demasiado, maldita sea. No pude obligarme.

—Violet, no tengo idea… ¿De qué hablas? —preguntó Aster y se acercó un poco más. Violet había bajado el cuchillo, pero sus nudillos seguían blancos por la fuerza con que lo apretaba.

—Vi a mi padre, Aster. Con sus hijas verdaderas. Había dos, tal vez de la mitad de mi edad. Eran idénticas a mí, a él: el mismo cabello, los mismos ojos. Las abrazó y besó, y las subió a su carruaje. Tienen la vida que yo debería de tener. Lo vi todo desde aquí. —Usó el cuchillo para señalar los arbustos bajos que enmarcaban la casa como el betún de un pastel. El cuchillo le temblaba en las manos.

Era como si hablara en otro idioma. Aster se esforzó por juntar las palabras de forma que dieran sentido a lo que tenía frente a sus ojos: Violet con un cuchillo en el cuello. Toda la ira que había llevado a Aster hasta allí, su debilitante miedo a la traición comenzó a drenarse de a poco y fue remplazado por una sensación de irrealidad. No sabía qué esperaba encontrar, pero sin duda no era eso.

—No entiendo —dijo al fin.

Violet la miró. Tenía los ojos enrojecidos y el azul de sus iris brillaba por las lágrimas.

—Vine aquí a matarlo, Aster —dijo, cada palabra fuerte y clara como un diamante—. Vine a Northrock a acabar con Tom Wells por lo que le hizo a mi madre; después me quitaría la vida para terminar con todo el sufrimiento que me causó. Pero no pude hacerlo. No tuve la fuerza. Incluso después de todo lo que hemos sobrevivido desde Green Creek, no tuve la fuerza suficiente.

La voz se le quebró y un nuevo sollozo le estremeció el cuerpo. Hundió la cara entre las manos. Aster cerró la brecha entre ellas y se sentó junto a Violet en el pórtico, tan bien escondida detrás del arbusto como pudo. Al cabo de un breve instante de incertidumbre, le puso una mano sobre el hombro y la dejó recargarse contra su cuerpo.

—Violet, eres tal vez la persona más fuerte que conozco —dijo, y hablaba en serio. Violet había sido muchas cosas, pero nunca fue débil. Nunca dejó que nadie viera su miedo en la Casa de Bienvenida, y desde que escaparon, nunca permitió que ese miedo la detuviera—. El que no lo hayas hecho tan solo lo comprueba.

Violet negó con la cabeza.

—Fracasé. Quise esto durante tantos años, Aster. Toda mi vida. La mayoría de las noches era lo único que me hacía seguir adelante. Sabía que tenía que vivir lo suficiente para ver a ese hombre morir. Nunca odié a ningún brago tanto como a él. Y cuando las vi a ti y a Clementine preparándose para huir, supe que esa sería quizá mi única oportunidad para llegar a Northrock y hacerlo pagar. —Frustrada, dejó caer el cuchillo—. Y fracasé. Así que ¿cuál es el maldito caso? Dime. ¿Para qué sigo respirando?

—Porque mereces estar aquí —dijo Aster con urgencia—. Escúchame, Violet: no necesitas nada de Tom Wells. Ni su mansión ni su carruaje, y mucho menos su aceptación. Y tampoco su remordimiento, ¿me oyes? Puedes salir de aquí sin él y seguir entera.

—Es fácil para ti decirlo —farfulló Violet.

—No, de hecho no lo es. —Aster apretó los labios—. Me conoces, Violet. ¿Cuándo le he dado la espalda a una pelea? Vine hasta aquí para pelear contigo. —Violet levantó una ceja, y se rio y tosió al mismo tiempo—. Pensé que nos habías abandonado a nuestra suerte allá.

—¡No, nunca! Yo… dejé la carta, la carta de mi madre —dijo Violet deprisa —. No mentía sobre la Dama Fantasma. Es real. Mi madre siempre lo dijo. ¿No explicaba todo?

Aster frunció el ceño.

—No exactamente. —Sacó la carta—. Esta es la carta de la que hablas, ¿cierto? ¿Las últimas palabras de tu madre antes de quitarse la vida? Tengo que admitir que no parece una nota suicida, en absoluto. ¿Tal vez nos diste la carta equivocada?

—No, solo había una… —dijo Violet y miró el frágil papel como si fuera a morderla—. ¿Qué…, qué decía?

Aster vaciló.

—¿Qué crees que dice?

—Cuando…, cuando mi madre me la dio, prometió que me indicaría cómo encontrar a la Dama Fantasma cuando fuera mayor, si no podíamos ir juntas como habíamos planeado. —Violet hizo una pausa—. Verás, ella siempre dijo que cuando fuéramos a vivir con mi padre, él pagaría por que nos deshiciéramos de los favores, pues era rico; la carta era solo por si acaso, y yo no debía preocuparme. —Se limpió los ojos con el dorso de la mano antes de continuar—. Pero el día después de dármela… fue cuando murió. Cuando me dejó. Sola. Y…, y… yo… no lo sé. Pasó un año más antes de que yo aprendiera siquiera a leer, y para entonces tenía demasiado miedo de leerla, de saber qué más había dicho mi madre. Saber por qué… se mató. —Violet titubeó—. ¿Podrías leerla en voz alta, Aster? Aún estoy… No puedo.

Había un miedo casi infantil en su voz que Aster nunca le había oído. Pero la carta no contenía nada a lo que Violet debiera temer, ¿o sí? Aster sostuvo el papel bajo la luz de la luna y comenzó a leer las palabras con cautela, mirando a Violet por el rabillo del ojo.

Violet soltó un sollozo quebrado antes de que Aster pudiera terminar.

—¿Intentaba salvarme? —Se ahogó un poco. Le arrancó la carta de las manos y la examinó con sus propios ojos—. Siempre pensé que me había abandonado, pero aquí dice que quería…, que nunca…

Con ese dolor en su voz, la última pizca de la ira que Aster sentía hacia Violet se derritió.

—Violet —intervino, e intentó aclarar su propia confusión—, ¿estás segura de que tu madre se suicidó? Si esta carta es la única prueba que tienes…, es claro que tenía otros planes.

Violet sorbió una vez más.

—Madre Fleur fue quien me dijo cómo murió mi madre. Nunca tuve razones para dudar de ella… —Pero la duda se había infiltrado en sus palabras ya—. Madre Fleur miente. Lo sé. Incluso la ayudé a mentir algunas veces. Pero nunca me mintió, Aster. Era diferente conmigo. Decía que me quería como mi madre nunca lo hizo. Dijo que mi madre se arrepentía de que yo hubiera nacido y que en parte por eso se había suicidado, porque nunca podría tener a mi padre ni amarme a mí, pues solo le recordaba al hombre que le había roto el corazón. Es mi culpa que se haya suicidado.

«¡Demonios!». Aster se sintió mal.

—Violet, escúchame —dijo—. Lo que tu madre haya hecho o no, nunca fue tu culpa. Nunca. Tienes que saberlo. —Violet miró a Aster entre parpadeos y sacudió la cabeza—. Madre Fleur debió decirte esas cosas para controlarte —continuó—. Para que siempre le fueras leal.

—Pues funcionó —observó Violet, sin emoción—. En un principio no quería creerle, por supuesto. Pero entonces me dijo, recuerdo sus palabras a la perfección: «Si alguna vez te pareció que tu madre te amaba, fue solo porque era muy buena para fingir cosas que no sentía, como todas las Chicas Afortunadas deben serlo». Como he sido yo desde entonces.

Una repentina revelación golpeó a Aster como un puño en el vientre.

—Entonces… todo este tiempo creíste que la carta…

—¡No lo sé, Aster! —exclamó Violet, ahora con frustración—. Intenté no pensar en ello. Pero sí, en el fondo pensaba que la carta sería alguna suerte de confesión de que mi madre no me había amado nunca, de que se arrepentía de mi existencia. Que se lo habría querido sacar del pecho antes de cruzar el Velo. —Dobló la carta con cuidado y la guardó—. Tienes que entender que nunca

habría dejado esto con ustedes si no hubiera estado convencida de que al dármela me dijo que me mostraría el camino para encontrar a la Dama Fantasma. Quería, necesitaba que eso fuera cierto. Lo que no sabía era que las instrucciones estarían escondidas en el cuento que leíamos antes de dormir.

Violet tomó el cuchillo del suelo y se lo entregó a Aster, cuya mente daba vueltas.

¿En verdad había estado tan segura Violet de que la carta las llevaría con la Dama Fantasma, considerando las mentiras que creía sobre su madre? Aster estudió su rostro. Violet se veía agotada, incapaz de encontrar, ni siquiera en ese momento, alivio de todo el dolor previo. Y al ver sus ojos rojos y sus mejillas surcadas de lágrimas, no pudo cuestionarla más. Quizá había creído en la Dama Fantasma en el fondo, o tal vez se convenció de creer, pues esa era la única forma en que podía soportar su dolor. Aster jamás lo sabría, y en ese momento se dio cuenta de que en realidad no importaba. Ya no.

—Como sea —dijo Violet con un pesado suspiro—, si quieres olvidarlo todo y dejarme aquí en manos de la ley, no te culparé. Soy tan mala como Madre Fleur por haberles mentido. Y no es como si tuviera algo por qué vivir. Mi madre real sigue muerta, a fin de cuentas.

—No, Violet. Vendrás con nosotras. Madre Fleur es… malvada por lo que te hizo. Y los bragos son malvados también, por todo el dolor que han causado. Pero me rehúso a aceptar que la maldad es lo que se necesita para sobrevivir en este mundo. Solo llegamos hasta aquí porque confiamos una en la otra y porque nos cuidamos entre nosotras. Y eso es lo que seguiremos haciendo, ¿me oyes? —Aster pasó saliva y entendió que hablaba tanto para sí misma como para Violet—. Por más que nos hayan arrebatado, aún no nos han quitado eso. Todavía tenemos nuestra humanidad. Y eso es más de lo que ellos pueden decir de sí mismos.

Violet guardó silencio largo rato.

—No lo sé. Tenías razón, ¿sabes?, en Clearwater. Fui cruel contigo y con las chicas. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera por mejorar mi situación. Porque…, porque siempre resentí que esa vida me hubiera tocado a mí, ¿sí? No se suponía que me pasara a mí, la chica sangrepura de padre rico. —Sacudió la cabeza y torció la boca, asqueada—. Pero esta vida no debió sucedernos a ninguna. Y yo la hice más difícil para todas ustedes. Algún día habría sido tan mala como Madre Fleur. Habría sido peor. —Miró a Aster a los ojos—. Sé que no es suficiente, y que es demasiado tarde, pero lo siento, Aster. Por todo.

Las lágrimas le cerraron la garganta a Aster. Se las tragó, sorprendida por esa repentina ráfaga de sentimiento. No sabía cuánto necesitaba eso de parte de Violet, cuánto tiempo lo había esperado: una disculpa honesta, una promesa de

ser mejor.

—Bueno, si quieres resarcirte, no se me ocurre nada mejor que llevarnos con la Dama Fantasma, como prometiste —dijo Aster con una risita forzada. Miró a Violet con una débil sonrisa—. Entonces, ¿volverás al campamento conmigo, o tendré que arrastrarte hasta allá?

Violet rio agradecida y Aster la ayudó a levantarse. Se arrastraron hasta la verja.

Y entonces las puertas se abrieron de golpe y una turba de oficiales con rifles salió de ellas.

VEINTIUNO

En la parte trasera de la carreta del oficial, Aster estaba sentada con las manos esposadas, pero con el rostro en alto. Violet iba frente a ella, la cara tan pálida como cenizas en la oscuridad. Cada una tenía a un oficial al costado con un rifle en las manos. El corazón de Aster se estrellaba contra su jaula, pero su mente seguía despejada. Ahora que lo peor había pasado, sentía una extraña calma. Al menos Clementine y las demás estaban a salvo.

«Saldrás de esto. Las verás de nuevo», se dijo.

La alternativa era demasiado terrible para siquiera pensar en ella. Tenía que bloquearla, imaginar solo cómo escaparían. Intentó comunicárselo a Violet con la mirada, pero Violet se sentía aún demasiado miserable para responder; sus ojos estaban vidriosos y desenfocados y el cabello le colgaba sobre la cara. Su apatía aterraba a Aster más que cualquier otra cosa. Era como si ya se hubiera dado por vencida.

La carreta pasó por encima de algo en el camino. Aster movió las piernas para mantener el equilibrio, y de inmediato el oficial a su izquierda la golpeó en el costado. Apretó la mandíbula. No había ventanas, pero ella sabía que llevaban mucho tiempo viajando, más del que les habría tomado ir a la prisión local, incluso en una ciudad tan grande como Northrock.

¿Adónde demonios iban?

Aster se tragó el miedo que le trepaba por la garganta. Por fin se detuvieron. Uno de los oficiales se puso en pie y empujó las puertas traseras de la carreta; saltó al suelo. Los demás sacaron a Aster y a Violet.

Northrock aún era visible a la distancia, un cálido brillo en la oscuridad, pero habían llegado a las afueras y parecían estar en una opulenta propiedad. El pasto era grueso, el aire dulce con el aroma de un jardín. Aster se estremeció cuando el viento se coló entre sus mangas.

—Por aquí —dijo un oficial y la giró con brusquedad. Aster se hallaba

ahora frente a la mansión misma, hecha de inquebrantable piedra blanca, que se elevaba hasta tres pisos. Miró a Violet una vez más, para averiguar si ella tenía idea de dónde podrían estar, pero Violet seguía con la mirada baja. Parecía murmurar algo para sí misma. ¿Rezaba?

Los oficiales las hicieron marchar hacia adelante.

Las botas de Aster crujían en la grava de la calzada. No podía pelear con las manos atadas. Si corría, sin duda le dispararían. Pero con cada paso que daba adquiría más y más certeza de que, si entraba a ese edificio, no volvería a salir.

Por fin llegaron a las puertas principales. Un hombre las esperaba afuera. Vestía chaleco a rayas hecho a la medida, pero tenía enrolladas las inmaculadas mangas blancas de la camisa, como si hubiese estado trabajando con las manos. Ojos azul cielo asomaban por debajo del ala de su bombín.

Aster logró apenas contener la marejada de bilis. La última vez que vio esos ojos, la miraban desde el otro lado de un desfiladero.

—Señor McClennon —lo saludó el oficial detrás de Aster—. Tenemos a las chicas. ¿Dónde quiere que las dejemos?

«Jerrod McClennon».

La seguridad de Aster se derrumbó. No podía haber una buena razón para pedir que las llevaran a su residencia en vez de a prisión. Sin duda era algo que no estaba permitido por la ley, pero ¿quién iba a impedírselo? Miró impotente cómo el brillo cambió de manos entre McClennon y el oficial. Violet por fin vio a Aster a los ojos, como si ella también comenzara a darse cuenta de lo apremiante que se había vuelto su situación.

McClennon guio al grupo por un camino de piedra que rodeaba la enorme casa hasta la entrada a un sótano, custodiada por dos rapiñeros que irradiaban terror. Los rapiñeros se inclinaron y abrieron las puertas para revelar una cavernosa escalera.

«Nos encontraremos de nuevo, se lo garantizo».

«Y cuando llegue su momento lo sabrán».

Aster lo supo.

Comenzó a luchar anticipadamente, intentando liberar sus brazos de las manos del oficial; el corazón le brincaba como una liebre en el pecho. No importaba si resultaba inútil; preferiría morir ahí, peleando, que atrapada en ese calabozo.

—Basta ya —la reprendió McClennon. De inmediato, uno de los rapiñeros posó su mirada sobre ella y le hundió una daga de miedo en el pecho; se extendió como la escarcha y la dejó temblorosa y entumecida—. Mientras estén

aquí, se comportarán como damas.

Aster rechinó los dientes por el dolor que le pulsaba en la cabeza y la ráfaga de pánico en su sangre. Casi no sintió cuando el oficial le quitó las esposas. La empujó hacia el frente, y uno de los rapiñeros la tomó por el hombro y la llevó por los escalones de piedra detrás de McClennon. El otro rapiñero los siguió con Violet, quien tropezó en la oscuridad. Los rapiñeros podían ver sin problemas, por supuesto, pero McClennon necesitaba una linterna. Con tan poca luz, Aster apenas pudo distinguir las habitaciones junto a las que pasaban.

Celdas.

McClennon colocó la linterna en una mesa y tomó unas llaves de un gancho en la pared. Aster se relamió los labios; buscaba una salida con desesperación. Comenzó a batallar de nuevo contra el control del rapiñero, quien la pateó deprisa por detrás de las piernas y la obligó a doblar las rodillas.

—Sin duda se preguntarán por qué las traje aquí —dijo McClennon con tono despreocupado mientras buscaba la llave correcta. Los rapiñeros aumentaron la presión sobre la mente de Aster—. Es porque ustedes son especiales. No son, por supuesto, las primeras en escapar de una Casa de Bienvenida, pero sí las primeras en matar a un familiar mío en el proceso. Así que me pareció adecuado ocuparme personalmente del caso. El señor Mason, de la oficina del legislador, no tuvo problema en concederme este favor.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Violet con voz inexpresiva. Eran las primeras palabras que decía desde que las capturaron.

McClennon encontró la llave que buscaba y se tomó su tiempo para abrir el candado de la celda más cercana.

—Empleo a varios rapiñeros para proteger mi propiedad. Les permito practicar sus artificios aquí con voluntarios. Es un trabajo fascinante el que hacen.

El estómago de Aster dio vuelcos.

—¿Voluntarios?

—Los sangresucias harán cualquier cosa si ofreces pagar sus deudas. Todo el mundo tiene un precio, pero eso ustedes ya lo saben. —Apuntó hacia la celda con la cabeza—. Adentro, vamos. Mañana tenemos un largo día por delante.

Aster y Violet entraron en fila, demasiado débiles para resistirse. McClennon cerró el candado con un *clic*. Salió sin siquiera mirar atrás y se llevó la linterna consigo. Pero los rapiñeros permanecieron ahí, y Aster podía sentir sus miradas sobre ella. Las puertas del sótano se azotaron.

Aster y Violet se encontraron a tientas en la oscuridad y se deslizaron para sentarse en la dura tierra. En un principio, ninguna de las dos se atrevió a hablar, no con los rapiñeros escuchándolas. Pero tan solo oír la estable

respiración de Violet era reconfortante.

—¿Cómo te sientes? —susurró Aster al fin.

Violet soltó un suspiro largo y pesado.

—Ha sido toda una noche, esa es la única maldita certeza. —Aster sintió que Violet volteaba a verla—. Pero gracias por… lo de… —No supo si Violet estaba siendo ambigua a causa de los rapiñeros o para sí misma.

—Claro —dijo Aster. Buscó la mano de Violet y le dio un apretón. Era una promesa: «Saldremos de esto».

Violet le devolvió el apretón como para contestar: «Qué sarta de estupideces, pero gracias de cualquier forma».

Se quedaron en silencio de nuevo.

«Gracias a los muertos que Clementine y las demás no están aquí», pensó Aster de nuevo. Era su único consuelo, y se aferró a él. Zee había prometido quedarse con ella. Aun si no encontraban a la Dama Fantasma, quizá volverían con los Alacranes.

Incluso entonces, después de todo, no era demasiado tarde para ellas todavía.

Aster intentó permanecer despierta, pero el agotamiento comenzó a alcanzarla. La mañana debía estar acercándose. Se mordió el pulgar con la esperanza de que el dolor fuera suficiente para mantenerla alerta. El terror se agudizaba en su vientre, y no era solo por los rapiñeros; era por la idea de quedarse sola, en la oscuridad, a merced de alguien más. Dormirse solo la dejaría más vulnerable.

Pero no pasó mucho antes de que el frío penetrara su piel, la oscuridad le devorara la mente, y ella cediera ante el agotamiento que la envolvía.

Cuando despertó, no tenía idea de cuánto tiempo había transcurrido. Pero McClennon estaba de vuelta; el haz de la linterna brillaba sobre sus rostros.

Y no estaba solo.

—Pensé que les vendría bien algo de compañía —dijo, y movió la linterna para revelar quién estaba detrás de él.

Tansy, Mallow… y Clem.

Lo último del valor de Aster la abandonó. Podría resistir cualquier cosa si tenía la certeza de que Clementine había escapado. Pero ahora…

McClennon abrió la celda y empujó a las demás adentro. Luego volvió a cerrarla.

—Les dije que nos encontraríamos de nuevo. Ahora tengo todo el ramillete, ¿no es así? —dijo, y se rio para sí—. ¿Saben qué es lo mejor de Arketta? Una persona obtiene tanto o tan poco como merece en este país. Los días del Imperio y sus reyes tiranos se han ido. Ahora, en cambio, el hombre que trabaja

se gobierna solo, y si paga lo que le corresponde, puede vivir como rey. Gloria a la Conciliación, vaya que sí. —McClennon caminaba de un lado a otro mientras hablaba y gesticulaba como si se dirigiera a un público formal—. Ustedes son jóvenes y dan esas oportunidades por sentadas. Odiaban la Casa de Bienvenida, mientras que otras habrían muerto por tener su lugar. Querían libertad sin trabajar por ella. Y lo peor de todo es que infringieron las leyes que mantienen a nuestra sociedad de pie. Mataron a un hombre decente. Entiendo que las conductas criminales están en su sangre. La ciencia dice que no pueden evitarlo, pero de todos modos…

Ninguna de ellas se movió o habló mientras las palabras de McClennon se perdían en la oscuridad. Los dos rapiñeros estaban a sus costados y transmitían una baja corriente de miedo a la sangre de Aster. No era nada comparada con la ira que hervía dentro de ella. Torció la boca, furiosa por las palabras de McClennon. Por sus mentiras. Estaba tomándose su tiempo para llegar al punto, y a Aster le agobiaba pensar qué clase de castigo le parecería adecuado otorgar cuando finalizara su pequeño discurso.

McClennon cruzó sus enormes brazos.

—Por fortuna para ustedes, chicas, soy un hombre piadoso. Creo en las segundas oportunidades, en la redención. Nuestro país fue fundado bajo esos principios, y son esos principios los que defenderé cuando sea su gobernador. Entiendo que quien asesinó a mi sobrino es la única criminal entre ustedes. Las demás son solo ovejas, débiles de mente y sin valor, como suele ser su gente. —Dio una vuelta, dos. Luego continuó—: Sin duda, las circunstancias apuntan hacia Clementine, quien tuvo la fortuna de ser elegida por Baxter. Pero odiaría aplicar algún castigo sin tener absoluta seguridad. ¿Qué clase de gobernador tendría tan poco respeto por los derechos de sus ciudadanos? Así que, en cuanto me digan quién de ustedes mató a Baxter, sea Clementine o no, les prometo que las demás volverán a salvo a Green Creek para continuar con su trabajo.

—Deberías dejarnos ir a todas —dijo Aster antes de que alguien más pudiera hablar, antes de que Clementine pudiera delatarse. Ni por un instante creyó que la promesa de McClennon fuera genuina, pero si existía la posibilidad de que todas salieran de ahí con vida, tenía que aprovecharla.

McClennon solo la apuñaló con una mirada de desagrado.

—Fue un asesinato, como está establecido en la ley, y esa ley es muy clara sobre cómo lidiar con los asesinos. Espero que la ejecución sea un espectáculo bastante grande. Es lo que el público exigirá. Pero no hay razón para que las demás se sacrifiquen. Así que ¿quién lo hizo?

Las observó a todas, una por una. Las chicas se paralizaron e

intercambiaron miradas. Aster vio el miedo en los ojos de todas, pero también determinación. Ninguna hablaría.

Clementine se movió un poco. Aster le tomó la mano.

—Bien —dijo McClennon por fin—. Preguntaré de nuevo mañana. —Aster exhaló, tensa. McClennon comenzaba a alejarse, pero se detuvo de pronto y volteó—. Ah, y como les dije: por aquí la gente recibe lo que merece. Así que, si quieren comida, tendrán que trabajar. Estoy seguro de que ellos dos estarán felices de ayudarles con eso.

Les hizo con la cabeza una señal a los rapiñeros mientras sonreía y subió por las escaleras.

En cuanto la puerta se cerró detrás de McClennon, Aster envolvió a Clementine en un abrazo.

—¿Cómo demonios las encontraron? —preguntó. Temblaba en partes iguales por la rabia y el miedo.

Los rapiñeros seguían con ellas, observándolas en silencio. McClennon había dejado su linterna, no como una cortesía, por supuesto, sino para que las chicas pudieran ver lo suficiente como para hacer su «trabajo». Aster se encogió bajo el lento reptar de las miradas de los rapiñeros.

—Nos preocupamos por ustedes —respondió Mallow. Se tomó el costado e hizo una mueca—. Fuimos a la ciudad para intentar encontrarlas. Pero estaba repleta de oficiales.

—¿Y Zee? —indagó Violet, adelantándose a la siguiente pregunta de Aster.

Clementine miró a los rapiñeros de reojo.

—Él… fue por su lado. Le pedimos que lo hiciera. Había lugares en los que, por ser hombre, él podía buscar y nosotras no.

—Estoy segura de que McClennon lo habría traído aquí de haberlo capturado —murmuró Tansy—. Así que pienso que tenemos razones de sobra para creer que no lo han atrapado.

—Y razones de sobra para creer que no tiene idea de dónde estamos —añadió Mallow con pesar.

A Aster se le estrujó aún más el corazón. No podrían contar con Zee para que las sacara de ahí. De cualquier forma, no creía que pudiera hacerlo. McClennon había dicho que la propiedad estaba protegida por varios rapiñeros, además de los dos que estaban ahí con ellas.

—He estado pensando, y… quiero ofrecerme para aceptar la culpa —dijo Clementine con cautela. No podía admitir nada de manera explícita frente a los rapiñeros, que oían sus palabras y leían sus emociones, pero si algo les había

enseñado la Casa de Bienvenida era cómo hablar cerca de un rapiñero.

—No —dijo Aster.

—Ninguna puede hacerlo —concordó Tansy.

—Yo puedo —farfulló Violet, pero Aster la detuvo con una mirada.

—No —dijo de nuevo—. Estás con nosotras, Violet. Hasta el final. —Recorrió a todo el grupo con la vista—. Ninguna de nosotras aceptará la culpa. Encontraremos otra manera.

Pero las palabras de Aster sonaron a nada, incluso en sus oídos. Si no quedaba opción, ella se declararía culpable. Lo supo desde el momento en que vio el cuerpo de Baxter en la cama de Clementine.

«Hallaremos otra forma», se dijo. Siempre lo hacían. La lámpara. El cardo dulce. El banco. El tren.

Pero se habían quedado sin alternativas.

—Tal vez Zee logre encontrarnos —dijo Clementine en voz baja.

Aster y Violet se miraron a los ojos. No podían hablar con libertad, pero no necesitaban hacerlo para comunicarse que ambas entendían la desoladora realidad.

Estaban solas.

VEINTIDÓS

Llegó la mañana, aunque ellas no tenían forma de saberlo en la celda. La única señal de que el sol había salido fue la llegada de un mozo con una olla de cereal caliente. El muchacho mantuvo los oscuros ojos clavados en el suelo.

—Recordarán lo que les dijo el señor McClennon —dijo uno de los rapiñeros, el más joven de los dos—. Nada es gratuito aquí. Si quieren esta comida, tendrán que pagarla.

—Desgárrate —le contestó Mallow. Aster sonrió débilmente.

Los ojos del rapiñero destellaron con maldad.

—Como quieran —respondió, y una oleada de desolación las inundó. Aster sintió una opresión en el pecho. Sintió un nudo en la garganta—. Volveremos cuando caiga la noche —dijo—. Esperemos que hayan entrado en razón para entonces.

Les pasó una jarra de agua entre los barrotes, pero dejó la comida justo fuera de su alcance. El olor le produjo calambres en el estómago a Aster. Los rapiñeros y el mozo salieron sin decir más. Aster se llevó la palma de la mano sana a los ojos y se limpió las lágrimas. Apenas podía sentir alivio de que las hubieran dejado solas.

—Parece que solo nos cuidarán en las noches —dijo Tansy en voz baja—. Quizá los rapiñeros tienen algún trabajo más importante.

—Gracias a los muertos —masculló Mallow. Estaba pálida.

Aster no mencionó la idea que le vino a la cabeza: que McClennon debía haber enviado a sus rapiñeros tras Zee, y que no las habría dejado solas si no hubiera estado seguro de que no podían escapar.

Pero al menos podrían hablar con libertad.

—¿Están todas bien? —preguntó Aster.

Todas murmuraron para indicar que sí, a pesar de que se veían tan animadas como aquella bolsa de gatitos que Clementine rescató del agua

cuando eran niñas y vivían en casa, antes de Green Creek.

—Entonces —dijo Clem, paseando la mirada entre Aster y Violet—, nunca escuchamos la historia completa. ¿Adónde fuiste anoche, Violet?

Aster se acomodó en el suelo, en silencio. Esa historia no era suya y no le correspondía narrarla. Tras un momento, Violet pasó saliva y la contó; su voz cobró fuerza conforme hablaba. No dejó ningún detalle fuera, ni su plan para matar a su padre y suicidarse después, ni las mentiras que había creído sobre su madre, ni el remordimiento que sentía por la forma en que su rencor la había hecho tratar a las otras chicas. Clementine, Mallow y Tansy escucharon sin decir palabra. Sus expresiones pasaron de la sorpresa a la compasión y la incertidumbre. Tal vez no estaban listas para aceptar la disculpa de Violet por la forma en que las había tratado en el pasado, pero, dadas las circunstancias, al parecer sintieron que debían hacerlo.

Entonces, por fin, Tansy rompió el silencio.

—Gracias por contárnoslo, Violet —dijo—. Yo… lamento todo lo que les pasó a ti y a tu madre. Lo que Madre Fleur te hizo…

—Nos lastimó a todas —resumió Violet de forma llana—. Yo fui la única que le ayudó.

—Pero ya no eres esa persona —contrarrestó Clementine.

—Sí, Violet, nunca habríamos podido llegar tan lejos sin ti —observó Mallow—. Me da gusto que estés aquí. Digo, no aquí en esta celda, pues, ya sabes…

Aster y las demás asintieron en señal de acuerdo.

—Y otra cosa, Violet —intervino Aster—. Tal vez sea momento de que nos relates el cuento que leías con tu madre, el que se supone que nos ayudará a encontrar a la Dama Fantasma.

—¿Para qué? —preguntó Violet con voz vacía.

—Para que podamos descifrar dónde está —respondió Aster, manifestando lo obvio.

Aster no tenía idea de cómo encontrarían la oportunidad de buscar a la Dama Fantasma de nuevo, pero ese no era el punto. Necesitaban seguir creyendo que podrían hacerlo.

Violet asintió de forma casi imperceptible, como si entendiera lo que Aster quería de ella.

—Pues el cuento siempre comenzaba de la misma forma —dijo—. «Había una vez un serafante que vivía en un castillo hecho de teomita, asentado entre diez garras». Después de eso, cambiaba todas las noches. Una niña huérfana distinta se metía en problemas: caía en un pozo, se perdía en el bosque, la secuestraba un bandido o algo así. Gritaba el nombre del serafante, y este

aparecía, la salvaba y le ofrecía vivir en el castillo con él… «Y vivieron tan seguros como las estrellas en el cielo», es lo que mi madre siempre decía.

—El serafante debe ser la Dama Fantasma —comenzó a decir Aster, expresando lo que pensó cuando leyó la carta en el granero por primera vez—. Las niñas desesperadas buscan que las salve.

—Eso tiene sentido —intervino Clementine, jugueteando con su brazalete —. Pero no hay castillos de teomita en Arketta, claro está; ¿qué podría significar eso entonces?

—Y las diez garras —añadió Mallow—. ¿Qué se supone que representan?

Violet se encogió de hombros.

—Mi madre nunca me explicó esas cosas, y yo era demasiado pequeña como para preguntarle. Solo me encantaba la idea de vivir en un castillo resplandeciente con un montón de niñas perdidas y un fantasma benevolente. No sabía que era la Dama Fantasma.

Aster se puso en pie y comenzó a caminar por la diminuta celda. La Dama Fantasma vivía en un lugar donde había mucha teomita. Eso estaba claro.

—¿En una mina, quizá? —dijo Mallow—. ¿Crees que viva en una mina, como los Alacranes?

—¡Podrías tener razón! —exclamó Clementine.

—Eso mismo estaba pensando —reconoció Aster—. Pero, si eso es cierto, ¿cómo sabremos dónde encontrarla? —La joven procuró ignorar la molesta voz en sus oídos: «Como si fuéramos a tener la oportunidad de intentarlo».

—Ahí debe ser donde entran las diez garras —dijo Tansy—. ¿No tienes más detalles, Violet?

Violet negó con la cabeza.

—Era muy chica, claro. Tal vez solo no los recuerdo.

—Bien, pues lo resolveremos —aseguró Clementine con confianza. Nadie respondió, como si todas quisieran disfrutar la fantasía un poco más.

—¿Ustedes qué harán cuando ya no tengan su favor? —preguntó Tansy.

—Yo construiré una buena cabaña en estos bosques del norte de Arketta —contestó Mallow de inmediato—. Por mí, la Canalla se puede ir directo al infierno. Te quedarás conmigo, ¿verdad, Tansy? Podremos tener una linda vida tranquila.

—Siempre y cuando pueda practicar la medicina de alguna forma —dijo Tansy—. No tenía idea de cuánto me hacía falta aprender hasta que dejamos la Casa de Bienvenida.

—Para mí será la ciudad —afirmó Clementine—. Un lugar como Northrock, con tanta gente… Podría solo… desaparecer. —Se removió, incómoda—. Y llevaría a Zee conmigo, por supuesto.

Aster no dijo nada. Alguna vez, la idea de que Clementine quisiera unir su vida a la de Zee la había alterado más allá de las palabras, pero ahora lo veía como a un hermano. Querría que estuviera con Clementine.

—¿Qué hay de ti, Aster? —preguntó Tansy.

—Iría con Clem —dijo Aster en voz baja. Una pesada soledad se asentó en su pecho. Mallow tenía a Tansy, y Clementine tenía a Zee… En las cascadas de Annagold le había dicho a Violet que no podía imaginarse en tal intimidad con alguien, y no había dejado de ser verdad. Pero esperaba que no lo fuera por siempre, si lograban salir de ahí. La Casa de Bienvenida ya le había quitado tanto. Al menos siempre tendría una familia con Clem. Y tal vez…—. Quizá…, quizá podría intentar unirme a los Alacranes —añadió pensando en lo que su hermana le había dicho, que aún no era demasiado tarde para vivir su propia vida—. Podrían hacer mucho bien por las reclutas de las Casas de Bienvenida, y que se desgarren si creen que no vale la pena ayudarnos. Les demostraré lo contrario a esos tontos. Alguien tiene que cuidar a las chicas como nosotras.

—¿Como el serafante del cuento? —preguntó Violet con una ceja levantada.

Aster rio, cohibida.

—Tal vez. Digo, ayudamos a Adeline. Quizá ahora tenga la oportunidad de tener una vida feliz. Sin duda eso espero. —El cuello le ardía a Aster y miró a Violet, ansiosa por quitarse la atención de encima—. ¿Y tú, Violet? Cuando tu favor ya no esté, ¿qué será lo primero que harás?

Violet la miró a los ojos. Para sorpresa de Aster, sonrió.

—Siempre y cuando me aceptes, estaré feliz de quedarme contigo.

Los rapiñeros volvieron esa noche. El estómago le gruñó a Aster en cuanto olió la comida que llevaba el mozo: camotes horneados bañados en mantequilla.

—Bien, señoritas. ¿Qué decidieron? —se mofó el rapiñero más joven—. ¿Entraron en razón ya?

El mayor de los dos nunca decía una sola palabra, pero de alguna forma aterraba más a Aster. Los suyos eran los ojos de los muertos.

—No tenemos hambre —dijo Aster sin inflexión.

—¿Están listas para confesar sus crímenes? —preguntó el mayor con voz tan suave como si revolviera arena.

—También vamos a decir que no a eso.

—Lamento oírlo —dijo el más joven, chasqueando la boca. Le tronó los dedos al mozo, quien brincó, asustado—. Ve y dile al señor McClennon que no habrá confesión esta noche. —Volvió la mirada hacia las chicas—. Estaremos aquí hasta la mañana, por si cambian de opinión. Pueden acabar con esto en el

momento que quieran.

Aster y las demás se acomodaron en el duro y frío piso para intentar dormir. Pero cada vez que Aster sentía que comenzaba a caer, los rapiñeros le punzaban la mente, una veloz puñalada de pánico. Se despertaba de golpe en cada ocasión, temblorosa y con náuseas. Se negaba a darles la satisfacción de verla alterada, pero conforme avanzaba la noche se volvía más y más complicado conservar la compostura. Contuvo maldiciones y gritos sin palabras, luchó contra el instinto de estrellarse contra los barrotes de la celda, decidida a mantenerse valiente por las demás.

Lo peor de todo era que, sin sueño, no había forma de escapar del hambre que le arañaba el estómago.

Para cuando la mañana llegó y el mozo volvió, Aster apenas había dormido. Y, por lo que veía, las demás tampoco lo habían hecho.

El mozo mantuvo los ojos bajos, como siempre, mientras los rapiñeros les preguntaban si estaban listas para rendirse e intercambiar sus servicios por comida. No hubo respuestas mordaces esta vez; solo un silencio vacuo y lleno de odio.

—Como quieran —dijo el rapiñero más joven, encogiéndose de hombros. Con eso, se quedaron solas, como el día anterior. En cuanto la puerta se cerró, el aire se aligeró.

—Por el Velo, me siento muy mal —murmuró Clementine.

—Deberíamos intentar dormir mientras no están —sugirió Tansy. El cabello se le había escapado de la trenza y tenía los ojos inyectados de sangre.

Aster no dijo nada. Había sentido esa hambre antes. Salvo por Violet, era probable que todas la hubieran sentido en algún momento. Sabía por experiencia que podía pasar un día más sin comida si era necesario. Pero con los rapiñeros negándoles el sueño, además…

—Quien quiera comer, debería hacerlo —dijo al fin—. Si alguna de nosotras muere, le estaremos dando a McClennon lo que quiere.

—También se lo daremos si nos sometemos a esos desgraciados de ojos muertos —dijo Mallow—. No llegué hasta acá solo para rendirme.

Aster y Violet intercambiaron miradas. Las demás nunca habían estado con un brago. Su resistencia era comprensible. Pero Aster… ya había cruzado esa línea para sobrevivir, y si existía la posibilidad de salvarlas, sabía que lo haría otra vez. Sin embargo, la idea la enfermó de una forma que ni siquiera la magia de los rapiñeros podría lograr jamás. Mallow estaba en lo cierto. No habían llegado hasta ahí para eso.

—Como sea, Tansy tiene razón —dijo Aster—. Deberíamos dormir ahora. Los muertos saben que no podremos hacerlo en la noche.

Pero incluso sin los rapiñeros ahí, Aster batalló para descansar. Los recuerdos de la Casa de Bienvenida subían hasta la superficie de su mente, horrores enterrados que los rapiñeros habían despertado. Y con esos recuerdos llegaron el dolor y la vergüenza que Aster mantenía ocultos en los rincones más profundos de su corazón. Se inflamaron en su pecho; amenazaban con sofocarla y multiplicaban el miedo que los rapiñeros ya habían sembrado en ella.

Dormía y despertaba; sus pesadillas eran tan aterradoras como la realidad.

Pareció pasar una eternidad antes de que los rapiñeros volvieran con la cena. Para entonces Aster ya no tenía apetito, aunque el olor de la comida le provocaba retortijones. Había un animal salvaje en sus entrañas que la devoraba desde adentro.

—Confiesen —les ordenó el rapiñero más joven, sin dejo alguno de humor. Quizá McClennon lo había presionado para conseguir resultados.

Pero las chicas guardaron silencio.

Se negaron a aceptar la comida también, y el mozo la dejó en el piso, justo fuera de su alcance. La del día anterior había comenzado a pudrirse y las moscas se arremolinaban sobre ella; el zumbido enloqueció a Aster. Habían rellenado la jarra de agua, pero saciar la sed solo agudizaba el hambre.

Esa noche los rapiñeros jugaron con ellas una vez más; esta vez les dieron visiones. Esa era la especialidad del rapiñero mayor, un don poco común al parecer. Hizo que cucarachas negras y cafés, largas como un dedo, se arrastraran por las piernas de Aster; le dio heridas infectadas repletas de gusanos; le disecó las venas de los brazos y la obligó a ver la sangre correr.

Aster gritó. Todas gritaron. Aster sabía que nada de lo que veía era real, pero sintió las patas de las cucarachas sobre su cuerpo, olió la podredumbre de su piel y perdió el conocimiento como si la sangre en verdad abandonara su ser. El rapiñero más joven sonrió al notar que al fin habían destruido sus defensas. Pero el rapiñero mayor no decía una palabra ni se movía; se quedaba sentado como una roca mientras las torturaba.

Llegó la mañana.

—Confiesen —ordenó el rapiñero más joven.

Aster negó con la cabeza. Apenas podía moverse. La rapiña de la noche anterior había sido peor que la tortura que ella, como todas las niñas, había sufrido para quebrarle la voluntad cuando llegó a la Casa de Bienvenida.

El rapiñero apuntó con la barbilla hacia el mozo, quien tenía los ojos fijos en el piso y un platón humeante de huevos y bollos en las manos.

—Coman —ordenó de nuevo.

Aster miró a las demás. Tansy sollozaba en silencio. Mallow tenía la mirada

de estupefacción de un conejo bajo la sombra de un halcón. Clementine tenía los ojos cerrados y se abrazaba las rodillas contra el pecho. La expresión de Violet era de sombría concentración. Pero todas negaron con la cabeza cuando Aster encontró sus ojos.

El rapiñero torció la boca. Las llenó a todas de tristeza como despedida y volteó para salir con sus compañeros.

—¿Qué las hizo ver? —preguntó Aster.

—Serpientes —dijo Clementine de inmediato. Cuando abrió los ojos, le centelleaban con lágrimas—. De cascabel. Pude sentir el veneno en las venas. ¿Cómo lo supo? ¿Puede…, pueden leernos la mente?

—No, solo tienen buenos instintos para saber qué nos asusta —murmuró Violet.

—Mi hermano estaba muerto —dijo Mallow. Su voz sonaba ausente—. Parecía que lo habían golpeado hasta matarlo. Su cara… —Miró a Violet—. No fue real, ¿o sí? ¿Saben algo que yo no? Sobre Koda…

—No; nada de eso es real —contestó Aster deprisa—. Como dijo Violet, solo saben cómo hacernos daño.

—Los muertos saben que no hay forma de que duerma después de eso —dijo Mallow.

Pero lo intentaron. Aster les recordó que, cuando cayera la noche y los rapiñeros volvieran, necesitarían fuerzas para sobrevivir, y casi les rogó que la dejaran ofrecerse a cambio de una comida. Pero se mantuvieron firmes.

—Les prometo que vamos a salir de esto —les dijo Aster cuando el mozo se iba—. Se los prometo. No desmayen.

—Ni siquiera tú crees en tus palabras —se burló el rapiñero.

Aster lo miró con furia, armándose de valor.

Pero, en el fondo de su corazón, sabía que tenía razón.

Pasaron tres noches más sin comida y sin dormir bien. Las rapiñas se volvieron más brutales cada noche. A Aster le regalaron imágenes del cadáver de Clementine en descomposición, la sensación de la soledad más profunda y el miedo más agudo, y la hicieron sentir que se ahogaba, que se quemaba viva y moría aplastada. Cuando llegaron al sexto día bajo la custodia de McClennon, Aster apenas estaba consciente. Su hambre se había vuelto tan feroz que comenzó a tener arcadas. Sentía la lengua hinchada y pesada en la garganta. El agotamiento hizo que aparecieran espectros bailarines en las orillas de su visión. No podía distinguir dónde terminaba el trabajo de los rapiñeros y dónde comenzaba su propio sufrimiento.

Todas se encontraban en mal estado, pero Clementine parecía estar peor. Aster odiaba a McClennon por hacerle eso, y odiaba aún más ser tan impotente ante ello. Le limpió el vómito de la barbilla a Clementine con la manga de su propia camisa y deseó poder hacer algo más.

—Aster —dijo Clem cuando el mozo salió con el desayuno, con voz débil por la consunción—. Aster, no está bien. Tengo que decirles.

—No —exclamó Aster, aunque en realidad ella misma había considerado entregarse. No resistirían mucho más—. McClennon no nos dejará morir. No puede. Así, nunca tendría la satisfacción de habernos quebrado. Y nunca obtendrá su respuesta. Tendrá que detener esto en algún momento.

—O pensará en algo mucho peor —murmuró Violet.

Aster ni siquiera tuvo fuerza suficiente para enojarse. Sabía que Violet tenía razón. Pero no podía admitirlo.

—Saldremos de esto… —comenzó a decir.

—Juro por los muertos, Aster, que si vuelves a decir eso —gruñó Mallow, interrumpiéndola. Tenía los labios partidos y los ojos rojos.

Pero Aster se negaba a ceder.

—Sí, lo haremos. Clementine, mírame —dijo, pues su hermana había comenzado a llorar—. ¿Recuerdas lo que te dije en tu Noche de Suerte? ¿Antes de todo esto? Te di ese brazalete de serpiente de cascabel y te dije que podías sobrevivir a todo. Sobrevivirás a esto también, Clem. Lo prometo. Te sacaré de aquí.

Clementine miró el brazalete y pasó un dedo por el intrincado patrón de serpiente. Aún parecía contener las lágrimas, pero de pronto, algo en su expresión se encendió. Despacio, desabrochó el seguro que lo mantenía en su lugar.

Una sonrisa se extendió por su rostro como alas que se preparaban para emprender el vuelo.

—Muy bien —dijo, esforzándose por mantener la voz firme—. ¿Quién de ustedes, Afortunadas, sabe cómo abrir una cerradura?

Aster liberó con cuidado el pasador del brazalete. Era de metal flexible y, con un poco de esfuerzo, logró partirlo por la mitad: una pieza para hacer palanca, como al girar una llave; la otra para poner los pernos en su lugar. Un brago alguna vez le contó cómo había abierto la cerradura de la casa de una de sus amantes. Aster recordaba los detalles.

Pero nunca lo había hecho por sí misma.

—¿Puedes ver siquiera lo que estás haciendo? —preguntó Clementine.

—Lo suficiente —farfulló Aster. Se arrodilló junto al pesado candado y metió sus palillos improvisados. Era una posición incómoda, con el cuello estirado para poder observar la entrada de la llave. Todas guardaron silencio mientras trabajaba; escuchaban el roce de metal contra metal.

Nada.

Aster inhaló para conservar la calma.

—Déjenme intentarlo de nuevo —dijo con voz ligera—. No sabemos en qué dirección gira la llave. Podría ser hacia el otro lado.

Volvió a comenzar. Los palillos se resbalaban entre sus dedos sudorosos.

—¿Cuánto tiempo falta para que vuelvan los rapiñeros? —preguntó Violet, tensa.

Era imposible saber qué hora era. Podían entrar en cualquier momento. E incluso si no lo hacían, Aster no tenía idea de cómo escaparían de la propiedad sin que las atraparan.

«Una cosa a la vez».

—Creo que empieza a ceder —dijo de pronto. La emoción corría por sus venas.

El candado hizo *clic* y cayó abierto.

—Demonios, sí. ¡Sí! —exclamó Mallow.

Aster volteó y les sonrió a las demás.

—Por el Velo, lo logramos…

Las puertas se abrieron de golpe y dejaron entrar una cascada de luz crepuscular.

Con el corazón en la garganta, Aster se apresuró a poner el candado de nuevo en su lugar con manos temblorosas. Lo hizo. Y luego alzó la mirada.

Y se dio cuenta de que era demasiado tarde.

El mozo.

Traía una jarra de agua y la observaba con sus enormes ojos castaños. Aster se tensó al encontrarse con su mirada. Si volteaba y corría con McClennon para delatarlas, no podrían abrir el candado a tiempo para detenerlo.

El joven se remojó los labios y levantó las manos.

—Tienen que apresurarse —dijo. Su voz era clara y firme—. Los hombres de McClennon acaban de dejar la propiedad. Creen que encontraron al viajante al sur. No saben cuándo volverán.

Clementine emitió un sonido desesperado. Aster se esforzó por entender.

—¿Estás diciendo que los rapiñeros se fueron? —preguntó, aún tensa.

—Dejaré las puertas abiertas —respondió. Pasó la jarra por los barrotes y se fue antes de que las chicas pudieran interrogarlo más. Las puertas se azotaron.

Aster miró a las demás y vio su propia sorpresa dibujada en sus rostros.

—¿Creen que tenga razón? —preguntó Tansy—. ¿Que no haya rapiñeros de guardia?

—También dijo que Zee está cerca —dijo Clementine—. Tenemos que encontrarlo antes que los rapiñeros.

—No, tenemos que alejarnos de este lugar tanto como sea posible —dijo Violet con delicadeza—. Zee puede cuidarse solo. Sabes que sí.

—Ni siquiera sabemos si el mozo decía la verdad —apuntó Aster.

—Nos vio forzando el candado —respondió Tansy—. En vez de amenazarnos con un castigo, nos dijo que huyéramos porque esta puede ser nuestra única oportunidad.

—Sí, pero podría haber mentido —insistió Aster—. Todo esto podría ser una trampa.

Sospechaba que McClennon intentaría alguna otra cosa pronto; tal vez esa era. Hacerles pensar que habían encontrado la libertad, y condenarlas a todas por el crimen de intentar escapar. Aster era muy poco ingenua como para no cuestionar un destello de suerte como ese.

Clementine ya estaba intentando abrir el candado de nuevo. Mallow miró a Aster.

—¿En verdad crees que no podemos confiar en él?

Aster vaciló. El mozo no se había comportado como los rapiñeros. Recordó que no se había reído de su sufrimiento ni intentó convencerlas de confesar. Y siempre desviaba la mirada cuando los rapiñeros las presionaban para que les entregaran sus cuerpos. Era probable que él también hubiera sufrido a manos de McClennon y que, tal vez, también fuera un prisionero.

Pero, más que eso, Aster pensó en Violet, en Zee, en Sam y Eli, personas en las que había confiado a pesar de su miedo, personas que la habían recompensado por su confianza. Había veces en que negarse a dar una oportunidad a la gente podía ser más peligroso que poner tu fe en ella, veces en que eras incapaz de lograrlo sola. Veces en las que se necesitaba ayuda.

Y Aster sintió, incluso le aterró, que esa era una de esas veces.

—No —dijo al fin—. Creo que podemos confiar en él. —Miró a Clementine a los ojos—. Y creo que tiene razón. Tenemos que apresurarnos.

Justo como el mozo les prometió, había dejado las puertas abiertas. Aster hizo una mueca al oír el gruñido de las puertas al empujarlas. Pero entonces el aire fresco la golpeó, fresco y claro como un arroyo en verano. Para ese momento ya estaba oscuro afuera, con estrellas frías dispersas por el cielo. Aster tembló cuando el viento bajó por la escalera, y volteó para mirar a las demás,

amontonadas en los escalones a su espalda.

—A la cuenta de tres —susurró, deseando que no pudieran oír el miedo en su voz—. Uno…, dos…

Corrieron.

Aster se permitió tener un breve instante de alivio mientras se escabullían hacia las sombras, corriendo paralelas a la casa. No había rapiñeros a la vista. Sin embargo, debían suponer que uno o dos se habrían quedado a vigilar la propiedad y podrían estar en cualquier lugar.

—¿Por dónde, Aster? —murmuró Tansy. Se agacharon tanto como pudieron mientras corrían por la densa alfombra de césped que tenían debajo, y evitaron los cuadros de luz que se derramaban por las ventanas de la mansión. El olor a tierra pesaba en la nariz de Aster.

—Tenemos que encontrar a Zee —respondió Clementine por su hermana.

—Y lo haremos, pero primero tenemos que salir de aquí —dijo Aster—. El chico aseguró que los rapiñeros estaban tras Zee. ¿Cómo podríamos pelear con todos?

—¡No podemos dejarlo!

—Silencio —suplicó Aster—. Encontraremos un lugar donde escondernos y analizarlo. Podemos conseguir ayuda y volver. O tal vez sigue un paso por delante de ellos y podemos hallar otra forma de alcanzarlo.

—Pero…

—No podemos correr hacia los rapiñeros, Clem —interrumpió Mallow—. No sin nuestras armas ni nuestros caballos, ni… Escúchame: si alguien puede engañar a esos desgraciados, es Zee. Tenle un poco de fe.

Clementine dejó el tema, pero Aster podía sentir que seguía preocupada. Aster también lo estaba, no solo por Zee, sino por ellas mismas. No estaban en condiciones de correr mucho tiempo. La adrenalina la mantenía en pie en ese momento, pero la cabeza comenzaba a darle vueltas y las piernas le temblaban por haber pasado casi una semana sin comer y ni dormir.

Pum. Aster volteó al escuchar el suave ruido. Violet estaba en el suelo.

—¡Violet! —chirrió Aster en un áspero susurro. Todas corrieron hacia ella. Estaba descompuesta en el césped, con el rostro de una palidez sepulcral y los ojos medio cerrados y perdidos. Aster le dio una suave palmada en la mejilla. Violet gimió, pero no volvió en sí—. ¡Violet! Ayúdenla —dijo desesperada y miró a Tansy.

—No…, no sé… si pueda —tartamudeó Tansy—. Dejar el cardo dulce y pasar tanto tiempo sin comida; creo que fue demasiado para su cuerpo.

—Vamos, entonces —dijo Aster—. Sujeten sus piernas.

El corazón le golpeaba el pecho a Aster de forma dolorosa, y aunque si cada

una tomaba una de sus extremidades, apenas tenían fuerza para levantarla. Ella misma se sentía peligrosamente cerca del desmayo. La oscuridad le comía las orillas de la vista mientras luchaba por aferrarse al brazo de Violet. En cuanto lograron subir algunos escalones, esta comenzó a vomitar.

—¡Pronto, bájenla y pónganla de costado! —les ordenó Tansy—. Se ahogará.

Escucharon disparos a la distancia.

Los rapiñeros se acercaban.

«Ay, por los muertos…».

—Aster. —Violet tosió débilmente. Había despertado—. Déjame aquí.

—Por los muertos, no…

—No puedo seguir el paso. Yo… —Se estremeció y vomitó de nuevo—. No quiero que mueran. Solo váyanse.

—Cállate, Violet; no iremos a ningún lugar sin ti —dijo Mallow, iracunda. Intentó levantar a Violet de nuevo, pero los brazos le temblaron de forma enfurecida.

Aster miró a Clementine; el pánico le recorría las venas.

Su hermana moriría si no se iban en ese momento.

Todas morirían.

—Por una vez… en tu maldita vida…, haz lo que… se te ordena —le rogó Violet.

Aster la miró a los ojos y negó con la cabeza.

No. La matarán. No.

Los párpados de Violet revolotearon de nuevo, sus ojos no dejaban de moverse.

—Aster… —susurró Tansy.

—Nos vamos. —La voz de Aster sonó lejana a sus propios oídos. Le dio un apretón a la mano de Violet y retrocedió antes de poder cambiar de opinión—. Síganme.

Nadie habló mientras huían. Y a pesar de que los ojos se le llenaban de lágrimas que se rehusaban a salir, Aster no miró atrás.

VEINTITRÉS

No había forma de que siguieran aventajando a sus perseguidores en las condiciones en que estaban. Aster no pudo siquiera sentir alivio al pasar del aterrador espacio abierto del césped al relativo resguardo del bosque. No tenía idea de adónde iban; solo sabía que debían alejarse de McClennon.

Caminaron más lento y cruzaron la maraña del sotobosque, trepando sobre raíces y esquivando ramas. No tenían linterna para alumbrar su camino y la luz de las estrellas apenas les permitía ver dónde pisaban. Nadie hablaba; el silencio pesaba como una lápida.

«Estás con nosotras, Violet. Hasta el final». Las propias palabras de Aster hicieron eco en sus oídos.

McClennon la había convertido en una mentirosa.

Un alboroto repentino se escuchó más adelante. Aster se paralizó y les indicó a las demás que hicieran lo mismo. La silueta de un hombre con un rifle apareció entre los árboles.

Bajó el arma despacio. Su sonrisa iluminó la oscuridad.

—Y yo que pensaba que tendría que entrar a la casa.

—Zee. —Clementine exhaló con voz temblorosa.

Corrió hacia adelante, él la levantó con un abrazo y luego, para sorpresa de Aster, la acercó para besarla. Se rio un poco cohibido cuando Clem se alejó.

—Yo… pensé que te había perdido —dijo—. ¿Qué ocurre?

—Violet —dijo Clementine con amargura—. Ella…

—Se quedó atrás —interrumpió Aster. No tenían tiempo para celebrar por haber encontrado a Zee, y tampoco para lamentarse por haber dejado atrás a Violet. Si no escapaban en ese momento, su sacrificio habría sido en vano—. Tenemos que seguir adelante.

Alguien tenía que tomar las decisiones difíciles.

—Mierda —murmuró Zee, pero no dudó y les indicó a las chicas que lo

siguieran hacia las profundidades del bosque.

—Oímos que los rapiñeros estaban tras de ti —dijo Tansy, casi sin aliento. Todas estaban igual. De hecho, era casi un milagro que siguieran de pie.

—Lo estaban… Lo están —respondió Zee—. Después de darme cuenta de que McClennon las había atrapado, las rastreé hasta su propiedad. Intenté encontrar una forma de pasar a los rapiñeros que montaban guardia, pero siempre estaban demasiado atentos, así que tuve que retirarme antes de tener una oportunidad de infiltrarme. Uno de ellos por fin me descubrió esta noche, y un minuto después todos estaban tras mis pasos. He logrado mantenerme por delante de ellos, pero no sabía adónde ir… hasta que las oí tropezar por el bosque justo ahora.

—¿Tienes comida? —preguntó Mallow.

—¿Comida?

—McClennon nos quiso matar de hambre.

—Maldito infeliz —dijo Zee con tono oscuro—. Hay un santuario abandonado donde me he estado refugiando. Tengo un poco de comida ahí. Las llevaré.

Le contaron la historia de su cautiverio mientras caminaban por el bosque tan deprisa como podían. Aster se sentía como una sonámbula que navegaba por una pesadilla. La aterraba pensar que los rapiñeros podrían alcanzarlas, sobre todo porque ellos iban a caballo y ellas a pie. Pero Zee no perdía la concentración; las guio por la oscuridad y cubrió su rastro conforme avanzaban.

—Llegamos —dijo al fin y señaló el santuario. Era donde la servidumbre que trabajaba para McClennon realizó sus adoraciones en algún momento, sospechó Aster. Había algunas casas condenadas alrededor. Se preguntó dónde vivían los sirvientes ahora. Los edificios vacíos tenían cierto aire que no auguraba cosas buenas.

Pero cualquier cosa era mejor que el calabozo de McClennon.

—Solo podemos detenernos un momento —advirtió Zee cuando Tansy se derrumbó sobre una de las bancas—. Los rapiñeros nos encontrarán si pasamos la noche aquí.

Se agachó debajo del púlpito y extrajo un saco y una cantimplora. Se los pasó; dentro del saco había cerdo salado y pan seco. Aster nunca había estado tan feliz de ver esa insípida comida.

—Deberíamos ir directo con la Dama Fantasma desde aquí —dijo Clementine entre bocados—. Violet nos contó cómo encontrarla.

—¿De verdad? —preguntó Zee.

—Bueno, no del todo —dijo Aster, intentando alejar el dolor de su corazón

—. Nos dio una pista. ¿Qué sabes de un lugar llamado las Diez Garras? Creemos que la Dama Fantasma se oculta ahí, en una mina abandonada de teomita.

Parecía bobo tener la esperanza de que algo de eso, o todo, pudiera ser cierto: que las Diez Garras era un lugar real, que la Dama Fantasma vivía ahí, que la madre de Violet sabía esas cosas y que ellas habían interpretado su historia de forma correcta. De pronto aquello se veía como las tontas esperanzas de alguien que necesitaba algo a que aferrarse con desesperación. Y tal vez así había sido desde el principio.

Pero entonces, para sorpresa de Aster, Zee asintió despacio.

—¿Las Diez Garras? —repitió—. No conozco el nombre, pero sí sé que hay dos colinas al norte de aquí, que según los lugareños parecen dos patas de gato, y hay una mina en el valle entre ambas. Diría que, cuando menos, vale la pena echar un vistazo.

—¿Está cerca? —preguntó Aster. Contuvo la respiración. Por lo que sabía, quizá les esperaba otro viaje de un mes. Uno al que les costaría mucho trabajo sobrevivir.

Pero la sonrisa de Zee le devolvió la vida.

—Podemos llegar pasado mañana.

Aster supo que habían llegado al lugar correcto en cuanto vio las dos colinas a la distancia. No eran como las rocosas colinas rojizas de la Canalla; más bien tenían el verde profundo de los bosques del norte de Arketta. La roca gris se erguía en diez picos que contrastaban con el despejado cielo azul.

La esperanza de Aster se elevó tanto como las colinas mismas, una repentina levedad en su pecho que era como caer hacia arriba. Intentó contenerla. Los últimos dos días habían sido eternos, arrastrándose por el bosque, comiendo cualquier cosa que pudieron encontrar y durmiendo a la intemperie sin el abrigo de alguna cobija o saco de dormir. Aster todavía no se había recuperado por completo de su cautiverio ni del golpe de haber perdido a Violet. Ninguna lo había hecho, al parecer. Se sentía quebradiza, insegura; su mente era como un espejo roto. Su cuerpo se asemejaba a un espantapájaros que se movía con el viento. Habían llegado tan lejos, sobrevivido a tanto, que no estaba segura de cómo encontraría la fuerza para continuar si la Dama Fantasma no estaba ahí. La historia podría resultar eso, solo una historia. O, peor aún, una trampa, creada para atraer a los crédulos y tontos a las manos de la ley.

Para ese entonces, el miedo de Aster era ya un viejo amigo. Solo quería lo

mejor para ella. Pero desde que salieron de Green Creek, Aster había aprendido que su miedo no siempre tenía la razón. Necesitó valor para huir de la Casa de Bienvenida, y lo necesitaría para terminar el trabajo.

—¿Estamos seguras de que es el lugar correcto? —preguntó Clementine. Se había llevado la mano al favor y siguió el trazo de la tinta con los dedos. Al igual que Aster, se veía temerosa de tener demasiadas esperanzas.

Pero Aster asintió.

—A mí me parecen las patas de un gato, tanto como unas colinas pueden parecerlo, al menos. ¿Has estado antes aquí, Zee?

—No. Pero he conocido otros viajantes que sí —dijo—. Dicen que el valle es infiernal en el invierno. El pueblo que estaba aquí se secó hace mucho.

No había razón para no seguir adelante, pero todas permanecieron en silencio en el límite del bosque, vacilantes, como si un mismo miedo las hiciera prisioneras.

Entonces Aster dio un paso al frente.

El aire era fresco y limpio, no tan penetrante como la gelidez que descendía sobre la Canalla al caer la noche, pero lo suficientemente frío como para hacerles hormiguear la piel bajo las mangas cuando dejaron el resguardo de los árboles y avanzaron hacia el pueblo abandonado en las profundidades del valle. Ya que aún era de día, no había señal de los aferrantes que sin duda se habían apoderado del pueblo. Aster no se molestó en imaginarse el lugar de noche. No podía evitar sentirse observada mientras caminaba en silencio por el laberinto de edificios abandonados.

Zee las llevó al fin a la boca de la mina. No había símbolos tallados en la madera que lo distinguieran como un lugar especial. Zee se detuvo en la entrada, inseguro, pero sin querer decir nada. Aster pasó junto a él con delicadeza.

—Vamos —dijo con voz firme. Había pasado poco más de un mes desde que escaparon de Green Creek, más de un año desde su propia Noche de Suerte, y una década completa desde que sus padres la vendieron. Asintió para sí misma—. Ya hemos esperado demasiado.

Zee encendió una linterna y descendieron por el túnel. Estaba más desvencijado que el de Garra Roja; no había un sendero de planchas de madera que las guiara entre los escombros, y en un punto tuvieron que escalar por encima de un derrumbe. Nadie hablaba, pero el silencio entre ellas estaba tan cargado como el aire durante una tormenta. Aster podía sentir la creciente expectación y preocupación con cada paso resonante.

Cuando llegaron al fondo, dos mujeres jóvenes las esperaban, cada una armada con un rifle vóltrico.

La de la izquierda se había rasurado el cabello rubio, casi blanco, con un corte militar, mientras que la de la derecha había envuelto su largo y espeso cabello negro con un paliacate. Usaban idénticos vestidos negros de manga larga con una banda gris que iba del hombro a la cadera, y ambas tenían favores también, aves de algún tipo. El estómago se le fue a los pies a Aster; la decepción le aplastó el corazón en su puño. Si tenían favores…, si la Dama Fantasma no podía deshacer la maldición…

¿Estaba siquiera ahí la Dama Fantasma?

Era claro que alguien estaba ahí. Detrás de las mujeres había un túnel que brillaba con la cálida luz amarilla de linternas.

Ninguna de las dos sonreía ni hablaba, y esperaban a que las chicas declararan sus intenciones.

Aster pasó saliva.

—Buscamos a la Dama Fantasma —dijo con poca esperanza. Giró para mostrarles su favor—. Hemos…, hemos recorrido una gran distancia.

Al fin, la mujer de la izquierda sonrió un poco. Ambas bajaron sus armas. La de la derecha les hizo una señal para que avanzaran.

—Síganme —dijo.

Las dos mujeres las llevaron por el túnel hacia un espacio abierto del tamaño del recibidor de Green Creek, con lámparas mineras colgadas de los techos que derramaban luz sobre cada rincón. La habitación le recordó a Aster el salón de Garra Roja: lleno de hileras de largas mesas con una más pequeña en la cabecera, donde los líderes se sentaban. Varios túneles menores se bifurcaban a partir de esa cámara central y quizá llevaban a los espacios de almacenamiento y vivienda. Cerca de veinte mujeres se hallaban sentadas en las mesas más largas y conversaban entre bocados. La de la cabecera estaba vacía salvo por una mujer mayor, quien se puso en pie y comenzó a caminar hacia Aster y las demás. Como todas las otras, portaba el vestido negro con la banda gris. Su piel era blanca y marchita, y su cabello delgado y cenizo se asentaba alrededor de un rostro casi hueco. Un murmullo se posó sobre la multitud mientras se acercaba a Aster.

Esta sintió un impulso absurdo de hacer una reverencia, arrodillarse, darle las gracias o disculparse. Se le hizo un nudo en la garganta. Era real, entonces, la historia era real, la Dama Fantasma era real…

—Bienvenidas —dijo la mujer con una sonrisa gentil—. Soy la Dama Fantasma.

Aster estiró una mano para estrechar la de ella, pero entonces la mujer

rubia a su lado alzó la voz.

—Y yo soy la Dama Fantasma —dijo.

—Y yo soy la Dama Fantasma —intervino la mujer morena del paliacate.

Las mujeres sentadas en las mesas hablaron al unísono.

—Soy la Dama Fantasma.

Aster miró a su alrededor, confundida. Volteó hacia Clementine.

—No entiendo —tartamudeó—. ¿Es una broma? ¿Una prueba…?

—Es la verdad —dijo la mujer mayor—. Nunca ha habido una sola mujer conocida como la Dama Fantasma. Somos todas nosotras, trabajando en conjunto. Las historias que han oído, todas hemos ayudado a contarlas. —Señaló hacia la parte delantera de la habitación—. Vengan. Siéntense conmigo y les explicaré.

Las dos que las habían escoltado volvieron a su puesto en el túnel mientras la Dama Fantasma (Aster se preguntó cuál sería su nombre real) caminaba de vuelta a su mesa, despacio, como si le doliera. Aster intercambió miradas con las demás. Parecían tan confundidas como ella, pero la energía expectante seguía ahí, zumbando con más fuerza que nunca.

Por fin recibirían respuestas.

Las demás Damas Fantasmas continuaron comiendo y hablando entre sí. Aster no pudo evitar notar al pasar que todas tenían favores, algunos más descoloridos que otros, pero ahí estaban… ¿Quizá tomaba mucho tiempo deshacerse de ellos, años incluso? Se rascó el cuello, cohibida.

—Vengan —dijo la Dama Fantasma y les hizo un gesto para que se sentaran.

Todas ocuparon la banca frente a ella. Mallow, Tansy y Clementine estaban a punto de explotar de la emoción, pero Aster no podía evitar tener sus reservas. No podía dejar de pensar en Violet, cuya fe las había llevado hasta ahí. Sí, las había llevado a Northrock para su propio beneficio, pero siempre creyó que les dejaba las instrucciones para llegar adonde ahora se encontraban. Zee jugueteaba con sus mangas, más incómodo de lo que Aster lo había visto jamás. Quizá se sentía tan fuera de lugar como Violet entre los Alacranes.

Aster se sentó justo frente a la Dama Fantasma. Ella también tenía un favor, notó: un camino de gemas desteñidas que le cubría la mejilla y el cuello. La duda se apoderó del corazón de Aster una vez más.

La Dama Fantasma siguió su mirada.

—No hay forma de deshacerse de ellos —dijo, respondiendo la pregunta no expresada—. Esa es solo otra parte del mito, me temo. Pero para la mayoría de las chicas a quienes ayudamos, los favores no han sido un impedimento para conseguir otro trabajo en Ferron.

—¿Qué? ¿Ferron? —La voz de Clementine era aguda, sin aliento.

—Eso es lo que hacemos: ayudamos a las chicas a cruzar la frontera de Ferron para que empiecen vidas nuevas. Ahí también hay muchas personas con prejuicios; no es perfecto, se los digo, pero no hay deudas de sangresucias ahí ni Casas de Bienvenida, ni minas, rapiñeros, vengantes o terratenientes. Serán libres al fin.

La miraron, incrédulas. Por un momento, todas guardaron silencio. Los Alacranes estaban a años de encontrar un paso seguro hacia Ferron y nadie más se había siquiera acercado.

—¿Es en serio? —susurró Clem.

—No creí que fuera posible —dijo Mallow, meneando la cabeza.

La Dama Fantasma sonrió.

—En este mundo hay muchas más cosas posibles de las que podrían imaginar.

—Salvo deshacernos de nuestros favores —dijo Aster. Las palabras escaparon antes de que pudiera detenerlas.

No pudo evitar sentir cierta derrota; habían llegado hasta allí para deshacerse de sus favores, y ahora sabía que nunca podrían hacerlo. La idea de escapar hacia Ferron no podía calmar la pregunta que hervía en sus entrañas: ¿cómo podría verdaderamente dejar atrás la Casa de Bienvenida si la traía marcada en la piel?

«Nunca ibas a dejarla atrás, sin importar cuánto te alejaras», le susurró la vocecilla en respuesta. La idea la llenó de una tristeza esperable, pero también de un alivio inesperado. Al menos, por fin podía dejar de huir.

Green Creek siempre sería parte de ella, tuviera un favor o no. No podía cambiar el pasado.

Pero tampoco tenía que dejar que determinara su futuro.

—Sí —dijo la Dama Fantasma en voz baja—. Salvo eso.

—Cruzar la frontera —dijo Clementine con tono de incertidumbre— ¿es muy costoso? Porque…

La Dama Fantasma negó con la cabeza.

—No hay una tarifa establecida. Cuando esto empezó, nos costaba cerca de mil águilas cruzar a una persona por la frontera y hacer los arreglos necesarios en Ferron. Pero nunca esperamos que las mujeres a quienes ayudamos nos rembolsaran ese brillo, y ahora estamos mejor organizadas, así que, en realidad… —Abrió las palmas de las manos—. Agradeceremos lo que puedan darnos. Lo que en realidad necesitamos es una respuesta: ¿quieren que las ayudemos a encontrar una vida nueva del otro lado de la frontera?

—Pues, rayos —dijo Mallow—. Por supuesto que sí.

Tansy rio. Las dos voltearon a verse para darse un beso lleno de emoción, se separaron y en sus rostros se dibujaron enormes sonrisas. Luego devolvieron la mirada a las demás.

—¡Ferron! ¡Iremos a Ferron!

Su emoción le provocó a Aster una sensación de calidez. Si bien no era el sueño que todas habían tenido durante los interminables días a caballo y en el calabozo de McClennon, tal vez era solo porque no era lo que les habían ofrecido. Al mirar a Tansy y a Mallow, Aster se dio cuenta de que esto era más de lo que ellas dos habían imaginado.

—¿Puede venir Zee? —le preguntó Clementine a la Dama Fantasma—. Jamás habríamos llegado aquí sin él, y corre tanto peligro con la ley como nosotras por habernos ayudado.

—Lo arreglaremos, entonces —dijo la Dama Fantasma sonriéndole a Zee, cuyo rostro se relajó en una oleada de gratitud. Zee y Clementine se fundieron en un abrazo con los ojos cerrados. Él le acarició el cabello y ella enterró la cara en su cuello. Y por un momento, el pecho de Aster se infló de emoción al verlos, a todos, felices y en camino a la libertad.

Por esto lo habían arriesgado todo, y valía cada riesgo que corrieron y cada dificultad que encararon.

Clem buscó la mano de Aster y le permitió tomársela mientras Mal, Tansy, Zee y ella misma inundaban con preguntas a la Dama Fantasma.

—¿Cómo es la vida en Ferron?

—¿Es cierto que hay trenes vóltricos que van por debajo del suelo?

—¿Podremos ver una función de imágenes en movimiento?

Aster también tenía muchas preguntas, pero de otro tipo. ¿Por qué no estaba tan emocionada como las demás? ¿Por qué no podía compartir ese momento? Aún pensaba en Violet, pero las demás lo hacían también, y eso solo era parte del asunto. Había algo más. Violet no sería la única chica a la que dejaban atrás. Había otras. Chicas cuyas caras nunca había visto, cuyos nombres no sabría jamás. Pensó en Adeline, encerrada en la jaula de una carreta. Habían logrado salvarla, pero había muchas otras como ella de camino a las Casas de Bienvenida o encerradas en ellas.

«Y la Dama Fantasma luchará por ellas. No son tu responsabilidad. Clementine sí lo es. Tú la sacaste de ese lugar. Mereces ser libre».

Pero todas merecían ser libres. Todo el mundo merecía sentir esto.

Aster miró a sus amigas, todas demasiado emocionadas como para notar que ella estaba callada, aislada por su indecisión. El estómago se le hizo un nudo.

«Si Clementine es tu responsabilidad, significa que no puedes dejarla. Aún

te necesita».

Pero ¿la necesitaba aún? Tenía a Mallow y a Tansy. Tenía a Zee. Se tenía a sí misma. Clem había crecido durante el último mes, por mucho que le costara a Aster aceptarlo. Ella entendería.

«Estoy cansada», pensó Aster. Fue su último argumento, y estuvo cerca de convencerla. Lo único que había querido, durante toda su vida, había sido escapar de la Canalla. Podría pasar el resto de sus días en Ferron con la gente a la que amaba. Era tan dulce como cualquier sueño que fabricó para sí misma cuando era una niña; más dulce incluso, porque era real.

Pero entonces recordó su conversación con Eli, las verdades que él enunció con voz suave pero segura. Dijo que sentía que les debía eso a los demás, sin importar que fuera injusto que tuvieran que luchar.

Aster quería ayudar a las mujeres sangresucias de la misma forma en que él y su hermano ayudaban a los hombres. Los Alacranes y la Dama Fantasma habían hecho ya una cantidad inconmensurable de bien por separado. Pero si alguien pudiera unirlos…

—Yo…, yo quiero quedarme —dijo por fin, mirando primero a Clementine y después a la Dama Fantasma. Pasó saliva alrededor de la piedra que tenía en la garganta. Estabilizó su voz—. Quiero quedarme en Arketta y luchar con ustedes.

—Aster, no. Es demasiado peligroso —exclamó Clementine antes de que la Dama Fantasma pudiera responder—. Por fin llegamos hasta aquí, no podemos volver…

—Estoy segura, Clem —dijo Aster con voz calmada—. Tengo que volver, por Violet. Tengo que volver por todas las demás.

La expresión de la Dama Fantasma se tornó seria por un momento, pero su sonrisa no tardó en volver.

—Bueno, si ese es tu deseo, sería una bendición tenerte. Pero no tienes que decidirlo ahora. Espero que todas se tomen la noche para considerarlo.

Aster asintió, aunque estaba más segura con cada momento que pasaba.

—Todas deben estar exhaustas —dijo la Dama Fantasma—. ¿Por qué no les muestro dónde pasarán la noche?

Se puso en pie e hizo un gesto para que la siguieran.

Pasaron una semana bajo el cuidado de las Damas Fantasmas, descansando, recuperándose y preparándose para su nueva travesía. Una carreta llevaría a Clementine, Tansy, Mallow y Zee al punto de cruce de la frontera a la mañana siguiente. Todas habían rogado saber los detalles de la operación, cómo era

posible atravesar la frontera que, al parecer, ningún otro sangresucia podría traspasar jamás; pero la Dama Fantasma solo les dijo que, por el momento, era mejor que poca gente conociera los detalles, aun tratándose de personas en las que confiaban. Eso en caso de que algo saliera mal.

—Pero digamos que se requiere mucho trabajo y valentía, además de contactos importantes de ambos lados de la frontera.

Aster no sabía que podía sentir tanta felicidad y tristeza al mismo tiempo.

Clementine se metió a su catre y Aster la rodeó con los brazos. Le dio un beso en la coronilla.

—¿Estás segura de que no quieres venir con nosotras, Aster? —preguntó Clementine—. ¿Segura de verdad?

Aster guardó silencio por largo rato. Luego contestó:

—No dejo de pensar en cuántas chicas como nosotras hay ahí afuera. Chicas que no tienen la fortuna de contar con alguien que las cuide. Es un milagro que hayamos llegado, Clem. Una oportunidad en mil. Hace mucho que alguien debió emparejar el marcador.

—Lo sé. —Clementine suspiró—. Pero no estoy lista para que nos separemos. Nunca he estado sin ti.

Aster sintió un tirón en los pulmones. Una repentina explosión de duda estalló en su interior. Tal vez Clementine no la necesitaba más, pero ¿y si ella necesitaba a Clementine? Aster sabía, sin lugar a dudas, que nunca habría sobrevivido a su ordalía sin la luz de su hermana iluminando su oscuridad. Jamás habría sobrevivido a la Casa de Bienvenida si hubiese tenido que enfrentar esos horrores por sí sola.

Pero Aster tendría a las otras Damas Fantasmas… y tendría a Clementine también. El tiempo y la distancia no significaban nada más allá del Velo. De alguna manera, en algún plano, siempre estarían juntas.

Las lágrimas humedecieron las mejillas de Aster. ¿Cuándo fue la última vez que lloró? No podía siquiera recordarlo.

—Cuando sea el momento, volveré por ti —le prometió Aster, su voz apenas más audible que un susurro—. Estaremos juntas de nuevo, ¿me oyes?

Clementine asintió. Aster supo que ella también lloraba. La abrazó con más fuerza y le dio otro beso, y unos momentos después se quedaron dormidas.

VEINTICUATRO

Tres semanas después

—¿Estás segura de esto? —preguntó la mujer rubia, Robin; Aster ahora sabía que su nombre era Robin.

Aster había sabido muchas cosas en las últimas tres semanas: supo cómo era que las Damas Fantasmas lograban cruzar a las chicas por la frontera, y sobre la sangrepura que trabajaba en una oficina gubernamental y era parte del plan. Supo que su compañera de habitación le recordaba a Clementine, y que eso era a veces reconfortante y a veces insoportable. Y supo sobre la cantidad de riesgos que las Damas Fantasmas corrían cada día que hacían su trabajo.

Pero había algunas cosas que no sabía de cierto y que tendría que aceptar con fe, pues las sentía en el corazón: que las demás se habían asentado en Ferron, que habían empezado vidas nuevas ahí. Y que eso, lo que Aster estaba haciendo, era justo lo que debía hacer.

Asintió y procuró no mirar la aguja en la mano de Robin ni la tinta que tenía a un lado, tinta del Velo, la que se usaba para crear tatuajes que no podían ocultarse, que quemaban cuando se intentaba hacerlo. Su primer favor había sido prácticamente una violación: la sujetaron, la lastimaron, la dejaron marcada para siempre. Pero, aunque le hubieran quitado tanto, no podrían quitarle su futuro. Este favor sería distinto. Esta lucha era una que ella había elegido. No más huir, no más esconderse… y no más vergüenza.

—Creo que eres la primera que hace algo así —masculló Robin mientras con un trapo le limpiaba el cuello y la cara con delicadeza—. Sin duda harás que las otras chicas hablen.

—Las chicas siempre hablan —dijo Aster con media sonrisa. Para entonces ya había podido conocerlas a todas, y pronto sería una de ellas y haría el trabajo que debía hacerse—. Vamos a darles algo de lo que valga la pena hablar.

—Muy bien. Relájate —dijo Robin e igualó su sonrisa. Colocó la aguja sobre la piel; Aster no se movió. Quemaba, pero no más que el favor cuando estaba cubierto. Pero este…, este lo mostraría con orgullo. Representaría todo lo que había superado: sus días como Chica del Amanecer, cuando invariablemente temía la llegada del sol, y sus días como Chica del Ocaso, cuando temía su partida. Toda su vida como una sangresucia, parada bajo el sol sin una sombra a sus pies.

No volvería a la oscuridad para ocultar quién era.

Cuando Robin terminó, le sonrió.

—¿Estás bien?

Aster asintió. Robin la llevó hacia un espejo y Aster se miró el rostro. Su piel lucía un tono más moreno tras semanas de camino. La cicatriz en su mejilla era tan rugosa como la Canalla misma. Sus ojos se veían más viejos, pero brillaban con nuevas posibilidades. Quien la miraba desde el espejo no era Aster sino Dawn, la niña que alguna vez fue y la mujer que esperaba ser.

Y ahí, en un lado de su cara, extendiéndose por su cuello, trazando rayos de luz alrededor de los pétalos sobre los contornos de su mejilla: su favor transformado en un sol en expansión.

AGRADECIMIENTOS

Los agradecimientos de una primera novela bien podrían ser tan largos como la novela misma. Hay muchas personas con las que estoy en deuda por haberme traído hasta este punto de mi vida de escritora, y estoy sumamente agradecida con cada una de ellas.

En primer lugar, gracias al equipo editorial de Dovetail: Lynn Weingarten y Marianna Baer. Ustedes fueron el centro de control: *El club de las Chicas Afortunadas* jamás habría despegado ni sobrevivido a las turbulencias sin su constante guía. No tengo palabras suficientes para agradecerles todas esas sesiones de ideas, las charlas motivacionales y la retroalimentación concienzuda y gentil. Esta historia se trata, entre otras cosas, del poder que conlleva entender la ira y el miedo propios y convertirlos en algo bueno; gracias por ayudarme a traducir los míos en estas páginas.

También quiero dar gracias a mi maravillosa editora, Melissa Frain, cuyo apoyo ha sido constante desde el principio. Mi agradecimiento es igual de grande al resto del Equipo Tor: Melanie Sanders, la correctora con vista de águila; Saraciea Fennell, mi publicista; y Elizabeth Vaziri, la asistente editorial. De una asistente a otra, sé que esto no habría sido posible sin todo tu esfuerzo.

Para mis otras mentoras en publicaciones juveniles, muchas gracias por traerme a este mundo y ayudarme a navegarlo. Cheryl Klein: jamás habría salido de nuestro rincón en el centro del país si no me hubieras dado la oportunidad de trabajar contigo y alentado a seguir escribiendo. Jill Santopolo: tu orientación me ha dado mucha más confianza en mi trabajo, y jamás habría tenido la oportunidad de escribir *El club de las Chicas Afortunadas* si no me hubieras guiado en la dirección correcta. Muchas gracias a ambas.

Estoy igualmente agradecida con mi maravillosa familia de la maestría en Bellas Artes de New School, quienes conforman la comunidad que todos los escritores necesitamos para mantener la cordura. Un agradecimiento especial

para Darcy Rothbard, compañero de crítica, por leer los pésimos primeros manuscritos, discutir conmigo los huecos en la trama en compañía de unos tragos, y por contestar mis mensajes desesperados a las tres de la mañana. Jamás habría podido sobrevivir a esto sin la ayuda de todos ustedes.

He tenido algunas de las mejores profesoras de escritura a lo largo de mi vida. Sé que todos los escritores decimos lo mismo, pero ¡es cierto! A Mary Klayder, en especial: no puedo agradecerte lo suficiente el amor y respaldo que muestras a tus estudiantes. Me infundiste mucho valor para hablar de mi verdad. También a la profesora McCormick, la primera maestra que se parecía a mí y la primera que me dijo que tenía algo especial que ofrecerle al mundo por medio de mis textos: gracias por darle a esta chica negra la esperanza para soñar.

Me sumergí en libros para crear esta historia, y he aquí algunos de los que me fueron más útiles:

The Half Has Never Been Told: Slavery and the Making of American Capitalism, de Edward E. Baptist.

Slavery by Another Name: The Re-Enslavement of Black Americans from the Civil War to World War II, de Douglas A. Blackmon.

Bury My Heart at Wounded Knee: An Indian History of the American West, de Dee Brown.

Wicked Women: Notorious, Mischievous, and Wayward Ladies from the Old West, de Chris Enss.

Gateway to Freedom: The Hidden History of the Underground Railroad, de Eric Foner.

Sex Trafficking: Inside the Business of Modern Slavery, de Siddharth Kara.

Girls Like Us: Fighting for a World Where Girls Are Not for Sale, an Activist Finds Her Calling and Heals Herself, de Rachel Lloyd.

Para mí estos recursos fueron invaluables, y esta historia es infinitamente mejor gracias a ellos. Agradezco muchísimo a sus autores. Gracias también a mis pacientes lectoras interseccionales, quienes me ayudaron a contar la verdad de las emociones. Cualquier error contenido en el texto es responsabilidad mía y solo mía.

Por último, quiero dar las gracias a mi familia por su infinito amor y apoyo. Han leído mis historias desde que las escribía con crayones y las encuadernaba con grapas. Esta de aquí nos pertenece a todos.

Acerca del autor

Charlotte Nicole Davis creció en las afueras de Kansas City, lugar que en algún momento fue el corazón del Viejo Oeste. Se graduó del programa de Escritura Creativa para Niños en The New School. Actualmente vive en Brooklyn con un gato que tiene la cola torcida.

El club de las Chicas Afortunadas es su primera novela, la cual tuvo una gran recepción internacional y será publicada en más de ocho países.

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de portada: iStock by Getty Images
Fotografía de la autora: Brett Pruitt

Título original: *The Good Luck Girls*

Charlotte Nicole Davis

© 2019, Working Partners Limited

Traducido por: Ariadna Molinari Tato

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: octubre de 2019
ISBN: 978-607-07-6206-2

Primera edición en formato epub: octubre de 2019
ISBN: 978-607-07-6207-9

Tor® es una marca registrada de Macmillan Publishing Group, LLC.

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE